Juan José Gómez Cadenas

LOS SALTIMBANQUIS

LITERARIA

Los saltimbanquis

Juan José Gómez Cadenas

Prólogo de Guadalupe Arbona Abascal

2018

El autor y Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2018

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Redacción de Ediciones Encuentro

I. S.B. N.: 978-84-9055-862-1

Los saltimbanquis nos presenta un mundo de despachos de acero y metacrilato, cámaras ocultas, selectos restaurantes y exclusivos clubs deportivos, con encuentros a puerta cerrada en los que cada palabra tiene un precio. La trama arranca con una reunión de alto nivel de los ejecutivos de la Compañía Multinacional de Software, en la que se traza un arriesgado plan para hacerse con la propiedad de Jazz Software, una compañía basada en el software libre y uno de sus más molestos competidores.

A raíz de la puesta en marcha de la operación, vemos desfilar por las páginas del libro un universo de personajes cuyas relaciones están regidas casi exclusivamente por la sospecha. Pero será ese casi el que permitirá al lector ir accediendo, como a través de una minúscula grieta, a la humanidad íntima y doliente de estos auténticos saltimbanquis, que más allá de su máscara de éxito y poder albergan en sí la nostalgia de una vida auténtica que añoran recuperar. Los límites de la lealtad, el papel del arte o el valor de las relaciones son algunas de las cuestiones que el físico y escritor Juan José Gómez Cadenas aborda en su cuarta incursión en el terreno de la narrativa.

PRÓLOGO

SALTIMBANQUIS EN EL METACRILATO

Para entrar en la historia de *Los saltimbanquis* hay que estar dispuesto a acceder a un mundo donde se compra y vende todo —o *casi* todo—. La novela comienza cuando se planea la adquisición de una gran empresa de software por otra del mismo sector, cosa que implica una estrategia arriesgada.

Asistimos a la operación: entramos en despachos de acero y metacrilato controlados por cámaras ocultas, en los que se mantienen consejos a puerta cerrada y en los que cada palabra tiene precio; atendemos a reuniones presididas por inmensos plasmas de colores que, con sus logos y sus cifras dominan los sentires y los pensares; accedemos a selectos gimnasios donde se combaten duelos que van más allá del gusto por el juego y el ejercicio físico; comemos en restaurantes restringidos y ponemos los pies en fiestas y noches sensuales de droga y alcohol.

Un mundo de poder y metacrilato. ¿Y qué tiene que ver todo esto con los saltimbanquis? ¿Es que acaso ha cambiado el sentido de la palabra? Los saltimbanquis, todos lo sabemos, son las personas que van por el mundo realizando saltos acrobáticos y espectáculos de contorsiones, generalmente al aire libre, y sin más posesión que su cuerpo dándose gimnásticamente a los demás. Les bastan unas mazas de madera que suben hacia el aire prodigiosamente, unos aros de colores, si acaso un viejo carromato, unos cuantos disfraces con triángulos de color, faldas abultadas con las que se cubren y sombreros de napoleones vencidos.

Todas estas cosas deben caber en un hatillo que no pese mucho

y que quepa en los lugares en los que se les dé cobijo cuando hacen un alto en el camino.

Por eso cabría pensar que el título no acierta con el mundo representado en la novela. Como se ha dicho, la trama describe la competición entre empresas que riñen por la hegemonía en un mercado salvaje y voraz. Esto exige que las relaciones entre competidores se rijan por la sospecha. Y así es en la novela, o *casi*.

Y es que en el espacio que deja ese *casiy* en esa minúscula rendija que queda abierta a la posibilidad está la riqueza de *Los saltimbanquis*. Hay fisuras: historias anteriores que se llevan en las entrañas, relaciones que no están dominadas por el poder, gestos de libertad frente al poder omnímodo.

Por esa grieta entramos, de la mano del narrador, para ir descubriendo en los personajes de la historia —triunfadores, ebrios de éxito y de vida brillante— qué secretos ocultan. Las más de las veces es un secreto de dolor, otras de un amor al que se ha renunciado, o una velada pasión, o los tres a la vez. Misterios que han permanecido en el fondo de sus historias, a veces como una vergüenza inconfesada, otras como un motor para poder vivir y siempre como la nostalgia de algo que se espera recuperar.

A estas cosas se puede acceder a través del ensamblaje de los diferentes puntos de vista, la combinación de historias y los diferentes desplazamientos temporales. La mirada del narrador entra en esos rincones en los que algo se subleva contra la desconfianza y la obligatoriedad de la traición. Son secretos que exaltan la libertad, como el dilema del prisionero que usa la protagonista Clara Díaz de Deus en su tesis doctoral para averiguar qué es lo que funciona en la vida empresarial, si la confianza o la traición.

Las almas que confían tienen algo de titiritero. Como Sergei y Raúl. También Iván tiene algo de esos titiriteros, de los lánguidos y tristes del cuadro de Picasso; su misma historia se refleja en él.

Como Sonia tiene algo de esos contorsionistas que buscan darse en sus números hasta la extenuación. Y todos añoran a esos artistas y amantes, a esos nómadas que nada tienen que defender más que su libertad y su amor por la belleza. Esos saltimbanquis están presentes en la novela, inteligentes y amantes, y desafían con su lealtad y sus secretos el mundo artificial del metacrilato.

El autor de esta novela, mi amigo Juanjo Gómez Cadenas, es un físico de partículas que estudia los neutrinos y participa en proyectos de investigación internacionales punteros. Y porque es un científico no ha cesado de sorprenderse sobre lo que somos.

Esta historia lo documenta. Gómez Cadenas pone de manifiesto que la cultura, es decir, la indagación sobre la existencia y su sentido, que se manifiesta de modo privilegiado en la literatura, el arte y la música, no es una cuestión para ociosos, sino para aquellos que viven un compromiso con la vida entera.

Lo inmensamente pequeño, que es lo que él estudia, le resulta asombroso por la sutileza con la que se le aparece. Hace poco me decía: por tu uña pasan cada segundo 100 billones de neutrinos y me lo decía conmovido; el cosmos gigante, lo inmensamente grande y lejano, le sobrecoge cuando por la noche alza la vista y ve las estrellas; pero no se maravilla menos con la inaudita capacidad del hombre que puede percibir la belleza de una rosa y la de una ecuación matemática; y porque le pasma que haya cien billones de hombres y mujeres que han pisado esta tierra cada uno con su historia, Juanjo Gómez Cadenas es un artista.

Guadalupe Arbona Abascal.

A Pilar,
por el gran Sí.

A cada uno le llega el día.
De pronunciar el gran Sí o el gran.
No. Quien dispuesto lo lleva.
Sí manifiesta, y diciéndolo.
Progresa en el camino de la estima y la seguridad.
El que rehúsa no se arrepiente. Si de nuevo lo interrogasen.
Diría no de nuevo. Pero ése.
No —legítimo— lo arruina para siempre.

C. CAVAFIS.

1

El símbolo de la Compañía, ocupando la totalidad de la enorme pantalla, flotando en la habitación en penumbra. Iván se concentró en aquel icono, similar a un pedazo de tela multicolor. Cuatro rectángulos —verde, azul, rojo, amarillo— enmarcados por una banda oscura, dispuestos de tal manera que el ojo no acertaba a decidir si el conjunto se curvaba de manera cóncava o convexa. El icono, pensó, que decoraba el noventa por ciento de los ordenadores personales del planeta, tan ubicuo y familiar como antaño lo fuera el crucifijo. La banda que rodeaba los rectángulos se prolongaba en una cinta punteada que se iba difuminando a medida que se alejaba de éstos. Recordaba una cometa agitándose al viento. Una cometa suplantando el lugar que antaño fuera de la cruz, el símbolo de la tecnología sustituyendo al de la fe, una nueva religión cuyo único y simple credo se medía en beneficios anuales y en índices de crecimiento.

Una religión cuyo máximo pontífice se disponía a predicar a sus cardenales, desde su púlpito en la Catedral.

Y sin embargo el porte de William Goldman recordaba más al de un tímido profesor universitario que al *Chief Executive Officer* de la Compañía Multinacional de Software, uno de los hombres más poderosos del planeta. Iván estudió el rostro de rasgos delicados, la indumentaria desaliñada —vestía un traje gris, demasiado amplio para su enclenque anatomía—, el aire de adolescente triste, prematuramente envejecido. Anotó el detalle de que volvía a mascar chicle en público, cosa que no había hecho durante meses. Goldman observaba a los ejecutivos que le rodeaban, girando la cabeza a uno y otro lado, con movimientos rápidos y secos, semejante a un gorrión que buscara una miga de pan que llevarse al pico.

Un gorrión capaz de aterrorizar a los halcones. Uno tras otro, los directivos congregados en torno a la amplia mesa ovalada —el comité ejecutivo de la Compañía en pleno, hombres en su casi totalidad, excepto por Sonia, su mujer, y Sarah Ellis, la directora financiera— bajaban sumisamente la mirada, a medida que la de Goldman se paseaba por los rostros tensos, impecablemente rasurados. Tan sólo Roberto Altarelli, el director de marketing, se mantuvo impasible, sus fríos ojos verdes fijos en los del CEO.

—Todos conocéis nuestro emblema —dijo Goldman. El único sonido que se oía en la sala, aparte de su voz, era el suave zumbido de los ventiladores del proyector. Su pulgar diminuto apretó uno de los botones del mando que empuñaba en la mano izquierda y el icono de la Compañía pareció disolverse a cámara lenta, hasta desintegrarse en niebla. Una niebla que, de inmediato, volvió a condensarse, formando cuatro instrumentos— un piano, un bajo, un saxo y una batería —que se disponían en lo que parecía el centro de un exótico bazar, rodeados de telas multicolores, cojines de todos los tamaños y formas, frascos de perfumes, boles repletos de especias, espejos, monedas y figurillas representando animales mitológicos.

—Imagino —sonrió cansadamente—, que también conocéis el logotipo de Jazz Software.

Hubo un murmullo en la sala, alguna risita nerviosa, rápidamente ahogada. El CEO pulsó de nuevo el mando y los instrumentos se desvanecieron a su vez, condensándose en su lugar varios gráficos multicolores. Con su mano derecha extrajo un puntero láser del bolsillo de su desaliñada chaqueta, haciendo girar el punto de intensa luz verde, como un abejorro pertinaz, alrededor de dos diagramas contiguos. El primero recordaba una empinada cordillera que, de repente, comenzaba a suavizarse, perdiendo algo de su abrupta fiereza, sugiriendo la proximidad de un declive. Iván reconoció el gráfico, se trataba del crecimiento de la Compañía durante la última década. Reparó también en el cambio de pendiente que se producía un lustro atrás. Un cambio que contrastaba con el de la figura vecina, la cual comenzaba con una suavísima cuesta que sin embargo iba ascendiendo más y más, hasta rebasar en ángulo de inclinación a la primera curva.

Goldman pulsó el mando del proyector y los gráficos de la

pantalla cambiaron. El puntero láser los fue recorriendo uno a uno.

—Los datos que estáis viendo —dijo—, muestran que nos hemos confiado en exceso. Hemos permitido que Jazz Software crezca muy por encima de lo tolerable.

—Si me permites, William —la voz de Roberto Altarelli, como sus ojos, era fría y calmada—, yo no diría tanto. Es cierto que no les ha ido mal últimamente, pero siguen contentándose con las migajas que nos dignamos arrojarle.

—¿Durante cuánto tiempo más, amigo mío? — a Iván no le pasó inadvertido el hecho de que el CEO llamara amigo mío a Altarelli en público. Quizás no tenía nada de particular, el director de marketing había sido su brazo derecho durante veinte años, aunque últimamente se rumoreara, cada vez con más insistencia, que su estrella había comenzado a declinar. Pero había algo que se salía de lo corriente en aquel trato, un aviso oculto. El protocolo de la Compañía —conocido por todos, aunque no se formulara en documento alguno— favorecía el trato informal y el uso del nombre de pila pero proscribía los apelativos íntimos. Iván sabía —demasiado bien— que Sergei Bilenki iba a ser crucificado aquella tarde. Sin duda, Altarelli también estaba al corriente y nadie ignoraba la larga amistad que había entre él y el desdichado ex director de ingeniería. Quizás aquel amigo mío no era sino un velado recordatorio de dónde debía estar su lealtad.

—Bah. —Altarelli, se encogió de hombros—. Creo que podemos permitirnos el lujo de tolerarlos.

—No, no podemos —dijo Goldman—. Les hemos dejado medrar excesivamente y ahora debemos enfrentarnos a las consecuencias.

El proyector se apagó y las luces de la sala volvieron a su intensidad normal. La cabeza pelada del CEO osciló durante unos instantes a izquierda y derecha. Iván tuvo la sensación de que todos los presentes contenían la respiración.

—Blue Chip —continuó Goldman al fin—, ha decidido querellarse contra nosotros.

Iván creyó percibir un inaudible suspiro colectivo. Ninguno de los miembros del comité ejecutivo ignoraba los rumores que llevaban semanas corriendo por cada mentidero de la casa. Tras cuatro lustros de guerra fría, el anuncio de una querella legal por parte de Blue Chip equivalía al bombardeo que iniciaba las

hostilidades entre dos potencias enemigas que se han tolerado demasiado tiempo. Al menos, eso acababa con la tensión de la espera.

El CEO sacó un pañuelo de papel del bolsillo de su chaqueta, en el que envolvió el chicle que no había dejado de mascar en ningún momento, formando una arrugada bola que depositó cuidadosamente en uno de los inmaculados, inútiles ceniceros, en aquella sala de juntas donde la prohibición de fumar era una más de las muchas reglas, tan estrictas como no anunciadas, que regulaban la vida en la Compañía.

—Se trata —la voz de Goldman era frágil, tenue, casi inaudible —, de un ataque cuidadosamente preparado, que llega en un momento en que nuestra imagen se halla considerablemente deteriorada. Un ataque que hubiera sido inconcebible sin Jazz Software.

Iván buscó con la mirada a Sonia, que se sentaba casi en el otro extremo de la mesa de reuniones. Ella le dedicó uno de aquellos gestos suyos, rozándose apenas los labios con sus largos dedos, recogiendo de ellos un beso furtivo, candente y enviándoselo con un rápido giro de la muñeca, sin que en ningún momento su rostro perdiera la intensa concentración con que seguía cada una de las palabras del CEO. Iván sonrió agradecido.

—Helmut, por favor —dijo Goldman.

Como si la invitación del CEO fuera el gong de una campana, Helmut Swartz, el jefe de los servicios legales de la Compañía se quitó la chaqueta, ladeó la cabeza a izquierda y derecha, destensando los músculos de su cuello de toro, cuadró los poderosos hombros y estrelló el formidable puño izquierdo contra su mano derecha. Costaba poco, pensó Iván, imaginárselo saltando al cuadrilátero, despojándose de un albornoz con el emblema de la Compañía en la espalda, resoplando, hinchando los abultados bíceps, golpeándose, a la manera de los púgiles, la cabeza con la zarpa enguantada antes de alzar los brazos, saludando, con una expresión feroz en el rostro, a un público sediento de sangre.

En la otra esquina temblaría Sergei Bilenki, tan voluminoso como el rudo abogado, pero fláccido, seboso, sus blandas carnes colgando a merced de la gravedad, la impúdica barriga temblando de terror. Pobre Sergei, se dijo. Dio un par de sorbos del vaso de

agua que tenía frente a sí, tratando de eliminar el regusto pastoso y amargo en su paladar, un regusto a resaca, como si hubiera pasado la noche fumando tabaco negro y bebiendo güisqui peleón.

Así sabía, pensó, el remordimiento.

Le pareció ver de nuevo el rostro lívido del que había sido su mentor, las mejillas colgándole macilentas, cubiertas por una canosa barba de tres días, los ojos enrojecidos hundiéndose en la sima de unas violentas ojeras, la voz afónica, entrecortada, mezclándose con jadeos asmáticos. Mierda, mierda, nos han descubierto. Se vio a sí mismo empujándolo suavemente hacia el sofá donde el infeliz se había derrumbado, su grueso vientre bamboleándose grotescamente, a punto de reventar la camisa anegada en sudor. Ya verás como todo se arregla, hombre, le había mentido, sin atreverse a enfrentar su mirada extraviada, pretendiendo no oír la cantinela que repetía entre hipidos y toses. Nos han descubierto, mierda. Nos han descubierto, mierda. Nos han descubierto, mierda.

Swartz carraspeó, aclarándose la voz antes de tomar la palabra.

—Hace algunos días —dijo—, los abogados de Blue Chip formalizaron una querella contra la Compañía. Cuestionan la legitimidad de nuestro nuevo sistema operativo, Cometa 2020, que, según ellos, sería un plagio de Bossa Nova, el sistema desarrollado por Jazz Software.

Bossa Nova, al igual que todos los productos de Jazz Software, se distribuye con patente de Software Libre. Una licencia de ese tipo autoriza a cualquier individuo o corporación el uso sin restricciones del producto y garantiza el derecho de distribuir un número ilimitado de copias del mismo. Permite, además, modificar el producto original a voluntad, siempre que el resultado se distribuya a su vez como Software Libre.

Recordaréis que Blue Chip decidió recientemente adoptar Bossa Nova como sistema operativo para sus ordenadores personales. Ahora han decidido dar un paso más y enfrentarse legalmente con nosotros.

—Hace treinta años —dijo Goldman—, el gigante descubrió que sus pies de barro no podían sostenerlo. Pocos, por aquel entonces, pensamos que se libraría de la bancarrota. Pero lo consiguió y vuelve a ser un enemigo peligroso.

Y tanto, pensó Iván, recordando que, décadas atrás, Blue Chip cuadruplicaba en capital a la Compañía Multinacional de Software. Increíble, se dijo, que las siglas CMS, distintivo de la multinacional, fueran, en aquella época menos conocidas que el logo azul de Blue Chip. Los dueños del mundo en la época de los grandes ordenadores, tan enormes, tan potentes, tan extintos como los dinosaurios. Paradójicamente, el orgulloso Goliat había sido uno de los pioneros de la nueva tecnología que, en dos lustros, acabaría con el reinado de las grandes máquinas. Sin embargo, como un gran señor, demasiado desdeñoso para ocuparse del trabajo sucio de sus lacayos, Blue Chip permitió que el remoto antepasado de Cometa 2020, propiedad de una entonces incipiente Compañía operara en los nuevos ordenadores personales que, por la época, manufacturaba casi en exclusiva. Una exclusiva que el abaratamiento de la tecnología y el extremo dinamismo del mercado aniquilaría en pocos años, a la vez que la rentabilidad de los grandes sistemas en que basaba el grueso de su negocio. Demasiado tarde, Blue Chip comprendió el enorme error que había supuesto no desarrollar su propio software, permitiendo que le suplantara un advenedizo sin escrúpulos. Gravemente herido, Goliat había intentado en repetidas ocasiones negociar con el truculento David que lo había derribado, sin conseguir otra cosa que humillaciones y desplantes. A pesar de lo cual el gigante había sobrevivido, apenas una sombra de su antiguo poder, pero todavía fuerte, más sabio que nunca y sediento de venganza.

—La acusación de plagio —continuó el CEO—, es extremadamente peligrosa para nuestros intereses. Como mínimo, nos puede arrastrar a un costoso proceso legal y aumentar el ya considerable desgaste de nuestra imagen pública. En consecuencia, es imprescindible que contraataquemos enérgicamente.

—Discúlpame, William, pero ¿no se estarán tirando otro farol? No es la primera vez que lo intentan —el que hablaba era Raymond Coward, el director de operaciones, un individuo rechoncho y nervioso, incapaz de mantener sus extremidades bajo control. Iván le había observado en numerosas ocasiones, jugando con su bolígrafo, rayando sin cesar garabatos en una cuartilla o pellizcándose los rollizos mofletes, hasta hacerlos enrojecer.

—Por otra parte —intervino Sarah Ellis, su espalda rígida, sin

apoyar en el respaldo de la butaca—, si la acusación de plagio no se sostiene podemos utilizarla en su contra, destruyéndolos en los tribunales y beneficiándonos de la propaganda.

—Por desgracia —suspiró Goldman—, no es el caso. Es más, resulta bastante sencillo demostrar que Cometa 2020 y Bossa Nova son en gran medida, el mismo producto.

—Pero ¿cómo es posible?… No entiendo —preguntó Coward, respirando con visible dificultad, mientras se pellizcaba rabiosamente una mejilla.

El CEO señaló a Iván con su brazo larguirucho.

—Todos conocéis a Iván Ormaechea —dijo—, nuestro joven director de ingeniería. Como recordaréis, ocupa ese cargo desde hace un año, fecha en que cesó Sergei Bilenki y su departamento sufrió una importante reestructuración. Sin duda, también estáis al corriente de que Bilenki y algunos otros ex empleados de la Compañía fueron contratados posteriormente por Jazz Software. Sin embargo, hasta ahora he preferido considerar confidenciales las circunstancias que rodearon el cese de Sergei y parte de su equipo. Me temo, no obstante, que ha llegado el momento de hacerlas públicas. Iván, por favor.

Iván se puso las gafas y comenzó a hablar, concentrándose en los folios que tenía frente a sí, procurando que su voz sonara firme y neutra.

—Hace aproximadamente dos años —dijo—, se me encargó que investigara la posible participación clandestina de empleados de nuestra compañía en proyectos de software libre.

—¿Cómo? ¡No es posible! —Se indignó Coward.

—Silencio —dijo el CEO, girando su cabeza de ave bruscamente hacia el agitado director de operaciones, que dio un respingo, enrojeciendo, para luego quedarse petrificado.

—Existía la sospecha —continuó Iván—, de que cierto número de programadores involucrados en el proyecto Cometa 2020 estaban colaborando clandestinamente en el desarrollo de Bossa Nova. Mi cargo en aquel momento, como subdirector de ingeniería, me permitía interaccionar muy de cerca con los miembros del equipo, razón por la que se me encargó la tarea de identificar a las personas implicadas y evaluar el rango de sus actividades.

Por desgracia, mis averiguaciones confirmaron que Sergei

Bilenki junto con aproximadamente el veinte por ciento del personal de mi sección estaba involucrado en el desarrollo clandestino de ese sistema.

—¿Estás afirmando que Sergei Bilenki trabajaba para Díaz de Deus? —intervino Sarah Ellis.

—No exactamente —se apresuró a responder Iván—. Bossa Nova no es propiedad exclusiva de ninguna empresa, en el sentido en que Cometa 2020 es propiedad de la Compañía. Ésa es la razón por la que Blue Chip ha podido adoptarlo sin problema alguno. Se trata de un producto con patente de software libre y por lo tanto cualquiera puede contribuir a su desarrollo, trabaje o no para Jazz Software. De hecho hay miles de programadores en todo el mundo ayudando al desarrollo de Bossa Nova. Y como la mayor parte de ellos, ni Sergei ni nadie en su equipo recibían compensación económica alguna por su trabajo.

—¡Pero qué ganan! —se desesperó Coward—. Qué gana toda esa gente.

—En el caso de Bilenki y su equipo, me temo —suspiró el CEO— una denuncia ante los tribunales por incumplimiento de la cláusula de exclusividad de su contrato con la Compañía. Hubiera preferido no recurrir a este extremo pero la denuncia de Blue Chip no nos deja alternativa.

La acusación de plagio se basa en el sencillo hecho de que el arquitecto de ambos sistemas operativos es, naturalmente, el mismo. Incluso un genio como Sergei carecía de tiempo para diseñar e implementar dos sistemas diferentes, razón por la que no dudó en utilizar las mismas componentes para ambos. Desafortunadamente, tras su deserción costó un enorme esfuerzo reorganizar el departamento y rescatar las docenas de proyectos abandonados por su gente. A pesar de la heroica labor de Iván Ormaechea y su equipo, fue imposible comercializar Cometa 2020 antes que Bossa Nova saliera al mercado. Se da entonces la paradójica situación de que, durante años, empleados de la Compañía han desarrollado en paralelo dos sistemas operativos esencialmente idénticos. Pero, puesto que la patente de Bossa Nova ha llegado en primer lugar, nos encontramos con que, legalmente, Cometa 2020 debe ceñirse a las condiciones de dicha patente o en otras palabras, de prevalecer la voluntad de Blue Chip, estaríamos

obligados a licenciar nuestro sistema operativo como software libre.

Afortunadamente, Sergei, al igual que todos nuestros empleados, firmó un contrato que contenía una importante cláusula. ¿Helmut?

—La cláusula de exclusividad —dijo el hombrón, a la par que lanzaba un par de rápidos upper cuts al aire—, estipula que nuestros empleados están obligados a trabajar exclusivamente para la Compañía. Alegaremos, por lo tanto, que el software que Bilenki y los suyos desarrollaron es ilegal. Además, el contrato contempla la posibilidad de exigir daños y prejuicios en el caso de violación de la susodicha cláusula. Podemos exigirles una cifra muy importante e incluso responsabilidades penales.

—En resumen —dijo el CEO, tristemente—: no nos queda más remedio que dar un escarmiento ejemplar con Sergei y sus colaboradores.

—¿Es necesario recurrir a ese extremo? —dijo Roberto Altarelli—. ¿Por qué no intentamos llegar a un acuerdo con Clara?

—No serviría de nada —dijo Goldman, negando con golpecitos secos de su pequeña cabeza—. No es ella la que nos denuncia sino Blue Chip.

—Sí, pero la patente de Bossa Nova está en sus manos —insistió Altarelli—. Estoy convencido de que podría encontrarse una solución, una manera de modificar la licencia que fuera aceptable para todos. Quizás negociando ciertas líneas de desarrollo conjunto, o liberando una pequeña porción de nuestro software, a cambio del compromiso por su parte de aceptar la legitimidad de Cometa 2020. Sabes tan bien como yo que, si la convencemos a ella, Blue Chip se echará atrás.

—Llegar a un acuerdo con Clara Díaz de Deus es imposible —contestó el CEO—. Lo que nos enfrenta a ella va mucho más allá de intereses económicos. Desgraciadamente, nuestras visiones del mundo son esencialmente incompatibles.

—Sergei es un pobre iluso con la cabeza llena de pájaros. Era ya así cuando empezó contigo, cuando te ayudó a levantar la Compañía. No lo destruyas.

El CEO dio unos pasos alrededor de la sala, las manos a la espalda, moviendo apesadumbradamente la cabeza.

—No me queda otro remedio —suspiró.

—Se lo merece —masculló Coward, secándose con un pañuelo el

copioso sudor que le corría por la frente—. Es un traidor.

—Hoy no estás muy inspirado, Raymond —dijo el CEO sin mirarle—. Sería mejor que te callaras.

—Por cierto —dijo Altarelli, dedicándole a Iván una mueca de gélido desprecio—, sergei siempre te consideró su discípulo más brillante, ¿verdad? Y su amigo.

Iván se encogió de hombros.

—No he hecho más que mi trabajo —mumuró.

Altarelli se volvió de nuevo hacia el CEO.

—Sabes que Sergei no ha cometido un crimen tan grave como para que lo aniquiles.

—No hace falta que discutamos de esto ahora.

—Yo creo que sí —la voz del ejecutivo se elevó ligeramente. Se ha vuelto loco, pensó Iván. Cómo se atreve a desafiarlo de esa manera. Era del todo evidente que nadie podía salvar a Bilenki, evidente que lo único que conseguiría, de seguir por aquel camino, sería hundirse con él. ¿Qué ganaba enfrentándose al CEO? ¿Por qué lo hacía? Una cosa era la amistad y otra suicidarse profesionalmente, Altarelli no era ningún novato para ignorar el terreno pantanoso que estaba pisando.

—Como quieras entonces —suspiró Goldman.

—Te ruego que no lleves a Sergei a juicio.

—No puede ser —murmuró el CEO, más parecido que nunca a un adolescente triste.

—Entonces no me dejas alternativa.

—Lo siento de veras, Roberto.

—¿Lo sientes? —dijo Altarelli, poniéndose la chaqueta—, ¿o también lo tenías previsto?

—Te hacen falta unas vacaciones, amigo mío. Descansar un poco.

Mientras se levantaba, el director de marketing rebuscó en sus bolsillos y sacó un arrugado paquete de Marlboro. Deliberadamente extrajo un cigarrillo, lo encendió, aspiró una calada y lanzó el humo, como si escupiera, a la cara de Iván. Luego se dirigió hacia la puerta, sin decir nada más.

2

Tras la reunión, Iván se escurrió sigilosamente de la sala de reuniones, tomó el ascensor que iba directamente a la planta baja, cruzó casi a la carrera el amplio lobby y se precipitó a través de las puertas giratorias que daban acceso a la calle. No aminoró el paso hasta encontrarse a un par de manzanas del edificio de la Compañía. Luego siguió caminando, ya más tranquilo, hasta encontrar una cafetería. Entró, pidió un café muy cargado que se bebió de un solo trago, pagó, arrojando a la barra un billete que valía tres veces el precio de la bebida y salió al exterior, donde se apostó contra el cenicero que delimitaba los escasos metros cuadrados donde se podía fumar y encendió un cigarrillo. Al cabo de unos instantes, la nicotina había conseguido tranquilizarle un poco, aunque no devolverle los ánimos.

Una y otra vez se imaginaba los rostros angustiados con que sus antiguos compañeros recibirían las cartas que les informaban del inicio de acciones legales en su contra. Todos ellos sabrían lo que significaba, todos sentirían miedo, todos leerían y releerían la copia del contrato que les seguía encadenando a la Compañía, todos se preguntarían qué iba a ser de ellos si debían enfrentarse a un largo juicio, sanciones económicas, quizás incluso la cárcel. Todos eran amigos suyos, muchos, como Valerie, como Ioannis, desde los tiempos de la universidad. Sergei los había enrolado a los tres, con la carrera recién terminada. El profesor Bilenki. El ídolo de la facultad de informática, popular hasta el delirio, con los calzones caídos, las mejillas relucientes y tersas como la piel de una manzana y la tripa bamboleándose al ritmo de sus zancadas, sorprendentemente ágiles. El legendario creador del lenguaje de programación más usado del mundo. El rebelde que nunca había abandonado ni la afición por las arengas ni la pose contestataria, a

pesar de que combinaba sus clases con la dirección del departamento de ingeniería de la empresa más depredadora del planeta. Jesucristo reencarnado en genio de la informática, con exceso de carnes, genial y magnético, capaz de alternar, sin conflicto alguno, el sermón de la montaña con el trabajo a sueldo en el templo de los fariseos.

Sergei a quien debía su propio ascenso dentro de la Compañía, abatido encima del diván como un buey herido, mugiendo de miedo mientras los matarifes afilaban sus cuchillos.

Sergei, cuya sentencia acababa de firmar, frente al Sanedrín.

Se encogió de hombros. ¿Cuáles eran las alternativas, en todo caso? ¿Hundirse con él? ¿Arruinar su carrera, su vida, porque el vanidoso profesor había querido jugar a la revolución?

Iván aspiró el humo de su cigarrillo. Dos años. Habían pasado dos años ya desde el día en que Helmut Swartz se había materializado en el baño turco que solía tomar tras la habitual partida de squash con Ioannis, su corpachón condensándose como por encanto entre el vapor de agua que inundaba el cuarto. Su amigo se había marchado un minuto atrás, malhumorado por la estrepitosa derrota que acababa de sufrir en el juego, ignorante todavía de la derrota, mucho peor, que le aguardaba al llegar a casa (precisamente ese mismo día Sonia había decidido contárselo todo). Iván estaba tumbado en el banco de azulejo del baño, desnudo, empapado en sudor, apoyando la cabeza en la toalla, plegada a guisa de almohada, adormilado, disfrutando de la agradable sensación de laxitud tras el ejercicio físico, imaginándose que Sonia estaba a su lado, acariciándole, recorriéndolo con sus labios mimosos, trepando poco a poco encima de él, desnuda, voluptuosa, los brazos alzados, recogiéndose el cabello tras la nuca, mostrándole su largo cuello, sus pechos grandes y tan firmes como sus músculos abdominales, como los muslos que lo aprisionaban.

El suave chasquido de la puerta al abrirse le hizo enderezarse de un salto. Atolondradamente tiró de la toalla, echándosela encima de los muslos, tratando de disimular la estupenda erección. Swartz le saludó dirigiéndole un amago de gancho a la mandíbula, deteniendo el puño rocoso a escasos milímetros de su cara.

—Iván, chico. Te andaba buscando.

La conversación, corta y casual, animada por golpes al aire y

palmadas en los hombros le había revelado todo lo que necesitaba saber antes de la entrevista que el abogado había preparado para el día siguiente con el mismísimo CEO.

—Mañana a las ocho en punto en mi oficina. Al jefe le gusta la puntualidad, ya sabes.

—Naturalmente. Allí estaré.

Cuando Swartz se marchó Iván tomó una ducha de agua helada, antes de dirigirse a la sauna, afortunadamente vacía. Olía a cedro y eucalipto, la temperatura rebasaba los noventa grados. Al cabo de un instante rompió a sudar copiosamente.

Incluso entonces, mientras intentaba ordenar sus pensamientos, sintiendo los regueros de agua que corrían por su cuello, bajo las axilas, tras las orejas, goteando desde la frente hasta los ojos cerrados, mezclándose con sus lágrimas, había comprendido que no tenía alternativa.

—Sergei la ha cagado, chico.

—Preferiría permanecer al margen. Es amigo mío.

—Y mío también —había dicho Swartz, aspirando escandalosamente, inflando su velludo pecho de gorila y dejando escapar el aire en un simulacro de suspiro—. Pero ya ves, voy a tener que cortarle los huevos.

El abogado no se había andado con rodeos. A Goldman no le bastaba con la certeza de las actividades ilegales de Bilenki. Quería todos los detalles, quería saber el nombre de todos los implicados y el alcance exacto de cada proyecto. Para ello necesitaban de alguien como él. Por un lado no estaba involucrado en la revuelta. Por otro gozaba de la confianza plena del director de ingeniería y los demás cabecillas. Era el traidor perfecto.

—Preferiría mantenerme al margen —insistió Iván.

Swartz golpeó el banco con su macizo puño. Un golpe despiadado, brutal, como un martillo quebrando hueso.

—Te lo voy a poner claro —dijo—. Si cumples tienes mucha carrera por delante. En cambio, si te andas con remilgos, lo único que vas a conseguir es que te capemos, como a los demás.

—Mierda —masculló Iván.

—Qué le vamos a hacer, chico. Cosas del jefe. Yo lo hubiera arreglado de otra manera. Hubiera preferido ofrecerle a Sergei la posibilidad de cantar de plano. Estoy seguro de que lo hubiera

hecho. Lo conozco desde hace mucho, nunca fue lo que se dice un héroe.

Sí, pensó Iván, lo hubiera hecho. Hubiera confesado, delatando a todos sus colaboradores, a todos aquellos que había arrastrado a su insensata cruzada, a todos los que habían confiado en él.

—Pero el que manda, manda. El jefe quiere una investigación concienzuda. Piensa en tu carrera. Cualquiera en tu caso haría exactamente lo mismo.

Cualquiera haría lo mismo, se había repetido Iván una y otra vez. Cualquiera. La suerte de Sergei y todos los demás estaba echada. Podía ser él quien tramitara su perdición o cualquier otro, pero nadie podía salvarlos. La única elección que se le ofrecía era la de acompañarlos al cadalso o la de beneficiarse de su caída.

Nadie tenía derecho a juzgarlo. Había actuado, se dijo, legítimamente. No hay alternativa, repitió en voz alta, demasiado alta. No hay alternativa.

3

Consultó su reloj. Eran poco más de las cuatro. Disponía de toda la tarde, Sonia no llegaría a casa hasta bien pasadas las nueve. La idea no dejaba de resultarle extraña, verse, de improviso, dueño de cinco largas horas sin marcar en su agenda.

Hacía al menos seis meses, quizás un año que no gozaba de un instante en el que no tuviera algo urgente que resolver. Se encogió de hombros, perplejo. Por supuesto, no sabía que hacer con aquel inesperado tiempo libre. Se había acostumbrado en exceso a una rutina regulada, cada minuto de su apretada jornada previsto de antemano. Toque de diana a las seis, desayuno en la oficina para ganar tiempo, primera reunión de trabajo a las ocho en punto. Era raro que volviera a casa antes de las nueve o las diez de la noche, a no ser el sábado, en que no solía quedarse más allá de media tarde. No dejaba de ser una suerte, se dijo, que Sonia trabajara tan duramente como él. Sonrió. A pesar de lo cansados que llegaban, aún les solían quedar ánimos para liar un par de petas tras despachar a toda prisa la pizza o los bocadillos de la cena. La marihuana, tras una buena ducha caliente, tenía efectos deliciosos, sobre todo en ella.

Consideró por un instante la posibilidad de llamarla, proponiéndole que se tomara la tarde libre. La sola idea inundó su paladar con el sabor dulzón del anís. Pero no, se dijo de inmediato, no le pediría a Sonia que dejara su trabajo, ni siquiera en un día excepcional como aquél. No lo había hecho nunca.

No lo había hecho nunca, ni siquiera los primeros meses, cuando se daban cita a escondidas en los hoteles vecinos al edificio de la Compañía, o se las ingeniaban para coincidir en reuniones fuera de la ciudad. En horas de oficina sus encuentros no pasaban de un devorarse a toda prisa, saltándose la hora del almuerzo, casi sin

quitarse la ropa. Así da más morbo, decía ella. De sus escapadas juntos a Nueva York, Delhi, Roma o Hong Kong, el único recuerdo que le quedaba era una repetición de habitaciones de hotel, todas idénticas. Habitaciones que no pisaban hasta que la última reunión de trabajo concluía, o, más a menudo, hasta que no cerraban el bar donde la tropa prolongaba la jornada con el tedioso ritual de una fingida camaradería. Habitaciones donde pasaban la noche haciendo el amor, bebiendo champán, fumando marihuana. —Sonia estaría tan fresca y despejada a la mañana siguiente como si hubiera dormido doce horas de un tirón—. Habitaciones de las que apenas salían, si conseguían quedarse en la ciudad de turno una tarde o un día extra, como no fuera para buscar tabaco, algo de comer, otra copa. Por las calles de Roma, recordaba, habían paseado dos horas, las de Delhi o Moscú ni habían llegado a pisarlas. Después de todo, como decía ella, no se quedaban para hacer turismo.

No, no le pediría que se saltara unas horas de trabajo por él. Se le vino a la memoria la imagen de su mujer, apenas quince meses atrás, la colilla de un Marlboro casi consumida en una mano, una copa de martini en la otra. Martini a las once a la mañana, había pensado Iván. Tan fuera de lugar como los ojos enrojecidos de Sonia, como el rímel ligeramente corrido sombreando sus párpados, como la ansiedad con que se mordía los labios. Tan fuera de lugar como las nubes grises que habían encapotado durante toda la mañana el cielo azul sobre la isla de Cozumel. Tan fuera de lugar como un ordenador portátil en una cabaña que da al mar del Caribe, como empeñarse en leer el correo por si hay algo urgente, amor, en el tercer día de luna de miel.

—¿Malas noticias? —había preguntado él, sin dudar que lo eran, sin alzarse de la hamaca donde había estado sesteando mientras Sonia encendía su portátil y descargaba las docenas de mensajes amontonados en la primera, la única media semana de sus vacaciones.

—Fatales —dijo ella—. Roberto me necesita pasado mañana en la ciudad.

—¿Y eso? ¿No habías negociado diez días libres? —Iván se esforzó porque su voz sonara casual, casi indiferente, sin delatar el súbito peso en el estómago, sin mostrar traza alguna de

resentimiento por aquel Roberto demasiado íntimo con que su mujer se refería a Altarelli, una familiaridad que no tenía nada que ver con el protocolo de la Compañía, sino con demasiadas veladas compartidas con el director de marketing, claro que era su trabajo, claro que era lo que se esperaba de ella, pero lo cierto es que disfrutaba reinando sobre un séquito de ejecutivos con ganas de juerga tras una dura jornada de negociaciones, compartiendo escenario con el atractivo director de marketing que no perdería ocasión de dedicarle algún piropo cuya doble intención estaría a juego con la mirada felina, ávida, con que la recorrería una y mil veces a lo largo de la noche. Sonia no podía evitar aquel ramalazo a lo Ava Gadner, aquella tendencia a coquetear con unos y otros, el escote siempre un poco demasiado generoso, los tacones un poco demasiado agudos, el carmín de labios demasiado encendido.

—Pues claro. Y lo que me costó dejármelos libres. Pero Koichiro se ha empeñado en adelantar las reuniones previstas para el mes que viene.

—¿Koichiro?

—Nishikawa. El director de marketing de Hitachi. ¿Te acuerdas de que te lo presenté? El nipón guaperas que no abría la boca.

Y no apartaba la vista de tus pechos había pensado Iván. Como Altarelli. Como todos.

—Sí, ya me acuerdo. El samurái mudo.

—Es el estilo de los japoneses. Cuanto más mandas más te callas —había sonreído Sonia—. Y además es muy tímido, como todos los Piscis. Pero en el fondo es un tío encantador.

—Será cuando te lo llevas de fiesta —cortó Iván—. Porque el señor Nishikawa es uno de los escualos con los dientes más afilados del mercado.

Sonia se mordió los labios, titubeó, dio una última calada al cigarrillo casi consumido, apuró su Martini. Ava Gadner tocada en su orgullo. Ava Gadner asombrándose de que su marido no admirara sus extraordinarias dotes para el flirteo. Ava Gadner reprochándole que no confiara en ella ciegamente, igual que Ioannis, que los otros, quién sabe cuántos otros.

—Es mi trabajo —dijo ella. El timbre bajo de su voz acusaba el golpe.

—Claro. ¿Y qué piensas hacer?

Sonia lo había mirado, ansiosa, herida, confusa.

—No sé… ¿tú qué opinas?

Había deseado rogarle que se olvidara de aquella reunión. Eran sus vacaciones, quiso decirle, su luna de miel. El mar, frente a ellos, parecía extender su color turquesa hasta el infinito, animándole a hablar, a dejarse ir, a atraerla hacia sí, a besarla, a hacerle el amor, a suplicarle que se quedara.

—Yo no opino. Tú sabrás lo que te conviene.

Y se hubiera quedado. Posiblemente se hubiera quedado. Si él se lo hubiera pedido. Si se hubiera hecho cargo. Si hubiera asumido una responsabilidad que no era suya.

Pero no se lo había pedido. Sonia había decidido llevarse su ordenador al Caribe sin consultarle, como sin consultarle había leído aquel mensaje —el acuse de recibo habría sido enviado de manera automática a Altarelli, de eso se ocupaba el servidor de correo diseñado para evitar excusas—. La suerte estaba echada, la había echado ella en el instante mismo que decidió cargar con el ordenador, llevándose la manzana de la discordia al paraíso.

No, no se lo había pedido y Sonia había decidido, tras muchos Martini y muchos hipidos interrumpir su luna de miel, regresar a la ciudad, donde Roberto me necesita, amor, y verdad que lo comprendes.

En realidad sí lo comprendía. Las reglas de la Compañía eran las que eran, ninguno de los dos hubiera progresado de no haber sido capaces de asumirlas. Algunos de sus compañeros, como Ioannis, como Valerie, habían decidido no aceptarlas, ceñirse a las cuarenta horas que estipulaban sus contratos. Y nadie, por supuesto, les había presionado, no habían recibido reproche o advertencia alguna. Simplemente, sus carreras se habían detenido. Ioannis tuvo que tragarse que promocionaran a Iván por delante de él. Valerie había sido desplazada del departamento de investigación al de relaciones públicas, a pesar de su incuestionable capacidad técnica, no menos obvia para todo el mundo que su falta de esa mezcla de descaro, simpatía, fluidez y talento, esos recursos personales de los que tan sobrada andaba Sonia.

No se lo reprochaba. Sonia era un buen soldado, capaz no sólo de cumplir órdenes, sino de hacerlo con entusiasmo, sin vacilar, alegremente. Por eso había escalado, en apenas dos años, hasta la

dirección de las relaciones públicas de la Compañía. Goldman, apreciaba, no, exigía, ese tipo de fidelidad, rayana en el fanatismo. Quizás por eso, él había sido puesto a prueba. Quizás por eso se le había exigido traicionar a sus amigos. Una prueba innecesaria en el caso de Sonia. Se encogió de hombros. Ojalá, se dijo, pudiera fiarse de ella tanto como se fiaban sus amos.

4

Lo mejor, decidió, sería aprovechar para hacerle una visita al viejo, llevaba dos semanas sin pasar por el sanatorio. Sonia remoloneaba cuando se lo proponía —tampoco podía culparla, se dijo, porque le costara resignarse a pasar la tarde del domingo, su único día libre, con un anciano que, a menudo, no la reconocía— y algunos fines de semana, por más que le remordiera la conciencia, no encontraba el ánimo para visitarlo solo.

La residencia estaba a las afueras de la ciudad, a poco menos de una hora en taxi. Como de costumbre, pasó en primer lugar por el despacho del director, para informarse del estado de su padre antes de visitarlo.

—Estable, señor Ormaechea. De lo cual debemos sentirnos satisfechos. Últimamente había retrocedido mucho.

—Imagino que hay pocas esperanzas de que mejore —dijo Iván.

—Muy pocas. Pero no se apure. Su padre no es infeliz. Dado su historial, puede que esté mejor así.

La tristeza, pensó Iván, sabía a licor de almendras, un licor amargo que podía degustarse lentamente, paladeando su sutil textura, entreteniéndolo en el paladar largo tiempo.

—Gracias doctor.

—No deje de venir a menudo. Su padre le necesita.

El viejo estaba sentado en el banco de siempre, en una de las esquinas más apartadas del amplio parque que rodeaba el edificio central. Iván lo contempló mientras se acercaba. Físicamente seguía siendo el hombrón de siempre, aunque en los últimos tiempos hubiera perdido bastante peso y su indumentaria —chaqueta y pantalones de pana sostenidos por tirantes, camisa de lana a cuadros rojos— pareciera ahora demasiado holgada para él. Hacía

girar entre las manos su sempiterna chapela, sin la que era difícil imaginárselo, la chapela que rara vez se quitaba, para no olvidarme de mi tierra, cojones. Aunque de su tierra hubiera emigrado medio siglo atrás, un muchacho más, con los bolsillos vacíos de otra cosa que ilusiones, buscando fortuna en la ciudad.

—¡Hijo! Qué alegría.

Iván apretó con toda su fuerza las manos descomunales de su padre. El anciano rió, contento de la broma habitual, devolviéndole fieramente el apretón.

—Para, viejo —gritó Iván cuando le pareció que sus dedos estaban a punto de reventar—. Que me rompes la mano.

—Coño, Juanito. De qué estáis hechos los jóvenes.

Se sentó junto a él. Un rayo de luz, colándose entre las ramas de la gran encina que daba sombra al banco le deslumbró. Cerró los ojos y se restregó los párpados, reclinándose luego hacia atrás, apoyando la cabeza en el respaldo de madera, agradecido por la caricia del sol en el rostro, por la súbita tranquilidad del momento. Recordó aquella otra tarde remota de domingo, en la que la misma luz, colándose por los ventanales del casino —así llamaba su padre al garito que hacía las veces de taberna, restaurante y centro social para la nutrida población de emigrantes que habitaba el barrio de su infancia— le había también encandilado, deteniendo el instante en su memoria. Un instante que era capaz de evocar con toda nitidez, como si no hubieran pasado veinticinco años desde entonces. Podía ver la larga barra, tras la que se afanaban Pablo, el propietario y dos o tres de sus hijos, recorriendo a la carrera los mismos ocho metros, de norte a sur, de sur a norte, una y otra vez, impecables en sus camisas blancas y pantalones oscuros, los parroquianos repartiéndose entre las mesas, algunos atentos al televisor, otros comiendo o conversando, si es que el intercambio exaltado de voces disonantes, acompañado de grandes aspavientos, merecía tal nombre. Podía respirar el aire, espeso de humo, en el que el aroma de la tortilla de patatas, cuya receta, como la chapela de su padre, era casi lo único que Pablo se había traído de su país, se mezclaba con el olor a burritos, tacos, huevos rancheros, hamburguesas, pollo y patatas friéndose perpetuamente en aceite hirviendo; y el aroma del café, aquel café aguado que se servía por litros en grandes jarras panzudas y que su padre detestaba. Podía

verse a sí mismo, un zagal de seis o siete años, sentado en una banqueta, junto a la mesa en la que el grupito que se apiñaba en torno a Gabriel Ormaechea —muchos de ellos empleados suyos— solía matar las tardes del domingo. Escuchaba su voz bronca elevándose por encima del murmullo del casino.

—Juan como mi padre, le dije a Miriam, pero mi mujer, ya sabéis, cuando se le mete algo en la cabeza no razona, así que el zagal se tuvo que quedar con ese nombre tan hortera. Anda, hijo, diles a éstos lo que opinas.

—Yo quiero llamarme Juan, como el abuelo —había ofrecido Iván, aprovechando al vuelo la oportunidad de congraciarse con el viejo.

—Pues como el abuelo será, coño —atronó su padre—. Toma, cómprate un helado. Los niños son muy listos, ya veis.

—Y tanto —había dicho el tío Pedro, guiñándole a Iván un ojo. El tío Pedro hablaba poco y siempre muy bajito, todo lo contrario del viejo. El tío Pedro era delgado, de manos delicadas, casi femeninas, claro de piel, callado. Ni en el forro de los cojones, solía decir su padre. Es que ni en eso nos parecemos.

Una mano enorme, apretándole el brazo, le arrancó de sus recuerdos, devolviéndole a la tarde que ya comenzaba a languidecer y a la compañía de un anciano enfermo.

—Juanito, ¿has visto al tío hoy?

Iván dio un respingo, se enderezó, tensándose como un conductor adormilado que siente derrapar su automóvil en una inesperada curva.

—¿A quién? —dijo, aunque había entendido perfectamente la pregunta. La boca, de repente, se le agrió con el sabor de la leche cortada.

—Al tío Pedro, a quien va a ser —dijo su padre—. Oye, en cuanto llegues a casa le dices que venga a verme mañana sin falta, por lo del pedido.

—Papá…

—Mira que se lo tengo dicho, los pedidos hay que gestionarlos siempre a primeros de mes y aquí nos tienes, pasado el quince y quedándonos sin existencias y yo con estos dolores de cabeza no puedo ocuparme como antes, hijo. La verdad es que Pedro no vale mucho para el negocio, es igual que mamá, joder. El otro día

estuvimos hablando y…

—¿Hablando? ¿Con mamá?

—Coño, Juanito, qué te pasa esta tarde. Estás como atontado. Sigues estudiando mucho, por lo que veo. Pues acuérdate que no todo debe ser estudio, también hay que divertirse un poco. Deberías sacar más al cine a esa novia tan mona que te has echado. ¿Cómo se llamaba? ¿Cleo, Cloe?

—Clea —consiguió murmurar Iván, haciendo un enorme esfuerzo de voluntad.

—Vaya nombre, joder. Su madre debe ser otra loca coma la tuya. El caso es que le dije a mamá que deberíamos pensar en vender. Podríamos sacar un buen pico y yo ya no estoy para tantos trotes con estas jaquecas. Claro que Pedro tendría que buscarse algo y eso es lo que me da miedo porque el pobre ha sido siempre tan inútil, tan incapaz de hacer nada él solo.

Iván tanteó sus bolsillos buscando tabaco, lo pensó mejor. Estaban demasiado a la vista de todo el mundo y fumar estaba tan prohibido en la residencia como en cualquier otra parte. Ni eso se podía permitir el viejo. Es por su bien señor Ormaechea, le pareció oír la voz fanática de la enfermera, cuando se negó en rotundo a permitirle el mínimo desahogo de un purito los domingos de visita. Como si un poco de nicotina más o menos tuviera importancia alguna encima de las raciones de sedantes y antidepresivos con que lo atiborraban cada semana.

—Si me hubiera hecho caso —el viejo continuaba su perorata, la voz monótona, dando vueltas y más vueltas a su chapela, mirándole sin verle, o peor, viendo a otro diferente, a un Iván que había dejado de existir largo tiempo atrás—. Mira que le insistí, Pedro que estudies, a qué coño se dedicaría los siete u ocho años que estuvo en la universidad para no ser capaz de sacar un puto título, siempre fue un vago, con la cabeza llena de pájaros, en eso se parece a mamá, aunque ella, por lo menos, es capaz de pintar un florero de vez en cuando. En fin, daño no hace a nadie y sus cuadros no dejan de ser bonitos. ¿Verdad, hijo?

—Claro papá.

—Aunque vender, lo que se dice vender, vende menos que el holandés ese del museo de Ámsterdam. ¿Te acuerdas de cuando te llevó con el tío? A mí no se me ha olvidado, desde luego, bien

jodido fue mandaros a todos de vacaciones mientras yo me quedaba currando, pero el negocio es el negocio. La verdad es que no debería haber consentido tanto a Pedro. Por lo menos aprendí la lección y en eso has salido ganando, ahora entiendes por qué siempre he sido tan exigente contigo, no quería que me volviera a pasar lo mismo con mi hijo, y mira, mucha ayuda para educarte, con tu madre no tenía, pero yo bien que me empeñé y ahora puedo estar orgulloso de ti, cojones.

—Gracias viejo —dijo Iván, palmeándole los hombros.

—Bien orgulloso, mira lo que te digo. Acaba la carrera pronto, que ya verás como tu padre se ocupa de colocarte. Tú no tendrás que empezar reparando radios y tocadiscos, ni pasarte años durmiendo en el almacén para ahorrarte el alquiler de un piso. Eso sí, cuando seas un mandamás no te olvides de quien es tu viejo.

—¿Cómo me iba a olvidar? —dijo Iván, apretando la enorme mano del anciano que había comenzado a temblar, un tic que se repetía en su cara, como si un sedal invisible tirara a la vez de la barbilla y la muñeca.

—La verdad es que me da pereza vender, por mucho que a veces me canse. Coño, son muchos años y mucho sacrificio. Y muchos huevos, Juanito, no te olvides.

—Nunca, papá.

—La novia esa que tienes, Cleo, Cloe, no seas gilipollas y casaos enseguida, ayuda no te va a faltar. No hagas como yo que me casé demasiado mayor.

—Bien que la correrías antes, no te quejes —dijo Iván, repitiendo una de las bromas que al viejo le gustaba oír. Su padre se enderezó un poco en el banco, le palmeó un muslo.

—Hombre, no te lo voy a negar.

—Y encima te llevaste un bombón.

—Sí que es verdad. Tu madre quitaba el hipo. Todavía no sé cómo fue a fijarse en un viejo como yo. Porque la verdad, quince años, como nos llevamos, es demasiado, ella es todavía una cría y en cambio mírame a mí, con estos dolores de cabeza, coño, que me tienen aquí pasmado toda la semana.

—Anda, papá. Si estás hecho un roble.

—Además vosotros dos tenéis mucho en común. A tu edad uno no piensa en esos asuntos pero hazme caso, a tu madre y a mí

siempre nos ha faltado compartir más cosas. Con quererse no basta, aunque parezca mentira. Y si no, míranos a nosotros, a ella sólo le preocupan sus cuadros y ya sabes que a mí todo ese asunto no me va demasiado. Sé que debería hacerle más caso, pero no me sobra el tiempo, hijo, alguien tiene que ganar el dinero en casa, y además tampoco me gusta el ambiente. ¿No te acuerdas de pequeño, cuando venía toda aquella gente a cenar a casa?

—Los gorrones —dijo Iván, sonriéndole a su padre.

—Menuda panda. Si no me llego a poner serio todavía los tenemos metidos en la cocina, comiéndose todo lo que había en la nevera. Y mira que no le quería dar un disgusto a mamá, pero de vez en cuando un hombre tiene que plantarse. De eso tampoco te olvides, con las mujeres hay que ponerse duro alguna vez para que no se te suban a la chepa.

—No me olvido. Descuida.

—Porque se suben, ¿eh? A la que te despistas.

—No te apures, que sé defenderme.

—Así me gusta. Oye, Juanito, ¿tienes un cigarrillo? —La voz del anciano parecía haberse desinflado, bajando en decibelios hasta convertirse en un susurro casi inaudible. Iván tragó saliva, seguro de que en ese preciso instante el viejo había salido, aunque fuera brevemente de su mundo imaginario. ¿Para qué? Para encontrarse decrépito, solo, inválido, en una residencia de ancianos especializada en demencia senil, donde ni siquiera podía fumarse un cigarrillo en paz.

—Claro papá —dijo Iván—. Ven, déjame echarte una mano. Así. Vamos hasta el seto, allí no nos ve nadie. Te he traído un Coimbra, de los que a ti te gustan.

—Gracias hijo —dijo su padre, asiéndose al brazo que él le ofrecía—. Un Coimbra, joder, eso es un cigarro. Oye, de qué íbamos hablando.

—¿Sabes dónde me voy a colocar? —sonrió Iván—. En la Compañía Multinacional de Software. Con un par de huevos, como tú dices.

—Así me gusta. Y te comes a quien haga falta hasta que llegues bien alto.

—Te lo prometo.

—Bien alto, hijo —su padre encendió trabajosamente el cigarro,

aspiró un par de caladas. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Donde nadie pueda hacerte daño.

5

De regreso, le sorprendió, como solía ocurrirle a menudo, la hora punta. Iván maldijo en voz baja. Hubiera bastado con salir media hora antes, pensó, para evitarse el colapso de autos que embotellaban las grandes autopistas que accedían a la ciudad.

—¿Quiere que probemos por la entrada norte? —preguntó el taxista—, a veces hay suerte y está más despejada.

—Siempre que la rotonda no se haya atascado —contestó Iván. La rotonda era uno de los nudos críticos de circunvalación, un cruce de varias autopistas, en el que las condiciones del tráfico eran impredecibles. A menudo, atajar por allí era la opción más rápida. Otras veces, si la congestión llegaba a bloquear los cruces, podía representar una ratonera. Iván había experimentado ambas situaciones.

—Peor que por aquí, dudo que sea —insistió el taxista.

Lo cierto, pensó Iván, es que el atasco se iba espesando, la velocidad de los autos apenas sobrepasaba ya la de una persona a pie. De un momento a otro se detendrían, todavía a una decena de kilómetros de la ciudad. Acababan de pasar un indicador que avisaba de que la desviación a la entrada norte estaba a unos pocos cientos de metros. Había que decidirse.

—Adelante. Pruebe a ver.

Con una rápida maniobra, el taxi cruzó los carriles atestados de tráfico que le separaban del acceso a la desviación, para tomarla, justo en el último segundo. Iván respiró aliviado. El tráfico parecía, en efecto, mucho menos congestionado en aquel ramal. Avanzaron rápidamente unos diez minutos, hasta llegar a la vecindad de la fatídica rotonda.

—Mierda —masculló el taxista—. Atascada hasta los topes.

Iván bajó la ventanilla, ponderando la larga fila de vehículos,

completamente inmóvil, que se formaba delante del taxi, en el carril derecho de la autopista. El carril izquierdo, por contraste, estaba completamente vacío.

—Ése es sólo para girar la rotonda —dijo el taxista, adelantándose a su pregunta—. La cola para entrar a la ciudad se forma en el carril derecho.

—Pues no parece que se mueva lo más mínimo.

—Es por culpa de los listillos, ¿sabe usted? Si a mí me dejaran una pistola ya vería cómo arreglaba yo el problema.

—¿Y eso? —preguntó Iván, intrigado—. Aquí parece que todo el mundo se aguanta, como nosotros.

—Espere y verá.

Un instante después un deportivo les rebasó por el carril izquierdo. Iván se asomó a la ventanilla del taxi. El auto esquivó la larga cola de cientos de metros, para, en el último instante, torcer a la derecha, colándose en el carril de entrada gracias a un mínimo hueco que formaba el recodo del andén.

—¿Lo ve? —Gruñó el taxista—. Hijoputas así lo joden todo. Si nadie hiciera trampa esto iría bastante rápido, se lo digo yo. Nos costaba cinco o diez minutos como máximo llegar a la salida. Pero los cabrones estos paralizan la cola, no sólo se cuelan sino que la gente se pone histérica, intentan bloquearles el paso y lo único que consiguen es colapsar más la autopista. Mire lo que le digo, nos podemos tirar una hora aquí.

—Hombre, no será para tanto. Dos o tres tramposos no van a suponer tanta diferencia, digo yo.

—¡Si fueran dos o tres! Usted espere y verá.

Un instante más tarde, otro automóvil les rebasó por el carril izquierdo. Y otro. Y un tercero. Peor aún, la camioneta que tenían detrás, se salió de la fila de la derecha, acelerando hacia el final del atasco.

—¿Lo ve? Dentro de un momento se colapsa el carril izquierdo. Lo he visto un montón de veces. Al principio la peña aguanta, pero basta que un par de mamones empiecen a joder para que el personal se descomponga. Y lo peor, en cuanto se bloquee el carril izquierdo estamos en la mierda de verdad. Se avanza cinco veces más lento. Ya le digo, como no espabilemos nos van a dar aquí las

del alba.

—¿Es que podemos hacer algo al respecto?

—Sólo si nos damos prisa. Dentro de dos minutos es tarde.

—O sea, saltarnos la cola también.

El taxista se encogió de hombros. —Mire, yo me paso la vida al volante. Como se puede imaginar estas cosas me hacen menos gracia que a nadie. Si nadie se pasara de listo estaríamos ya en su casa. Pero el caso es que la peña va a hacer trampas y los pardillos que siguen en la cola no llegan hasta mañana. Garantizado. Así que ya me dirá lo que prefiere. Después de todo usted es el que paga.

Un Mercedes negro, imponente, idéntico al que conducía Roberto Altarelli, les rebasó en ese momento.

—Venga —jadeó Iván—. Vamos antes de que sea tarde.

—Bien decidido —dijo el taxista, mientras se colaba en el carril izquierdo de un volantazo y aceleraba hacia la salida.

6

Iván tomó el cigarrillo de marihuana que Sonia le alargaba y dio dos o tres rápidas caladas, reteniendo el humo en los pulmones durante un largo rato. Su mujer se dejó caer en la cama, desperezándose, mostrando sin pudor alguno su espléndida desnudez. Iván la contempló, maravillado de su belleza.

—Qué calor —suspiró ella.

—Es la hierba —dijo Iván—. Pega fuerte, ¿eh?

Por toda respuesta Sonia le alargó los brazos.

Más tarde, él se levantó a preparar un café. Cuando regresó, con dos tazas humeantes, la encontró sentada en el borde de la cama, envuelta en un kimono de seda rojo —uno de los muchos recuerdos de Tokio que Sonia se había traído de su año de ampliación de estudios en aquella ciudad, poco antes de que Iván la conociera—. Peinaba su larga cabellera morena, contemplándose en el espejo, las mejillas todavía encendidas, los ojos achispados, aquella sonrisa suya en los labios. Contemplándose en el espejo Sonia se gustaba, se dijo, tanto como le gustaba a él, a cualquier hombre.

Se sentó a su lado, le tendió una taza, que ella tomó con ambas manos, aspirando el penetrante aroma del café torrefacto, importado de Italia, que tomaban en casa. Iván había adquirido de su padre la aversión por el aguachirle con que se conformaba casi todo el mundo.

—Mmm. Qué rico. Gracias amor.

Qué hermosa es, pensó Iván de nuevo. Recordó el dolor casi físico que había sentido la primera vez que la vio, el sabor dulzón del anís inundando su paladar. Semanas más tarde, durante sus primeros encuentros, todavía clandestinos, Sonia le confesó que el flechazo había sido mutuo.

—Creo que me hubiera acostado contigo ese mismo día, si me lo

hubieras propuesto —le dijo.

Acababan de hacer el amor en uno de aquellos hoteles apresurados que tanto habían frecuentado por entonces. Ella se había levantado de la cama, acercándose a la ventana, contemplando durante unos instantes cómo los rascacielos de la ciudad comenzaban a iluminarse lentamente, con la caída de la tarde.

—Ganas no me faltaron —dijo él—. Aunque con Ioannis delante era un poco difícil, ¿no?

—Qué va —rió ella—. Si está en babia. Se pasa el día pegado a las teclas, o conspirando con Sergei. —Sonia compuso un mohín de fastidio—. Le está bien empleado.

—No seas así. Pobre hombre.

—Justo. Un pobre hombre. Sagitario tenía que ser. ¿Te crees que no me da pena? —Sonia había dejado caer el albornoz a sus pies, acercándose a él despacio, dándole tiempo a contemplarla a su gusto—. Pero me aburre, amor. Tú en cambio me vuelves loca.

—Pobre Ioannis —había insistido él, mientras se derrumbaban en la cama—. Se va a quedar hecho cisco cuando se lo digas.

—Ya se consolará —dijo ella, mientras le quitaba la camisa.

—No sé —dijo Iván bromeando solo a medias—. Me preocupa que se tire por un puente o algo por el estilo.

Sonia le desabrochó el cinturón. —¿Ioannis? —dijo—. Qué va. Con lo blandito que es. Le llorará un poco a Sergei en el hombro y en paz.

Iván suspiró, sacudiendo la cabeza, dándose cuenta de que todavía se hallaba bajo los efectos de la marihuana que llevaban fumando toda la tarde. Recordó el día en que Ioannis había ido a buscarle, después de que Sonia se lo contara todo. Esperaba una escena violenta con su amigo, al menos una buena sarta de maldiciones. No ocurrió nada de eso. Ioannis aceptó la noticia con la resignación con que había aceptado, durante años, la derrota semanal al squash, la resignación con la que había visto como Iván escalaba puestos en la Compañía mientras él se estancaba, la resignación con la que sin duda aceptaría la inminente persecución en los tribunales.

—En el fondo me lo esperaba, tío.

—Ioannis, yo… —había empezado a disculparse él, sin

encontrar qué decirle.

—No, en serio. Tú no tienes la culpa. Yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo.

—Lo siento de veras —dijo Iván. Pero no, pensó, no lo sentía. Ioannis era, o había sido, su mejor, casi su único amigo y él había correspondido a su fidelidad apoderándose de su mujer. Esas cosas pasaban. Siempre pasaban. La vida era así, de eso podía dar fe Gabriel Ormaechea cuyo hermano menor no tenía donde caerse muerto y tantas, tantas tardes aparecía por la buhardilla de mamá con un librito de poemas envuelto en papel de regalo, para Juanito con cariño y aquella firma, la P gótica, altiva, una P que proclamaba algo que disimulaba el rostro manso, perennemente azorado, es que ni en el forro de los cojones nos parecemos, gritaba Gabriel Ormaechea a quién quisiera escucharle, la P atrevida, posesiva, seguida de cuatro apretadas cursivas y la O final, rematada por un lazo que giraba sobre sí mismo y encerraba en una, dos, tres elipses el nombre completo. Para Iván con cariño, Pedro. Y las horas muertas leyendo a escondidas, porque por tu madre menudo malcriado hubieras salido, Juanito, coño, sin entender aún las frases mágicas —*pues la belleza no es sino el principio del terror*—, apenas intuyendo su significado —*y nos asombra, si, serenamente, rehúsa aniquilarnos*—, intuyendo que ese significado se repetía en los cuadros repartidos por la buhardilla, en la mirada del hombre que le acaricia un momento la cabeza y busca con sus ojos los ojos de su madre, luz y sombras alternándose en el estudio de Miriam, luz y sombras alternándose en los ojos del tío Pedro.

—Es mejor así. —Ioannis le dedicó una sonrisa bovina—. Sonia necesita alguien como tú, un triunfador. Yo soy poca cosa para ella.

Iván desvió la mirada, incapaz de soportar por más tiempo los ojos perrunos, enrojecidos, que le miraban ansiosos, como buscando su aprobación.

—Sin rencor —dijo Ioannis, acercándose a él con la mano extendida.

—Claro —dijo Iván, estrechándosela con toda la rabia que el otro parecía incapaz de sentir, apretando con la manaza que había heredado de su padre los frágiles dedos del otro, fuerte, muy fuerte, hasta que los ojos que no cesaban de suplicar se llenaron de

lágrimas.

7

—Qué rico —repitió Sonia, dando otro sorbo a su taza de café—. Oye, esta mañana has estado muy bien.

Iván se encogió de hombros. —No fue agradable —dijo.

—Ya me imagino. Roberto estaba como loco. Nunca lo había visto así.

Iván dio un pensativo sorbo a su taza de café. —No consigo entenderle. No tenía nada que ganar. Él sabía mejor que nadie que no había forma de salvar el pescuezo de Sergei. Qué falta hacía sacrificar también el suyo.

Sonia pasó el cepillo, lentamente, por su melena oscura. —Roberto es Tauro —dijo—. Los Tauro hacen cosas así. Van de héroes.

—Venga, Sonia. Ya está bien con el Zodiaco. Tauro o no, nadie actúa altruistamente en el mundo en que nos movemos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dices de Sergei? ¿No te parece altruista, todo eso de trabajar gratis para el software libre?

—Sergei es un vanidoso. Quería estar en misa y repicando las campanas, cobrando de la Compañía y adorado por el pueblo. Eso es todo.

—¿Tú crees? Oyéndolo hablar me parecía que se toma muy en serio todas esas monsergas.

Iván encendió otro porro. Casi le pareció ver a su mentor entre el humo que llenaba la habitación, un Sancho Panza risueño, con una copa de vino en la mano, brindando por la revolución, durante cualquiera de las numerosas veladas en las que cenaba con ellos, alargando la tertulia hasta la madrugada.

—¿Te acuerdas del dilema del prisionero, Iván? —Sergei sonriéndole, con la boca llena de pizza, secándose los dedos grasientos en una servilleta de papel, las mejillas encendidas por el

vino.

—¿Cómo me iba a olvidar? Era una de tus mejores clases. Me parece que te estoy viendo subido a la tarima, agitando aquel artículo, parecías un profeta esgrimiendo los evangelios. —Iván había cambiado el tono de su voz, logrando una imitación más que pasable de la de Sergei—. El dilema del prisionero —declamó—, o cómo subastar un dólar por el precio de cincuenta.

—¡Bravo! —Aplaudió Sergei—. Sigue, sigue.

—Nada más fácil —continuó Iván, sin dejar de caricaturizar a su maestro—. Basta con añadir una regla extra a las habituales de una subasta. El dólar, por supuesto se lo lleva aquel que puje más alto. Pero además, el que haga la segunda oferta está obligado a pagar su importe al ganador.

En la primera ronda, la puja más alta, puede ser, digamos, veinte céntimos. Pero el tipo que ha ofrecido diecinueve no quiere perder su dinero, así que en la segunda ronda ofrece treinta, pensando que todavía le queda un margen de beneficio. A lo que responde el comprador anterior ofreciendo cuarenta y así sucesivamente. Para cuando se quieren dar cuenta, el precio que están ofreciendo rebasa en mucho el valor de la moneda que se subasta, pero no saben como detenerse, ya que el que pierde la ronda está obligado a pujar más alto…

Iván abrió los brazos teatralmente, como dedicando un gran abrazo a una imaginaria aula repleta de encandilados estudiantes.

—Y ahora era cuando te ponías serio y decías…

Sergei le interrumpió, interpretando, no sin gracia, una parodia de sí mismo.

—¿Os suena la metáfora chicos? La carrera de armas que pudo haber acabado con el planeta, durante la guerra fría seguía nuestro ejemplo al pie de la letra.

—¿Pero dónde está el prisionero de la historia? —quiso saber Sonia.

—Aquí —había contestado Sergei, sacando de su bolsillo un pedazo de papel arrugado.

—No me digas que te has traído el artículo de marras —rió Iván.

—Pues claro. Es mi breviario, hijo. Dejadme que os lea.

Dos criminales, cómplices en la ejecución de cierto crimen, son detenidos y encerrados en celdas separadas. Ambos apenas se

conocen y no albergan ningún tipo de sentimientos el uno por el otro. No se aprecian, pero tampoco se odian. La víspera del juicio, el fiscal les ofrece un trato.

—Tenemos suficientes pruebas en tu contra —explica a cada prisionero por separado—, como para condenarte a un año de cárcel, igual que a tu cómplice, incluso si ambos os declaráis inocentes. Pero queremos que este caso sea un escarmiento, así que estamos dispuestos a dejarte en libertad si nos ayudas, declarándote culpable e inculpando a tu compinche. Siempre que él se declare inocente, claro. En ese caso utilizaremos tu confesión para destruirle en el juicio. Con toda seguridad le caerán diez años.

—¿Pero qué ocurre si él también se declara culpable? —pregunta, desconfiado el criminal.

—Ah, en ese caso, con las confesiones de ambos firmadas… mucho me temo que cumpliréis tres años cada uno.

He aquí el dilema del prisionero, o de los prisioneros, para ser más exactos. Claramente, a ambos les conviene declararse inocentes, con el ánimo de minimizar su pena, para lo cual sólo es necesario que cada uno confíe que el otro hará lo propio. ¿Pero cómo atreverse? Si uno de ellos se declara inocente y el otro culpable, el primero debe enfrentar una condena desproporcionada, mientras que el segundo escapa libre. ¿Cómo puede cada uno de ellos confiar, en estas circunstancias en que el otro no caiga en la tentación de traicionarle?

—Qué interesante —dijo Sonia, dedicándole a Sergei una de sus sonrisas profesionales.

—El artículo es de Clara Díaz de Deus —aclaró Iván—. Parte de su tesis doctoral. Es uno de los trabajos más citados que existen en teoría de la información.

—¿En serio? —Se maravilló ella, esta vez genuinamente.

—Y tan en serio —contestó Sergei, alargando la copa, reclamando más vino—. Menuda se montó. En sólo tres meses ya habían salido ochenta o cien trabajos, todo el mundo venga a darle vueltas al dichoso tema.

Entonces le propuse a Clara que escribiéramos otro artículo. Uno que aclarara las cosas de una vez por todas.

—¿Puede emerger la confianza en un mundo de egoístas? —citó Iván—, mientras su mano derecha, bajo la mesa, ascendía por los

muslos de Sonia.

—Mierda, hijo, te has merecido que te cuenta la historia completa por empollón. —Sergei se apoderó de la botella de vino y de los restos de pizza que todavía quedaba en el plato de Sonia—. Es decir, si no es muy tarde.

—No, no, sigue —dijo ella, sus mejillas súbitamente encendidas. Quizás el iluso había pensado que toda aquella excitación repentina se debía a su discurso.

—Muy bien, pues lo que hicimos fue organizar un torneo. —Sergei les contempló un instante, jadeando ligeramente, dramático como un Hamlet gordinflón—. Un torneo de programas de ordenador, claro está. Cada programa codificaba una estrategia para interaccionar con los demás frente a una situación como la que describía Clara en su artículo inicial, traducida a una simple tabla de ganancia, con cuatro entradas. Si los dos cooperaban cada uno ganaba tres puntos. Si los dos eran desleales, cada uno ganaba un punto. Si uno coopera y el otro es desleal, el que confía gana cero puntos y el que defraudaba gana cinco. La gracia del experimento, naturalmente, era que los programas interaccionaban muchas veces, no una sola vez como en la formulación original.

—¿Y por qué era eso importante? —preguntó Iván, deseoso de simular atención, mientras sus dedos pasaban a la acción, bajo la mesa.

—Obvio. De esa manera, los programas podían codificar estrategias que reaccionaran a la interacción con los otros programas. Es como si en la metáfora original, los prisioneros se encuentran en la misma situación cada cierto tiempo. Si uno de ellos traicionó al otro la primera vez, es de esperar que éste no vuelva a confiar en él, ¿no? Y viceversa. Si ambos fueron leales, lo lógico es que repitan.

—Ya veo —dijo Iván, a tiempo de disimular con su voz un apagado quejido que Sonia no había acertado a contener.

—Bueno, pues hubo todo tipo de programas. Los que traicionaban a todo bicho viviente. Los que empezaban siendo leales y al cabo de unas cuantas jugadas te apuñalaban. Los que tiraban alguna coz de vez en cuando. Y así. Participaron en el juego académicos de todo el mundo, desde expertos en teorías de juegos hasta teóricos de biología evolutiva. Hubo códigos de trescientas

líneas y más. Nunca os imaginaríais quien ganó.

—¿Qui… quién? —suspiró Sonia.

—El programa con el nombre más bonito y la formulación más simple de todos. Se llamaba Serenidad y tenía apenas tres o cuatro líneas de código.

—Qué interesante —dijo Sonia, levantándose de la mesa y dejándose caer en el sofá—. Sigue contando, ¿eh? Yo voy a relajarme un poquito.

—Claro, claro —dijo Sergei, a quien, en el fondo, le traía sin cuidado que Sonia le escuchara o no. Como todos los charlatanes compulsivos el buen profesor no necesitaba en realidad una audiencia, bastándole con la ilusión de ésta. Como todos los charlatanes compulsivos, Sergei Bilenki sólo se escuchaba a sí mismo—. Bien, pues como os decía el programa era sencillísimo. Se limitaba a cooperar en el primer movimiento y a partir de ahí repetía lo que el otro jugador hubiera hecho en el movimiento anterior. Que confiaban en él, confiaba. Que le traicionaban, pagaba en la misma moneda.

—Parece increíble que una estrategia tan simple derrotara a las de todos esos expertos —dijo Iván, que tras la escaramuza recién concluida con Sonia se iba interesando, casi a su pesar, con los argumentos de su mentor.

—Y tanto. La cosa dio de sí para muchos trabajos posteriores explicando en detalle por qué el programita funcionaba tan bien. Pero, en resumen, Serenidad se limitaba a codificar el concepto de bondad, tal como lo formulamos en nuestro artículo, a saber, la voluntad de no ser nunca desleal acompañada de la capacidad de defenderte de eventuales agresiones.

—Uno tendería a pensar que alguien bondadoso confía siempre en los otros —dijo Iván.

—Mierda —rió Sergei, satisfecho—. Una cosa es ser bueno y otra muy distinta ser idiota.

¿Llamarías bondadoso a alguien que se fiara de uno que lo engaña a diario? ¿O pensarías que se trata de un retrasado? Serenidad era capaz de modificar su comportamiento en función de su interacción con los demás, igual que lo haríamos tú y yo.

La otra característica interesante del programita era que si le dabas un palo podías tener la certeza que te lo devolvía, pero si más

tarde mostrabas lealtad, te respondía confiando en ti de nuevo. Muchas de las estrategias que concursaban codificaban variantes de la idea de venganza total. Una vez que otro programa era desleal en un encuentro no volvían a fiarse y defraudaban una y otra vez. Se los comía el rencor, por decirlo así. A la larga, resultó ser una de las estrategias más pobres, ciertamente mucho peor que la de perdonar como hacía Serenidad, una vez, eso sí, que se había defendido de la agresión.

—Qué inteligente —exclamó Iván, sinceramente impresionado—. Y ¿quién escribió Serenidad? ¿Tú, imagino?

—No, hombre —exclamó Sergei—. Fue Clara, naturalmente.

8

—Pasa, muchacho, pasa —desde el fondo de la sala, William Goldman agitaba un brazo enclenque. Iván entró, cerrando la puerta tras de sí, echó un rápido vistazo a su alrededor. Acababa de penetrar en el despacho del CEO, el mítico reducto donde sólo pisaban los elegidos, la flor y nata de su guardia pretoriana.

El despacho del CEO. Cuatro paredes desoladas, una de ellas casi completamente ocupada por una gran cristalera, las otras tres desnudas, lisas, pintadas de blanco. Ni un cuadro en ellas, ni un anaquel, ni un adorno, ni siquiera el mínimo consuelo del estuco. El suelo era de mármol, grandes baldosas inmaculadas, pulidas como lápidas anónimas. No había más muebles que un escritorio en una de las esquinas, —aluminio y metacrilato— y una especie de living en el centro del cuarto, compuesto por una mesa baja y alargada, también de plástico centelleante, rodeada por un sofá y varias butacas, cuyo diseño —armazón de acero, tapizadas de cuero del mismo color nieve que las paredes y baldosas— parecía concebido para enfriar la sangre de quien tuviera que ocuparlas. La luz entraba a raudales por el amplio ventanal, más allá del cual se extendía, remota, la ciudad.

—Ponte cómodo.

Iván saludó a Sarah Ellis que se hallaba sentada junto al CEO, en su habitual postura rígida. Desde el sofá, Helmut Swartz le mandó un amago de puñetazo amistoso. Había una cuarta persona, sentada en la butaca que enfrentaba a Goldman, dándole la espalda.

No se sorprendió demasiado al reconocer a Roberto Altarelli. El directivo le alargó la mano, apretando fuertemente cuando Iván la estrechó. Su mano, a pesar de no ser mucho más grande que la de Ioannis, resistió bien la presión de la zarpa de Iván. Aquello hubiera bastado a Gabriel Ormaechea para clasificarlo inmediatamente de

hombre honesto. Pobre viejo, se dijo.

—Quizás te sorprenda la presencia de Roberto —el CEO le dedicó una sonrisa casi traviesa.

Iván se encogió de hombros.

—No del todo.

Altarelli sonrió, impasible. Iván lo contempló de reojo. Delgado, impecable en un traje azul oscuro cortado a medida, el cabello abundante, rizado, entrecano. Un rostro ancho, atractivo, de mandíbula firme y labios llenos, los ojos grandes, verdes, helados.

Se abrió una puerta lateral y entró un camarero empujando un carrito con café y pastas. El CEO les hizo un gesto para que se sirvieran, tomó él mismo una taza. Altarelli encendió un cigarrillo, ignorando la mirada reprobadora de Ellis. Swartz se abalanzó sobre la bandeja, devorando un pastelillo tras otro con pasmosa rapidez. Iván se sirvió una taza de café, aprovechando el momento para poner en orden sus pensamientos. La presencia de Altarelli en aquella reunión sólo podía significar una cosa. Recordó la conversación con Sonia la tarde anterior. Así que, pensó, su intuición no le había fallado. Sin duda todo había sido una farsa, de cuyas razones se enteraría enseguida. La idea no le hizo sentirse mejor. Por un momento tuvo la imagen del buen ladrón descendiendo de un salto del madero donde lo habían falsamente crucificado, riéndose a carcajadas de un Nazareno gordinflón y aterrorizado, abandonado a su suerte en el Gólgota.

El CEO apuró su café y sacó un chicle de su bolsillo.

—En primer lugar, queremos felicitarte por tu excelente trabajo —dijo—. Estamos muy orgullosos de ti.

Iván forzó una sonrisa como pudo, sin decir nada, manteniéndose a la expectativa.

—Hemos decidido, en consecuencia, invitarte a esta reunión —continuó el CEO—, cuyo objetivo es decidir un curso de acción en lo que se refiere a Jazz Software.

Partamos del hecho de que, desgraciadamente, y a pesar de la cláusula de exclusividad de los contratos de Sergei y su gente, la denuncia de Blue Chip puede prosperar. Sus abogados alegarán que Bossa Nova fue desarrollado fuera de horas de trabajo y sin utilizar equipo propiedad de la Compañía, como tú mismo resaltabas en tus informes.

—Incluso si al final conseguimos ganarles el proceso —resopló Helmut Swartz—, pueden enredarnos durante años en los tribunales. Un desastre para nuestra imagen pública.

—Tal como están las cosas, sólo tenemos tres opciones —intervino Altarelli—. La primera sería licenciar Cometa 2020 como software libre, lo cual, inmediatamente cancelaría la denuncia.

Altarelli hizo una pausa, como asegurándose de que todo el mundo comprendía la magnitud del sacrilegio.

—La segunda es enfrentarnos a Blue Chip legalmente, como hemos declarado que es nuestra intención en el comité ejecutivo.

—Puñeteramente arriesgado —bufó Swartz.

—La tercera, es buscar una solución más, digamos, contundente.

—Ésa es la razón por la que estamos aquí hoy —dijo el CEO, retomando la palabra con la tranquila seguridad del actor principal que entra a escena tras permitir que sus comparsas planteen las líneas maestras del drama—. Creo que estamos obligados a hacernos con el control de Jazz Software.

—¿Quieres decir comprar la empresa? —aventuró Iván—. No debe ser fácil.

—No lo es —dijo Altarelli—. Hemos adquirido muchas otras en el pasado, pero se suelen dar ciertas condiciones. Por ejemplo que las acciones estén a un precio razonable en el mercado y que no tengan demasiadas deudas. No es el caso de ésta. Clara sabe lo que se hace, entendió desde siempre que su mejor defensa no sólo frente a rivales como nosotros sino también frente a amigos peligrosos como Blue Chip o Hitachi, era crecer sin parar. Por un lado sus expectativas son muy buenas, así que sus acciones cotizan al alza. Por otro, ha solicitado un crédito detrás del otro para hacer frente a sus múltiples expansiones. Si compráramos Jazz Software por la fuerza bruta estaríamos obligados a hacer frente a todos esos créditos. Y créeme que debe mucho dinero.

—Sería una inversión verdaderamente ruinosa —dijo Sarah Ellis.

—Además hay otras posibilidades —terció Altarelli—, más… beneficiosas, aunque algo más complejas.

—Podríamos ofrecerle a Jazz Software una ampliación de capital —dijo el CEO. Iván dio un respingo en su butaca—. Disculpadme —dijo—, pero no consigo entender por qué una acción así nos beneficiaría. Y tampoco veo claro por qué razón aceptaría Díaz de

Deus semejante oferta de su peor enemigo.

—Por una muy sencilla —la sonrisa del CEO era tan afable como la de un confesor—. Porque tiene que amortizar sus créditos. En su situación actual los intereses se comen sus beneficios a pesar de lo bien que cotizan sus acciones. Necesita una inyección de capital y nosotros somos los únicos que podemos proporcionársela.

Para salir de apuros Clara necesita unos mil millones, lo que supone una ampliación por una cantidad equivalente a la mitad de su capital activo. Como veis se trata de una suma muy importante.

—Pero ¿qué razones alegaría la Compañía para hacerse cargo de una inversión así? —preguntó Iván, cada vez más perplejo.

—Altruismo —dijo Altarelli, sonriendo cínicamente, abriendo los brazos en cruz—. Buena voluntad. Un corazón así de grande.

Ellis y Swartz rieron, sin muchas ganas, el chiste del directivo. Goldman, en cambio, se mantuvo imperturbable, su pequeña cabeza girando de un sitio a otro, un gesto que Iván había aprendido a identificar como de impaciencia.

—A cambio —dijo, y su voz era algo más tenue de lo habitual, avisando claramente de la improcedencia de más bromas—, obtendríamos un treinta y tres por ciento de las acciones de Jazz Software una vez redistribuidas de acuerdo al nuevo activo, lo que nos convertiría en un socio muy influyente. Déjame mostrarte los números de manera más cuantitativa.

Mientras hablaba, el CEO pulsó un botón de un cuadro de mandos disimulado en su butaca. Las luces de la sala se atenuaron y el haz azulado de un proyector semioculto en el techo iluminó una de las paredes, mostrando dos gráficos contiguos, en forma de tarta de manzana, cada uno de los cuales estaba dividido en una serie de porciones de diferentes colores. El puntero láser de Goldman se paseó por encima de uno de ellos.

—Así se reparten las acciones de Jazz Software en la actualidad. Blue Chip se las ha ingeniado para controlar el treinta por ciento (la luz verde se detuvo en el sector de mayor tamaño, de color azul, que ocupaba un tercio de la tarta), Hitachi, contraatacó adquiriendo un diez (el puntero giró en torno a una porción pintada de amarillo), a todas luces para evitar una excesiva hegemonía del buen Goliat. A su vez, la fundación para el desarrollo del software libre, un grupo que controla Clara, adquirió otro diez por ciento,

que junto con el veinte en manos de un consorcio de universidades también afín a sus ideas (el punto verde sobrevoló un sector color naranja y otro morado, de menor tamaño) garantiza que ni Blue Chip ni los nipones pueden hacerse con el control de la mayoría de las acciones. Finalmente quedan un quince por ciento moviéndose libremente en bolsa y otro quince que se reservó la propia Clara al fundar su empresa.

Ahora bien, si la Compañía aportara el capital necesario para ampliar el activo de Jazz Software en un cincuenta por ciento, las acciones se redistribuirían de la siguiente manera (el láser iluminó la segunda tarta, recorriendo una a una las porciones multicolores). Nosotros pasaríamos a controlar un treinta y tres por ciento de las acciones puesto que aportamos un tercio del capital total. El resto vería su participación reducida en dos tercios. Blue Chip tendría que conformarse con el veinte por ciento, Hitachi y la fundación con el siete cada uno y el consorcio con un trece. Quedaría un diez por ciento libre y otro diez por ciento en manos de Clara.

En la nueva repartición, Clara y sus amigos controlarían aproximadamente un tercio, la compañía otro tanto y el tercio restante se lo repartirían Blue Chip y Hitachi, quedando un pequeño margen flotando en el mercado. Sería una situación mucho más equilibrada que la actual, que beneficiaría a la Compañía, pero tampoco desfavorecería a Jazz Software, puesto que nadie podría hacerse con el control de la mayoría de las acciones y a cambio obtendría el capital que necesita desesperadamente.

—Es muy convincente, la verdad —dijo Iván, admirado por la brillantez de los argumentos que exponía el CEO—. Pero no estoy seguro de lo factible que sería una negociación de este tipo en términos exclusivamente económicos. Está la cuestión ideológica. Y por lo que aprendí de Sergei, veo difícil que Clara Díaz de Deus se desvíe un ápice de sus creencias.

—Puedes estar seguro de ello, socio —dijo Altarelli—. Clara es terca como una mula. Sus manías nos están costando muchos disgustos.

No sólo a la Compañía, pensó Iván. Díaz de Deus se contaba entre los escasos librepensadores capaces de provocar sistemáticamente a una democracia adormilada y autocomplaciente con actos radicales como la decisión, aireada en toda la prensa del

país, de financiar Rebelión, la contestataria revista que el bueno de Luigi, el indomable, incombustible Luigi, editaba contra viento y marea. Y sin embargo, a diferencia de otros intelectuales —se le vinieron a la cabeza los nombres del economista Marcos Brenner, o el poeta Augusto Talens, ambos ferozmente vilipendiados en los *mass media* por su activismo político—, clara se las ingeniaba para ser admirada por la misma sociedad que tan valerosamente criticaba. Sus manías, como las llamaba Altarelli, no habían impedido que fuera citada entre los empresarios más exitosos del año por todas las revistas de economía, o que universidades como Oxford y la Sorbona la galardonaran con sendos doctorados Honoris Causa.

—Existen posibilidades de convergencia —dijo Goldman, ignorando el comentario de Altarelli—, y de hecho, parte de tu futuro trabajo va a consistir en argumentarlas sólidamente. Por ejemplo, podría estudiarse la posibilidad de desarrollar un núcleo común a Bossa Nova y Cometa 2020, licenciado como software libre, lo que permitiría acallar de inmediato cualquier acusación de plagio. La Compañía se comprometería a apoyar y difundir ese sistema común a cambio de que Jazz Software aceptara que otra parte substancial de nuestros productos siguiera manteniendo la patente que nos garantiza su propiedad exclusiva. En resumen, ofreciendo ceder parte de nuestro terreno a cambio de que ellos cedieran parte del suyo, debería ser posible encontrar un espacio común en el que las dos empresas pudieran coexistir, e incluso beneficiarse mutuamente.

—Estoy seguro de ello —dijo Iván, sin acabar de dar crédito a sus oídos. A pesar de lo razonable que resultaban los argumentos del CEO había algo que no encajaba en toda aquella situación. Algo que tenía que ver con la espalda rígida de Ellis, la manera despiadada en que Swartz había devorado los pastelillos que acompañaban al café, la sonrisa cínica de Altarelli, la tristeza de William Goldman.

—Antes de proseguir —dijo Goldman—, deberíamos explicarte la razón de la pequeña representación del otro día. A estas alturas todo el mundo sabe que Roberto se ha enfrentado conmigo y ha dimitido de su cargo.

—A Clara no tardará en llegarle la historia completa de mi

intervención del otro día —la boca de Altarelli sonreía, pero no sus gélidos ojos—. Ya nos ocuparemos de eso. A Sergei le faltará tiempo para proponerle a su benefactora que sea su buen amigo Roberto quien se ocupe de las negociaciones. Ya le conoces, siempre le encantó jugar al buen samaritano. Y por supuesto, apenas le sugiera al gordito que la Compañía podría indultarlo, empezará a ver claro como el agua lo mucho que conviene ampliar capital a Jazz Software. Eso y cualquier otra cosa que se le mande.

Cierto, pensó Iván. Sergei era un pusilánime, un cobarde. Todavía recordaba sus lágrimas desenfrenadas, sus convulsiones histéricas, un año atrás, al recibir la carta de despido. La denuncia por incumplimiento de contrato era mucho peor. Haría, en efecto, lo que se le dijera.

—Ya veo —dijo cautelosamente. Empezó a tener la sensación de que toda aquella gente le estaba ocultando información, divirtiéndose a su costa—. Lo cierto es que, tal y como lo habéis planteado, es verdad que la operación resultaría beneficiosa para Díaz de Deus.

—Aún falta lo mejor —dijo Goldman.

—Hemos empezado a comprar acciones de Jazz Software en el mercado libre —intervino la directora de finanzas, como si hubiera estado aguardo una consigna del CEO—. Estamos utilizando a varios corredores diferentes que operan con la máxima discreción. Parece que podemos llegar a adquirir un diez por ciento, aproximadamente, sin levantar sospechas.

—No entiendo —dijo Iván, frotándose los ojos bajo las gafas—. Esa maniobra va a disparar el precio al que cotizan en bolsa.

—Y que lo digas —dijo Altarelli—. Es un negocio pésimo.

—¿Entonces? Sinceramente, no veo en qué nos beneficia. Si se procede a una ampliación como la que hemos comentado, después de la redistribución la Compañía controlaría el cuarenta por ciento de las acciones, lo cual rompe el equilibrio de fuerzas que William ha descrito. Para lo único que eso serviría es para generar una dinámica de mayor agresividad y desconfianza entre los diferentes grupos.

—Tienes toda la razón —dijo Goldman—. Pero si llegamos a controlar el cincuenta y uno por ciento de sus acciones sería innecesario cooperar con nadie. Simplemente impondríamos

nuestra voluntad.

Así que era eso, pensó Iván, riéndose de sí mismo. ¿Cómo había podido ser tan iluso? ¿Desde cuándo negociaban una coexistencia pacífica lobos y corderos? Las intenciones de Goldman deberían haberle quedado claras desde el principio, llevaba ya más de diez años trabajando en la Compañía, más que suficiente como para saber a qué atenerse.

Sin embargo había algo que no cuadraba.

—Disculpadme —dijo, señalando las tartas coloreadas que parecían ondular ligeramente en la pared—, pero aunque controláramos el cuarenta por ciento, el resto de las acciones están en manos de grupos afines a Clara. Y dudo que Blue Chip o Hitachi nos vendan una parte de las suyas.

—No, claro que no —rió Altarelli—. De hecho, si apoyan a Jazz Software es sólo para hacernos todo el daño que puedan.

—¿Entonces dónde vamos a encontrar el porcentaje que falta?

—¿Qué tal se te da el póquer, socio?

—Bastante bien —murmuró Iván, tensándose, ya sin dudar de que Altarelli y los demás estaban jugando con él al ratón y al gato.

—Entonces déjame ponerlo de esta manera. En esta partida, la Compañía juega con un comodín en la manga. Se llama Raúl Pimenta.

Tenía que ser así, pensó Iván. La Compañía jugaba siempre con un comodín en la manga. Y con las cartas marcadas.

—Raúl Pimenta —repitió—. El nombre no me dice nada.

—Es el marido de Clara —intervino Goldman.

—Las acciones que Díaz de Deus se reservó están a su nombre —dijo Swartz—, lo corriente en estos casos, usar un testaferro para protegerse contra embargos en caso de problemas. Desde luego, fue una precaución sensata. Se ha visto más de una vez a un pelo de la bancarrota.

—¿Y estaría dispuesto a vender ese paquete a la Compañía? —dijo Iván—. No consigo entenderlo. Es el marido de Díaz de Deus, alguien en quien ella confía, en otro caso no habría puesto las acciones a su nombre… ¿por qué habría de traicionarla?

—Por treinta monedas —sonrió el CEO, tristemente—. Como todo Judas.

9

—Estaba segura. —Sonia se llevó un pedacito de lubina a la boca, mascándolo ceremoniosamente—. Esta semana el horóscopo me había pronosticado una gran sorpresa.

Iván dio un sorbo a su copa de Chardonnay, paladeándolo, antes de contestar. Ligeramente afrutado, exótico, suave en el paladar. Así sabía también, pensó, su estado de ánimo.

—¿Te gusta el sitio?

—Es divino, amor.

Sonrió, satisfecho. Sonia estaba preciosa y el restaurante sobrepasaba con creces a todos los que conocía. Le gustara o no, pensó, le debía un favor a Altarelli, gracias al cual se encontraban allí aquella noche. Lo último que se hubiera imaginado, cuando le vio aparecer por su despacho con la excusa de revisar unos documentos, era que el ejecutivo se hubiera tomado la molestia de pasarse por allí con el único objetivo de congraciarse con él.

—Creo que tengo esos papeles que querías por aquí —dijo Iván, rebuscando en sus archivadores.

—Olvídate de eso ahora. —Altarelli se había dejado caer en una de las dos butacas del modesto despacho de Iván y encendido un pitillo, ignorando la prohibición de fumar en las oficinas—. En realidad sólo quería charlar un rato.

—¿Charlar?

—Sí, hombre. Estamos en el mismo barco. Hace falta que nos llevemos bien.

Como si fuera posible llevarse bien con un tigre de Bengala, pensó Iván, que, sin embargo, se limitó a sonreír, manteniéndose a la expectativa.

—Además tengo que pedirte disculpas por ponerme borde contigo el otro día en la reunión del comité ejecutivo.

Comprenderás que era parte del show.

—Claro.

—Escucha, lo de Sergei me jode tanto como a ti. Pero así son las cosas, nadie le pidió meterse a redentor.

Iván se encogió de hombros, sin saber que decir. Altarelli dio un calada a su pitillo, formando una «O» perfecta al exhalar el humo.

—Créeme que le aprecio. Igual que aprecio a Clara. No sé si el gordito te habrá contado, Clara y yo fuimos compañeros de curso. Llegamos a ser muy amigos… algo más que amigos —el jade en las pupilas de Altarelli pareció empañarse levemente, perdiendo algo de su helado brillo—. Pero ya ves, los negocios son los negocios.

—Es verdad —asintió Iván. La frase, pensó, podría haber salido de la boca del viejo. Se sintió algo más relajado. El ejecutivo, tuvo que admitirse a sí mismo, sabía ser afable cuando se lo proponía.

—En fin. Esta noche me pienso correr una buena juerga para celebrar la operación que acabamos de lanzar. Y tú deberías hacer lo mismo. Nos lo hemos ganado.

—La verdad —dijo Iván—. No estoy muy seguro de que haya nada que celebrar.

—¡No seas cenizo, hombre! Oye. —Altarelli sacó de su cartera una tarjeta de visita, garabateó dos líneas al dorso—. No seas gilipollas y llévate a cenar al bombón de tu mujer a Rebecca. No hay sitio más romántico para una parejita de enamorados.

—¿A Rebecca? —rió Iván—. Lo intenté una vez y cuando llamé para reservar me dijeron que no podían darme mesa en menos de tres meses.

—Tú hazme caso —dijo Altarelli tendiéndole la tarjeta—. Cuando llegues preguntas por el maître, le das esto y no te preocupes de más.

Lo mejor de todo, pensó Iván, no era la cena, por exquisita que fuera. Lo mejor había sido el momento de entrar en el restaurante, el instante en que había tendido la tarjeta —todavía sin tenerlas todas consigo— al altivo recepcionista, el cambio instantáneo en su rostro, del que se había borrado inmediatamente la expresión desdeñosa con que les había encarado, apareciendo en su lugar otra de servil complacencia. La prisa con que apareció el maître, el cual los había instalado en una de las mejores mesas del restaurante. No, lo mejor no era la cena, sino aquel trato, reservado a una élite

exquisita.

—El caso es que deberíamos consultar al horóscopo para que nos dijera cómo va a salir esta dichosa operación. ¿O sería mejor usar el Tarot?

Ella le dio un golpecito con la servilleta. —Tú ríete. Luego resulta que siempre llevo razón.

—Vale, vale. Esperemos que todo salga bien.

—¿Es que puede salir mal? —Sonia estaba verdaderamente adorable, con aquel mohín de preocupación en sus labios color cereza.

—La verdad, no sé qué pensar. Es todo… demasiado rebuscado. Una cosa sería negociar la ampliación de capital de la que se habló al principio. Costaría bastante dinero, pero los beneficios están a la vista. Cuanto más lo pienso mejor idea me parece, resolvería los problemas legales y de paso abriría nuevas posibilidades comerciales. En cambio, toda la artimaña que se necesita para hacerse con la mayoría de las acciones… no sé, me da la impresión de que arriesgamos mucho.

Sobre todo me preocupa el tal Pimenta. Goldman está convencido de que podemos comprarlo y seguramente tiene razón, el tipo parece un auténtico sinvergüenza. Pero aún así, le estamos pidiendo que traicione a su mujer.

—Como si eso fuera tan difícil —dijo Sonia, toda su alegría anterior bruscamente agriada en su rostro.

Lo sabía, pensó Iván, lo sabía desde el momento que la palabra traición había salido de sus labios. Aunque lo de Patricia no hubiera sido una traición sino una solución de emergencia, la única manera de que su mujer comprendiera que no pensaba tolerar que Ava Gadner siguiera flirteando con la corte que seguía pululando en torno a ella, incluso después de la boda, incluso después del disgusto de la luna de miel. Sonia había ignorado sus avisos, demasiado mal acostumbrada a manejar a todos los hombres que la rodeaban, pretextando que sus continuos cafés o almuerzos con uno u otro de sus admiradores carecían de importancia, no son más que amigos, le llegó a decir, como si no hubieran empezado ellos igual, con cafetitos y confidencias amistosas.

—Sonia, cariño —murmuró—. Sabes que lo siento.

Pero no, pensó, no lo sentía. Lo de Patricia no tuvo nunca mayor

importancia, la chica ni siquiera le gustaba demasiado. Una breve aventura, lo justo para que Sonia comprendiera. Esas cosas pasaban. Siempre pasaban. La vida era así, no bastaba con aceptar las excusas, con mirar para otro lado y fiarse del otro, de eso podía dar fe Gabriel Ormaechea, de eso podía dar fe Ioannis Papadopoulos.

Dio un sorbo a su copa. Había funcionado, después de todo. Sonia se había largado de casa el día que Patricia le fue con el cuento, después de beberse todo el alcohol que encontró, romper media vajilla y golpearle, arañarle, morderle, como una gata furiosa. Y sin embargo, a pesar de los moratones y los insultos, a pesar del mes que transcurrió sin que le dirigiera la palabra, Iván supo que había funcionado casi desde el instante en el que la vio salir dando un portazo, jurando que no volvería a verla, tirando de una ridícula maletita en la que no cabía ni la cuarta parte de su ropa. Pero no, no se iba para siempre, cuando Ioannis no hubo platos rotos, no hubo escenas, Sonia trasladó tranquilamente todas sus pertenencias antes de dignarse en informar al infeliz de que lo suyo se había acabado.

Había funcionado. Los flirteos se terminaron incluso durante el mes en que ella pretendía no verlo cuando se cruzaban por los pasillos. O al menos los flirteos más descarados.

—Mentira. No lo sientes en absoluto —lloriqueó ella. La voz le temblaba y un par de lágrimas le resbalaron por las mejillas—. ¿Por qué tuviste que ponerme los cuernos con mi mejor amiga? ¿Qué te había hecho para merecerme una guarrada así?

Valiente mejor amiga, pensó Iván. Patricia sólo había necesitado la más leve de las insinuaciones para echársele encima. Increíble, que Sonia, precisamente Sonia, se fiara de ella, que le pillara por sorpresa, que no recordara que el que a hierro mata, que le costara asimilar una traición que no era una traición sino un mensaje que decía. No voy a esperar que a que hayas empaquetado tu equipaje y me dejes, tranquilamente, una carta de despedida sobre la mesa. No a mí. No tú.

—Estaba celoso. Seguías tonteando con todos aquellos tipos y…

—¡No eran más que amigos, Iván! No hacía nada malo con ellos.

—Ya. ¿Y cómo podía yo estar seguro?

—Podías haberte fiado de mí —dijo ella, serenándose de pronto. Sacó de su bolsillo un pañuelo y un espejito, secándose

cuidadosamente lo ojos—. Podías haberme creído cuando te decía que no tenías de qué preocuparte.

—¿Igual que te creía Ioannis?

Sonia se mordió los labios. Sus brillantes ojos oscuros parecieron apagarse de repente, dejando las ascuas del desaliento enfriándose poco a poco en sus pupilas. Iván comprendió que había llegado el momento de buscar una tregua.

—Lo siento de veras —alargó la mano por encima de la mesa, acariciando la de ella—. Si quieres me arrodillo aquí mismo a implorarte perdón.

Hizo el ademán de dejarse caer de rodillas. Sonia tomó la servilleta y le abofeteó suavemente con ella.

—Te mereces que te cruce la cara.

—Ya lo hiciste.

—Donde las dan las toman. Te lo aviso.

—Qué miedo. —Iván sonrió, aliviado. Había conseguido maniobrar hasta un terreno que conocía bien. A Sonia le encantaba representar aquella escena. Le encantaba y la ponía a cien por hora.

—Me las pagas. Uno de estos días voy a hacerle un favor a Roberto.

—¿A ese viejo?

—Pues está bien bueno. Y seguro que se lo monta de maravilla.

La mano de Iván había dejado de acariciar la de Sonia, para aventurarse, por debajo de la mesa.

—Estate quieto —ronroneó ella.

—Es que me vuelves loco —murmuró él a su oído.

Iván dejó escapar un casi imperceptible suspiro de alivio. Un rato más tarde Sonia se levantó para ir al cuarto de baño. Iván pidió champán mientras tanto, ofreciéndole a su mujer apenas se sentó de nuevo a la mesa. Sonia adoraba el champán. Con la copa en la mano se parecía más a la Gadner que nunca.

—Cuéntame más del tal Pimenta.

—Parece un pájaro de cuidado. Para empezar, mientras su mujer echa jornadas de catorce horas él se da la gran vida. No se priva de nada. Trajes caros, restaurantes de lujo, viajes en primera, hoteles de cinco estrellas.

—Pero ¿a qué se dedica?

—Eso es lo mejor de todo. Dice ser pintor, aunque nadie ha visto

jamás un cuadro suyo. Ha hecho alguna exposición de fotografías, eso sí. Mira, aquí tengo un recorte de prensa de la última.

Sonia cogió la cuartilla que le tendía con la fotocopia del artículo, lo leyó atentamente, dando sorbitos a su copa de vez en cuando. Iván se impacientó ligeramente. No había esperado que ella se tomara la molestia de leer la crítica completa.

—Aquí lo ponen estupendamente —dijo al final—. Una mirada profunda que va más allá de lo convencional, la originalidad se compagina con el buen gusto en la obra de Raúl Pimenta, uno de los artistas más representativos de…

—A saber —dijo Iván—. El tipo tiene mesa fija reservada en Chez Bouvy todos los días.

—Aquel restaurante al que me llevaste para nuestro aniversario —sonrió Sonia—. Ya me acuerdo. Era casi tan elegante como éste.

—Y casi tan caro. Mesa reservada todos los días. ¿Te imaginas lo que cuesta eso al mes? Por supuesto nunca come solo, se rodea de una corte de periodistas y críticos de arte, entre los que estaría el que escribió ese artículo… por cierto que la exposición era de desnudos. Y las modelos también suelen acompañarle en sus juergas.

—¿En serio? Seguro que es Escorpio. —Sonia vació lo que le quedaba en la copa de un trago y se la tendió, los ojos brillándole de excitación. No había nada que la entusiasmara más que un buen culebrón, sobre todo si había mucha intriga, si los personajes eran lo suficientemente excesivos y si, por supuesto, prometía terminar mal. Iván se encogió de hombros—. Por si tuviera pocos vicios caros, también es un obsesivo coleccionista de arte moderno. Sobre todo pintura y sobre todo Picasso. Su colección incluye varios originales, obras menores, pero aún así carísimas. Y todo a expensas de su mujer, por lo que parece. Swartz ha investigado a fondo sus finanzas. En los últimos años han solicitado créditos muy importantes en más de una ocasión para pagar sus adquisiciones. Como ves, el hombre es todo un portento.

—Al menos será guapo. —Sonia había dejado sus cubiertos cruzados sobre el plato de pescado, sin interés ya en la comida y sorbía su champán, golosamente. Iván se rió de buena gana—. Hombre, para ser un cincuentón no está mal. Por lo menos elegante sí que es.

—¿No tienes una foto de él?

La sonrisa de Iván se torció en una mueca malévola. —Pues sí —dijo—. Tengo algunas. Ya sabes que me gusta trabajar a conciencia.

—¡Enséñamelas! —Casi gritó Sonia. Iván comprendió que estaba ligeramente ebria.

—Creo —dijo—, que deberíamos irnos a casa y ponernos cómodos. Nos damos una ducha, nos metemos en la cama y liamos un peta. Después te enseño esas fotos.

10

—Gracias por acercarte, muchacho —dijo Goldman—. Espero no haberte importunado más de la cuenta.

—No, en absoluto —mintió Iván. A una seña del CEO, se sentó en la butaca de cuero tapizada en blanco. El deseo de fumar le torturaba. Sintió frío, imposible no sentirlo en aquella cripta.

—¿Te apetece algo? ¿Un café?

Un güisqui, pensó, pero no se atrevió a pedirlo. Era parte del protocolo, no beber en horas de trabajo, incluso si era sábado, incluso si pasaban de las nueve de la noche y la llamada del CEO les había arruinado la velada. Un güisqui y un cigarrillo ayudarían a soportarlo, pero iba contra el protocolo. El único que se atrevía a fumar delante de Goldman, como un díscolo marqués que osa no descubrirse en presencia del rey, era Roberto Altarelli.

—Nada. Gracias.

Por el rostro aniñado de Goldman cruzó una fugaz mueca de satisfacción, como aprobando la decisión. Qué poco se correspondía, se dijo, aquella cara infantil, a juego con el tipo destartalado y casi impúber, con el espíritu tenaz, implacable y disciplinado hasta lo espartano que animaba a su interlocutor.

—Te he hecho venir para definir en más detalle tus responsabilidades en la adquisición de Jazz Software. Pero antes, quiero saber tu opinión sincera respecto al plan que nos hemos trazado. El otro día no te dimos la ocasión de expresarte. Ahora puedes hacerlo tranquilamente.

Iván titubeó, inseguro. Los ojos de Goldman se clavaron en los suyos, tristes, sabios y crueles.

—Habla sin miedo —dijo. Iván se maravilló de que una voz tan frágil pudiera expresar aquella autoridad inapelable. La autoridad, se dijo, de un general, no, de un emperador que no esperaba, ni

admitía, otra cosa de sus súbditos que lealtad rayana en el fanatismo.

—Honestamente —empezó Iván, ignorando la voz interior que le aseguraba que la palabra honestidad estaba fuera de lugar en aquel paisaje lunar—, me preocupa que el éxito de la operación dependa de la voluntad de un solo individuo. Los argumentos que se esgrimían la otra tarde son convincentes pero ninguno de ellos asegura que Pimenta vaya a vender. No estoy tan convencido como Roberto de que ese tipo vaya a ser desleal a su esposa. Crápula o no, Díaz de Deus confía en él lo suficiente como para poner las acciones a su nombre.

—Coincido contigo —dijo Goldman—. El carácter disipado del sujeto es una buena indicación, pero no una garantía. En particular, creo que Roberto no está siendo completamente objetivo en este asunto. Su opinión de Pimenta está muy sesgada por antiguas experiencias personales. Muy posiblemente se está dejando arrastrar por unos prejuicios cuya validez ignora.

De hecho, me alegra que cayeras en la cuenta. Demuestra que eres buen observador. El éxito de la operación, como bien apuntas, depende de que podamos comprar a ese individuo. Se trata de una transacción comercial que demos analizar en términos estrictamente no especulativos. Las circunstancias de su personalidad son irrelevantes, a no ser que podamos aprovecharlas para nuestros propósitos. Sabemos que Pimenta es derrochador, lo cual es un buen indicador de que el dinero puede ser importante en este negocio, como puede contarse el sexo, dado su carácter mujeriego.

Pero se trata y por eso tu cautela sería relevante si no hubiera otros elementos, de opciones vagas y mal cuantificadas, lo cual, en una operación de este calibre, resulta inadmisible.

En resumen. La ley fundamental del mercado de valores estipula que toda propiedad puede adquirirse, siempre que se encuentre la opción de compraventa apropiada. Yo me atrevería a afirmar que esa ley se extiende sin dificultad a las personas. La idea de que todo el mundo tiene un precio es, apropiadamente, parte de la sabiduría popular.

Pimenta no es, ciertamente, una excepción. Como recordarás, se mencionó el otro día su debilidad por coleccionar obras de arte y en particular cuadros muy valiosos. Basta con investigar su vida

someramente, para comprender que se trata de una manía obsesiva, una adicción a la que no puede sustraerse.

Goldman alargó una abultada carpeta a Iván. —Éstos son los informes que Helmut ha preparado —dijo—. Déjame avanzarte algunos elementos interesantes.

Pimenta es de origen humilde. Su madre, de nombre María, quedó embarazada de él siendo poco más que una niña, de padre desconocido. Para su fortuna, un conocido aristócrata parisino, el conde Lettessier-Selvon, poseía una casa solariega en la vecindad y María entró a su servicio debido a la feliz coincidencia de que la condesa, de su misma edad y salud muy endeble, necesitaba una nodriza para su bebé recién nacido.

Raúl se crió en la casa de los Lettessier, donde su madre sirvió el resto de sus días. Quizás te suene el nombre. Se trata de una de esas viejas dinastías que todavía sobreviven, curiosamente, en un país tan decididamente republicano como Francia. Antoine Lettessier, el actual conde de Selvon, posee varias de las más prestigiosas galerías de arte de París, además de ser un conocido filántropo.

Posiblemente tratando de emular a su señor, la vida de Raúl Pimenta ha girado también en torno al arte, aunque yo diría que con considerable menor éxito. A los dieciocho años ingresó en la escuela de bellas artes de París. Tras dos o tres cursos más o menos infructuosos decidió trasladarse a la ciudad, para continuar aquí su pretendida formación, con la excusa de que una de nuestras facultades ofrecía una línea vanguardista más acorde con sus preferencias. Tampoco aquí llegó a completar sus estudios, que abandonó para casarse con Clara Díaz de Deus, a quien había dejado embarazada. Clara tenía por la época la misma edad que María Pimenta cuando nació Raúl. Una de esas caprichosas simetrías del destino. En este caso, sin embargo, la simetría se rompió pronto de manera muy desgraciada. Su hijo murió siendo un niño pequeño, con apenas dos años.

—Qué tragedia —murmuró Iván.

—Ciertamente. Al menos para Clara. Tengo mis dudas de que lo fuera tanto para Raúl. Nos consta, por ejemplo, que no estaba presente en el sepelio del pequeño. De hecho, Helmut no ha conseguido averiguar prácticamente nada de su vida en los cuatro o cinco años que siguieron a la muerte de su hijo, durante la época en

que Clara realizaba su tesis en Harvard. Sabemos que ella estaba fuertemente desequilibrada y por lo que parece, Pimenta consideró prudente desaparecer por una temporada.

El caso es que para cuando Clara ganó su cátedra en el Instituto de Tecnología, Pimenta era ya un favorito de las revistas de variedades. Disoluto, fanfarrón, extravagante y obsesionado por las subastas de arte.

Desde luego, el sueldo de un académico, por muy prestigioso que sea, no alcanza a pagar vicios tan caros. Pero a la muerte de su madre, Raúl heredó una pequeña fortuna, que había sido estipulada por el padre de Antoine, en concepto de pensión a su fiel nodriza y que incluía, además de una renta vitalicia, una pequeña finca en los alrededores de París, una de las muchas que posee la familia Lettessier.

El valor de esas fincas es hoy en día elevadísimo, debido a la explosión inmobiliaria de la última década. Sin embargo, Pimenta malvendió su propiedad a fin de obtener el líquido que precisaba para adquirir ciertos bocetos de Picasso, que, no obstante costaban lo suficiente como para llevarle casi a la bancarrota.

—A pesar de lo cual sigue gastando a manos llenas —dijo Iván.

—Ciertamente. Con lo cual consume lo poco que le queda de renta y una parte muy considerable de los ingresos de su esposa, que ahora, para su fortuna, son mucho más elevados que en su época universitaria. El tren de vida de Raúl, me atrevo a opinar, es otra más de sus compulsiones, un intento desesperado de imitar al conde Lettessier.

De hecho, en mi opinión, para entender a Pimenta basta con comprender su exacerbada necesidad de emular a un amo, que, por su parte, se ha complacido siempre en tratarlo como parte de su servicio, el criadito díscolo, antiguo compañero de juegos, hacia el que mantiene una actitud benevolente.

—Comprendo —dijo Iván.

—Incluso le sigue la corriente en sus desvaríos. Cada pocos años Pimenta anuncia a los cuatro vientos una gran exposición, en la que promete mostrar toda su obra. No me refiero a las exposiciones fotográficas que le han dado cierta celebridad, sino a una supuesta colección de pintura, que nadie ha visto jamás. Llega al extremo de ofrecer una gran recepción en cualquiera de las galerías de

Lettessier, donde, en teoría, han de mostrarse sus cuadros en breve. Después de semejante parafernalia, la exposición se cancela en el último segundo, alegando toda clase de excusas peregrinas. Sería gracioso, de no ser por lo patético.

—¡Qué personaje tan extraño! —exclamó Iván.

—Quizás no lo sea tanto. Su puesta en escena es espectacular, ciertamente. Pero tras los fuegos de artificio, me atrevería a afirmar que no hay más que un cascarón vacío, un timador de poca monta. Mitad mimo, mitad impostor, intentando a la desesperada no ser eclipsado por la sombra del conde.

Por eso, precisamente, podemos comprarle. Sabemos incluso exactamente el precio que nos va a costar. Ciento sesenta millones.

—¡Ciento sesenta millones! —exclamó Iván asombrado. Es muchísimo dinero.

—Depende de cómo se mire. La inversión que nos proporciona el grueso de las acciones que necesitamos nos va a costar unos mil millones. La compra en bolsa de la que se está ocupando Sarah, no menos de trescientos. Comparado con estas cifras, yo diría que nos sale barato.

—¿Pero por qué ciento sesenta exactamente? —preguntó Iván intrigado.

—Déjame mostrártelo —dijo Goldman, pulsando el botón que ponía en marcha el semioculto proyector. Sin saber por qué, Iván cayó en la cuenta de que aquel aparato no sería el único artefacto disimulado en la guarida del CEO. Habría otros. Cámaras, micrófonos, sin duda. Cada palabra que dijera, cada gesto que aventurara estaría siendo minuciosamente registrado para su posterior análisis.

El cono de luz azulada iluminó la pared. Goldman pulsó otro botón y un cuadro pareció condensarse de la nada en la inmaculada superficie.

Iván sintió un escalofrío familiar recorriendo su espina dorsal. Conocía la sensación, como conocía la congoja súbita atenazando su corazón, el peso en el estómago, la debilidad en las rodillas y las ganas de gritar, o de abrazar a alguien o de llorar, porque nunca antes había pisado las aceras luminosas de París, donde las tardes se agotaban delante de aquellos saltimbanquis que flotaban en la luz azulada del proyector, aquellos saltimbanquis frente a los cuales

Clea y él pasaban las horas muertas, día tras día, durante el mes que duró la exposición, el mes que duró su felicidad, intentando explicarse al viejo forzudo de grandes y gastados músculos, de pellejo arrugado y panza descomunal, tan similar a Gabriel Ormaechea, toda su primitiva fuerza malgastada, la confusión y el desaliento embotando su rostro, la carne lacia, impotente, envuelta en trapos de colores. Intentando explicarse al trapecista casi etéreo, en cuyo rostro podía leerse el dolor de cada caída, el sufrimiento de cada nueva contorsión. A la muchacha del largo y delicado cuello, en cuya cabeza se balanceaba en equilibrio perfecto un cesto de frutas.

—Se trata de un conocido cuadro de Picasso —dijo Goldman. Iván pensó en las cámaras que estarían registrando el movimiento de cada músculo de su rostro y luchó denodadamente por mantenerse impasible.

—Sí —dijo—. Me suena.

—Hace pocos años, la obra, hasta entonces propiedad de una sociedad privada, se puso en venta, por pública subasta, a la que asistieron Pimenta y Lettessier. El precio de salida eran veinticinco millones, pero las ofertas subieron muy rápidamente hasta rebasar los cincuenta. A partir de ese momento, el número de pujadores fue cayendo en picado. Cuando se alcanzaron los sesenta millones todos los compradores, a excepción de Pimenta y cierto magnate japonés, un tal Suzuki, se habían retirado. Entonces comenzó uno de esos duelos arquetípicos de las subastas de arte, en el que cada contendiente subía la oferta del otro por la mínima puja, escalando en golpes de medio millón. Así hasta llegar a los setenta y cinco millones, una cantidad que, dicho sea de paso, Pimenta no hubiera podido reunir de ninguna manera… excepto quizás vendiendo cierto paquete de acciones.

Al alcanzar esa cifra, imagino que un último resquicio de sentido común aconsejó a Pimenta desistir. Incluso si contaba con vender las acciones de su mujer, no hubiera podido conseguir, por la época, más de unas pocas decenas de millones por ellas. Justo a tiempo, porque Suzuki, que había perdido la paciencia en la larga batalla, daba muestras de retirarse de un momento a otro.

Pero un instante antes de que el subastador adjudicara la obra al japonés, Lettessier, que no había participado ni siquiera en las pujas

iniciales ofertó ochenta millones, subiendo cinco de un solo envite. Aquello fue un golpe bajo al señor Suzuki, que abandonó, claramente agotado. Visto en retrospectiva, no cabe duda de que el conde se aprovechó de la situación, exhibiendo una habilidad por la que es bien conocido, permitiendo que Pimenta y el nipón se quemaran en una pugna inútil antes de intervenir. Suzuki había comprado anteriormente y ha comprado después, otras obras de arte por cantidades superiores a aquélla, pero claramente, la sostenida escaramuza con Raúl agotó sus nervios, de lo cual supo sacar partido, magistralmente, el aristócrata.

En cuanto a Raúl, según varios testigos, salió de la sala llorando, preso de un ataque de nervios. No le culpo. Además de perder la niña de sus ojos, tuvo que digerir que su querido amigo y protector le humillara públicamente, como si quisiera recordarle quien de los dos era el auténtico noble.

El proyector se apagó y las luces de la sala recobraron su brillo habitual, devolviendo a Iván a la parcela del polo norte donde habitaba Goldman. Éste se levantó y comenzó a pasear por la sala, pensativamente, las manos a la espalda, el torso inclinado hacia delante, la nerviosa cabeza moviéndose desde el rostro de Iván al inmenso ventanal que dominaba la ciudad.

—El cuadro sigue siendo propiedad del conde. Le hemos contactado a través de unos corredores de arte amigos, que han indagado discretamente si la obra podría estar en venta. Parece ser que estaría dispuesto a desprenderse de su Picasso por ciento sesenta módicos millones, justo el doble de lo que le costó. No sé cuál de las dos cosas desea más Raúl. Poseer el cuadro, o poder permitirse el lujo de comprárselo a su patrón.

La ciudad, pensó Iván, desde allí arriba, parecía un océano de negrura en el que flotaban mágicas islas de luz. Todos los colores del arco iris en ellas, negando que existiera otra cosa que belleza en el mundo.

11

Tampoco es que te quedara alternativa por más que nos hubiéramos propuesto que los domingos no se trabaja, pero qué falta hacía tanto maquillaje, Ava Gadner saliendo del cuarto de baño toda pintarrajeada, no sabes lo que lo siento amor, Roberto me necesita hoy y de todas maneras a tu padre lo puedes ir a ver solo, total ni sabe quien soy, la última vez se pasó la tarde llamándome Cloe, o Cleo, me confunde con esa novia que tuviste de la que nunca quieres hablar, tú bien que me sonsacaste toda mi vida pero en cambio nunca me has contado una palabra de tu rollo con aquella chica, si no fuera por los desvaríos de tu viejo, seguro que te ponía a cien, seguro que le iba la marcha, inútil intentar explicarte, inútil hurgar en heridas que nunca dejan de supurar, desenterrar fantasmas que después acecharían mis sueños, mejor callar, seguirte el juego, pues ya que lo dices sí que era bastante puta, y tú enseguida derritiéndote, cuéntame cómo te la follabas, inventarla no es difícil, Sonia, lo difícil es recordarla, querer evocar su rostro sin conseguirlo mientras te describo las obscenidades que nunca hicimos, el cuerpo que no tenía, las frases que nunca me dijo, si le daba vergüenza que nos vieran de la mano, si había que correr las cortinas para hacerle el amor y para verla desnuda era necesario esperar a que se durmiera, o a lo mejor sólo fingía dormir para permitirme contemplarla, la luz colándose por la claraboya del estudio, filtrándose por las rendijas que no alcanzaban a cubrir las cortinas, dorando las motas de polvo que flotaban en el silencio de la siesta, acariciando su cabello con el mismo cuidado que mis dedos, su cabello amarillo como los girasoles de Van Gogh, cómo contarte del viejo Van Gogh, el pobre diablo, el infeliz, tan infeliz como papá, tan desdichado. Cómo contarte, te imagino pasando una tarde de domingo en un museo, qué aburrimiento amor, te imagino

bostezando frente a los girasoles o frente a los olivos de Saint-Rémy, aquellos olivos retorcidos, la tierra roja y azul atrapándolos, encadenándolos al suelo, la lluvia amarilla cayéndoles encima, tan resignados, tan destruidos por la vida. Mamá pasó años pintando esos olivos que no atraerían tu atención durante un solo minuto, tratando de capturar aquella desolación, mira cariño, mira de lo que es capaz un genio, pero con doce años uno no entiende todavía que la tierra es el cepo que aprisiona los cuerpos lisiados de los convictos, ni siente el frío de la lluvia que les cae encima, uno no entiende por qué viajar a Ámsterdam para visitar un museo habiendo tantos en la ciudad ni por qué están tan raros mamá y el tío Pedro, ni las miradas, ni las medias palabras. Con doce años uno no entiende al holandés loco pero con dieciocho y tu padre balbuceando borracho por los pasillos, te acuerdas de él y de aquellos olivos que acaban de llegar al museo metropolitano en una exposición itinerante que no quieres ir a ver, que no puedes evitar y nunca te conté que al levantar la vista del cuadro también ella estaba llorando y yo no sabía por qué lloraba aquella muchacha tan rubia, ni por qué me decía lo siento mucho.

Nunca te conté de aquellos domingos, cuando me levantaba muy de mañana para que el día durara más, el viejo andaba ya muy jodido y había que hincar los codos para salir adelante, tú estudia Juanito, estudia y no te preocupes de más, como si fuera posible dejarlo toda la tarde tirado en el casino, bebiéndose un güisqui tras otro, el bueno de Pablo se los ponía con hielo para aguárselos todo lo que podía, se sentaba a darle conversación cuando no había mucha parroquia, venga Gabriel, macho, tendrás que echarle cojones, dónde estaban tus famosos cojones viejo, dónde se fue tu dignidad y tu cordura.

No, Sonia, no había mucho tiempo entre semana porque la beca era necesaria para ahorrar los cuatro chavos que nos dejaron, en la carta ponía que se trataba sólo de un préstamo, ponía que nos lo devolverían todo, hasta el último céntimo, aunque si el viejo hubiera aguantado la puñalada quizás aún hubieran podido salvarse los almacenes, pero quién sobrevive a una puñalada al corazón y sin embargo los domingos eran sagrados, también los nuestros deberían serlo pero Roberto me necesita, amor, venía a casa aquella enfermera que Pablo me ayudó a encontrar y yo me levantaba a las

siete de la mañana y cogía el metro para que me devolviera a los barrios ricos en los que habíamos vivido hasta el año anterior, los barrios ricos donde habita la gente bien, los barrios ricos donde el viejo, que se pasó años durmiendo en el almacén para ahorrarse el alquiler de un cuarto había comprado una casa para él y su joven esposa, pero quince años son demasiados Juanito y de todas maneras para qué seguir pagando la hipoteca cuando tú mujer te ha abandonado, ya ves, el tío Pedro, tan apocado, tan poquita cosa.

Los viejos de Clea pagaron una fortuna por el chalet, dio mucho de sí ese dinero, al viejo nunca le dije, sabes, el viejo no podía ni ver a esos muertos de hambre, inútil explicarle que se trataba de gente muy adinerada, mejor callar y escucharle, panda de gorrones, Juanito. Tú dime donde tengo que firmar y te ocupas, hijo, con estas jaquecas no estoy para nada, aunque estoy seguro de que les daba un poco de rabia que su nenita y yo nos hubiéramos hecho tan amigos, total qué coincidencia eso de encontrarnos en el museo metropolitano, qué coincidencia que también ella adorara a Van Gogh, con lo bien que os llevabais cuando frecuentábamos a tus padres, te acuerdas Iván, Clea sonrojándose, protestando, si éramos sólo unos niños mamá, como si fuéramos mucho más que eso entonces, qué casualidades tiene la vida, qué falta hacía que Clea reconociera a su compañero de juegos, qué falta hacía que le viera llorar delante de los olivos de Saint Rémy, qué falta hacía que llorara con él, que llorara por él, que lloraran los dos por aquellos árboles agonizantes, por aquel pintor desesperado cuya mano mueve el dios, que lloraran por Gabriel Ormaechea que os echó con cajas destempladas hace tantos años, se han acabado las comilonas en casa, me oyes Miriam, cómo no te iba a oír, viejo, con lo que gritabas, cómo no te iba a oír atronando la casa, estoy hasta los cojones de tanto gandul, inútil discutir con papá cuando se ponía de aquella manera, Miriam lo sabía igual de bien que el tío Pedro, inútil enfrentarse a él, avisarle de lo innecesarios que eran aquellos gritos desaforados, aquellas patadas a los muebles y las puertas, aquel batirse el pecho como un gorila, mejor callar y actuar por la espalda, con las mujeres hay que tener cuidado para que no se te suban a la chepa, hijo, pero no dejaba de ser casualidad que los Sandoval precisamente estuvieran interesados en la casa, viejo, que se nos queda un poco grande, estaríamos mejor en un apartamento

cerca de la universidad, podríamos sacar un buen pico y no tienes más que firmar aquí, casualidad o vete a saber, quizás mantenían algún contacto con mamá, qué más da, el caso es que hubiera sido mucho más agradable para ellos ultimar la compra sin que diera la maldita coincidencia, la vida tiene esas guasas, la madre de Clea era igual de rubia que ella, pero tenía esa tirantez en los labios, esa manera de rehuirte la mirada, aunque al viejo le desquiciaba más aún el señor Sandoval, tan engolado, tan pretencioso, esos cretinos, que se creían que no me daba cuenta de que se reían en mis barbas, coño, al final tuve que imponerme aunque no me gusta hacer sufrir a tu madre, aunque los Sandoval no habían contado con el azar, pero eso sí, le ponían al mal tiempo buena cara y cada domingo nos preparaban aquellos desayunos, a las ocho de la mañana ya estábamos en el estudio que había sido de mamá, nunca le dije lo enfermo que me ponía pisar aquella casa, lo enfermo que me ponían sus viejos preguntándome muy serios cómo sigue tu padre, Iván querido, pero el estudio no, el estudio era de Clea y había sido de mi madre.

Ya sé que no lo entiendes Sonia, no te gusta complicarte la vida con dramas psicológicos, por lo menos si la cosa no va de sexo, pero verás, mi madre me puso los pinceles en la mano en aquella buhardilla antes de ponerme pantalones largos, me creerías si te dijera que yo era un crío retraído y solitario, tan solitario como Miriam Ormaechea que se pasó mi niñez repitiendo los cuadros del viejo holandés y engañando a su marido, se me daba bien la pintura aunque a ti te aburriría pasarte la tarde en un museo, no fuimos a ninguno en Nueva York ni en Roma, ni en Munich, no hemos venido a hacer turismo, decías, pero pintar, verás, lo supe desde la primera tarde en el estudio, desde el primer borrón en un lienzo, desde los primeros apuntes a lápiz, lo supe todos los años que subía a la buhardilla a escondidas, cuando el viejo no estaba en casa, porque no vas a ser un inútil como esos dos por mis cojones, te quiero machacando los libros y no perdiendo el tiempo, imposible enfrentarse a él, Sonia, tan grande, tan fuerte, tan decidido a mostrarle mano dura a su único hijo, tan infeliz, mejor callar y actuar por la espalda, sumarse a la conspiración, visitar la buhardilla cuando no te ve, todo sea por el arte, decía mi madre, revolviéndome el pelo de aquella manera, el Marlboro extra largo

en la comisura de los labios, toma quieres una calada, sus manos se parecían a las tuyas, igual de delicadas, las uñas largas y siempre tan cuidadas, pintadas de rojo fuego, señalándome el tronco de ese olivo que asemeja la espalda de un hombre quebrado por el infortunio, piensa en ese desgraciado, cariño, antes de dibujar el árbol, lo entiendes.

¿Lo entenderías tú, Sonia? Clea sí lo entendía y cuando estaba allí, en el estudio con ella, era como si mi madre estuviera todavía a mí lado, como si aún siguiera en su esquina de siempre, bajo el tragaluz, terminando otra copia de los girasoles, los labios tirantes de la señora Sandoval simulando una sonrisa, Miriam nunca fue muy original, pero reconoceréis que su técnica, aunque la verdad, un cuadro tan visto, que desperdicio, no os parece, las patricias cabezas de los invitados al té asintiendo al unísono y quizás el viejo tenía razón y toda aquella gente no eran más que charlatanes, pero Clea lloraba aquel día en el museo, los domingos trabajábamos sin cesar, sus viejos entrando y saliendo, a ver si paráis un poquito, por qué no salís a tomar el sol a la piscina, no os apetece una naranjada, dejadlo ya, que os vais a poner enfermos.

Tan afables, los Sandoval, tan atentos, tan hipócritas, tan vacíos como la legión de farsantes que merodeaba por la casa recién arrasada por los decoradores, el Jaguar ocupando la plaza de garaje donde el viejo aparcaba su furgoneta, porque para qué cojones necesito yo un coche nuevo, el despacho donde se pasaba las noches fumando sus puritos habanos y cuadrando las cuentas de los almacenes convertido en biblioteca, libros encuadernados en piel alineándose en estanterías de cedro, hileras y más hileras de libros que nadie leía cubriendo las paredes recién pintadas, desinfectadas, desintoxicadas como cada rincón de la casa, como si cada átomo de nicotina que aún flotara en el aire, cada brizna de alquitrán por eliminar, cada rescoldo de ceniza emboscada bajo un mueble les recordara a los Sandoval que no eran otra cosa que impostores, quizás por eso no se atrevieron con el estudio de mamá, o quizás fue casualidad, o puede que hasta la apreciaran, puede que también me apreciaran a mí, puede que incluso opinaran sinceramente que tenía talento, puede que hasta llegaran a creerse por un instante el cuento aquel de que me iban a ayudar a conseguir una beca para la escuela de bellas artes de París, Clea en todo caso sí lo creía, mi

pobre Clea, la misma escuela que ya la había aceptado a ella para el siguiente curso académico, alquilaríamos una buhardilla en Montmartre, y todo sería diferente, solos ella y yo, mi dulce Clea, en París, postal del cielo.

12

—Eres una fiera, socio —dijo Roberto Altarelli.

—Gracias —contestó Iván, procurando disimular la satisfacción que la difícil victoria le había proporcionado—. Tú tampoco juegas nada mal.

En la ducha, estudió disimuladamente el cuerpo musculoso del directivo. Vestido parecía muy delgado, ligeramente contrahecho. Iván había tenido que contenerse para no quedarse contemplándolo boquiabierto cuando se quitó la camisa en el vestuario, descubriendo un torso de músculos nudosos, perfectamente definidos, más acorde con un gimnasta de veinte años que con un ejecutivo bien entrado en la cincuentena.

El partido había sido muy igualado. Iván era un excelente jugador, rápido, seguro y muy ágil. Se había aficionado al squash durante el primer curso de la carrera, cuando necesitaba sumar dos o tres horas de rabiosa actividad física a sus brutales jornadas de estudio, para sobrevivir cada uno de los días desolados que siguieron a la ruptura con Clea y con la pintura. Rara vez encontraba, fuera de los circuitos profesionales, rivales que merecieran la pena. Cuando el ex-director de marketing —su dimisión formal era ya del dominio público— le había propuesto una partida en su club, Iván había planeado jugar a medio gas, para no humillarle demasiado. En cambio se había tenido que emplear a fondo. Altarelli compensaba su menor movilidad con una extraordinaria resistencia física y una técnica asombrosa. Finalmente, Iván se había hecho con la victoria, por un escaso margen.

Tras la ducha el ejecutivo propuso un Martini en la terraza del club. Hablaron de naderías hasta que un casi invisible camarero les sirvió las bebidas. Altarelli dio un sorbo a su copa, antes de entrar

en materia.

—Ha picado. Ayer me llamó Sergei. Clara está interesada en iniciar conversaciones.

—¡Así de fácil! —exclamó Iván.

—Era más o menos inevitable. Lleva meses buscando interesados en invertir en Jazz Software, pero el mercado está saturado. No podíamos haber lanzado la operación en un momento más oportuno.

Altarelli le guiñó un ojo, campechano y viril, con su camisa de sport ligeramente abierta, mostrando una cadena de oro al cuello, su rostro de galán de cine, aquellas manos pequeñas y asombrosamente fuertes y el azufre reflejándose en sus pupilas.

—Te entrevistaste con el jefe el otro día, ¿no? —Iván detectó una nota de tensión en el tono casual, casi indiferente del ejecutivo. Una nota que informó a su rápida intuición de que Goldman no había considerado necesario ofrecer demasiados detalles de la conversación que habían tenido a su lugarteniente.

—Me comentó que conocías bien a Raúl Pimenta —contestó, pasando a la ofensiva, sin darle a su interlocutor la opción de continuar interrogándolo.

Altarelli dio una profunda calada a su cigarrillo y luego dejó escapar cuatro aros de humo, cada uno más pequeño que el anterior, que se cruzaron en el aire, los menores pasando a través de los mayores, antes de fundirse en una nube informe.

—Sí —dijo—, lo conozco desde hace treinta años —el ejecutivo dio un sorbo a su bebida—. La historia tiene algo de culebrón. De esos que le gustan a tu mujer.

Iván procuró concentrarse en el sabor seco del Martini, sintiendo sus trapecios hincharse bajo la camisa, el sudor enfriársele en la piel, la ansiedad obturarle la garganta. Aquella referencia a Sonia, tan casual, tan acertada, demostrando lo bien que la conocía, mucho mejor de lo que podría esperarse de la relación profesional entre dos ejecutivos. Se preguntó si Altarelli le estaba provocando, si aquella referencia soslayada a una intimidad equívoca con Sonia era su manera de contraatacar el laconismo de Iván relativo a su entrevista con el CEO, una manera de recordarle quien tenía delante, alguien cuya simple tarjeta de visita abría cualquier puerta, transformando expresiones desdeñosas en aduladoras sonrisas,

como la de aquel recepcionista de Rebecca, un sitio perfecto, recordó que Altarelli le había dicho, para dos enamorados. Quizás otra provocación que no había entendido en su momento.

—Supongo que vale la pena que te lo cuente —dijo Altarelli—. La sonrisa, en su rostro, parecía haber perdido parte de su cinismo, tintándose de algo parecido a la nostalgia. —Así te haces a la idea de la clase de pájaro que es Pimenta.

—Como quieras —dijo Iván, procurando olvidarse de los calambres que retorcían su estómago.

—Sí. —Altarelli dejó escapar un suspiro que quería ser burlón sin conseguirlo del todo. Mejor te lo cuento. Ponte cómodo, tenemos para un rato. ¿Quieres otra?—. Iván reparó en que el ejecutivo había vaciado su vaso y hacía señas al camarero pidiendo otro.

—Bueno —dijo, aunque su copa estaba casi intacta. Sabía por experiencia que el alcohol, después del intenso ejercicio físico se le subía fácilmente a la cabeza.

—Gracias —sonrió Altarelli, por una vez sin rastro de cinismo en los labios—. Jode un poco beber solo.

Iván asintió con la cabeza, la imagen de Gabriel Ormaechea, abatido sobre su doble güisqui con hielo, en una esquina del casino, ardiéndole en la memoria.

—Clara y yo nos conocimos en el primer curso de carrera —comenzó Altarelli, después de mediar su segunda copa de un trago —. Aún no habíamos cumplido los diecisiete. Enseguida nos hicimos inseparables. Estábamos hechos de la misma madera, socio, o eso me parecía a mí. Teníamos tantos proyectos, tantos planes, éramos tan… no sé, especiales, eso es lo que se imagina uno siempre, ¿no? Soñábamos con montar una empresa juntos, ya ves. Una gran empresa que dirigiríamos a medias, capaz de eclipsar a Blue Chip, a Hitachi. Nada de software libre, nade de ideologías radicales. Eso vino mucho más tarde. Clara era pura ambición, igual que yo. Se quería comer el mundo. Hacernos ricos. Vivir en un penthouse, en el último piso de la torre más alta de la ciudad, desde donde nos desplazaríamos en nuestro helicóptero particular. Tendríamos un yate y una isla privada en el Caribe, con nuestra mansión en el centro de un campo de golf gigante, en la que recibiríamos a los CEOS de todas las compañías de software del mundo. Ésa era la

Clarita de la que me enamoré, mi media naranja. Tiene guasa, ¿no?

Nos hicimos novios. Éramos algo así como la pareja del año, los chicos de oro de la facultad. La tropa nos envidiaba y nos tenía endiosados, acaparábamos entre los dos todas las matrículas de honor del curso, pero tampoco nos perdíamos una juerga, o más bien, éramos el centro de casi todas. Nos mudamos a vivir a un apartamento que compartíamos con el gordito, que ya estaba casi tan fondón como ahora y era casi igual de charlatán. Ya por entonces Clarita lo consideraba su mascota o algo por el estilo. Nuestro piso parecía una feria. Yo era buen deportista, le daba mucho al tenis y por casa aparecía mucho la gente de mi club. Sergei, a su vez, nos traía a toda la fauna de colgados de la facultad, a cual más pasado. Ya le había picado la mosca del idealismo, ya le iba la marcha de profeta. Yo creo que era su única manera de comerse una rosca.

Pero la peor era Clarita, supongo que sabrás que es muy buena pianista. Formó una banda de jazz que enseguida se hizo muy conocida en el ambiente universitario. Tocaban todos los viernes en Perdido, un club famoso por la época. Era típico que aparecieran por casa, a las tres de la mañana, cuando cerraban el garito, con ganas de seguir de juerga. Y no menos típico que la juerga se prolongara todo el fin de semana. No sé si te llegas a hacer la idea de lo que podía ser un sábado por la noche en un apartamento de setenta metros cuadrados, con Clara y su gente improvisando en el comedor, mientras Sergei y cuatro o cinco zumbados como él jugaban a guerras galácticas con sus videoconsolas y la manada de gorrones que seguían a uno y otro deambulaba por los pasillos, poniéndose ciegos de costo, bebiéndose hasta el aguarrás de limpiar los baños. Pero eso sí, el domingo a medio día los echábamos a todos a escobazos, Clara la primera, porque por la tarde había que estudiar. Tendrías que verla, tan delgadita, tan angelical, con aquella cara de no haber roto un plato en su vida, echando a la chusma de casa a puntapiés. ¡Qué genio! Y luego sentarse a empollar o a programar con Sergei, como si no llevara cuarenta y ocho horas sin dormir, comiendo poco más que alpiste y dándole al vodka. Y yo sabía que luego, a la hora de acostarnos todavía… en fin, para qué seguir. Era única, la verdad.

—No me extraña que te gustara —sonrió Iván.

—Estaba loco por ella —dijo Altarelli e Iván tuvo la certeza de que no mentía. Por un momento le pareció verlo con treinta años menos, el cabello rizado y muy oscuro, la sonrisa confiada, sin duda altiva, quizás pretenciosa pero todavía sin cinismo. Qué extraño, pensó, caer en la cuenta de que aquel hombre fue una vez alguien diferente, alguien en quien la amargura no había cristalizado todavía en jade, alguien sin los finos, apretados surcos en la comisura de los labios, formados a base de repetir una mueca precisa, aquella mueca que pasaba en su rostro agraciado por una sonrisa y no era más que un denuesto, mezcla de desprecio y sarcasmo.

Qué extraño caer en la cuenta de que aquel muchacho albergaría un potencial casi infinito, un potencial que podría haberse realizado en una persona completamente distinta al hombre que fumaba frente a él, absorto en sus recuerdos. Aquella afirmación rotunda, sin duda sincera. Estaba loco por ella. ¿Quién hubiera sido Roberto Altarelli, se preguntó, si aquel amor no hubiera terminado en desastre? ¿Quién hubiera sido Gabriel Ormaechea si Miriam no le hubiera abandonado?

—Estaba loco por ella —repitió Altarelli—. Y convencido de que ella sentía lo mismo por mí. Y posiblemente era así. Al menos hasta que apareció Raúl Pimenta.

Era el penúltimo curso de la carrera. Llevábamos cinco años juntos. Más tiempo del que he pasado con ninguna otra tía, socio. Y nos iba bien, o eso me creía yo. Es verdad que teníamos nuestras broncas. Ella era un poco cabeza loca, sobre todo cuando se juntaba con la gente de su club y yo acabé por hartarme. Las juergas de los fines de semana, al principio, tenían su gracia, pero al cabo de los años uno se cansa de tener todo el día la casa llena de zumbados. Así que un día los largué a todos de nuestro apartamento, sin hacer distinciones, al séquito de Clara y al de Sergei, músicos, hackers, videoconsolas, gorrones. Todo Dios a la puta calle. Clara se pilló un buen rebote, pero yo me planté, con las mujeres hay que plantarse de vez en cuando, o se te suben a la chepa.

—Sí, eso dice mi padre —sonrió Iván sin poder evitar que una cierta simpatía se mezclara con el resto de las emociones— los celos, la admiración, la desconfianza —que formaban el intoxicante cóctel de sentimientos que Altarelli le inspiraba.

—Pues ya sabes, socio. Aplícate el cuento.

De nuevo una frase ambigua, lanzada como al azar, dejándole desorientado, ansioso, sin saber a qué atenerse. Aquellas dejadas diabólicas con que Altarelli le había castigado a lo largo de toda la partida, la pelota congelándose a dos centímetros de la línea de falta, obligándole a abalanzarse como un tren descarrilado contra la pared para salvar el tanto a base de velocidad y músculo mientras el otro, siempre sin perder el resuello parecía disfrutar tanteándolo, probando una y otra vez hasta dónde era capaz de llegar.

—A partir de esa bronca —continuó Altarelli, imperturbable— cuando Clara quería salir con su gente quedaba con ellos en el club y yo no iba. Prefería estudiar o buscarme la vida por ahí, en lugar de aguantar tarados que se podían pasar la noche entera improvisando, empinando el codo y riéndose por cualquier gilipollez. Por otra parte, tampoco me molestaba que Clarita se abriera de vez en cuando. Yo entendía que para ella el piano era importante, de hecho me gustaba mucho oírla tocar, pero un rato, no durante diez horas seguidas. La música era un mundo aparte, su mundo, me constaba que no lo compartíamos pero nunca me pareció que eso fuera un problema. Hasta que conoció a Pimenta en una de aquellas juergas. Aún lo hubiera entendido si el tipo hubiera sido músico, alguien con el talento de Clara, capaz de ofrecerle algo de lo que yo, desde luego carecía. Pero no, se trataba de un artista, recién llegado de París para continuar sus estudios de bellas artes en la ciudad, aunque por supuesto, se vanagloriaba de no haber pisado nunca un aula ni allí, ni aquí. Un charlatán, socio, pura pose, que se trajeaba como Oscar Wilde y parecía igual de maricón. Lo recuerdo como si fuera ayer. Traje de Armani, zapatos castellanos, guantes de piel, bufanda de seda roja. Valiente figurín.

Altarelli dio una calada a su cigarrillo y luego otra, fumando en silencio, como si hubiera perdido el ánimo de hablar. Iván sorbió su Martini, manteniéndose a la expectativa. El ejecutivo encendió un nuevo pitillo con la colilla del anterior antes de continuar.

—Hoy estoy fumando demasiado —dijo—. Me pasa siempre que me pongo nostálgico.

En fin. Clarita perdió la chaveta. No sabía hablar más que de Raúl, de los amigos artistas de Raúl. Empezó a faltar a clase, a frecuentar cada vez más el club, a pasar de mí. Cambió de forma de

vestir, se ponía encima unos harapos de colores, cintas en el pelo, collares de baratijas ¡qué sé yo! Aguanté todo lo que pude, pero no sirvió de nada. Nunca sirve de nada aguantar cuando una mujer te quiere largar, lo mejor que se puede hacer en esos casos es enviarla a tomar viento antes de que te envíe ella a ti. Pero yo era un crío y me creía todos esos rollos del amor. Así que aguanté, me hice el loco, me dije a mí mismo que se le pasaría el capricho y volveríamos a ser los de siempre. Hasta el día en que llegué a casa y me encontré al gordito esperándome, todo compungido con la noticia de que Clara se había largado.

Iván encendió un cigarrillo a su vez. La misma historia, se dijo, la misma eterna historia repitiéndose una y otra vez, en distintos escenarios, con diferentes actores pero idéntico guion e idéntica moraleja.

—Para concluir la telenovela —continuó Altarelli—, clara se quedó embarazada y decidieron casarse. Como te imaginarás no asistí a su boda pero a Sergei sí lo invitaron. Por lo visto fue un evento a lo grande, con mucho magnate y mucha alta sociedad parisina. La familia de ella era gente de mucho dinero y naturalmente, el dandi no iba a dejar pasar la ocasión de salir en los periódicos rodeado de aristócratas como ese conde Lettesier. Añádele una buena *trouppe* de artistas y ya tienes el espectáculo completo.

Al comenzar el curso siguiente, Clara apareció de nuevo por la facultad. Al principio traía algunas veces a su criaturita colgando de una mochila, pero por lo visto se cansó de ir de madre a las pocas semanas. Parecía como si de repente se le hubiera pasado la tontería, en cuestión de meses recuperó las asignaturas que había dejado colgadas el curso anterior y volvió a las buenas notas y a no saltarse una clase. Incluso quiso que nos reconciliáramos, que fuéramos amigos. Como si fuera tan fácil, como si se pudiera apuñalar a alguien por la espalda y seguir llevándote bien con su cadáver. Mira socio, seguro que me crees si te digo que no soy ningún santo. Cuando he tenido que putear a cualquiera lo he hecho sin reparos y eso incluye a más de cuatro tías. Pero nunca he pretendido que me perdonaran después, nunca he dudado de que si le partes el alma a alguien lo único que puedes esperar es que te la parta a ti si le das la ocasión. A las cosas hay que llamarlas por su

nombre. Si vas a joder a un tipo mejor lo jodes del todo, porque si levanta cabeza sabes que va a ir a por tu yugular. Mira, uno nunca puede estar seguro de que sus amigos no le pongan una zancadilla cuando menos se lo espera, pero al menos tiene la certeza de que no puede esperar compasión de sus enemigos.

Así que le dije a Clara que le fuera a otro con el cuento de la amistad. Me costó, no creas. Me imagino que seguía bastante colado por ella y no fue fácil pasar de aquellos ojazos suyos suplicándome, no la había visto suplicar nunca antes. Tampoco la había visto llorar, Clara tenía la risa fácil pero jamás soltaba una lágrima. Aquel día sí, le caían unos lagrimones como perlas por las mejillas y te aseguro que tuve que echarle muchos huevos para no abrazarla, para no secarle aquellas lágrimas a besos y decirle que fuéramos amigos o lo que a ella le diera la gana, pero que me abrazara, que me abrazara fuerte. Pienso en ello y no sé si me da risa o pena o qué. Ya te he dicho que era un crío. Pero aguanté el tipo, no me descompuse, le pedí que no me viniera con monsergas, pretendiendo arreglar las cosas con cuatro palabras bonitas. Lo hecho, hecho estaba y cada uno por su lado. Sin rencor, pero casa uno por su lado.

Sin rencor, pensó Iván. Los surcos que bordeaban los labios del ejecutivo, la forma en que sus ojos se abismaban, decían exactamente lo contrario. Hablaban de un rencor que se había convertido en hábito, en paradigma, en segunda piel. Un rencor que llevaba treinta años macerando, envejeciendo como un licor añejo, hasta adquirir miles de matices, de tonalidades, de texturas. Un rencor complejo, sutil, como uno de aquellos platos infinitamente elaborados que les habían ofrecido en Rebecca, obsesivamente tejido, como la seda de las camisas que vestía Roberto Altarelli.

—A pesar de todo —continuó el ejecutivo—, oía de sus andanzas por Sergei, que no sabe callarse nada. Por él me enteré de que volvía a pasarse las noches en el club, dándole al piano, empinando el codo y sin Raúl. De hecho, el gordito estaba convencido de que en cualquier momento rompería con él y volvería conmigo, ya le conoces, le gusta pintarlo todo de rosa. Siempre estuvo en Babia y eso ha acabado por costarle un disgusto. El gordito es otro gilipollas, convencido de que siempre se lo van a perdonar todo porque es como un niño grande y a los niños nadie les castiga en

serio. Había que ser imbécil para vacilarle de esa manera a William, precisamente a William. Y Sergei siempre lo fue, el imbécil con más talento que conozco pero un imbécil a fin de cuentas.

Pero volviendo a Clara. Al terminar el curso, Pimenta y ella se marcharon a París, donde, al parecer, el artista iba a dar la gran campanada. Aún no llevaban allí un año cuando el niño atrapó una meningitis y murió en cuestión de semanas. Sergei tomó un avión, a tiempo de asistir al sepelio. Ella estaba deshecha y de Raúl no había rastro. El muy canalla ni se dignó a aparecer por el entierro de la criatura.

Altarelli aplastó con rabia la colilla de su pitillo en el cenicero que, un instante después había sido reemplazado por manos invisibles y continuó su relato.

—El resto de la historia ya la sabes. La tesis de bandera, el carrerón en la academia. Podía haberse conformado con teorizar, la verdad. Pero ella siempre fue muy cabezota. Un buen día decidió abandonar su cátedra para montar la empresita que acabaría por ser Jazz Software. Cuando regresó a la ciudad, William accedió, por consejo mío, a comprar su compañía, proponiéndole de paso un puesto directivo con nosotros, pero Clara se negó en rotundo. Se rió en mis barbas cuando me entrevisté con ella y comenzó a predicarme la buena nueva del software libre. Fue duro, créeme. Casi no la reconocía, era una mujer poseída, obsesionada con una misión delirante. Por cierto, el miércoles próximo da una conferencia en la Escuela de Ciencias Empresariales. Te recomiendo que no te la pierdas, si quieres hacerte una idea del tipo de fanática con el que estamos tratando.

Muchas veces he pensado que si Clara no hubiera perdido aquel hijo, el software libre no hubiera encontrado su paladín. Creo que aquel golpe la volvió un poco loca y que sigue así. Y la prueba es que continúa soportando a ese charlatán, que se gasta todo lo que ella gana a manos llenas y lo único que ha producido en su vida son cuatro fotos de tetas y culos.

Altarelli dejó escapar un sonido a medio camino entre una carcajada y un quejido.

—¿Pedimos otra?

—Claro —acertó a murmurar Iván.

El mismo camarero intangible les trajo la tercera ronda en unos

pocos minutos, evaporándose de inmediato. Altarelli, reconcentrado, parecía buscar algo en el fondo de su copa. Una razón, un por qué.

—En fin —suspiró—. El pasado, pasado está. Lo importante es que la operación va viento en popa. Sergei está trabajándose a Clara para que concertemos una entrevista, puede que para este mismo lunes. Tendrías que haberlo visto. Apenas sugerí que si el negocio se concluía satisfactoriamente no habría acción legal alguna en su contra, empezó a ver clarísimo lo mucho que se beneficiaba todo el mundo de la ampliación.

—Al menos —aventuró Iván—, supongo que una vez que la Compañía controle Jazz Software no será necesario continuar con las acciones legales contra él.

—Me parece que no te enteras, socio —dijo Altarelli, los surcos bajo sus labios más hondos que nunca—. El gordito y sus amiguetes están acabados. Para cuando Helmut termine con ellos no les va a quedar un hueso sin romper. William no perdona a los desertores. Más vale que no te olvides.

Iván apuró su copa de un trago, pero el alcohol no consiguió calentar su sangre, súbitamente helada. Altarelli le imitó, en silencio.

13

La sensación de *déjà vu*, se apoderó de él apenas entró en el aula magna de la escuela de empresariales, abarrotada, como solía estarlo durante aquellos meses de movilizaciones y protestas —habían pasado más de doce años desde entonces, se dijo, incrédulo— que precedieron a la aprobación de la Ley de Reforma de las Universidades.

Aquellos meses en los que las clases se habían prácticamente suspendido y la población universitaria en pleno se había arrojado alegremente a la calle. Manifestaciones, sentadas, encierros, asambleas multitudinarias, precisamente en aquella misma aula, la más espaciosa de todo el campus.

Iván localizó un asiento, milagrosamente libre, en una de las primeras filas, acomodándose en él. En el centro de la tarima se disponía una mesa estrecha y alargada, en la que se repetían tres botellas de agua mineral, tres copas y tres micrófonos de tronco alargado y gruesa cabeza, encorvándose, como monstruosos girasoles hacia sendas sillas, aún vacías. La sensación de que, de un momento a otro, aquellas sillas iban a ser ocupadas por los miembros del comité de huelga, era abrumadora. Luigi se sentaría allí, con doce años menos, su rostro emboscado tras unas barbas proféticas. A su lado, estaría Tania, la carismática dirigente de DIA, el sindicato de Docentes, Investigadores y Alumnos que aglutinaba a los activistas más beligerantes. Feúcha, bajita, vestida con una camiseta zarrapastrosa y pantalones caqui, su pelo estropajoso cubierto a medias por una boina con la insignia del Che, un pitillo perennemente encendido entre sus dedos amarillentos, de uñas largas y sucias.

Iván se encogió de hombros, sonriendo con el recuerdo de aquellas agitadas asambleas. Horas y horas de encendidas

discusiones, tan acaloradas como inútiles. Diálogos de sordos, idénticos a los del casino de su niñez, en los que nadie escuchaba a nadie. Las distintas facciones gritaban sus consignas, la masa de estudiantes, con ganas de bronca, las coreaban. La mayoría, incluyendo los que más se desgañitaban, no habían leído una sola línea del texto de la ley —en realidad, un paquete de leyes que introducía nuevas regulaciones en el funcionamiento de las numerosas universidades que habían proliferado en el estado—. Muchos no tenían la más remota idea de las razones exactas por las que protestaban. El suyo era un descontento atávico, elemental, quizás justificado, pero manipulado al fin por una influyente minoría.

Iván recordó las discusiones con Luigi, con Tania. Se vio a sí mismo intentando exponerles los argumentos por los que había decidido no sumarse a la huelga, seguir acudiendo a clase. Evocó el rostro serio de Luigi, negando con la cabeza sin decir nada, conteniéndose a todas luces para no herirle. No así Tania. Le había llamado esquirol y cobarde, señalándole con un dedo acusador de renegrida uña.

Pero su decisión no había sido fruto de la cobardía. Simplemente se había leído la ley, cosa que no hicieron la mayoría de sus compañeros y llegado a la conclusión de que sus divergencias con ésta no justificaban las protestas callejeras, ni las horas de clase perdidas. Aún más, coincidía plenamente con muchas de las nuevas propuestas, como por ejemplo, la de derogar la llamada discriminación activa, una norma que, durante años, había obligado a las universidades —sobre todo a las públicas— a cubrir sus puestos, en igualdad de condiciones, con miembros de minorías discriminadas. El problema con aquella norma, concebida décadas atrás con la mejor de las intenciones, era los conceptos clave en que se apoyaba, minoría discriminada e igualdad de condiciones. Cualquiera, lo suficientemente decidido y poco escrupuloso podía hacerse incluir, si se lo proponía, en la casi ilimitada lista de minorías discriminadas que incluía mujeres, emigrantes, negros, rojos, amarillos, gays, personas discapacitadas, divorciadas, deprimidas y un etcétera tan largo que hacía dudar qué parte de la población calificaba como mayoría. En cuanto a la igualdad de condiciones requerida entre dos candidatos a un puesto, Iván estaba

convencido de que se daba, en la práctica, en muy raras ocasiones y en consecuencia, la discriminación activa había acabado por degenerar en una discriminación más, de la que se aprovechaban, como siempre, unos cuantos desaprensivos. Sonrió para sus adentros. Ciertamente, sus opiniones no eran demasiado políticamente correctas, otro de los funestos términos en boga por la época. La continuidad de la discriminación activa, era una de las reivindicaciones más insistentes del DIA y por supuesto de la guerrillera Tania, que había obtenido un puesto de profesor asistente en la universidad pública donde estudiaba Iván, beneficiándose de esa medida.

Luigi, sin embargo, conocía la ley a fondo. Y a pesar de darle la razón a Iván en el hecho de que muchas de las medidas no eran irrazonables, seguía apoyando la revuelta y haciéndole el juego al DIA o a la gente como Tania, que utilizaban el sindicato como una plataforma para promocionarse. Lo peor del caso es que Luigi ni siquiera ignoraba esto último, pero ni una cosa ni la otra le desanimaban. Había que hacer la revolución. Había que ser solidarios. Había que mojarse, que caminar unidos, codo con codo, ondeando al viento las banderas. Luigi era así, reflexivo y a la vez insensato, preso de un idealismo que le exigía marchar en primera línea de fuego, arriesgando su carrera y en más de una ocasión su integridad física, por una causa justa que, vista de cerca, no era más que otra lucha entre facciones, en la que las bajas se contaban, como siempre, entre los ingenuos.

Al final, la ley se aprobó. La lucha —que no había pasado de escaramuza para una sociedad no demasiado interesada en sus universidades— finalizó con no pocas bajas. Hubo heridos, alguno grave. Estudiantes expulsados, expedientes disciplinarios. Muchos entre sus compañeros perdieron el curso. El propio Luigi consiguió salir adelante sólo gracias a la ayuda que él, Ioannis —otro esquirol — y Valerie le prestaron. Iván agitó la cabeza, melancólico, recordando aquella larga primavera. Luigi, deprimido por el fracaso de la revolución, incapaz de concentrarse en las materias que tenía que preparar a toda prisa, estoico, resignado al inevitable suspenso. El comité de salvación preparando apuntes, ayudándole con los problemas, obligándole a estudiar catorce horas diarias, manteniéndole vivo a base de café, anfetaminas y aquel matarratas

que pasaba por coñac. Y Valerie, claro, también contaban los besos de Valerie. Entre todos consiguieron el pequeño milagro. Luigi aprobó el curso y de paso encontró a la mujer de su vida. Pocos tuvieron tanta suerte, entre los estudiantes involucrados en la revuelta.

Tania, sin embargo, obtuvo un puesto permanente, acogiéndose, una vez más a la discriminación activa. La suya fue una de las últimas veces que la norma se aplicó y el escándalo que supuso la decisión de contratarla pasó desapercibido en los tumultuosos meses que precedieron a la entrada en vigor de las nuevas leyes. El candidato rechazado no fue otro que el mismísimo Marcos Brenner, cuya fulgurante carrera tras aquel lamentable episodio. —Cambridge, Barcelona, Ecole Polytechnique y al final Princeton— contrastaba con la anodina trayectoria de la guerrillera, casi tanto como el paradójico hecho de que el primero se hubiera convertido en uno de los intelectuales más críticos y beligerantes del país, mientras que la segunda, apenas elevada a su nueva dignidad académica, perdió el interés por la revolución, cambió de hábitos, de amigos —dejó de saludar a Luigi y a otros incondicionales que la habían seguido a las barricadas— de manera de vestir. Incluso, recordó Iván, se decidió a hacerse la manicura.

14

Un fuerte aplauso le arrancó de sus recuerdos. Tres personas habían subido a la tarima, parapetándose tras la mesa. Uno de ellos —un individuo robusto y energético, rondando los sesenta— no era otro que el mismísimo rector de la universidad. El segundo, alto, delgado, impecablemente trajeado, algo más joven, resultó ser el decano de la escuela de empresariales. Entre ambos se sentaba una mujer menuda, de aspecto tímido, vestida con una sencilla blusa de color morado, algo chillón y unos pantalones de tela negros. El cabello, arreglado en una breve melena, era de color oscuro. Los ojos, muy agrandados por las lentes de unas gafas de montura transparente —su hipermetropía debía ser considerable para que el efecto fuera tan notable— parecían moverse continuamente de un lado a otro de la sala. No aparentaba más de treinta años, veinte menos, se dijo Iván, de los que en realidad tendría.

—Buenas noches a todos —dijo el rector, cuando los aplausos amainaron—. Tenemos esta noche el gran privilegio de contar con la presencia de la profesora Clara Díaz de Deus.

Iván observó como la mujer se mordía los labios, componiendo un mohín de apuro similar al de una estudiante a punto de pasar un examen oral. No parecía llevar maquillaje alguno.

—Nuestra distinguida invitada, se licenció en ciencias informáticas, en esta misma universidad —continuó el decano—. Realizó su tesis en Harvard. Su disertación versó sobre un problema filosófico con profundas implicaciones en teoría de la información, economía, sociología y ciencias políticas, el llamado dilema del prisionero.

Tan sólo un año más tarde, el *Massachusetts Institute of Technology* decidió ofrecerle la prestigiosa cátedra Stallman, puesto que ocupó hasta que decidió fundar Jazz Software, con el éxito que

todos ustedes sin duda conocen.

Ha obtenido numerosos galardones por sus trabajos, incluyendo el premio Tucker de teoría de la información y el premio Hofstadter de economía por sus seminales artículos sobre el dilema del prisionero y sus implicaciones en diversas ramas de la economía y la sociología.

Es para mí un raro placer contar con su presencia esta noche. Bienvenida a casa, Clara.

Tras la nueva oleada de aplausos, el decano de la escuela de empresariales tomó la palabra.

—Bienvenidos —dijo—. Poco más puedo añadir a las palabras de nuestro rector, excepto quizás la siguiente reflexión. Clara Díaz de Deus es un ejemplo perfecto de alguien capaz de pensar globalmente y actuar localmente, una rara y preciosa virtud en nuestros tiempos. Tenemos con nosotros esta noche a una académica, especialista en teoría de la información, convertida en exitosa mujer de negocios, que, de paso, ha desarrollado una filosofía coherente capaz de obligarnos a todos a reexaminar nuestras ideas preconcebidas sobre conceptos tan complejos y espinosos como el de la propiedad intelectual. Clara, cuando quieras.

Un murmullo de excitación, rápidamente amortiguado recorrió el aula. Los ojos de la mujer parecieron volar sobre los rostros que la contemplaban. Luego se inclinó ligeramente hacia delante, pegándose mucho al micrófono, como si temiera que su delgada voz fuera inaudible.

—Todos ustedes conocen sin duda las numerosas contribuciones del profesor Sergei Bilenki a la informática —dijo, sonriendo—. Contribuciones que incluyen, pero ni mucho menos se limitan, a la invención de Iris, el lenguaje de programación más utilizado en el mundo. Sergei y sus colaboradores han hecho avanzar prácticamente cada campo de la informática, desde las bases de datos hasta el control de sistemas en tiempo real, pasando por la criptografía.

Cierto, pensó Iván. Pero el profesor Bilenki no podía conformarse con el respeto, con la admiración del pueblo, quería también ser adorado en la corte del emperador. Aunque para ello tuviera que engañar a unos y otros, aunque para ello tuviera que

engañarse a sí mismo.

—Es menos conocido —continuó la mujer— que nuestro querido profesor es un magnífico cocinero, un auténtico artista de los fogones. Sus amigos, sabemos que anda todo el día con recetas. Ternera a la milanesa, pizza a la griega, calamares en su tinta. Docenas, cientos de ellas. Muchas, claro está, las encuentra en libros de cocina. Otras, las consigue a través de otros aficionados al arte culinario. Y por supuesto, como es natural en alguien tan creativo, inventa sin cesar. A veces combinando dos o más recetas, a veces alterándolas, otras partiendo de cero, como su célebre pavo con pasas.

Iván se sorprendió sonriendo, al evocar la imagen de Sergei, un fin de semana cualquiera, moviéndose con sorprendente agilidad por la enorme cocina que ocupaba casi cincuenta de los trescientos metros cuadrados del piso, en pleno centro de la ciudad, que jamás hubiera podido comprar con el sueldo de un profesor de universidad. Sergei resoplando, riéndose, hipopótamo hiperactivo, hablando sin cesar, evolucionando entre cazuelas y ollas hirviendo, dándose palmadas en la tremenda barriga, pregonando a sus invitados que la cena estaría lista enseguida.

—Naturalmente —continuó Clara—, a Sergei le encanta compartir sus recetas. Con sus amigos, con otros gourmets como él, de hecho, con cualquiera que esté interesado.

Lo cual, dicho sea de paso, les parecerá lógico, puesto que sin duda, ustedes hacen lo propio. Es lo más natural del mundo. Compartiendo, no sólo se beneficia a la comunidad, sino que se propicia la mejora del bien común.

Imagínense ahora por un instante una sociedad en la que estuviera prohibido distribuir recetas de cocina. Una sociedad en la que para comer pavo con pasas fuera necesario comprar una tarjeta codificada, la cual debería presentarse en el correspondiente supermercado a fin de obtener los diferentes ingredientes, mezclados de antemano, de tal manera que puedan ocultársele al cliente las diferentes proporciones de éstos. Una sociedad en la que usted no tiene acceso a la receta, no puede modificarla, ni siquiera puede distribuir copias de ésta a un amigo, ya que ese simple acto de solidaridad se considera ilegal.

Estoy segura de que todos ustedes serían muy infelices en un

mundo así. Bien, ése es exactamente el que proponen empresas como la Compañía Multinacional de Software.

Se escucharon varios bravos en el aula. Clara dio un leve respingo en la silla, como sobresaltada y bebió un sorbo de agua, antes de continuar.

—Últimamente está muy de moda hablar de derechos. Quisiera entonces plantearles la siguiente pregunta. ¿Cuáles son los derechos elementales, irrenunciables, los derechos imprescindibles?

Los ojos, increíblemente dilatados, escudriñaron la sala. El público estaba en vilo, silencioso. Iván estudió los rostros a su alrededor, concentrados en la menuda mujer que se encorvaba sobre el micrófono.

—Discúlpenme si no respondo a esa pregunta excepto en lo que se refiere al uso del software. Les confieso que no me atrevo con más.

En lo que al software se refiere, sin embargo, creo que existen cuatro derechos esenciales —dijo, mientras alzaba la mano derecha, con el pulgar encogido, mostrando cuatro dedos larguísimos.

—El primero —dijo, golpeando el índice de la mano derecha con el de la mano izquierda—, es el de ejecutar un programa cuando y como quieran. Se trata del derecho más básico y también del más obvio. Incluso cierta empresa, de siglas CMS no ha conseguido comercializar un programa que el usuario no pueda ejecutar. Aunque todo se andará, no se fíen.

Hubo algunas risas dispersas en la sala. Clara se inclinó más hacia el micrófono, como si se tratara de un amigo al que quisiera confiarle un secreto.

—El segundo —continuó—, es el de satisfacer las necesidades del usuario, garantizando que éste puede cambiar el programa a su gusto. Todos coincidirán conmigo en garantizar el derecho de un vegetariano a cambiar el pavo de la receta de mi amigo Sergei por su coliflor o repollo favorito.

Iván volvió a reír. Aquella mujer tímida tenía la rara facilidad de ponerle la sonrisa en los labios, a él y a la totalidad de la audiencia. Pero había algo más, la forma en que Díaz de Deus había pronunciado las palabras amigo, al referirse a Sergei, deteniéndose, se diría, en cada sílaba, haciéndolas sonar como si se tratara de notas musicales ejecutadas al piano, tres notas prístinas, melódicas,

que componían un brevísimo poema sinfónico. Un poema que quería decir exactamente lo contrario que aquel amigo mío con que William Goldman advertía del inminente riesgo a cualquiera lo suficientemente osado como para contradecirle.

—El tercer derecho fundamental de un usuario de software es la de ayudar a sus vecinos distribuyendo copias de cualquier programa que encuentre útil.

Clara enlazó el índice de su mano izquierda con el meñique de la derecha. —Por último, debemos reclamar el derecho de mejorar la comunidad que nos acoge distribuyendo versiones mejoradas de nuestros programas.

Suspiró, como tomando aliento y dio otro sorbo a su vaso.

—No voy a insistir en el primer derecho. Si la Compañía todavía les permite servirse de un programa por el que ustedes han pagado, no seré yo quien les de nuevas ideas.

En cuanto al segundo. La libertad de cambiar un programa, implica por ejemplo, que el usuario tiene derecho a buscar errores en éste y corregirlos, o añadir nuevas funcionalidades.

Déjenme confesarles otro secreto. Buena parte del éxito de Jazz Software se debe a que distribuimos el código fuente de todos nuestros programas. Y ya ven, a nuestros clientes les encanta meter las narices en el código. Tanto, que muy a menudo encuentran errores en éste, ahorrándonos trabajo.

Tengan en cuenta que corregir los errores de un programa es, a menudo, mucho más costoso en tiempo y dinero que escribir el código. Nuestras empresas competidoras se gastan enormes sumas en ello. Para nosotros, en cambio, es una tarea sencilla. Contamos con la ayuda de miles de voluntarios. Ayuda y te ayudarán, es una idea muy sabia y muy antigua.

Clara se detuvo un instante, quitándose las gafas y dejándolas encima de la mesa. Iván reparó que sus ojos no parecían haber disminuido de tamaño.

—No me cabe duda —continuó al cabo de unos instantes—, que todos ustedes creen en la solidaridad. Es una de las virtudes más hermosas que existen. Una de las que nos hacen realmente humanos.

El derecho a repartir copias de un buen programa no es otra cosa que el derecho a ejercer la solidaridad. Y sin embargo, existen

hoy en día leyes en todo el mundo prohibiendo esta libertad elemental. No se rían. Pueden ir a la cárcel por ello.

Cierto, muchos de ustedes tienen copias ilegales en casa. Y las seguirán teniendo, por una temporada. Hasta que alguien decida darle otra vuelta de tuerca a la cadena que les oprime, restringirles un poco más el aire que respiran. Entre tanto, no deja de ser triste que el simple hecho de ayudar a un amigo proporcionándole un programa sea considerado un acto de piratería. En cambio, el hecho de vender a precios desorbitados productos de baja calidad se considera una práctica perfectamente virtuosa.

La audiencia volvió a aplaudir. Iván reparó en que había muchos jóvenes entre el público, pendientes de cada palabra que pronunciaba la mujer en el estrado.

—Finalmente, el derecho a publicar versiones mejoradas del producto. Una vez más, pregúntense por qué las revistas especializadas, al menos las que no están compradas por, bueno, ya me entienden, consideran unánimemente que los productos de Jazz Software superan en calidad a los de, ya saben. Es muy sencillo. Nuestros productos son superiores porque decenas de miles de programadores en todo el mundo nos han ayudado a ello.

La mujer hizo una pausa, dio un sorbo a su vaso de agua, antes de continuar.

—Muchos de los estudiantes presentes aquí esta noche —continuó—, habrán examinado a lo largo de la carrera un problema lógico conocido como el dilema del prisionero. Quizás les suene a muchos de ustedes. Existen muchas maneras de formularlo, pero esta noche quisiera plantearlo en términos mercantiles. Después de todo estamos en la escuela de Ciencias Empresariales —dijo, dedicándole una sonrisa al decano de la facultad, que se sentaba a su lado, mirándola con adoración.

—Imaginemos por un instante que nuestro rector —otra sonrisa, correspondida por una mirada arrobada— posee una considerable fortuna que decide invertir en su pasión favorita que no es otra que la de coleccionar sellos.

—¿Quién se lo ha dicho? —rió el rector, palmeando suavemente el hombro de Clara.

—Es difícil guardar secretos en los tiempos que corren —dijo ella mientras parecía retraerse al contacto de la mano del otro,

separándose un poco de él, aunque no dejó de sonreír—. Bien, tenemos, de un lado un ávido coleccionista de sellos dispuesto a pagar una importante suma y del otro un reputado mercader, decidido a venderle la más rara colección del país.

Imaginemos también que en ese país, coleccionar sellos es una actividad ilegal. Así que ambos, el coleccionista y el proveedor, deciden arreglar una transacción clandestina. Se ponen de acuerdo en el precio, que conviene a ambos. Para mayor seguridad, acuerdan que es mejor que no se conozcan, de tal manera que no puedan identificar a su compinche en caso de ser sorprendidos por la policía. Cada uno le indica al otro por teléfono, cierto lugar desierto donde depositará a una hora convenida de la noche una maleta. La del coleccionista contiene el dinero, naturalmente, y la del vendedor contiene los sellos.

Obviamente, hay algo que ambos temen en ese negocio. ¿Qué ocurre si uno de ellos deja una maleta vacía, llevándose la maleta llena del ingenuo? Ninguno conoce las coordenadas del otro. No hay, pues, posibilidad de tomar represalias, en caso de fraude.

¿Qué hacer? Se preguntan. El negocio les conviene a ambos. Si ambos juegan limpio, ambos quedan satisfechos. Pero la tentación de hacer trampa, llevándose el dinero —o la mercancía— del otro a cambio de nada, es muy alta.

El último secreto de la noche. Mi querido William Goldman también colecciona sellos.

Iván reparó en un grupo de muchachos, que se sentaba no lejos de él, a todas luces estudiantes de informática. La sensación de *déjà vu* volvió a invadirle, por segunda vez en la misma hora. Aquellos chicos, pensó, a los que faltaba poco para ponerse a bailar o para invadir la tarima y sacar a su ídolo en volandas. Aquellos chicos, tan parecidos a los que habían sido ellos. Una de las muchachas, morena, bajita, con los ojos brillantes y los labios perfectos, recordaba tanto a Valerie. Casi sin darse cuenta se encontró buscando en el grupo las barbas frondosas de Luigi, los rasgos ligeramente asimétricos de Ioannis, cuyo rostro —secuelas de una parálisis facial durante la infancia— parecía inconcluso, como si las líneas maestras de la cara no se hubieran completado del todo, como si sus sempiternas gafas de montura de pasta fueran un andamio que ocultaba a medias un edificio en construcción.

—Así que puedo imaginármelo —la voz de Clara, reparó Iván, eran tan frágil con la de Goldman, pero tenía un timbre diferente, más cálido, menos triste— haciendo el siguiente razonamiento. Si el vendedor deja la maleta llena como ha prometido, me conviene dejar la mía vacía y ahorrarme el dinero. Por otra parte, si deja una maleta vacía, mejor hacer lo propio, para que no me estafe. Es decir, no tengo alternativa. Estoy obligado a estafarle.

Clara hizo una pausa que a Iván se le antojó eterna. El aula entera parecía contener la respiración.

—Es imposible demostrar, en términos estrictamente lógicos, que ese razonamiento sea incorrecto. Quizás todos, de vernos en la piel de William, actuaríamos igual. Quizás todos seríamos desleales.

Pero imaginemos que la situación se repite de manera periódica. Digamos mensualmente. En ese caso todo cambia. Cierto, el coleccionista podría defraudar al vendedor una vez, pero sin duda éste tomaría represalias en el siguiente encuentro. Entonces, ¿por qué no ser leales? Después de todo, así todo el mundo sale beneficiado.

Una empresa que niega los derechos fundamentales del usuario, tal y como los hemos comentado esta noche, se comporta deslealmente con éste. El usuario reacciona siendo, a su vez, todo lo desleal que puede con la empresa. Nadie gana. El cliente tiene que conformarse con productos caros y mediocres, la empresa pierde auténticas fortunas corrigiendo sus programas y tiene que enfrentarse al problema de las copias ilegales.

La idea de Jazz Software es bien simple. Siendo leales, damos al usuario todas las razones para serlo a su vez. Alguno, sin duda, jugará sucio con nosotros, pero no es el caso de la mayoría, no es el caso de la Escuela de Empresariales que nos acoge esta noche, ni de los muchos departamentos de esta universidad que han adquirido nuestros productos.

Me he limitado a comentarles un pequeño ejemplo, porque prefiero opinar de las cosas que entiendo. Pero las estrategias coactivas practicadas por muchas empresas en lo que se refiere al software no son sino una de las numerosas maneras en que se manifiesta la tendencia, generalizada en los tiempos que corren, a ignorar el bien común a cambio de la ganancia personal.

Los efectos de este desinterés están a la vista. Escuelas y

hospitales públicos cada día más abandonados. Empleos basura. Sectores cada vez más grandes de la población en el umbral de la pobreza, llegando por los pelos a fin de mes. Cárceles abarrotadas que no sirven para disminuir la delincuencia.

La deslealtad genera deslealtad, la insolidaridad más insolidaridad. Sólo hay dos alternativas. Sentarnos en el ágora a esperar a los bárbaros que inevitablemente han de arrasar lo que nos queda de civilización, o tomar las armas.

La guerra, no les quepa duda, va a ser larga y los ciudadanos llevamos las de perder. Pero quizás haya alguna esperanza si cada uno de nosotros contribuye a una sociedad más justa como buenamente pueda y sepa. El software libre no es más que un granito de arena, diminuto, quizás, pero no insignificante.

Una atronadora ovación ahogó la siguiente frase. El rector se inclinó hacia ella, como para decirle algo al oído. Ella se reclinó en el respaldo de su silla, casualmente, rehuyendo el rostro que se le aproximaba.

—Muchísimas gracias, Clara —dijo éste, que, aparentemente, no se había percatado, como lo había hecho Iván, de la maniobra defensiva de la mujer—. Creo que todos hemos aprendido mucho esta noche.

—Son cosas que todos sabemos —dijo ella—. Estoy segura de que todos creemos en la solidaridad, todos deseamos ser leales y honestos. Quizás sólo es necesario que nos atrevamos.

15

Decidió, a la salida de la conferencia, tomar un café en el bar de la Escuela de Informática. De paso, se dijo, podía echar un vistazo a su antigua facultad, donde prácticamente no había pisado en diez años.

La escuela se albergaba en un edificio idéntico al de las otras facultades vecinas, un paralepípedo con la fachada revestida de ladrillo rojo, de ocho pisos de altura y unos quinientos metros cuadrados de planta. A lo largo de toda la avenida, los mismos bloques se repetían una docena de veces, alineados de tres en fondo, como una escuadra formando para revista. Todavía, pensó, no acertaba a decidir si la arquitectura del Campus le agradaba o no. A pesar de su monotonía, de la absoluta falta de imaginación en el diseño, había algo bello en aquella simetría, en los edificios idénticos, en la ordenada geometría del conjunto. Había algo de hermoso también, en la facilidad con que la memoria reconocía su edificio entre todos los otros, la miríada de pequeños detalles que lo identificaban, haciéndolo único y entrañable.

Nada había cambiado demasiado. El ladrillo de la fachada estaba algo más descolorido, muchas de las persianas que protegían los ventanales estaban rotas. Las escalinatas que daban acceso a la entrada principal parecían haberse reducido mágicamente de tamaño. Había más carteles. Miles de carteles de todos los tamaños, pegados en las columnas del vestíbulo principal, informando de todo tipo de eventos, ofertando clases particulares, proponiendo las compraventas más variadas —automóviles, ordenadores, muebles, electrodomésticos—, anunciando habitaciones vacantes en pisos cercanos, instrumentos musicales en buen estado, libros usados. Los estudiantes que pululaban por los pasillos vestían ropa algo más holgada, llevaban el cabello algo más corto, parecían demasiado

jóvenes. La cafetería estaba más limpia y era menos bulliciosa de lo que recordaba.

La nostalgia, pensó, sabía al recuerdo de las pastas mojadas en café con leche, siempre alrededor de las tres de la tarde, durante el descanso entre el final de las clases de teoría y el principio de las prácticas con el ordenador. Croissant para él, una descomunal magdalena para Ioannis, un pedazo de tarta de manzana para compartir entre Luigi y Valerie.

Podía haber sido Valerie, se dijo. Podía haber sido Valerie, con su piel morena y aquella boca tan bonita, tan dulce, aquellos labios idénticos a los de Ingrid Bergman en Casablanca, que nunca llevaban carmín, que le habían besado alguna vez, fue casi una casualidad que Luigi se le adelantara, puro accidente. Podía haber sido Valerie que, ni siquiera en el departamento de relaciones públicas se había maquillado nunca, Valerie con quien Sonia se desesperaba, tratando de enseñarle en vano las técnicas más elementales para progresar en un territorio en el que su aguda inteligencia, su enorme capacidad analítica no servían de nada, al no ir acompañadas de un desparpajo del que carecía por completo. Valerie, que había tenido el valor de negarse a trabajar las obligatorias horas extras que exigía la Compañía —horas que debían ofrendarse, para mayor hipocresía, como voluntarias, sin que nadie las solicitara, sin que nadie, aparentemente, llevara la cuenta— y que sin embargo se había dejado la piel —noches, fines de semana, descuidando su familia, su frágil salud— ayudando a Sergei a construir la arquitectura de Bossa Nova.

Valerie, que no sospechaba de él y sonreía su sonrisa de siempre, mientras se despedían, un año atrás.

—En realidad estoy contenta, Iván, me alegro de que se descubriera el pastel, me alegro de veras. Estábamos haciendo el tonto y yo más que nadie, debería haberle hecho caso a Luigi y haberme largado hace ya tiempo, pero ya sabes, el dinero, el vil dinero. Con los dos críos apenas llegábamos a finales de mes, a él ya le conoces, después de tantos años sin tener donde caerse muerto, cuando al fin consigue financiación para la revista se empeña en que es inmoral que el sueldo del editor sea más alto que el del último ayudante de imprenta. Y, bueno, tampoco quería dejar colgado a Sergei, aunque no sé, menudo marrón ahora. Tú crees

que van a ir a por nosotros, ¿eh?

—No, qué va —había exclamado Iván, tratando de aparentar una seguridad que no sentía en absoluto.

—Ojalá —suspiró Valerie—. Oye, Ivanchu, ¿y tú? ¿No te tienta venirte a Jazz Software? ¿No has hablado con Sergei?

—Sí, claro que sí. Os vais a divertir, desde luego. Menudo equipo se lleva.

—¿Y no te animas?

—Por ahora creo que no.

—Estás un poco dolido, ¿eh? Te entiendo. Conste que yo siempre opiné que deberíamos haberte incluido en el proyecto.

Iván había negado con la cabeza, pesimista.

—No hubiera funcionado, Vale, no era mi estilo.

—Es verdad —suspiró ella—. Y es posible que tengas razón, quizás deberíamos habernos largado desde el principio y no enfangarnos en movidas clandestinas.

—Sí —dijo Iván—. Habría sido lo mejor para todos.

16

La ausencia de humo. La ausencia de humo era otra de las diferencias con el local donde había compartido tantas tardes con sus amigos. Hacía ya años que estaba prohibido fumar en todos los edificios públicos, incluyendo, por supuesto, bares y cafeterías. Sin duda, se dijo Iván, se trataba de una buena medida, que evitaba el ambiente cargado, los ojos llorosos, las ropas malolientes, protegía los derechos de los no fumadores y controlaba el vicio de los que todavía se aferraban, como él, al cigarrillo. Una buena medida, que contribuía a que todos estuvieran más sanos. Una buena medida, que, por supuesto, no se aplicaba en los salones de la élite, que podía permitirse el lujo —ya fuera en restaurantes como Rebecca o en club privados como el de Altarelli—, de saltarse las prohibiciones que delimitaban la existencia de la mayoría de los ciudadanos.

Una buena medida que el tipo que se dirigía hacia él desde el otro extremo de la cafetería, parecía decidido a ignorar, a pesar de las miradas asesinas con que lo obsequiaban no pocos de los parroquianos. Iván lo contempló acercarse. Había engordado al menos diez kilos y perdido la mayor parte de una cabellera que nunca fue muy abundante. La barba, tan poblaba como siempre, había encanecido considerablemente, añadiendo años al rostro, unos años que negaban los vivos ojos, de un intenso color azul.

—¡Luigi!

—¡Iván, compañero! ¡Qué alegría verte!

—¿Todavía sigues en la facultad? —preguntó Iván, mientras estrechaba la mano de su amigo—. Creí que lo habías dejado.

—Sí, sí —contestó Luigi, palmeándole los hombros—. Hace tiempo. Estoy dando unos cursillos de programación que me ha conseguido Sergei. Me los pagan a precio de oro. Ya ves, un vendido

al sistema.

—Hombre, ya será menos —rió Iván.

—La verdad es que andamos un poco justos. —Luigi, observó Iván, no había perdido el hábito de pasarse la mano, repetidas veces, por la poblada perilla cuando algo le preocupaba—. Un pequeño extra no viene mal.

—Veo que la dirección de revistas revolucionarias sigue sin hacerte rico.

Esta vez fue Luigi quien rió, complacido. —Ya sabes que no. Pero dime, ¿qué se te ha perdido a ti en la escuela?

Iván se encogió de hombros. —Pasaba por aquí y me entraron ganas de merendar.

Los ojos azules de su interlocutor destellaron. —Qué tiempos, ¿verdad?

—Sí —suspiró Iván—. Qué tiempos.

Luigi miró a su alrededor, buscando un inexistente cenicero. Iván le ofreció su taza en la que quedaba un resto de café. Su amigo dejó caer la colilla con un suspiro de alivio. Justo a tiempo. Un camarero se dirigía hacia ellos, con cara de pocos amigos.

—Perdone. Aquí está prohibido fumar.

—¿Quién está fumando? —Luigi enfrentó la mirada reprobadora del camarero con la inocencia de un recién nacido.

—Acaba de apagar el cigarrillo.

—Entonces no estoy fumando, ¿verdad?

—Que sea la última vez.

—Claro hombre —contestó Luigi, apartando luego ostentosamente la mirada del otro, como consignándolo a la inexistencia—. Cómo no vamos a vivir en un sistema represivo —dijo, levantando mucho la voz—, con lo fácil que resulta encontrar gendarmes.

—Oiga —intervino de nuevo el camarero, visiblemente alterado —, si no le gustan las normas puede largarse.

—Ya es suficiente —cortó Iván—. El camarero se giró hacia él, beligerante, titubeó, como si la envergadura física de su interlocutor hubiera desinflado parte de su animosidad, optando al fin por una cauta retirada.

—Ándate con ojo, Luigi. Ése te la tiene jurada.

—Bah… Oye, sabes que hemos hablado de ti mucho en casa

últimamente. Vale se siente un poco culpable, cree que estás dolido porque Sergei te dejó al margen de sus proyectos.

—Fui yo más bien quien decidió permanecer al margen.

—Igual que cuando las manifas de final de carrera.

—Más o menos. Por cierto, ¿qué se ha hecho de Tania?

—Ahora es vicerrectora de ordenación académica. Carcamal hasta los huesos. Ya ves, tenías razón en más de cuatro cosas. Gentuza como ella nos manipuló mucho. Pero sigo creyendo que merecía la pena luchar.

—Y yo sigo teniendo mis dudas. Pero no nos vamos a pelear por eso ahora, ¿no?

—Qué va. Sé muy bien que eres de los nuestros, compañero.

Por qué el sabor a resaca en el paladar, se dijo Iván, aquella sensación de haber bebido lejía. Qué podía haber hecho, qué alternativas le quedaban. Se había opuesto a la idea de contribuir al desarrollo de Bossa Nova clandestinamente, por mucho que Sergei le hubiera prometido que todo se haría fuera de horas de trabajo, los fines de semana, con el máximo secreto. La idea era, había sido siempre una insensatez, propia del carácter vanidoso de su mentor, digna de su megalomanía. Que la mitad del departamento le hubiera secundado en mayor o menor grado, no hacía sino confirmar cuán irresponsable era el líder, cuán dóciles los acólitos. Aún peor, una vez que Sergei se convenció de que Iván no le seguiría en su cruzada, había optado por marginarle completamente y también eso, en parte, les había perdido. Muchos de los errores que habían cometido hubieran podido evitarse, pero durante meses, sus amigos habían construido un muro de silencio en torno a él y al hacerlo lo habían identificado frente al CEO y sus sabuesos como alguien ajeno a la conspiración. En cierto modo, entre todos, lo habían predestinado a ser su verdugo.

—¿Sabes? —dijo—, me está apeteciendo un cigarrillo.

—Eso es hablar —dijo Luigi, tendiéndole el paquete.

Su amigo encendió antes de salir del bar, prácticamente echándole el humo en la cara al camarero que les había importunado un momento antes. Iván aguardó hasta que llegaron a una zona de fumadores. Una esquina patética, con un enorme cenicero rebosante, junto a la cual merodeaban, chupando sus pitillos con aire culpable, unos cuantos viciosos como ellos.

—Bueno y en qué andas ahora. Para cuándo el próximo número.

—Pronto. —Luigi fumaba avariciosamente, tragándose el humo con violentas bocanadas, como un pez que se ahoga fuera del agua —. En cuanto consiga entrevistar a Brenner.

—¿A Marcos Brenner?

—El mismo.

—Nada menos. He leído «El largo declive de occidente». Es un tipo muy lúcido.

—Vaya, no te hacía tan puesto en economía.

Iván le dedicó una sonrisa aviesa a su amigo. —Y no lo estoy—. Era uno de los libros que recomendaba el último número de tu revista. Me llamó la atención y decidí echarle un vistazo. Te confieso que no me esperaba que me enganchara tanto como lo hizo.

Luigi le dedicó una larga, pensativa mirada, acariciándose la barba entrecana. Luego dio una última, avariciosa calada a su cigarrillo antes de apagarlo en el cenicero atiborrado.

—Estoy pensando que a lo mejor te gustaría acompañarme a la entrevista con él. Será hacia finales de mes, todavía no sé la fecha exacta.

Iván apagó a su vez el cigarrillo. —No sé, ando muy mal de tiempo —musitó. Su amigo le tomó del brazo—. A veces hay que encontrar tiempo para estas cosas. Estoy seguro de que te va a gustar. Mira, cuando tenga la cita concertada, te llamo. No hace falta que decidas hasta entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Iván, sin ánimos de desairar a su antiguo camarada.

—Estupendo —rió él—. Ya verás como disfrutas.

—No cuentes con ganarme para la causa —dijo Iván estrechando calurosamente la mano de su amigo—. Ya sabes que soy un recalcitrante.

—Qué va —repitió Luigi, dándole un abrazo—. Tú eres de los nuestros.

17

—Ya está. Por fin ha dado luz verde. Podemos iniciar la negociación formal en cualquier momento. Menos mal, mierda.

Iván sonrió, entre satisfecho y fatalista. Todavía le pesaba el recuerdo de Luigi, el abrazo fraternal, la frase con la que se despidieron. Tú eres de los nuestros. Sergei jadeando frente a él, mirándolo con ojos ansiosos, retorciéndose las manos gordezuelas, las manos húmedas de dedos como morcillas capaces de volar, ingrávidas, sobre el teclado de un ordenador.

—Además tengo una pequeña sorpresa para ti. La primera acción que Clara propone es una entrevista con el líder del equipo negociador por parte de la Compañía. Un tête a tête, como le gusta a ella, para empezar con buen pie.

—Bueno, veremos que tal se entiende con Altarelli —dijo Iván, recordando la conversación que había seguido a la partida de squash, unos días atrás.

Sergei le miró, sus ojillos chispeando de sorpresa y placer.

—¿Nadie te ha puesto al corriente?

—¿Al corriente? —preguntó Iván, sorprendido a su vez—. ¿De qué?

—¡Mierda! —rió Sergei palmeándose la barriga—. Mierda, mierda, mierda.

—¿Vas a dejar de hacerte el interesante de una vez? —preguntó Iván, cada vez más intrigado.

—Verás, muchachito. El líder del equipo negociador por parte de CMS no va a ser Roberto, sino tú.

—¿Qué dices? ¿Estás de broma?

Sergei negó enérgicamente, como un osito de peluche con un mecanismo de cuerda que hiciera girar la redonda cabeza —todo frente y mofletes encarnados— sobre un torso abarrilado,

torpemente cubierto por una camisa sudorosa.

—No, nada de bromas. Es verdad que Roberto era el candidato más inmediato, pero Clara no quiso ni oír hablar de ello. Posiblemente con razón, esos dos tienen todavía cuentas por arreglar.

—¿A qué cuentas te refieres? —preguntó Iván, deseoso de conocer la versión de su antiguo mentor, sobre los hechos que le había descrito Altarelli.

—Oh —las mejillas de Sergei enrojecieron todavía más, pasando del habitual color fresa a un encendido granate—. Nada… cosas de juventud… no viene a cuento.

—Venga Sergei —insistió Iván—. Cuéntame, anda. Cómo quieres que me aclare si no.

Su amigo resopló, retorciéndose unas manos que a Iván le recordaron aquellos guantes de goma que Pablo se ponía para limpiar la vajilla, guantes en los que alguien hubiera soplado, hinchando los dedos como pequeños globos que un simple pinchazo de aguja podría reventar.

—Pero esto que te voy a contar es confidencial, ¿eh?

—Claro, hombre, no te apures. Ya sabes que sé guardar un secreto.

—Mierda —rezongó Sergei—. Una mierda, que la gente acabe así, después de haberse querido tanto.

Después de haberse querido tanto. La frase cortaba, como un cuchillo malayo cuyas ondulaciones desgarran fieramente el tejido del corazón. Después de haberse querido tanto. La imagen de su padre recorriendo los pasillos de la gran casa, enormemente vacía, la gran casa que los Sandoval comprarían un año más tarde, pasillos de los que colgaban cuadros que repetían un solo motivo, flores amarillas cuyo olor parecía escapar del lienzo, intoxicando el aire con su tristeza, largos pasillos por los que Gabriel Ormaechea deambulaba, estrujando entre sus manos descomunales unas cuartillas, la tinta corrida, marcando los lugares donde habían caído las lágrimas de Miriam, marcando los lugares donde habían caído las suyas. Geografía del dolor, islas como borrones de tinta flotando en el mar de la traición. Después de haberse querido tanto. Clea despidiéndole en el aeropuerto de Orly, pálida como una muñeca de cera, sin una sonrisa, sin un beso, apenas un ligero abrazo,

ligeramente correspondido, el rostro sereno de la muchacha en cuya cabeza se balancea el cesto de frutas, sereno y triste, triste y distante, como los años que habían pasado desde entonces, como los años que le separaban de aquel aeropuerto y aquel museo, como los treinta años que habían transcurrido desde que aquel muchacho que en la narración de Sergei parecía más niño, menos insolente, más confiado, había estrellado una y otra vez el puño contra la pared, destrozándose los nudillos, repitiendo, con su mano pequeña y fuerte los golpes y la desesperación de la zarpa enorme del hombre que llama una y otra vez, a la mujer que acaba de abandonarle.

Saltimbanquis. Una vez más el lienzo frente a sus ojos, tan real como si estuviera de nuevo en aquel museo, tan real como el forzudo de mejillas colgantes y mirada opaca, tocado con un capirote que podría ser una chapela, como la muchacha del rostro sereno que mira sin ver y en su imaginación tiene el cabello dorado de Clea, como el contorsionista que esconde tras la espalda una mano que acaso se ha destrozado contra el muro de una traición. *Pero dime, quién son ellos, esos vagabundos*, la voz del tío Pedro que siempre llevaba encima su librito de poemas, recitando la quinta elegía. *Un poco más fugaces aún que nosotros*, el tío Pedro que se aferraba a su Rilke como Miriam a su Van Gogh, náufragos asiéndose al madero del arte en la tempestad de la vida, *a los que, tan temprano, imperiosamente, retuerce como a un trapo —para quién, por amor a quién— una voluntad nunca satisfecha*, como si el divino Rainer María pudiera adivinar la historia de su madre y de su tío, como si el divino Pablo los hubiera tenido en mente cuando pintaba su lienzo, o acaso no era necesario, acaso cada historia se parece tanto a las demás, Miriam, Gabriel y Pedro, Clara, Roberto y Raúl, Sonia, Ioannis e Iván, ¿—para quién, por amor a quiénuna voluntad nunca satisfecha?

Saltimbanquis. Pedro leyendo las elegías en voz alta, obsesivamente, repitiendo los versos como Miriam repetía los girasoles cada tarde de su infancia, los girasoles que Iván podía evocar flor a flor, pétalo a pétalo, recordaba cada matiz de color, cada textura de aquellos amarillos como recordaba la textura del cabello de Clea, como recordaba cada verso de las elegías. *Ahí, el forzudo marchito y arrugado, el viejo que ya sólo aporrea el tambor*,

Pedro declamando con voz serena y musical, describiendo el futuro de Gabriel Ormaechea, *Pero también el joven, tenso y vigoroso, rebosante de músculos y simplicidad* que quiere vivir en un penthouse, en el último piso de la torre más alta de la ciudad y sueña con montar una empresa junto a su media naranja, el joven que todavía no es un cínico comido por el resentimiento y no sabe que *tú, amada, tú, mudamente rebasada por las más excitantes alegrías* no tardará en traicionarlo.

Saltimbanquis. El cuadro, cuyo precio, ciento sesenta millones, vale otra traición, Arlequín traicionando a Colombina que ha traicionado a Pierrot que se consuela planeando traicionar a ambos.

Después de haberse querido tanto.

—Así que ya ves —dijo Sergei, concluyendo una historia que sólo difería de la de Altarelli en la ausencia de odio hacia Raúl Pimenta—. Uno se imaginaría que después de tanto tiempo, estas cosas deberían ser agua pasada. Pero no. Qué triste, ¿verdad?

—Sí —asintió Iván, desviando la mirada, tragándose las lágrimas con rabia, como Alterelli se tragaba su Martini, como el viejo se tragaba el güisqui aguado que le servía Pablo—. Muy triste.

18

—En todo caso —continuó Sergei—, dado que Roberto se ha quedado fuera de juego, ha sido una gran fortuna que Goldman decidiera escogerte a ti. No quiero ni imaginarme lo difícil que se hubieran puesto las cosas si llega a nombrar a un tarugo como Coward, o peor, a la frígida de Sarah para este trabajo. Me gustaría haberles visto las jetas cuando se enteraran de que les habías pasado por delante. Te estás convirtiendo en un tipo importante, hijo.

Iván no respondió, concentrándose en estudiar el poso oscuro del fondo de su taza, sólido como alquitrán petrificado. El café turco que acababa de tomar, cargado de azúcar, dejaba en el paladar un sabor agridulce.

—Al final va a ser una suerte que te quedaras en la Compañía. Estoy seguro de que te entenderás con Clara. Va a salir todo bien, ya verás. No te lo voy a ocultar, mierda, estoy un poco acojonado. No sería la primera vez que se echa atrás en el último momento.

Por ejemplo, hace cosa de diez años Hitachi quiso comprarle el negocio. Y en buen momento, porque estaba casi en bancarrota. Le ofrecieron seguir dirigiendo la empresa, respetar la plantilla, apoyar su filosofía. Un chollo increíble y les dio con la puerta en las narices.

—Yo tampoco me hubiera fiado de esos tiburones —dijo Iván.

—Era un riesgo razonable, hijo.

—¡Venga Sergei! Sólo llevas un año en Jazz Software. Por esa época estabas tan contento trabajando para sus rivales. No me hables de riesgos razonables.

Sergei dejó escapar un gemido agónico, como si las palabras de su antiguo alumno le hubieran cortado las venas, lo cual, pensó Iván, era probablemente cierto. Se arrepintió de su crueldad, pero

ya era tarde.

—Perdona.

Sergei sacudió la cabezota, tristemente, como un viejo mastín apaleado.

—Sé lo que piensas. Y no me extraña. La he cagado malamente, ¿crees que no me doy cuenta? Tenía que haberme largado de la Compañía antes de que me pillaran. Antes de pringar a toda mi gente. O no haber entrado nunca. No haber entrado nunca, mierda, mierda, mierda.

—Nunca he entendido por qué no te uniste a Clara, desde el principio.

Sergei suspiró. —No, esa historia nunca te la he contado.

Iván rascó los restos de café con la cucharilla. No demasiados meses atrás, Sonia había regresado de un viaje a Alejandría con la receta para adivinar el futuro en las figuras que formaba ese poso alquitranado. Una receta todavía más infalible, según le había informado, que la lectura de la palma de la mano, que las cartas del Tarot, que las prescripciones del Zodiaco. Pero no hacía falta ser adivino para averiguar lo que le aguardaba a Sergei, a Ioannis, a Valerie, apenas Goldman se hiciera con el control de Jazz Software.

—¿Qué historia es ésa? —dijo, apartando la mirada con dificultad de la pasta espesa, oscura, amarga, que cubría el fondo de la taza.

—La historia de cómo Sergei Bilenki se hartó de idealismo. Una mierda de historia.

—¿Por qué no me la cuentas ahora? —dijo Iván mientras hacía señas para que les trajeran una pipa de agua.

Su mentor gimoteó por lo bajo, mientras el camarero colocaba frente a ellos una sisha cargada con tabaco aromático, la encendía y pasaba a Iván el largo tubo rematado por una boquilla plateada. Éste dio dos o tres rápidas caladas y la pasó a su antiguo maestro. En aquel momento aparentaba, pensó, diez años más de los que tenía.

—Clara se fue a Harvard —la voz de Sergei era un susurro—. Me hubiera gustado irme con ella, la verdad, pero tuve que quedarme. Lucía tenía ya tres añitos y Marga estaba a punto de dar a luz de nuevo, no estábamos para bohemias. Además yo tenía un buen trabajo, como programador en Blue Chip. Estaba bien pagado y era

jornada intensiva, de siete a tres, lo que me dejaba tiempo para ir a la facultad por la tarde, a trabajar en mi tesis. Por la noche, después de acostar a los críos, seguía currando, hasta bien entrada la madrugada. Era bastante feliz. No dormía una mierda, pesaba treinta kilos menos que ahora, hacía lo que me daba la gana. En cosa de un año había parido los rudimentos de Iris.

—¡En un año! —exclamó Iván—. ¿Te inventaste Iris en un año? ¡No me extraña que no pegaras ojo!

—El caso es que a Blue Chip les gustó mi engendro y decidieron adoptarlo como su estándar.

—Sí —sonrió Iván—. Como se suele decir, eso es historia. Y tuvieron que aceptar la patente de software libre de Iris para ello.

—Eso es. Lo que la historia no cuenta es la cantidad que me ofrecieron para que retirara esa patente y les vendiera la propiedad exclusiva a ellos. Créeme que era mucho dinero. Además de un puesto directivo, claro está.

Naturalmente, pensó Iván. Naturalmente. Debería haberle resultado obvio, absolutamente obvio, que Blue Chip habría intentado sobornar a Sergei antes de aceptar una patente que les impedía monopolizar el producto. Y él no había aceptado las treinta monedas —el puesto de lujo, la cantidad astronómica—, cuando no era más que un chaval sin un sitio donde caerse muerto. Tras el humo del tabaco, el rostro de su mentor —las mejillas gruesas y caídas, la doble papada, los ojos pequeños y ansiosos— le pareció diferente que unos instantes atrás, más parecido al de su padre, al del viejo forzudo del cuadro de Picasso. Tanto coraje inútil, se dijo. Tanta fuerza desperdiciada.

Sergei dio una honda calada a la pipa antes de continuar su relato. —Mucho dinero, hijo. Mucho mucho dinero. Negarme me costó una bronca colosal con Marga. Dijo que estaba loco y supongo que tenía razón. También dijo que mi familia me importaba una mierda y eso no era cierto y ella lo sabía, pero dolió, mierda. Dolió de veras. La verdad es que estuve en un tris de ceder, todavía no me explico por qué no lo hice. En parte, imagino, por no decepcionar a Clara, que me llamaba cinco veces diarias para echarme arengas. Por la época ella estaba muy mal, muy mal de veras. Aún no hacía dos años que había perdido a su criatura. Pero de eso no hablaba nunca. Era un saco de huesos, trabajaba veinte horas diarias,

producía un artículo tras otro, podía pasarse una noche en blanco discurseando sobre el software libre o el socialismo utópico pero no conseguías que te dijera cómo estaba. Pero yo lo sabía muy bien, hijo, estaba destrozada, había perdido a su pequeño y yo tenía dos chiquillas preciosas. No podía fallarle. Precisamente por lo mucho que me importaba mi familia no podía fallarle, así que saqué valor de dónde no tenía y mantuve la patente de Iris.

—Hiciste bien —dijo Iván, alargando las manos hacia su mentor, apretándole fuertemente los antebrazos velludos, sudorosos—. No fue solo a Clara a quien no fallaste. Todos te admirábamos en la facultad, eras nuestro héroe. Todos estamos en deuda contigo, Sergei.

—El caso es que Blue Chip se guardó su dinero, adoptaron Iris de todas maneras, ya que la patente se lo permitía y me echaron a la calle por gilipollas. Marga agarró a las niñas y se fue a casa de su madre. Dijo que para un par de semanas y fueron seis meses. Así que me encontré de repente sin familia y sin trabajo.

Para colmo, me pasaba los días respondiendo los mensajes de los miles de programadores que empezaban a usar Iris en todo el mundo. No daba, literalmente, abasto.

Aguanté durante los seis meses que Marga estuvo fuera. Pero cuando volvió me di cuenta de que necesitaba un trabajo de verdad para seguir manteniendo a mi familia. Con la beca de la facultad no nos llegaba ni para el alquiler del piso.

—Y fuiste a ver a Goldman. Yo lo hubiera hecho mucho antes.

—Lo pensé, desde luego. Pero Clara me sugirió una alternativa que me hacía mucha más ilusión. Formar mi propia compañía, Consultora Bilenki. Según su razonamiento, puesto que yo había diseñado e implementado Iris, puesto que lo había patentado libre, ya que gracias a mí cualquiera podía usarlo gratis, bien podía cobrar por lo que me pasaba el día haciendo, es decir ayudando al personal.

A fin de cuentas sólo se trataba de pagarme un sueldo por las horas que invertía respondiendo preguntas. La idea me pareció de perlas, así que empecé a contestar a los correos que me llegaban diciendo que no tenía tiempo para seguir resolviendo todos sus problemas gratis, pero podía hacerlo si contrataban los servicios de mi consultoría. Pedía menos por hora de trabajo de lo que ganan los

chicos que limpian tu despacho.

La gente se enfureció. Empezaron a lloverme acusaciones de inmoral, de mercachifle, de indecente. A nadie, por lo visto, le entraba en la cabeza que hubiera decidido dejar de trabajar gratis, que quisiera ganarme un salario honestamente. Aparentemente se esperaba de mí que dedicara el resto de mi vida a la revolución.

—Mierda —dijo Iván.

—Eso es. Mierda, mierda, mierda. Para colmo los de Blue Chip vieron la ocasión de meterme otra puñalada y abrieron una consultoría gratuita. Así se marcaron el tanto de haber hecho posible el desarrollo de Iris. La gente estaba encantada con ellos y echaban pestes de mí.

—Y entonces sí.

—Sí, entonces sí. Entonces me fui a ver a William y le pedí trabajo.

19

Cuando entró en la oficina, la mujer le hizo un gesto con la mano, invitándolo a pasar, sin alzar la mirada del monitor de cuarzo líquido que tenía delante. Iván dio unos pasos, titubeó, acabó por sentarse en una silla de mimbre —las otras dos estaban ocupadas por pilas de libros y artículos— frente a la amplia mesa. Los dedos de ella lanzaron dos o tres rápidas ráfagas al teclado, se mordió el labio inferior, ajustándose a la vez sus ligeras gafas. Vista tan de cerca, era posible reparar en las leves patas de gallo que se formaban en torno a sus ojos, en las pequeñas arrugas que bordeaban sus labios o en la piel cuarteada de sus manos, quizás el detalle que más delataba su edad. A pesar de todo, la ilusión de que la mujer que tenía delante era poco más que una muchacha, no se desvanecía.

Mientras aguardaba, recorrió el cuarto con la mirada, inspeccionándolo cuidadosamente. Se parecía más, pensó, a las leoneras de sus profesores de la universidad, que al despacho del CEO de una boyante compañía. La mesa de trabajo era de madera, posiblemente roble, barnizada en ocre. No había un centímetro cuadrado de su superficie que no estuviera ocupado por papeles y revistas de informática, de economía, de filosofía, de matemáticas. Apretándose contra las paredes hasta casi cubrirlas completamente, estanterías de la misma madera noble que el escritorio, sus anaqueles rebosantes de libros y objetos variopintos. Una cesta de mimbre con flores secas, una colección de figurillas de ébano primorosamente labradas, sin duda souvenir de algún viaje por África —un rinoceronte con el cuerno ligeramente mellado, dos gacelas en actitud de alerta, un pensativo gorila—. Pedazos de tela bordados con motivos andinos, una máscara veneciana, tres cuadros compitiendo por el escaso espacio no cubierto por las estanterías.

Dos de ellos eran extraordinarias reproducciones de Kandinski que le recordaron inmediatamente el museo de arte moderno de Munich y le dejaron en el paladar el gusto a *apfelstrudel* compartido con Clea. Ella le había susurrado al oído unas palabras en alemán, *Kafee, Kunst und Kugen*. Café, arte y pastel de manzana, dulce como sus labios. Fuera hacía frío, llovía un segundo diluvio. En cambio, aquel otro domingo, en la misma ciudad, con Sonia, relucía un sol espléndido que vieron desde el cuarto del Hilton, del que no salieron en todo el día. *Kafee, Kunst und Kugen* trocándose en sexo, alcohol y marihuana, pero los labios de Sonia seguían ardiendo en los suyos, los de Clea quedaban tan remotos como aquellos cuadros de Kandinski, como los museos que no había vuelto a visitar desde entonces.

El tercer cuadro mostraba a una muchacha, poco más que una niña, caminando con un enorme cuenco a la cabeza. La piel reluciente, sedosa, del mismo color ébano de las figurillas, una mano apenas rozando la pesada vasija en equilibrio sobre su cráneo liso, la otra en la cadera. Un mínimo taparrabos anudado a la cintura, los pechos erguidos, el vientre redondeado delatando un embarazo de varios meses. Llevaba un bebé a la espalda, colgando de una elaborada mochila hecha de trapos multicolores. Costaba decidir que conmovía más del retrato, quizás la mirada de la muchacha, que parecía contagiarse de la luz que inundaba el cuadro, quizás el delicado contraste de colores —la piel oscura de la mujer, sus ojos color ámbar, los verdes y rojos que envolvían a la criatura a su espalda, repitiéndose en la tierra que pisaba, en la sabana que se extendía al fondo—. Un pequeño rótulo, bajo el cuadro, rezaba Eva en el Paraíso. La firma del artista era un garabato indiscernible.

La belleza. La bárbara belleza, cariño, le había susurrado su madre al oído, el brazo de Miriam rodeando sus hombros, sus largos dedos acariciándole el cabello mientras contemplaban los árboles retorcidos de Saint-Rémy. La bárbara belleza, aquella mujer africana, casi una niña, preñada y con un bebé a cuestas. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, petrificado por aquel lienzo a la vez tan sencillo y tan inconmensurable, cada detalle del paisaje cuidadosamente observado, cada color insustituible, cada pincelada ejecutada con milimétrica precisión. Y

sin embargo el resultado tenía algo de onírico, de ensoñación, algo que se escapaba a los sentidos pero resonaba en el alma, tan intangible como un eco lejano, una moneda que cae lentamente en un pozo, golpeando las paredes, tintineando hasta el infinito, cada vez más lejana, hasta que el oído ya no puede percibir la nota cristalina pero el espíritu aún se aferra a su nostalgia. La belleza, la bárbara belleza de aquella Eva tan magistralmente retratada como los girasoles del viejo Vincent, como los saltimbanquis del viejo Pablo.

La bárbara belleza, distrayéndole de su cometido, desenterrando fantasmas, agobiándole con sentimientos inútiles que no necesitaba.

—Veo que te gusta —dijo Clara, mientras lanzaba una última ráfaga a su teclado y se levantaba, dirigiéndose a él con la mano extendida.

Iván apartó con gran esfuerzo la mirada del lienzo y se levantó a su vez, estrechando la mano que ella le ofrecía. Una mano frágil, suave, que se retiró inmediatamente de la suya, refugiándose, como un animal asustado, en el bolsillo de la rebeca de lana, algo deshilachada, que vestía su dueña.

—Es un cuadro extraordinario —dijo Iván—. Uno de los mejores que he visto en mi vida. ¿De quién es?

—Parte de la colección de Raúl, mi marido —dijo ella—, igual que los Kandinski. Dime, ¿te interesa el arte?

—Solía interesarme —contestó Iván, esforzándose por que su voz sonara lo más neutra posible—. Cuando era más joven.

—Ah —suspiró la mujer—. Ya veo.

Iván se encogió de hombros. Los ojos de Clara, enormes tras las lentes, tenían algo de huidizo, algo de la tristeza de un retrato de Frida Kahlo. Recordaban a los de Clea, aquella última tarde.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes quedarte?

Se había encogido de hombros también en aquella ocasión, pretendiendo una calma que estaba muy lejos de sentir.

—No empecemos de nuevo, por favor.

—¿Por qué, Iván? Dime la verdad.

La verdad. Qué verdad debía haberle dicho. ¿Que no podía abandonar al viejo también él, dejándole caer en picado a un abismo cuyo fondo no alcanzaba a distinguir —las borracheras, la bancarrota, la incipiente demencia—? ¿Que no estaba dispuesto a

vivir del dinero de ella, o lo que era lo mismo del dinero de sus padres? ¿Que tenía miedo?

—La verdad es que no me han dado esa beca. Sabes de sobra la situación en mi casa. No tenemos dinero, no me puedo permitir el lujo de venirme a París a divertirme como…

Se interrumpió bruscamente. Era demasiado tarde. Los ojos de Clea se habían llenado de lágrimas.

—¿Como yo, ibas a decir?

—No quise…

—¿Entonces todo se queda en eso, finalmente? ¿En afirmar que el arte es un buen entretenimiento para niñas mimadas? ¿No es lo que diría tu padre?

—Deja a mi padre tranquilo —restalló Iván—. ¿Qué sabes tú de él?

Clea se puso rígida, como si la hubiera abofeteado.

—Si no sé más es porque no me lo has contado.

—¿Y tus viejos? ¿No te han contado nada ellos?

Caminaban por la ribera del Sena. Ella se sentó en uno de los bancos de piedra que enfrentaban la corriente. Iván se sentó a su lado, sin tocarla. El agua era de un color gris plomo, tan desalentado como su alma.

—Me han contado —dijo ella, al cabo de un tiempo que se le antojó a Iván tan largo como una de aquellas nostálgicas gabarras que ascendían contra la corriente—, que fueron muy amigos de tu madre hasta que él rompió las relaciones con ellos. Hasta que los echó a gritos de su casa. Mamá apreciaba mucho a la tuya. Decía que hubiera podido ser una gran pintora, de no ser por las circunstancias.

—¿Qué circunstancias? ¿Que decidiera fugarse con el hermano de su marido, llevándose de paso todo el dinero que papá tenía a su nombre?

Bruscamente Clea se había abrazado a él.

—Ya no tiene remedio, Iván. Olvídate de eso, por favor. Déjalo correr. Tú no tuviste la culpa de lo que pasó, no puedes pagar por ello. ¿Por qué no puedes pensar en nosotros, en tu talento?

—¿Mi talento? ¡No me hagas reír!

—¡Lo tienes! Lo sabes perfectamente.

—Más tenía Van Gogh y ya ves. No vendió un cuadro en su vida.

Yo no pienso acabar como él.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Renunciar? ¿A cambio de qué?

—A cambio de una carrera que me permita encontrar un buen trabajo —dijo Iván—. Un trabajo que dé dinero suficiente para vivir bien y ocuparme del viejo. ¿O, según tú, debería dejarlo tirado yo también?

Ella se llevó las manos a la boca, ahogando un sollozo. Iván se mordió los labios con rabia. Clea no se merecía que la tratara de aquella manera, pero no había otra forma de que comprendiera.

—Nunca he pretendido eso —dijo ella, su voz tan distorsionada como las cantinelas de los guías turísticos que se escuchaban por los micrófonos de las golondrinas, repletas de turistas—. Quizás podría encontrarse alguna solución. Alguien que le cuidara, algún sitio. Mis padres podrían ayudarnos, estoy segura. Si habláramos con ellos…

—Puedo arreglármelas sin su compasión.

—Y sin mí también, claro —había sollozado Clea.

Iván se quitó los lentes, frotándose los párpados. Sentía un deseo inmenso de fumar. Un poco de marihuana. O una copa. Lo que fuera, con tal de devolver aquellos inoportunos espectros a la fosa de donde no deberían haber salido.

Se ajustó las gafas de nuevo. La sonrisa de Clara Díaz de Deus parecía hacerse cargo de sus tribulaciones.

—Cuando era más joven —repitió—. Pero hoy en día, ¿quién puede permitirse el lujo de interesarse por el arte?

—Poca gente, es cierto —dijo ella.

—Yo no, desde luego —concluyó Iván.

20

—En todo caso —dijo Clara, abarcando con un gesto de la mano la abigarrada estancia—, bienvenido al bazar.

De nuevo la sonrisa franca, casi ingenua. Costaba poco, pensó Iván, imaginarla con dieciocho años, encandilando con ella a sus compañeros de clase. Era harto más difícil recordar que tenía delante al CEO de uno de los pocos rivales serios de la Compañía. Precisamente si algo no podía ser Clara Díaz de Deus, se dijo, era ingenua.

—Me gustan los bazares —respondió—, bastante más que las catedrales.

Los ojos hipermétropes chispearon de placer.

—Vaya. Eres de los nuestros.

No dejar, pensó, que la idea calara, bloquearla antes de que comenzara a corroerle el alma. ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en alinearlo en su bando? Goldman, Luigi, ahora ella. No tenían derecho. No pensar, se dijo, concentrarse en la situación, en el instante. Empezaba con buen pie, su referencia al artículo de Clara había sido un acierto. Bazares y Catedrales, recordó, lo había estudiado, como tantos otros de los numerosos trabajos de aquella portentosa mujer, durante las semanas que dedicó a preparar su entrevista con ella. Bazares y Catedrales, donde demostraba que la forma jerárquica de desarrollar software típica de grandes empresas como la Compañía —llamaba catedrales a ese tipo de proyectos, perfectamente estructurados y planificados de antemano— era, a la larga, menos efectiva que la alternativa que ella misma proponía, los bazares. En un bazar —escribía— el orden es menos importante que la imaginación, la planificación, secundaria a la cooperación sin reservas, la disciplina menos necesaria que la ilusión.

—Ven, vamos a sentarnos —dijo Clara, dirigiéndose hacia una

esquina del cuarto, delimitada por una gruesa alfombra de Kurdistán, donde tres o cuatro gruesos cojines turcos, forrados en telas de vivos colores rodeaban una mesita de madera labrada, sobre la que se disponía una tetera panzuda, de cobre dorado y varias tazas de porcelana—. ¿Te apetece un té?

—Con mucho gusto.

Clara le sirvió una taza, haciendo lo propio. —Está recién preparado. Yo lo tomo muy dulce.

—Yo también.

Bebieron. Iván observó que los ojos de la mujer no se detenían nunca más de unos instantes, moviéndose de su rostro a la taza, de la taza a las estanterías, de ahí a la ventana, a la alfombra, para estudiarlo otra vez durante unos segundos antes de huir nuevamente. La sonrisa cordial con que le había recibido remoloneaba en su rostro, contrastando con las forzadas muecas a las que Iván estaba acostumbrado. Sonreír, comprendió —sonreír de aquella manera a la vez cálida y ausente, que por alguna razón le recordaba la expresión de aquella otra dama del cuadro de Manet, serena, distante, desnuda— era el estado natural de aquel rostro, delicado como el vaso de porcelana que sostenía entre sus manos, como el sabor a jazmín del té que degustaba.

—Sergei me ha hablado mucho de ti. Dice que eres muy bueno, excepcional. No hace más que lamentarse de no haberte alistado en su momento a ti también.

A mí en cambio me parece que nos hace falta alguien de quien podamos fiarnos en el otro bando. Pero vaya, cómo está William. Hace tiempo que no hablamos. La última vez que nos vimos me pareció que andaba un poco triste.

—Te manda recuerdos. —Iván le alargó a Clara un sobre, con la letra picuda de Goldman garabateada en el dorso. Ella lo abrió, sacando de su interior una cuartilla cuidadosamente doblada, cubierta con la misma letra, unos recortes de periódico y unas fotografías, que examinó durante unos instantes. Su sonrisa pareció teñirse, a partes iguales, de ironía y nostalgia.

—Mi querido William —suspiró—. Siempre tan atento. La última vez que nos vimos fue en Londres, el año pasado. Visité Oxford para un acto académico al que él, como antiguo alumno, estaba invitado. Dio la coincidencia de que se encontraba en la ciudad y tuvo la

gentileza de pasarse por allí. Todas estas fotos que me envía las hizo en persona. Y también guardó las noticias de los periódicos. Qué detalle. Me hace sentirme un poco culpable. El otro día me metí un poco con él en una conferencia que di en empresariales.

—Lo sé —dijo Iván—. Estuve allí.

No dijo que también había estado en la ceremonia de investidura por la que Oxford la había nombrado doctora Honoris Causa, parte del séquito que había acompañado a Goldman a aquel acto académico al que tan lacónicamente se refería ella. Clara, por supuesto no repararía en su presencia, indistinguible de los otros lacayos de librea, invisibles tras la sombra del amo.

—¿En serio? Espero que no te sintieras demasiado ofendido. Se me escaparon algunas pullas.

—Me divertí bastante, la verdad —dijo Iván, sonriendo. Se sentía a gusto, relajado, casi a pesar suyo.

—Vaya. Me alegro.

Iván dio un sorbo a su té. No debía olvidar, se dijo, para lo que estaba allí. Abrió su cartera y extrajo una carpeta de su interior.

—Si te parece —empezó—, podemos repasar el informe que he preparado. La oferta que…

—Espera, espera —interrumpió ella—. Es demasiado pronto para hablar de negocios. Tenemos tiempo.

Iván se quedó contemplándola con la carpeta abierta en una mano, sin saber que responder.

Clara sonrió.

—Qué te parece si damos una vuelta por el bazar. Luego podríamos ir a comer algo. ¿Te gusta la comida japonesa? Conozco un sitio estupendo por aquí cerca.

21

—¿Qué te apetece? —preguntó Clara, asomando, por encima de la hoja del menú sus grandes ojos, enmarcados en vidrio y plástico transparente.

—Umm —murmuró Iván, distraído por los delicados dibujos a tinta —un bosquecillo de bambú, unos cerezos en flor— que decoraban los paneles de papel de arroz del reservado donde los habían instalado—. No estoy muy seguro. ¿Qué me recomiendas?

—Prueba el Sashimi. Es el mejor de la ciudad.

—Sashimi. No sé si atreverme.

—Tienen nueve variedades diferentes. Una fiesta para el paladar.

—Suena tentador.

—Vaya. No se hable más entonces.

La fiesta, pensó Iván, no era sólo para el paladar, a pesar de que Clara no había exagerado y cada una las pequeñas porciones *awabi, ebi, hamachi, ikura, unagi, katsuo, tai, maguro, tamagi*, —era una delicia en la boca. Pero al sabor exquisito del pescado crudo había que añadir la presentación del plato, en el que cada pieza parecía ocupar el lugar apropiado, según su color y forma —el brillante ocre del *maguro* alternándose con el suave amarillo del *hamachi*— para componer un dibujo tan delicado como los que cubrían las paredes de papel que los rodeaban. Un dibujo repetido en las piezas de cerámica —el cuenco que contenía el sashimi, la pequeña botella y los diminutos vasos de sake, las tazas de té— que la muchacha en kimono que les servía, deslizándose de rodillas, sin aparente esfuerzo sobre el tatami, había dispuesto sobre la mesa.

Apenas hablaron mientras comían, a pesar de lo cual Iván no se sentía incómodo en absoluto. Aquel silencio, comprendió, formaba parte del cuadro, tanto como el cuidado con que Clara escogía las

piezas de sashimi, o la elegancia con que manejaba los palillos. El contraste con las comidas de negocios a las que estaba habituado, pensó, no podía ser más chocante. Se le vino a la memoria la imagen de una mesa en torno a la cual se apiñaban diez o doce ejecutivos, hablando todos al unísono, cada uno de ellos esforzándose en hacerse oír por encima del ruido de fondo en el que se confundía el barullo de las voces simultáneas con el entrechocar de los cubiertos, el rumor del vino llenando incesantemente las copas, la estridencia de las risas forzadas. Rostros congestionados por el exceso de comida y de alcohol, olor a cocina demasiado recargada, a tabaco, a colonia de marca que no conseguía disimular el efluvio rancio del sudor que empapaba las camisas. El ruido, se dijo a sí mismo. El ruido y la furia, imposibles de concebir en la habitación casi vacía que ocupaban, sin otros muebles que la mesa baja, de cedro oscuro en la que comían en silencio, sentados sobre simples esterillas de cáñamo, a la sombra de unos árboles pintados en tinta roja.

—Finales de Abril, en Kyoto —dijo por fin Clara—. Todavía quedan uno o dos templos donde es posible contemplarlos florecer.

—Son bellísimos —dijo Iván.

—La técnica data de la época Edo. El artista repetía una y otra vez el dibujo, buscando eliminar todo detalle superfluo, todo embellecimiento inútil, toda exhibición innecesaria de destreza. Según la leyenda, la perfección sólo se alcanza cuando la contemplación del cuadro trae a los labios el sabor de las cerezas. La empresa bien valía una vida entera, ¿no te parece?

—Yo conocí a alguien así —dijo Iván—. Una mujer capaz de pasarse años repitiendo el cuadro de un jarrón con flores amarillas.

—¿Alguien querido? —dijo Clara, aunque la pregunta era más bien una afirmación.

Iván dio un sorbo a su té, dejó pasar un instante, contemplando aquellos cerezos que sabían a almendras.

—Al principio de su carrera, todos los críticos de arte coincidían en señalarla como una de las artistas con más futuro de la época. Hizo tres o cuatro exposiciones, todas ellas con gran éxito. Hasta que un buen día, tras un viaje a Ámsterdam decidió dedicar toda su energía a repetir un cuadro de Van Gogh. Su siguiente exposición consistió en veinte o treinta copias de uno de los lienzos más

hermosos que el holandés dedicó a los girasoles. Copias casi idénticas, excepto por algún nimio detalle, una variante insignificante, distinta en cada cuadro. Incluso la firma reproducía exactamente la original. La crítica la fulminó, tachándola de demente, la exposición fue un fracaso. Quizás en la época Edo la hubieran comprendido mejor.

—O en la edad media —contestó Clara—. Antes de la imprenta, cuando un puñado de monjes rescataron lo mejor de la cultura clásica copiando a mano los códices de la antigüedad. Copias que, por cierto, tampoco eran literales. Muy a menudo añadían algo al texto original, introduciendo una pequeña variante en él, buscando mejorarlo. O entremezclaban textos de varios códices diferentes. Ése es el significado original del término compendio. Una simple colección de fragmentos de varios libros, a menudo mezclados con variantes de la propia cosecha del copista. Creo que esos monjes hubieran apreciado el trabajo de esa artista mejor que unos miopes críticos de arte.

Iván dio un sorbo a su taza de té. Clara le imitó. El licor, caliente y áspero, le produjo una agradable sensación de bienestar. Al mismo tiempo sintió la necesidad imperativa de fumar.

—No me molesta —dijo ella—. Y éste es uno de los pocos restaurantes donde todavía te lo permiten.

Iván se quedó mirándola, boquiabierto. Clara señaló el paquete de Camel que Iván había sacado del bolsillo de su pantalón al sentarse.

—Hace diez minutos que no paras de darle vueltas a esa cajetilla.

—Miopes o no —dijo Iván, mientras encendía agradecido un pitillo—, esos señores solemnes le arruinaron la carrera. Aunque muchas veces le oí decir que sólo había empezado a pintar bien cuando dejó de vender. También le gustaba afirmar que un artista que vive del arte se prostituye, recordaba a menudo que el viejo holandés no había vendido un cuadro en su vida.

La mirada de Clara resbaló desde el rostro de Iván a los cerezos, al tatami, a los platos vacíos que ya no formaban sino un borrón informe sobre la mesa.

—Hasta cierto punto opino como ella. Por eso nunca quise vivir de la música, a pesar de que tenía un cierto talento para ella.

Posiblemente hubiera podido ganarme la vida a las teclas, pero siempre me pareció que era mejor buscar otro oficio.

—Pero sin embargo no has dejado de tocar. Según he leído tienes poco que envidiarle a los mejores pianos de jazz del país.

—Bobadas. Nunca he dejado de tocar, es cierto. Pero no soy más que una buena amateur a la que le gusta pasar un buen rato los viernes por la noche con sus amigos, en el club del barrio. Conozco docenas de pianistas de auténtico talento, gente que dedica su vida a la música.

Y sin embargo, la mayor parte de ellos necesitan recurrir a clases particulares, a galas de hotel, a recitales cursis para ir tirando. Lo más triste de todo es que casi todos venden bastante bien. Pero por desgracia el grueso de los beneficios que la industria musical genera van a parar a los bolsillos de los sellos discográficos, a los intermediarios.

—¿Y qué me dices de los discos piratas? ¿No es cierto que las compañías discográficas pierden sumas enormes por culpa de ellos? ¿No es esa práctica la responsable de que los músicos ganen tan poco dinero?

—¿Tú crees? Mis amigos suelen llevarse, como mucho, el cinco por ciento de los beneficios de sus propios discos. El noventa y cinco por ciento restante se lo lleva la empresa que los comercializa.

Además, yo creo que la música es, o debería ser un bien común, como la literatura, como el software. Cuanta más gente tenga acceso a ese bien común, cuanta más gente pueda escuchar a Bach y a Joao Gilberto, cuanta más gente lea a Cervantes o a Shakespeare, cuantos más ciudadanos tengan acceso a un procesador de texto o una hoja de cálculo o una enciclopedia electrónica, mejor para todos.

—¿Pero cómo pueden beneficiarse los autores de su trabajo en ese caso? Porque me parece imposible que ganen un céntimo si todo el mundo puede hacer copias de libros y discos sin pagar por ello.

—Vaya. Haz tú mismo las cuentas. Digamos que un disco cualquiera cuesta veinte dólares. Digamos que se venden veinte mil copias en un año, que no está nada mal, tratándose de jazz. Si el autor recibe sólo el cinco por ciento le quedan mil dólares, más o menos. Tú ganas más dinero en media semana.

Ahora imagínate que ese mismo músico pudiera publicar su

disco en la red, sin intermediarios, al precio de un dólar. Menos de lo que cuesta un café. Suponte que vende veinte mil copias como en el caso anterior. El autor gana veinte veces más y cada aficionado paga veinte veces menos. Parece imposible y toda la magia consiste en haber eliminado al intermediario.

La piratería de discos de la que tanto se lamentan las casas discográficas no tiene nada que ver con los músicos, a los que los sellos explotan con la misma mala fe que a los consumidores. Tiene que ver con un público harto de que se le exija un precio disparatado por un producto que podría venderse a mucho menor coste, ya que existe la tecnología para ello. Con los ordenadores de hoy en día copiar discos masivamente sale casi gratis. La razón por la que son caros es porque un grupo de desaprensivos obtiene beneficios desproporcionados por ellos.

A mi modo de ver, lo que las casas discográficas llaman piratería de discos y tu empresa llama piratería de software, es el mismo fenómeno. Una pequeña revolución de ciudadanos hartos de que les tomen el pelo.

Y no va a haber quien los pare. Por más que las compañías lo intenten, por más que se pretenda ilegalizar todo el intercambio de música en la red. No van a conseguirlo, la red es demasiado extensa y el software para copiar música digital está al alcance de todo el mundo. Algunas empresas ya se han dado cuenta de que van a perder esa guerra y están reaccionando de la única manera posible. Comercializando discos digitales a precios muy reducidos, retornando a la lealtad al consumidor y al artista que nunca debieron haber abandonado.

—Supongo que tienes razón —dijo Iván—. Aunque no sé si exageras un poco.

—En mi época de Harvard, hice amistad con una chica, Marylin, que hacía su tesis sobre el control de la información en la Rusia comunista. En Rusia, copiar y redistribuir libros sin autorización era una práctica habitual, conocida como Samizdat. Para erradicarla, el gobierno soviético diseñó una estrategia infalible. En primer lugar, controlar los escasos lugares donde era posible hacer fotocopias, espiando por igual a empleados y clientes. Segundo, castigar sin contemplaciones a cualquiera sorprendido con las manos en la masa. Hubo mucha gente que acabó en Siberia por el simple delito

de hacer fotocopias ilegales de un libro. Tercero, solicitar a los ciudadanos que espiaran a sus vecinos y compañeros de trabajo y que los denunciaran en caso de sorprenderlos. Cuarto, responsabilidad colectiva. Si alguien era sorprendido haciendo fotocopias ilegales, el responsable de la fotocopiadora también era considerado culpable. Por último, propaganda. Propaganda salvaje para convencer a todo el mundo cuán inmoral era fotocopiar libros sin permiso del soviet.

¿Da miedo, no? Y sin embargo, en todo el mundo occidental se están adoptando exactamente esas medidas hoy en día. En particular, la compañía para la que trabajas incluye una serie de programas en su sistema operativo destinados a espiar y denunciar a cualquier usuario que realice una copia ilegal de vuestros productos. ¿O me lo vas a negar?

—No —dijo Iván.

Demasiado lo sabía él y quizás Clara también sabía que ése, precisamente, había sido el primer proyecto importante que había dirigido. Un sistema que se ejecutaba automáticamente al iniciar Cometa 2020 y controlaba las firmas digitales de las diferentes aplicaciones, comparándolas con las de los archivos de la Compañía para asegurarse que no se trataba de copias ilegales, aprovechando cada ocasión en la que el usuario se conectaba a la red para intercambiar información, secretamente, con el sistema de ordenadores preparado al efecto.

La inversión había sido enorme, los aspectos legales sumamente escabrosos. Sólo un viejo zorro como Swartz podía conseguir que se aprobara una norma que permitía al ordenador de un usuario comunicarse con los ordenadores de la Compañía sin que éste lo supiera y en todo caso sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Altarelli, maquiavélico como siempre, había insistido en que fuera obligatorio renovar la licencia de Cometa 2020 en la red y sólo en la red. De esa manera, incluso los más reacios, los que no se conectaban nunca, debían pasar por el control de policía. Los bolcheviques jamás llegaron a tanto.

—Cuando yo era universitaria hacer fotocopias no era un crimen. ¿Cómo podía serlo? Los estudiantes tienen poco dinero y si no pueden fotocopiar los libros de texto, están obligados a comprarlos. Y se requieren muchos libros, que además son caros, a

lo largo de la carrera. En mis tiempos, el propio profesor nos dejaba su ejemplar para que lo fotocopiáramos o lo hacíamos directamente en la biblioteca. Ahora, te pueden expulsar de la universidad por ello. También estarás al tanto de las campañas de tu empresa para convencer a la gente de que es bueno y necesario denunciar a los atrevidos que todavía se atreven a copiar algo. En cuanto a la responsabilidad colectiva, pregúntale a Luigi Da Via, según tengo entendido os conocéis desde hace tiempo, ¿no?

—Sí —dijo Iván—, estudiamos juntos.

—Recuerda lo que ocurrió cuando se atrevió a publicar en Rebelión las fotos de los antidisturbios rompiendo las cabezas de niñas de dieciocho años, por cometer el gran crimen de manifestarse en contra de la globalización. Al día siguiente, el gobierno se querelló contra la revista por calumnias. De eso hace más de un año y el gobierno no ha ganado el juicio y dudo que lo gane. Pero entre tanto la magra subvención pública que recibía ha sido suspendida. A Luigi ha sido posible ayudarle, pero cuántos casos similares ocurren cada día. Si eso no es responsabilidad colectiva, explícame.

Y para colmo, la propaganda. ¿Sabes? Marylin me contó que el término pirata se aplicaba en otros tiempos a los editores que no pagaban a sus autores. Hoy en día el término se ha subvertido completamente y llamamos pirata a un ciudadano que se niega a pagar al editor su derecho de pernada.

—Tienes razón —dijo Iván, olvidando su prudencia, olvidando su historia, olvidando, a la desesperada, su misión—. Tienes toda la razón del mundo, Clara.

—Desgraciadamente —asintió ella.

22

—Qué mujer, Sonia —dijo Iván, pasándole el cigarrillo de marihuana—. No he conocido a nadie igual en mi vida.

—¿Tengo que ponerme celosa? —Sonia compuso un gesto de falsa preocupación, cruzando los brazos delante del pecho, imitando a una niña enfadada.

—No seas tonta. —Iván acarició su larga cabellera azabache, deteniéndose largo tiempo en la nuca.

—Mujeriego —susurró ella, echándole los brazos al cuello.

Se besaron. El sabor a anís invadía el paladar de Iván cuando Sonia lo rechazó suavemente, poniéndole el porro en los labios.

—Para, para. No te embales, seductor. Cuéntame más.

Iván dio una calada, entre complacido e impaciente. —Qué puedo contarte. Tendrías que ver cómo la adoran en su empresa. ¡Y el control que tiene! Se diría que dirige personalmente cada proyecto. Pero lo que más impresiona es su claridad de ideas. La forma que tiene de ser consecuente con lo que piensa.

—Seguro que es Sagitario.

—Es adorable.

—Tiene morbo, ¿eh?

Iván se quedó mirando a su mujer, perplejo. A pesar de lo mucho que la conocía, pensó, algunas veces, aún conseguía desconcertarle.

—Mujer, si es una abuelita. Déjalo ya —volvió a atraerla hacia sí, pero Sonia lo rechazó de nuevo, algo más bruscamente que la vez anterior.

—No seas pesado. Estábamos hablando.

Iván notó el cambio en el tono de voz, el gesto de impaciencia y un sabor agrio en la boca. Relajó los brazos, dejándola ir.

—Vale —dijo—. Perdona.

—Cuéntame más cosas.

—No hay mucho más que contar. Acabamos la visita a la empresa y nos fuimos a comer.

—¿Y qué hay de la ampliación de capital? ¿No se suponía que teníais que hablar de eso?

Iván negó con la cabeza. —No me dejó. Dijo que no era delicado discutir de negocios el primer día. Así que nos pasamos el rato teorizando. Es una mujer muy inteligente.

—Te gusta, ¿eh?

—Sonia, a dónde quieres ir a parar.

—A lo mejor tienes que seducirla para convencerla de que firme.

—Estás fumada, nena.

—Serías capaz, ¿no? Además, no sería la primera vez.

Iván respiró hondo. Paciencia, pensó. Sonia estaba bajo los efectos de la marihuana, eso era todo. Sobre todo, se dijo, no darle excusas a Ava para montar su numerito.

—Dime —insistió ella—, ¿te tirarías a la vieja para mayor gloria de la Compañía?

—Sonia. —Iván hizo un esfuerzo casi sobrehumano por no levantar la voz—. Tengo que hacer algo mucho peor que eso. Tengo que tenderle una trampa asquerosa.

—Vaya —ronroneó ella—. No te conocía esos escrúpulos.

Iván se levantó de la cama de un salto y se dirigió hacia la ducha.

—Yo tampoco —dijo, cerrando de un portazo la puerta del cuarto de baño.

23

No Sonia, no tiene ningún morbo, igual que tampoco lo tienen los juegos que tanto te divierten, tenía su gracia al principio, pero después de dos años aburre, aburre que me repitas cada noche, sé que estás pensando en otra y seguirte la corriente, cuéntame cómo te la follabas, si yo sólo pienso en ti, en ese cuerpo tuyo que me enloquece, cuéntame cómo tenía las tetas y ni siquiera me acuerdo del todo como eran las de Patricia, a quién le importan sus pechos cuando ha acariciado los tuyos, a quién le importan sus caderas, su vientre, sus muslos cuando puede emborracharse con los tuyos, quién recuerda su boca si es la tuya la que busco hasta en sueños, tan fácil cuando Ava nos lo permite, cuando no tienes cerca ese público al que te debes, cuando la hierba no te da mal rollo y no tiene morbo hacerte el amor mientras te hablo de otra que no me interesa, no tiene morbo que se apunte tanta gente a nuestra cama, tanto invitado de piedra, cuando tus besos son tan dulces, besos como un largo túnel, como caer ingrávido al fondo del abismo, besos como morirse y resucitar en tu boca.

No tiene morbo describirte acrobacias obscenas cuando tu cuerpo y el mío se buscan sin saber de tus obsesiones, tu cuerpo y el mío que sólo quieren ser uno, que se saben y se añoran y se necesitan tan fácil cuando Ava nos deja y hacerte el amor es pura alegría, el placer con que baila una ninfa encima de las olas, la pasión que al estallar derriba las murallas de Jericó y en el estruendo dejan de oírse las palabras y no te escucho preguntarme dime cómo te la follabas, sólo veo el marfil de tu sonrisa y siento tus uñas afiladas, clavándose en mi espalda.

24

Altarelli llegó con casi tres cuartos de hora de retraso. Ni siquiera se molestó en invocar al tráfico como excusa. Pidió un Martini sin preguntarle si le apetecía tomar algo más. —Iván llevaba ya dos copas— y encendió un cigarrillo. Era la primera vez, desde que le conocía que parecía nervioso.

—Las cosas no van bien —dijo tras vaciar medio vaso de un trago—. Sarah está teniendo muchas dificultades para hacerse con las acciones. Están subiendo como la espuma. Va a ser un negocio ruinoso.

—¿Cuánto ha conseguido?

—Casi todo lo que necesitamos. Pero a precio de oro.

Iván se encogió de hombros. —Mis noticias son algo mejores —dijo—. Díaz de Deus está interesada. No me ha dicho aún que sí, pero estoy razonablemente seguro de convencerla.

Altarelli encendió un cigarrillo, dio una calada, echándole, no por primera vez, recordó, el humo a la cara.

—Hombre —dijo—. No tiene poco mérito, si de veras la has convencido. Aunque yo no cantaría victoria. Zorra vieja se las sabe todas.

—Es una mujer precavida, en efecto —dijo Iván, apartando el humo de un manotazo.

—¿Y a pesar de eso se tragó el anzuelo?

Iván recordó la última conversación con Clara. Habían pasado toda la mañana reunidos con el resto de la comisión, negociando las condiciones de la ampliación de capital. Durante la pausa para almorzar ella le había propuesto dar un paseo por la ribera del río. Caminaron un rato en silencio, hasta que Iván, a su pesar, se sintió obligado a volver a la carga.

—Espero haberte convencido de que Jazz Software necesita la

ampliación que os proponemos —había dicho.

—Nosotros sí —los ojos inquietos de Clara volaron desde el rostro de Iván a la vereda, donde otros paseantes disfrutaban de la calidez del mediodía y de ahí a las piraguas que ascendían río arriba—. Lo que no acabo de entender son las razones por las que William quiere invertir en mi bazar.

—Creí que llevábamos semanas argumentándolas —dijo Iván, cautamente.

—Son argumentos superficiales, lo sabes igual de bien que yo. Quiero algo más convincente.

Iván llevaba semanas aguardando aquel momento, preparándose, reflexionando sus argumentos, ahondando en las implicaciones de la ampliación de capital tanto para Jazz Software como para la Compañía, maravillándose con las sorprendentes conclusiones a las que había llegado. Unas conclusiones invalidas de antemano, porque, a fin de cuentas, toda la operación no era más que una superchería.

—¿Tomamos un café?

—Claro.

Caminaron un rato más, otra vez en un silencio en el que Clara parecía sentirse tan cómoda como Iván, hasta llegar a un pequeño café, con vistas al río. La elección, comprendió Iván, al igual que la de aquel restaurante japonés donde habían conversado por primera vez, no era casual. El local, era pequeño, íntimo, con apenas media docena de mesitas, redondas, forjadas en hierro. El propietario —no podía ser de ninguna manera un empleado, con aquel porte— saludó ceremoniosamente a Clara, trayéndoles a continuación un exquisito té, en el que se insinuaba el sabor de la naranja y un plato de dulces parecidos al turrón que Gabriel Ormaechea hacía importar de su tierra cada Navidad. Mazapán y naranja en el paladar, el sol del mediodía arrancando chispas de luz al río, tan sereno como el rostro de la mujer que sorbía su té en silencio, aguardando.

Iván sacó un artículo de la cartera ligera, de cuero negro, que había acarreado durante todas aquellas semanas, aguardando la ocasión, la hora de la prueba que por fin llegaba.

—Es muy sencillo. Está todo aquí —dijo. A continuación,

comenzó a leer, en voz alta.

Habitualmente, la estrategia de las empresas que compiten por una determinada porción del mercado es bastante simple. En términos prácticos, se reduce a tratar de maximizar beneficios a corto plazo, utilizando para ello cualquier medio a su disposición, por agresivo que éste sea.

El paradigma que describe esta situación, viene a postular que la suma de los egoísmos individuales maximiza la ganancia común. Consecuentemente, las distintas empresas sólo cooperan entre sí cuando están convencidas de que dicha cooperación puede resultar beneficiosa para cada una de ellas, lo cual ocurre raramente.

Estas hipótesis pueden analizarse teóricamente en el contexto del dilema del prisionero iterado. La afirmación de que cada empresa maximiza su beneficio velando únicamente por sus intereses es equivalente a la de que la mejor estrategia para enfrentarlo es la deslealtad sistemática entre los distintos jugadores.

Por otra parte, como se ha demostrado en trabajos anteriores, la deslealtad sistemática resulta una estrategia pobre, que en general arroja resultados muy inferiores a estrategias basadas en la confianza.

A la luz de estos análisis, argumentamos en este artículo que la cooperación entre las diversas empresas que compiten por una determinada porción del mercado resulta beneficiosa para todas ellas. La condición necesaria para que nuestra alternativa sea viable es una cierta dosis de altruismo, sobre todo en las compañías con más recursos. Altruismo que resulta, a medio y largo plazo, más beneficioso para los intereses de la empresa, que el egoísmo absoluto que se defiende habitualmente. La inevitable conclusión es que la capacidad y el valor de escoger la confianza, no sólo es una opción moralmente satisfactoria, sino también, en última instancia, rentable.

—Vaya —sonrió Clara—. Me suena.

—Egoísmo y cooperación —leyó Iván solemnemente—, firmado por una tal Clara Díaz de Deus.

—La teoría no está mal —dijo Clara—. Ahora explícame el caso práctico.

Lo había hecho, apasionadamente, dejándose arrastrar por la belleza de su razonamiento. Era muy simple, argumentó, Goldman

tenía todo el interés del mundo en seguir las recomendaciones del artículo al pie de la letra. Se trataba prácticamente de un caso de manual. Era cierto que la Compañía dominaba el noventa por ciento del mercado, pero no lo era menos que dicho mercado corría el riesgo de asfixiarse por falta de alternativas. La paciencia de los consumidores, dijo, llegaba hasta cierto punto y a partir de ahí, su docilidad de años se transformaría en beligerancia sin concesiones. Los ordenadores personales no eran una necesidad de primera mano sino un lujo al que mucha gente acabaría por renunciar si la Compañía insistía en una política monopolista. El mercado podía colapsarse de la noche a la mañana, mucho más desde la emergencia de teléfonos y tabletas capaces de suplantar el ordenador personal en casi todo. Había ya síntomas de que algo así estaba ocurriendo y la Compañía controlaba sólo una escasa porción de la tarta en lo que se refería al software que ejecutaba en los pequeños terminales inteligentes. Un poco de altruismo, por otra parte, no suponía riesgo alguno y sí la perspectiva de grandes beneficios. Invertir en Jazz Software significaba apostar por la diversificación, tanto en ideas, como en estrategias de mercado. Para la Compañía, era harto preferible compartir el mercado con otra, de cuyos beneficios, en todo caso, sacaría inmediata tajada —puesto que poseería un tercio de esta tras la ampliación— a enfrentar a solas una crisis de consumo. A la larga, afirmó —y por un instante creyó de todo corazón en lo que afirmaba— la ampliación de capital que estaban negociando podía ser la salvación de ambas empresas.

Sólo reparó en que los ojos de Clara lo taladraban —aquellos globos dilatados, tan móviles, que sin embargo ahora permanecía fijos en los suyos— cuando finalizó su perorata.

—Eres muy persuasivo, Iván. Se nota que crees en lo que dices.

Y qué importaba, se dijo, lo que él creyera. Sólo importaba la voluntad de aquellos que tenían el poder de decidir.

Los que tenían el poder, como Altarelli, contemplándole socarronamente, preguntándole si la víctima se había tragado el anzuelo.

—Sí —dijo Iván—. Creo que la he convencido.

—Ya veo —el rostro moreno del ejecutivo se torció en una mueca que quería ser burlona y no acababa de conseguirlo, como si

por dentro algo le torturara—. Veo que la decisión de ponerte a los mandos no ha sido mala, socio. William tenía razón cuando opinaba que nos hacía falta un jovencito de buen ver. Bueno, no la culpo, a Clarita. Con ese maricón de marido que tiene, es normal que necesite alegrarse el cuerpo de vez en cuando.

Iván encaró los ojos verdes, extrañamente afiebrados aquella mañana.

—Si es un chiste tiene poca gracia.

Altarelli sacudió la cabeza. —Tienes razón —suspiró. Disculpa. Estoy un poco nervioso.

—No consigo entenderte —dijo Iván, sin pensar—. ¿Por qué tanto rencor?

Altarelli le miró fijamente. Dos diodos de luz verdosa destellaban en el fondo de sus ojos. Los surcos que bordeaban los labios parecían haber aumentado en profundidad aquella mañana, el rostro bronceado había adquirido una tonalidad amarillenta, como si la piel estuviera enfermando, demasiado castigada por los rayos ultravioletas.

—¿Rencor? Qué va, hombre. Clara es amiga mía.

Iván quiso contestarle, por qué entonces toda aquella farsa, por qué entonces la treta deshonesta, la rocambolesca estafa, en lugar de buscar un trato que conviniera a ambas partes, un trato que Altarelli, igual que Iván, sabía sobradamente posible. Por qué, quiso gritarle, qué necesidad había de hacerle daño a aquella mujer que había amado, qué ganaba con destruirla.

Pero no encontraba las palabras, aturdido por el vendaval de sentimientos que se superponían en su interior, aturdido por el recuerdo de aquella tarde. Después del té habían paseado todavía un buen rato por la ribera del río. Clara le tomó del brazo un instante, apretando un poco con sus largos dedos de pianista antes de retirar velozmente la mano y separarse un poco, poniendo de nuevo entre ambos la pequeña distancia que parecía necesitar para respirar libremente. No era algo que hiciera sólo con él. La había observado en las reuniones de los días precedentes, saludando a los miembros de la comisión con uno de sus rápidos apretones —su mano retrayéndose inmediatamente, como sacudida por un calambre— o enviando un beso al espacio para evitar el contacto. La había visto retroceder paso a paso, sus volátiles ojos buscando

frenéticos una vía de escape cuando algún ejecutivo demasiado tenaz la abordaba a la hora del café, acercándose demasiado a ella. Había observado cómo escogía siempre para sentarse uno de los extremos de la mesa de reuniones, el menos denso en cuerpos trajeados. A pesar de su calidez Clara parecía vivir rodeada de una invisible burbuja en cuyo interior, se diría, nadie penetraba.

Al final del paseo le había invitado a su despacho. Allí hablaron de algo más, algo que consideró innecesario comentar a Altarelli.

—Quiero que vengas a trabajar conmigo cuando hayamos completado la operación. Necesito gente como tú.

—Ya te has llevado la mitad de mi grupo —rió Iván.

—No me quejo. Son unos chicos estupendos. Pero todos cojean del mismo pie. Sergei es un genio, no hace falta que te lo diga. Ioannis y los demás son unos programadores de primera. Pero ninguno vale para los negocios.

—¡Ah, los negocios! —Quizás debido al paseo por el río, Iván se sentía de buen humor, juguetón, con ciertas ganas de guerra—. Casi se me olvida. A veces me parece que la única misión de Jazz Software es llevar a los hombres la buena nueva de la libertad.

—Jazz Software es una respetable empresa, que, como sabrás, no va del todo mal.

—Gracias al trabajo de miles de tipos como Sergei y los suyos, que no sirven para los negocios.

—No, Iván. Gracias a una idea.

Clara se levantó de su butaca, dio un par de nerviosas vueltas por el cuarto y acabó sentándose en la alfombra kurda, cruzando las piernas en la postura del loto.

—Piénsalo —dijo—. ¿Por qué hay tanta gente que nos apoya? Porque jugamos limpio. Es un círculo mágico, en el que la confianza genera más confianza.

—¿Para qué necesitas entonces gente que valga para los negocios?

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. La razón por la que abandoné mi cátedra fue para demostrar que una compañía exitosa y solvente no necesitaba ser agresiva, ni depredadora, ni deshonesta. Pero para tener éxito no basta con desarrollar buenos productos y mucho menos cuando no se tiene una política usurera de licencias.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Iván—. No le desearía a mi peor enemigo el puesto de director de marketing de tu empresa.

—Vaya. Es un trabajo heroico. Precisamente por eso quiero ofrecértelo.

—Amiga mía —repitió Altarelli, cuya agresividad anterior parecía haberse esfumado de repente—. Ya lo creo que lo era. La niña de mis ojos.

El ejecutivo apagó el cigarrillo y se quedó absorto, haciendo girar su copa, contemplando los círculos que dibujaba el poco licor que aún quedaba en ella. Había algo, una luz cansina, el reflejo de una luna menguante en el mar de los sargazos que rodeaba sus pupilas.

25

Era una de tus lecciones favoritas, llegabas a clase resoplando y siempre había quien decía por lo bajo de perfil no cabe por la puerta, siempre había a quien le daba la risa viéndote evolucionar por la tarima, y tú queréis callaros, mierda, hasta que tomabas carrerilla y la gente se calmaba para atenderte, siempre fuiste tan pedagógico, imaginaros atados de pies y manos, amordazados también, haces una pausa y ya tienes a todo el mundo pendiente de ti, jadeas, te esfuerzas por seguir acarreando tu gran panza algunos metros más, enfrente tenéis otro tipo igual, no podéis hablar, ni comunicaros por señas, estáis aislados, sólo sabéis que hay una pistola apuntando a vuestra sien y otra pistola idéntica apuntando a la sien del otro y estos dos dedos que son los únicos que podéis mover, los ves, dedos gordos como morcillas, papá no tenía esas grasas tuyas, pero ahora se está quedando en los huesos, acaso es tan extraño que el viejo haya perdido el apetito, no lo perderías tú en su lugar, mostrándonos tus gruesos dedos, dos, los veis, botón blanco o botón negro, si los dos escogéis blanco os salváis, él confía en ti y tú en él, los dos salís del trance sanos y salvos, si los dos escogéis negro cada uno de vosotros tiene cincuenta por ciento de posibilidades de salvarse, cincuenta por ciento de morir, cara o cruz, uno se escapa si tiene suerte, en esta vida siempre hay que tener suerte porque si no, qué pasa si el viejo deja de comer del todo, podemos mantenerle con suero, señor Ormaechea, lo malo es que a veces, en su estado se pierde el ánimo de vivir y su padre últimamente, qué pasa si uno aprieta blanco y el otro negro, si uno confía y el otro traiciona, qué pasa si el pobre idiota recibe un tiro en la cabeza y el traidor se va a casa tan contento, cuál es la moraleja.

Quieres apretar el botón blanco, deslomarte doce horas al día en

la tienda, empecé vendiendo radios, hijo y mira ahora, mientras tu mujer se toma unas vacaciones en Ámsterdam, mejor si la acompaña tu hermano para que no se sienta tan sola, o prefieres apretar el botón negro, desaparecer un día dejando vacías las cuentas, llevándote el dinero y la salud del tipo que te mira atado de pies y manos, del tipo que te sonríe detrás de la mordaza y había optado por la lealtad, el tipo que confiaba en ti mamá, para ganarse el tiro que le salta los sesos mientras su hermano se evade con el botín, cuida de papá, cariño y procura perdonarnos, a quién podría perdonar el viejo, deambulando por ahí, muerto sin saberlo, quizás el revólver no apunta a la cabeza sino al corazón, basta con razonar correctamente para deducir que la mejor alternativa es confiar en el otro, sabiendo que él a su vez confiará en ti ya que ambos sois racionales, ya que la razón predica que la mutua confianza es beneficiosa para todos y por eso mamá nunca se marchó de casa y el tío Pedro sigue haraganeando en la tienda, acompañándola a todos lados, admirando sus cuadros, porque el viejo confiaba en ellos y por lo tanto nunca lo traicionarían, verdad profesor, pero qué si tu teoría es falsa y si pulsas el botón blanco pones tu vida en manos de un extraño, digamos tu hermano, digamos tu esposa.

Qué si tu teoría es falsa y lo único razonable es escoger negro, socio, escoger negro y tener suerte, porque en la vida, de todas maneras siempre hay que tener suerte, jugársela a cara o cruz es preferible a confiar en ese tipo que no conoces y está asustado, Sergei, está asustado como tú que querías ser el paladín del software libre y vas vender a la que te da de comer en su propia mano para salvar tu pellejo, sin darte cuenta tan siquiera de que lo haces y ése, maestro, es todavía peor pecado que apretar el gatillo de la deslealtad, que se aprieta porque hay que seguir viviendo, porque hay que salir de la celda y encontrar un sitio donde estés a salvo, alto, hijo, bien alto, donde nadie pueda hacerte daño.

26

Se hacía extraño volver a estar allí reunidos, los de siempre. Sergei se sentaba frente a él, más callado que de costumbre, algo ausente, delatando un miedo que Iván sabía justificado. Sonia a su derecha, vistiendo un sencillo pantalón de tela azul, que dejaba al descubierto sus pantorrillas perfectas, una camiseta, recuerdo de aquella isla, Cozumel, en la que habían pasado su abortada luna de miel y unas sencillas sandalias.

Estaba preciosa, sin otro adorno que una delgada cadena de oro entorno al tobillo, sin más maquillaje que un toque de rímel en las pestañas y un ligero carmín en los labios, del mismo color cereza que las uñas.

Cereza en las costas de sus pequeños pies, cereza en las puntas de sus sabios dedos, cereza en los adorables labios, la boca de Ava Gadner haciéndose eco de la sonrisa de Ingrid Bergman; Valerie a su lado, imposiblemente más maquillada que ella, los párpados barnizados de azul chillón, la sombra de ojos excesiva, demasiado colorete en las mejillas.

Torpe, tan torpe como el vestido de noche, totalmente fuera de lugar en una cena entre amigos, tan torpe como la forma con que intentaba no zozobrar a bordo de unos desmedidos tacones.

Extraño, se dijo Iván. ¿Qué presagio, qué signo por descifrar implicaba aquella inversión de actitud en ambas mujeres? Sonrió para sí, divertido. Valerie había resistido durante todo un año en Relaciones Públicas, vistiendo vaqueros y sin estrenar el estuche de maquillaje que Sonia le había regalado —una de sus típicas maldades, pensó—, a los pocos días de llegar a su departamento.

Ésta, por su parte, no salía de casa sin antes haber pasado tres cuartos de hora encerrada en el baño, arreglándose. Y aquella noche, parecía que se hubieran puesto de acuerdo en intercambiar

roles, sin que por ello Sonia perdiera un ápice de su encanto, sin que por ello Valerie consiguiera aparentar una gracia de la que carecía.

Excepto en los labios, que llevaba pintados de un color idéntico al de su mujer, tan bellos como los de ésta y a la vez tan diferentes. Los de Sonia tenían aquella asimetría, el labio inferior grueso y sensual, el superior nervioso como un pequeño animal, palpitante, móvil, capaz de reflejar cualquier emoción, ahora alzándose velozmente, dejando al descubierto el marfil de una sonrisa, ahora contrayéndose en un mohín de asombro, tensándose preocupado, dejándose ir, indiferente. La boca de Sonia tan fluida como quietos, plácidos, inescrutables sus ojos, invirtiéndose en el rostro de Valerie, en la mirada vivaz y los labios, tan hermosos y tan lentos, esculpidos con el cincel de Miguel Ángel.

Luigi se sentaba frente a Sonia y Valerie, a la izquierda de Iván, solitario a estribor de la mesa, donde faltaba un comensal, donde faltaba Ioannis. Una vez más se preguntó si no debía haberlo invitado, si, después de todo, no había pasado tiempo más que suficiente para olvidar, o pretender olvidar, todas aquellas veladas anteriores en las que se habían reunido los seis, Ioannis pendiente de cada gesto y cada palabra de Sonia, atento al menor de sus caprichos, ella dejándose atender, vagamente cariñosa al principio, abiertamente indiferente a medida que las cenas —en el apartamento de Ioannis, en casa de Sergei, raramente en el pisito, demasiado apretado de Luigi y Valerie— se repetían y el flirteo con Iván arreciaba.

Pero Sonia no había ni querido oír hablar de invitar a su antiguo novio. Ya es suficiente cruz con Sergei, le había dicho y quizás tenía razón, quizás invitar a Ioannis estaba fuera de lugar, si vas a joder a alguien, mejor lo jodes del todo, porque si levanta cabeza seguro que va a ir a por tu yugular, pero no hay riesgo con Ioannis, socio, no sé si fue en casa de Sergei donde lo hicimos en el cuarto de baño, porque así da más morbo, mientras el infeliz discurseaba de las memeces de siempre con el gordito, no hay riesgo con Ioannis, pero sin duda Sonia tenía razón, inútil pretender seguir siendo amigo del hombre a quién acabas de robarle la vida, inútil evocar los años compartidos, las noches interminables estudiando juntos, inútil recordar que era Ioannis quien iba a clase y tomaba apuntes

por los dos cuando encontrabas algún trabajo temporal con el que ayudar a pagar los estudios, para qué desempolvar la memoria de las partidas de squash, la felicidad con que tu amigo perdía una y otra vez, incombustible, entusiasta, orgulloso de tener el privilegio de jugar contigo si no encontrabas un rival más interesante y cuando lo encontrabas te acompañaba de todas maneras, para sentarse en las gradas, animándote, desgañitándose, como si te jugaras la final de la copa del mundo y él fuera tu entrenador.

Inútil recordar las tardes de cine, las partidas de billar, las tortillas de patatas, la receta era de Pablo, los fines de semana trabajando de sol a sol, las noches que se prolongaban hasta el alba durante los primeros años en la Compañía, hasta que Ioannis había decidido alistarse al ejército de salvación capitaneado por Sergei, hasta que Ioannis había conocido aquella chica tan mona que acaba de entrar en Relaciones Públicas y no se creía la suerte que tenía y no encontraba el momento de presentártela, así que tu eres Iván, los ojos de Sonia capturando tus ojos entre sus dunas, he oído hablar tantísimo de ti, aquellos labios pidiéndote desde el primer instante que los besaras, aquella mano que se había detenido tanto tiempo en la tuya y tu amigo sonriendo su sonrisa bovina, mirándote con ojos perrunos, los mismos ojos con que perseguía a Sonia cuando ya debía serle más que evidente lo que estaba pasando, los mismos ojos con los que te había mirado mientras extendía la mano y murmuraba, sin rencor, Iván.

27

—Por los viejos tiempos —dijo Valerie, alzando la copa de excelente cava que Iván acababa de descorchar.

Brindaron. La cena, pensó Iván, había ido bien después de todo, mejor de lo que esperaba, dadas las circunstancias. Había decidido organizarla tras la llamada de Luigi, una semana atrás insistiéndole para que le acompañara a la entrevista con Marcos Brenner. Sonia, siempre la profesional de las relaciones públicas había estado de acuerdo en lo oportuno de la ocasión para romper el hielo que se había ido formando a lo largo de casi dos años. Un hielo cuyos primeros témpanos habían aparecido en el horizonte a partir de la crónica anunciada de la ruptura de Sonia e Ioannis. —Valerie se había dado cuenta de lo que había entre ellos desde la primera vez que los vio juntos— y que no había hecho más que espesarse con la caída en desgracia de Sergei y su gente, seguida de la deserción en masa a Jazz Software.

—Aunque no sé si vale la pena, amor. Total, dentro de un par de meses, vamos a estar en las mismas.

Sonia tenía razón, naturalmente. Qué podía esperar que ocurriera apenas la operación se completara, apenas fueran del dominio público las añagazas de las Compañía, apenas sus amigos comprendieran que él había formado parte de la conspiración. Sonia tenía razón, se imaginó al propio Altarelli informando en persona a cada uno de los reos, antes de conducirles al patíbulo, quién había sido el traidor, quién los había vendido en dos ocasiones. Sin rencor, les diría, con su mejor sonrisa, mientras les ajustaba la soga al cuello. Los negocios, socio, son los negocios.

—Aunque bien pensado, por qué no. Quedaría algo raro no invitarlos y así te puedes trabajar otro poco al gordito.

Lejía, pensó Iván. Lejía en la boca y un boquete abriéndose hacia

dentro del alma.

—¿A qué gordito te refieres?

—A Sergei, hombre. ¿A quién va a ser?

—No sabía que le hubieras puesto un apodo.

Aquellos ojos, como un océano en calma, mirándole, serenos, vacíos de expresión, mientras los labios componían una mueca de sorpresa, después de interrogación y al final se distendían en una sonrisa a medio camino entre la ternura y la burla.

—El apodo se lo puso Roberto, lo sabes de sobra.

—Pues te lo has aprendido enseguida.

—Igual que todo el mundo.

—Se ve que te llevas muy bien con Altarelli.

—Iván. Tengo que llevarme bien con él. Es mi trabajo.

—Ya. No parece que te cueste demasiado, en todo caso.

Sonia se había puesto rígida, sus labios tensos como los bíceps de Iván bajo su camisa.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Yo? A ningún sitio. Tú sabrás lo que te haces.

Sonia había empezado a respirar agitadamente. —¿Y tú Iván? ¿Lo sabes tú? Porque a veces me parece que no te enteras de nada.

—El que no se enteraba de nada era Ioannis, chica. Yo sólo procuro que no me pase como a él.

Ella dejó escapar un gemido de angustia. —Iván, no me merezco esto.

No, había pensado Iván, furioso consigo mismo, furioso con ella, furioso con el cínico Altarelli que tan fácilmente había sembrado su corazón de dudas. No se lo merece. Como no se lo merecía Ioannis. Como no se lo merecía papá.

28

También al contrario de lo que había sido la norma en otros tiempos, Sergei se despidió apenas terminados los postres, casi sin probar el cava, visiblemente agotado, mientras que Luigi y Valerie, habitualmente apurados con sus hijos pequeños, se habían quedado hasta bien entrada la madrugada.

Al principio de la velada, Iván había temido que la conversación se estancara entorno al espinoso asunto de las negociaciones entre Jazz Software y la Compañía, pero no había sido así. Quizás por cansancio, quizás por desánimo, Sergei había evitado el tema y ni Iván ni Sonia habían hecho nada por recordárselo. Con Luigi y Valerie era todo más fácil. Sonia, con su consumada habilidad, había ido poniendo un cebo tras otro a lo largo de la cena. Rebelión, la revista que Luigi dirigía, había dado de sí para el primer plato y parte del segundo, que completaron comentando la inminente entrevista con Marcos Brenner.

Los postres discurrieron entre anécdotas de los tiempos de universidad que Sonia no había compartido con ellos y que parecían intrigarle sobremanera. O quizás también eso era oficio, con ella, se dijo Iván, no se sabía nunca. Pero no, hacia los cafés, su mujer había poco menos que sometido a Valerie a un tercer grado, tratando de sonsacarle una información, que —cayó en la cuenta— él nunca le había proporcionado.

—Así que era el empollón de la clase.

Luigi resoplando, sirviéndose un segundo vaso de güisqui, tirándose de las barbas. La risa cristalina de Valerie dibujándose poco a poco en sus lentos labios.

—Un poquito empollón sí que era.

—¿Te acuerdas de cuando le conocimos? —preguntó Luigi.

—¿Cómo me iba a olvidar? —contestó Valerie.

—Venga, contad —dijo Sonia, a la vez que pasaba un brazo por los hombros de Iván—. Porque lo que es éste, no suelta prenda.

—Pues verás —dijo Valerie—. Estábamos a principios de curso. Sería, no sé, finales de octubre, o principios de noviembre. Luigi y yo éramos ya amigos, habíamos formado una pequeña pandilla. Lo típico, intercambiar apuntes, quedar para los fines de semana, montar algún que otro guateque…

—Y también el compromiso político… —terció Luigi.

—Sí, eso también. Aún creíamos en la revolución y esas cosas —dijo Valerie.

—Algunos seguimos creyendo —dijo Luigi.

—Es verdad, algunos seguimos creyendo. El caso es que todos habíamos reparado en el chicarrón alto, fuertote, muy callado, que se sentaba siempre en el primer banco del aula y seguía las clases como si el mundo fuera a acabarse si se perdía un detalle. Me acuerdo de él tal que si fuera ayer. El pelo muy corto, unas gafas enormes, de lentes bien gruesas que le hacían unos ojillos diminutos, así que no te dabas cuenta de lo guapo que era hasta que se las quitaba.

Valerie le guiñó un ojo a su marido. Un gesto amable, cálido, un gesto que quería decir, tú ya sabes. Iván sintió, no sabía si envidia, nostalgia, o las dos cosas. El brazo de Sonia rodeando sus hombros, el deseo de abrazarla, de inventar un gesto como el que Valerie había dedicado a Luigi, un gesto que abarcara doce años de matrimonio, dos hijos, muchas calamidades compartidas, complicidad, compañerismo, fe. Un gesto que significara, lo nuestro es posible. Un gesto que implicara, confío en ti. Un gesto que prometía demasiado, se dijo. Los de Sonia, aquellos besos lanzados al aire desde la punta de sus largos dedos querían decir hoy, ahora. No mentían. No prometían un futuro que nadie podía garantizar.

Y sin embargo, se dijo, cuanta nostalgia.

—Y aquellas manazas —continuó su amiga—, que parecían incapaces de sujetar un bolígrafo sin romperlo. Llevaba un chaquetón azul, de esos que se compran en las tiendas de excedentes de la marina. Sólo le faltaba fumar en pipa para parecerse al capitán Nemo.

—Yo me lo imagino más como el capitán Ahab, de joven —dijo Sonia, mientras le acariciaba el cabello. A Iván la referencia le pilló

completamente por sorpresa. Era difícil imaginarse a Sonia, a quien no había visto jamás leer una novela, refiriéndose con tanta soltura a una de las joyas de la literatura. Pero tampoco, se dijo, ella lo había visto jamás con un pincel en la mano, ni ojeando una revista de arte, ni conocía sus apuntes, sus acuarelas, las docenas de óleos que se pudrirían, si es que aún seguían existiendo, en la buhardilla de Clea. Ni siquiera habían visitado jamás un museo juntos. Allí estaba, de hecho, sonsacando información sobre su adolescencia a unos amigos distantes, tratando de averiguar quién era su marido, el hombre que compartía su casa y su cama, esa presencia familiar, ese extraño. Quizás también lo intentaba cuando se obsesionaba una y otra vez con Clea, cuando intentaba descubrir qué hacíais, dime, todo aquel tiempo en París y él contestaba, nada, mujer, perder el tiempo, si no éramos más que unos críos, porque cómo contarle de los saltimbanquis inmóviles bajo la carpa de un circo sin público, cómo contarle de aquellos bocetos febriles y de los febriles besos, cómo contarle sin exponerse, sin darle las balas del revólver que apunta a tu sien.

—Bueno, el caso es que Luigi y yo habíamos organizado una tertulia…

—Ciencia y conciencia… —intervino Luigi.

—Y se nos ocurrió que podíamos invitarle —continuó Valerie—. Daba un poco de pena, verlo tan solo, tan reconcentrado tan…

—Triste —completó Luigi.

—De lo que se entera una —dijo Sonia.

—Ni caso —dijo Iván, apoderándose de la mano de Sonia, estrechándola entre las suyas—. Estos dos han bebido demasiado.

—¡Venga, seguid! —exclamó ella.

Valerie pareció titubear, sus ojos mal maquillados moviéndose inseguros entre Iván y Luigi, como cayendo, tardíamente, en la cuenta de que algo no encajaba.

—Dale —dijo Iván.

—¿No soy un poquito bocazas? —preguntó Valerie, algo apurada.

—Sí. Pero no tiene importancia.

—Ioannis… —intervino Luigi.

—Nos habíamos hecho los tres bastante amigos desde el principio de curso —continuó Valerie, sonriendo a su marido,

agradecida por el mínimo empellón que su narración necesitaba—. Entre Luigi y yo, convencimos a Ioannis para que abordara al chico del chaquetón azul, te vas al capitán Nemo, le dijo Luigi y le das palique. Y él, siempre tan literal, se fue directo al primer banco, al acabar la clase y le dijo: a sus órdenes, mi capitán.

El muchachote levantó la cabeza de los apuntes, se quitó las gafas, se frotó los ojos como para estar seguro que no estaba delirando y le echó un vistazo asesino. Cualquiera se hubiera hecho encima de miedo, pero Ioannis no se arredraba fácilmente. Así que le alargó la mano y repitió, a sus órdenes, mi capitán.

—Yo pensé —dijo Luigi—, ahora viene cuando lo descuartiza.

—Pero no —dijo Valerie—, iván se levantó, todo lo grande que era, sonrió y le estrechó la mano…

—Al pobre le estuvo doliendo una semana —continuó Luigi—. Iván se admiró de aquella extraña manera de hilar una narración, las intervenciones de Luigi y Valerie superponiéndose, sin quitarse jamás el uno al otro la palabra, sin contradecirse nunca, como si se tratara de un guion ensayado entre ambos de antemano.

—Y así fue como nos hicimos amigos —concluyó Valerie—. No sé si meto la pata, pero si no lo digo, reviento. Ioannis es un tío estupendo. Y no sabría decir a cual de los dos quería más. Ya sé que nadie me ha pedido mi opinión, pero creo que deberíais arreglar las cosas entre vosotros.

—Valerie… —intervino Luigi, llevándose un dedo a los labios.

—No, tiene razón —dijo Sonia—. Ioannis es un buen tipo. —No se merecía el disgusto que le dimos.

¿Y quién se lo merece? Pensó Iván. Quién se merece que tu hermano, tu amigo, tu esposa, ese extraño, te apuñale por la espalda.

—No sé —suspiró Sonia—. A veces estas cosas están escritas. ¿No creéis en la predestinación? Yo sí.

—Signos compatibles —dijo Iván, revolviéndole el cabello—. Sonia lo tiene todo claro. Le basta con consultar el Zodíaco.

—O sea, que lo vuestro estaba escrito en los astros —terció Valerie, entrando al trapo.

—Vosotros reíros —dijo Sonia, impasible—. Luego resulta que siempre tengo razón.

—No les hagas caso a estos materialistas asquerosos —rió Luigi

—. Que no tienen ni puta idea de lo útil que resulta la magia a veces.

—Peor para ellos —dijo Sonia, devolviéndole la sonrisa.

29

Iván miró de reojo su Rólex de oro —toma Juanito, total a mí ya no me hace falta y es un buen cacharro, regalo de tu madre, prefiero que lo lleves tú y no me pongas esa cara, cojones, porque estoy harto de acordarme de ella cada vez que miro la hora—. Casi las tres de la mañana. Derrumbados en el sofá, Sonia y Luigi compartían un porro de marihuana, el cuarto o quinto de la noche. Junto a él, Valerie sorbía un café recién preparado, del que Iván ya había despachado un par de tazas.

—¿No queréis un poco? —preguntó Sonia, agitando el cigarrillo casi consumido, la voz somnolienta, torpe, como si cada palabra tuviera que abrirse paso a través de una espesa jungla. Luigi, reparó Iván, estaba todavía peor. Mirando al techo, o quizás a la galaxia de Andromeda a través del techo. Una sonrisa de absoluta felicidad distendiendo el rostro, habitualmente tenso.

—No, a mí me sienta mal —dijo Valerie.

—Yo también paso —dijo Iván. Demasiada gente, demasiados testigos para perder el control. Mejor sorbe tu café y disfruta el momento, la serenidad de la madrugada, la compañía de unos amigos que quizás no vuelvan a pisar tu casa, la sonrisa distante, ensoñadora, en los labios de Valerie, esa sensación de tregua, de alto el fuego, que también se repite en el rostro beatífico del guerrillero barbudo, en los enormes, rasgados, ojos de Sonia, velados por el hachís, en los dedos que te rozan el antebrazo, en la voz cálida que te susurra casi al oído.

—Si quieres vamos recogiendo mientras estos dos la duermen.

—Claro.

Una sensación de tregua que todavía persiste en la cocina, mientras ordenas los platos en el lavavajillas y Valerie, a tu lado, enjabona las copas.

—Ha estado muy bien, Ivanchu. Deberíamos juntarnos más a menudo.

—Ya lo creo.

—¿Te cuento un secreto?

—Claro mujer.

—Sergei se ha ido de la lengua. Nos ha explicado la forma tan magnífica en que estás llevando la negociación con la Compañía. Según él, si todo sale bien va a ser gracias a ti.

—Sergei es un bocazas —dijo Iván, fingiendo a duras penas una sonrisa—. Me he limitado a hacer el trabajo que me correspondía, eso es todo.

—Estoy segura de que lo estás haciendo de miedo. Tú eres de los nuestros, siempre lo fuiste.

No, pensó Iván. No lo soy, nunca lo fui. Pregúntale a tu marido, Vale, no me apunté a las manifestaciones, no os acompañé a las barricadas, yo era el esquirol, recuerdas, el esquirol al que acusaba en público la guerrillera Tania, yo era el esquirol que tomaba apuntes porque había que sacar el curso y no podía perder la beca ni malgastar el año, yo era el esquirol que se quedó fuera del gran esquema del maestro Bilenki porque no quise creerme cada línea de su credo a pies juntillas, yo fui el esquirol que os vendió una vez a cambio de su cuello, yo soy el esquirol que va a volver a venderos, para seguir salvándose.

—¿Te pasa algo? Te has puesto pálido.

—No, nada. Demasiado cava.

—Ven, siéntate aquí. ¿Te preparo algo? ¿Otro café?

—Mejor un güisqui.

—¿Un güisqui? ¿Estás seguro?

—Un culo de Lagavulin. Ahí en la alacena. Mano de santo.

—Entonces te acompaño.

Valerie sacó la botella y dos vasos de la alacena, echó en cada uno de ellos tres dedos del excelente Single Malt y los puso en la mesa de la cocina. Luego se sentó al lado de Iván.

—Bueno, ¿qué tal te va en tu nuevo empleo? —preguntó Iván, decidido a cambiar de conversación.

—Estupendamente. Ioannis y yo trabajamos mucho juntos, ¿sabes? Mejorando la arquitectura de Bossa Nova y todo eso. Lo pasamos muy bien, la verdad… Oye espero no haber metido la pata

antes.

—En absoluto.

—¿Te cuento un secreto?

—¿Otro? ¿Qué te pasa esta noche con las confidencias?

—Que se me amontonan. No nos vemos demasiado, Ivanchu.

—Tienes razón. Bueno, larga.

—Verás, cuando Sonia y tú… ya me entiendes, el pobre Ioannis se quedó echo cisco. Ni te imaginas cuánto. No he visto a nadie más deshecho en mi vida.

Yo sí, pensó Iván.

—Te mentiría si te no te dijera que me puse de su parte. Pensé que os habíais portado muy mal con él. Para serte sincera, le eché la culpa de todo a Sonia. Para colmo, pasó todo a los pocos meses de que me destinaran a Relaciones Públicas. Vi con mis propios ojos cómo escalaba puestos, cómo se merendaba a la competición. Cuando yo llegué al departamento, se sabía que iban a renovar la dirección y había tres o cuatro candidatos al puesto. Sin contar a Sonia, de quien nadie se esperaba que pudiera saltarse tantos rangos. Pero ella se metió en el bolsillo a todos los jefazos, con ese desparpajo suyo, no te descubro nada, ¿no?

—Qué va.

—Tiene mucha vista. Cuando me di cuenta de que se había metido en el bote a Altarelli, supe que les había ganado la partida a los otros.

—Jugando con cartas marcadas —dijo Iván—. Así tiene poco mérito.

—Al contrario. Tiene mucho. No es tan fácil convencer a un tiburón como el ex de marketing. Ese tío se las sabe todas.

Depende, pensó Iván. Depende de hasta donde quieras llegar. Depende de lo que te pida y lo que estés dispuesto a pagarle. Alguien, se dijo, había echado matarratas al güisqui.

—El caso es que la odiaba, Ivanchu. Me parecía la antítesis de aquello a lo que yo aspiraba como mujer. Una trepa ambiciosa, que sabía usar todas las artes de seducción para salirse con la suya. Pero he cambiado de opinión, ya ves.

—¿Por qué? Todo lo que cuentas es bastante cierto.

—Sí, pero es sólo una faceta de ella. Hay otras.

—¿Cómo por ejemplo?

—Como por ejemplo, que te dice las cosas claras. Que no es falsa. Que no engaña. Con Sonia sabes siempre a qué atenerte.

Ojalá, pensó Iván. Ojalá fuera así.

—Mira, yo en Relaciones Públicas estaba tan perdida como un perro a la salida de un concierto. Iba dando tumbos de un sitio a otro, sin hacer nada útil. De hecho, estoy segura que ésa era precisamente la idea. Me habían largado allí para que aprendiera lo que cuesta ser rebelde, para que me enterara de que las cosas se hacían como decían los jefes y no como estaban escritas en el contrato. Ya sabes como se las gastan, en la Compañía.

No sé cuánto tiempo hubiera aguantado de no ser por Sonia. No mucho más, desde luego. Supongo que eso también lo tenían previsto. Pero un día ella me hizo llamar a su despacho, yo temblé pensando que se iba a ensañar conmigo, nunca había ocultado lo mal que me caía y ahora ella era la jefa y yo una paria con un pie en la calle.

Aún así, me fui a verla pensando que a la primera provocación le cantaba las cuarenta, aunque me costara el empleo. Llamé a la puerta, me hizo pasar, ponte cómoda nena, recuerdo que me dijo y yo pensé empezamos mal. Me senté, más tiesa en la butaca que la Ellis, esperando a ver por dónde me salía. Y ella me alargó un paquetito, en vuelto en papel de regalo, monísimo. Lo abrí y era un estuche de maquillaje. Y bien caro, por cierto, productos de primera calidad.

Supongo que me quedaría boquiabierta, no sabía que decir ni cómo tomarme aquello. Antes de que se me ocurriera alguna cosa inteligente, ella sacó dos cigarrillos de una pitillera de plata preciosa, se puso uno en los labios y me alargó el otro.

—Está prohibido fumar —me acuerdo que murmuré, hecha un lío.

—Bah, luego echamos ambientador —se rió ella y yo pensé, seguimos bien, yo recordándole a esta tía las reglas de la Compañía y ella recordándome que las reglas están para transgredirse.

Como no sabía que hacer, me puse el pitillo en la boca y ella sacó un encendedor a juego con la pitillera y me dio fuego.

—Regalo de Iván. ¿Te gusta?

—Es precioso.

—Tú eres Géminis, ¿verdad?

Sí, le dije y quise añadir que lo del Zodíaco me parecía una tontería, pero no me dejó, cogió el estuche, lo abrió, empezó a enseñarme su contenido. Las cremas, los maquillajes, el lápiz de labios.

—Con un poco de práctica te arreglas en diez minutos. Un poquito de rímel, una rayita bajo los ojos, un toque de carmín y ya está. Nada complicado, pero mejoras mucho, nena.

Yo me enfadé, o bueno, quise enfadarme, aunque no lo conseguí del todo, pero aún así le dije que no veía porque era necesario que me pintarrajeara para venir a trabajar, incluso le solté que ella era muy libre de proyectar la imagen que quisiera pero yo tenía mis ideas de lo que era una mujer y cómo debía comportarse.

—Puedes hacer lo que te de la gana, preciosa —me dijo, cuando me cansé de renegar, sin inmutarse, sin perder la sonrisa—. Pero deja de ir de Cenicienta por la casa, ¿vale? Te han destinado aquí para putearte y lo están consiguiendo. Si te quieres inmolar a lo Juana de Arco, por mí estupendo. Pides el cheque, que es lo que los jefes están buscando y en paz. Pero si te vas a quedar, igualmente podías aprenderte las reglas del juego y jugarlo bien. El problema de los Géminis es que nunca os acabáis de aclarar que queréis ser de mayores. Y así os va.

Valerie apuró el güisqui de su vaso y se sirvió otros dos dedos.

—Tenía razón, Ivanchu. Por la época yo estaba bastante gilipollas. La única razón por la que me empeñé en no echar más horas cuando trabajaba en Ingeniería era porque las necesitaba para dedicarle al proyecto con Sergei. Eso fue una idiotez, yo sabía perfectamente lo que se esperaba de mí en la Compañía, pasar de las reglas sólo sirvió para que me quitaran un trabajo que me encantaba y me desterraran a Siberia. Sergei y Ioannis me daban palmaditas en la espalda y me decían que todo por la causa, pero Sergei no dejó de ser un jefazo hasta que se descubrió el pastel y en cuanto a Ioannis… es un buenazo, un cielo de tío, pero tiene muy poquito carácter. No era más que la sombra de Sergei. Sonia es una mujer luchadora y quería a un luchador, a un tío como tú. Ahora la entiendo mucho mejor.

De hecho, os parecéis mucho, cuando uno se fija. Siempre te he admirado por tu manera de ocuparte de tus asuntos y hacer las cosas bien. No se me han olvidado los tiempos de la facultad,

cuando el bendito de Luigi se pasaba la vida salvando el mundo y luego eras tú quién tenía que salvarlo a él. Sonia hizo un poco lo mismo conmigo. Al cabo del año en Relaciones Públicas, para cuando nos pillaron con las manos en la masa, yo había conseguido encontrar mi hueco en el departamento. Nunca usé el estuche que me regaló, pero escuché sus consejos y me dejé el complejo de patito feo en casa. Ya ves, hoy lo he estrenado, el estuche de marras. Lo he hecho por ella.

—Seguro que te agradece el detalle —dijo Iván.

—Al final aquella época me fue muy útil. Aprendí muchas cosas. ¿Sabes? A veces somos demasiado arrogantes. Tendemos a pensar que el trabajo de los demás vale menos que el que nosotros hacemos, que las habilidades de los otros son poca cosa comparadas con las nuestras. A mí me parecía que Relaciones Públicas era poco más o menos que charlatanería y dar jabón. Y que lo único que se necesitaba para triunfar allí era estar buena y echarle cara.

Era esa actitud, el creerme lo virtuosa que era yo, tan puesta como estaba en arquitectura de sistemas y tan feminista, lo que me perdía en el departamento, no el hecho de ser bajita y no maquillarme. Cuando dejé atrás la autocompasión y los prejuicios me empezó a ir mejor.

Por ejemplo, cuando las negociaciones de hace año y medio con Hitachi. Te acordarás, claro.

—Cómo podría olvidarme. Me fastidiaron la luna de miel.

—Y a Sonia. La pobre se pasó toda la semana tan triste como no la había visto nunca antes. Pero de puertas adentro, se lo notaba algún rato que nos quedábamos solas y se le iba el santo al cielo, o la primera noche, fui yo a buscarla al avión para llevarla directamente a una cena con Nishikawa y compañía y se pasó llorando todo el camino. Creo que ese día empecé a apreciarla de veras. Lloraba sin hacer ruido, sólo le caían unos lagrimones enormes por la cara. Por supuesto, me hizo parar antes de llegar al restaurante, sacó su estuche del bolso y diez minutos después ni rastro de las lágrimas, ni rastro de tristeza.

Esa noche, cuando la vi meterse en el bolsillo a Nishikawa, comprendí que el trabajo que hacía, o que hacíamos, aunque yo sólo oficiara de comparsa, era tan complejo, a su manera como el de desarrollar sistemas operativos. Los de Hitachi venían muy

desconfiados, muy de uñas y todo por malentendidos. La primera ronda de conversaciones, antes de que Sonia estuviera en la dirección había acabado en desastre. La metedura de pata le costó el cargo a su antecesor. Supongo que ella te habrá contado, ¿no?

—No —dijo Iván, ruborizándose como un colegial al que sorprenden copiando en un examen—, la verdad es que no hablo mucho de esas cosas con ella.

Valerie le miró con sus ojos directos, inteligentes, horriblemente maquillados. De qué habláis entonces, parecía decirle aquella mirada.

—Pues quizás deberías.

Iván asintió, pesadamente. —Tienes razón. Anda, sigue contando.

—Como te decía, el anterior director de Relaciones Públicas quedó con los nipones como un pollino. Nada más empezar las reuniones confundió a Nishikawa con uno de sus ayudantes. El típico error de principiante que no se ha molestado en leerse un manual elemental de cultura japonesa. Imagínate la escena. Cuatro o cinco japoneses trajeados como si fueran todos al mismo sastre. Hay uno que hace la presentación de la oferta de Hitachi y que no para de negociar y de discutir. Los otros meten también un poquito de baza, todos menos uno muy calladito que nunca dice esta boca es mía y que además parece de los más jóvenes. A ninguno de los nuestros se le ocurrió pensar que ése, precisamente ése, sería el jefe, el que deja hablar, siguiendo la tradición nipona a sus subordinados y sólo interviene para emitir un veredicto.

Iván silbó, divertido. —Qué bestias —dijo.

—Y tanto. Imagínate cuando el de Relaciones Públicas se dirige al ayudante para hacerle la oferta formal. Costó un año que los japoneses volvieran y volvían, ya te digo, decididos a largarse a la primera muestra de que seguíamos sin enterarnos. Pero esta vez trataban con Sonia, que se pasó la cena conversando con ellos en un japonés más que pasable, luego me contó que había estudiado dos años en Tokio, me quedé boquiabierta, si Sergei supiera una palabra de japonés, habría salido en todos los periódicos de la ciudad y aquella tía que yo siempre había menospreciado lo hablaba fluidamente y nunca la había oído presumir de ello, ni de los cuatro o cinco idiomas más que luego me enteré que dominaba. Al menos

eso si lo sabrás.

—Sí eso sí —admitió Iván, recordando la soltura con que la había oído conversar en griego con Ioannis, o la irritación con que había soportado sus intercambios en italiano con Altarelli.

—No era sólo el idioma, por supuesto —continuó Valerie—. Sabía exactamente como camelárselos. Se pasó toda la velada componiendo una pose alucinante, sólo le faltaba un kimono para parecer una Geisha. Muy modosita, pero muy amena, como les gusta a esos machistas, sabía de todo, desde las últimas tendencias arquitectónicas en Tokio hasta el estado del mercado bursátil en Asia, pero naturalmente esquivó el tema tabú de la oferta, que no debía tratarse, como cualquiera con mínimas nociones de protocolo entiende, hasta el día siguiente. Ni que decirte, que se metió a Nishikawa en el bolsillo. Tu chica tiene un talento inmenso, Ivanchu. Además de ser una mujer de bandera.

—¿Quién es una mujer de bandera? —preguntó Sonia, apareciendo por la puerta de la cocina, tambaleándose, deliciosamente cómica, con el enésimo pitillo de marihuana en la comisura de los labios y aquella expresión que Iván adoraba, a medio camino entre femme fatal y una muchachita traviesa.

—Tú, guapa —rió Valerie—. Pero hoy, con esos trapos y sin arreglar, estás hecha un adefesio.

30

Tan diferente a los demás, pensó Iván, contemplando las delgadas columnas de mármol, de un suave tono rojizo, sobre las que descansaba una bóveda acristalada, altísima sobre sus cabezas. De todos los de la ciudad, aquel imponente, glorioso, destartalado, Hotel Real era, quizás, el único que todavía conservaba intacta su personalidad.

Por algún capricho del destino no había sido aún adquirido por las grandes cadenas que ya habían comprado, tiempo atrás, otras viejas glorias como el Ritz o el Palacio de las Naciones, transformándolos de inmediato en caricaturas de sí mismos, en monstruosos engendros todavía más tristes que los hoteles de paso, los que frecuentaba habitualmente en sus viajes de negocios, los que también había frecuentado en los comienzos de su relación con Sonia.

Habitaciones idénticas, idénticos mueblesbar con el mismo surtido de cervezas mediocres, licores corrientes, zumos aguados, coca-colas y cacahuetes; televisiones colgadas de la pared frente a la cama colchón demasiado mullido, edredón de sufrido material sintético en gris, verde oliva o azul oscuro —ofreciendo el repertorio habitual de insufribles cadenas gratuitas y no menos insufribles canales de pago, con su anodina selección de melodramas, pornografía, noticias y programas deportivos; armarios con olor a naftalina; cuartos de baño en los que una cinta roja tendida sobre el retrete garantizaba la total desinfección de los excrementos del inquilino anterior; duchas estrechas y botellitas de champú gratuito; aire acondicionado cuyo regulador rara vez funcionaba correctamente; una Biblia en un cajón, a veces también una copia del Corán o del libro del Buda. Caja fuerte, moqueta en la que anidaban tribus de ácaros, cuadros insulsos o de pésimo gusto

en las paredes.

Hoteles de paso, en los que la relación con el recepcionista duraba escasamente cinco minutos, lo suficiente para cargar el importe de la primera noche a la imprescindible tarjeta de crédito, garabatear una firma y recibir una sonrisa enlatada, junto con la bienvenida de fórmula y la cartulina de plástico magnetizado que hacía las veces de llave. Hoteles de paso en los que el restaurante ofrecía la predecible selección de menús tan vulgares, insípidos y caros como las chucherías que vendían en las tiendas de regalos del lobby. Hoteles con bar de copas para ejecutivos, karaoke y servicio encubierto de putas. Hoteles, se dijo Iván, que helarían la sangre en las venas a Pablo, que siempre soñó con ampliar su casino, añadiendo unas pocas habitaciones cuya decoración reflejaría la abigarrada mezcla de nacionalidades de sus parroquianos.

—¿Te imaginas, Gabriel, macho? La habitación francesa, la italiana, la turca, la rusa. Todo auténtico, ¿eh? Nada de imitaciones. Diez o quince cuartos, no más. Buen gusto, macho, eso es lo que la gente pide. Anda, acábate el güisqui que cerramos, tu hijo viene de camino.

Buen gusto, tan ausente en los hoteles de paso a los que estaba habituado como la chispa vital en los ojos acuosos de Gabriel Ormaechea.

Cuánto más, se preguntó, sobreviviría aquella decadente joya, con su amplio vestíbulo, similar a un bazar encantado donde se exhibieran objetos preciosos y en desuso, como el piano de cola en uno de los ángulos y el vetusto ascensor con su reja corrediza de metal y su doble puerta de vidrio que comunicaba los cinco pisos dispuestos en forma de espiral, desde cada uno de los cuales —apoyado en una barandilla de hierro forjado, rematada por un pasamanos de caoba— el indolente huésped podía contemplar el constante ajetreo de viajeros, maletas, botones de uniforme, tan entrados en años y obsoletos como las alfombras orientales caprichosamente distribuidas en los salones, las estanterías de haya repletas de libros de la nutrida biblioteca, las grandes llaves de hierro que abrían el doble portón de las habitaciones.

—¿Has coincidido alguna vez con él? —preguntó Luigi, arrancándole de sus divagaciones.

—¿Eh? —murmuró Iván, todavía distraído—. No, nunca.

—Pero lo habrás visto por la tele, o algo —insistió su amigo.

—No que recuerde.

—¿Seguro? —La mano de Luigi acarició repetidas veces su perilla entrecana.

—Pero hombre, ¿qué pasa?, ¿tan raro es el tipo?

—No, qué va… en fin, la primera vez resulta algo chocante.

El recepcionista, pensó Iván, recordaba un poco a Pablo, al Pablo todavía joven, solemne y a la vez jocoso, lleno de energía, que corría al otro lado de la barra de su infancia. El profesor, les informó, les recibiría de inmediato. Un botones centenario les acompañó en el interminable trayecto de cuatro pisos a bordo del no menos centenario ascensor, conversando sobre naderías como un avezado anfitrión, aceptando el billete que le tendió Iván con la tranquila dignidad de un hidalgo arruinado. Al otro lado de la doble hoja de cedro, a todo volumen, la voz purísima de Violeta se elevaba al cielo, declarando su recién estrenado amor por Alfredo.

—¡Luigi! Bienvenido —dijo la mujer que les abrió la puerta, besando a su amigo en ambas mejillas. Levemente, rozándole apenas con los labios, apenas rozándole con los largos dedos en los que relucía una constelación de anillos, antes de girarse, con una sonrisa interrogadora hacia Iván.

—Ara Brenner —dijo Luigi, contagiado aparentemente de la solemnidad del botones—. Iván Ormaechea.

—Mucho gusto —dijo Iván tendiéndole una mano que ella apretó suavemente antes de ponerse de puntillas para besarle.

—Iván —dijo—. Luigi nos ha hablado mucho de ti.

Iván la contempló un instante. Aparentaba pocos años, treinta, quizás menos. Vestía un simple pantalón de tela, anudado a la cintura y una camiseta de tirantes, oscura, con las iniciales D\&G grabadas en letras doradas a la altura del pecho. Los hombros y brazos, desnudos, eran morenos, de músculos alargados y suaves, como alargadas y suaves eran las líneas del rostro, la breve cintura, la curva de su cuello. Todo en ella parecía ingrávido, sutil, como la seda del pañuelo que llevaba anudado a la cabeza.

—Pasad, pasad. Estáis en vuestra casa.

La habitación era en realidad un pequeño estudio, con salón y cocina incluidos. Ara los acomodó en sendas butacas y se dirigió al mueble bar.

—¿Qué os apetece?

—Yo tomaría un café —dijo Luigi.

—Cualquier cosa —dijo Iván.

—Prepara unas caipiriñas, Ara —la voz, grave pero un punto estridente, elevándose por encima del dueto en el que el noble y la prostituta se juraban amor eterno, recordaba, pensó Iván, un violonchelo ligeramente desafinado—. Ahora mismo salgo.

Un instante más tarde, Marcos Brenner —debía ser Marcos Brenner, se dijo Iván, quién si no— salía de la habitación y repetía el mismo ritual de besos con el que su esposa los había recibido. Sonoros, húmedos, un tanto impúdicos, como la bata de seda semiabierta, bajo la cual vestía una camiseta en la que se repetía el logotipo D&G y que no llegaba a cubrir el ombligo, dejando al descubierto parte de un vientre rotundo y velludo, un vello asilvestrado que también surgía de la nariz y tras las orejas. Los labios eran muy gruesos, las cejas espesas y pobladas, la frente enorme. Calzaba chanclas, mostrando los pies descalzos y selváticos, una selva que también crecía en los dedos y el dorso de las manos, ascendiendo a lo largo de los robustos antebrazos. Iván necesitó un instante para asimilar que los bucles rizados, de color azul celeste, que se bamboleaban encima del tremendo cráneo no eran sino una extravagante peluca. Los ojos, oscuros, brillantes, eran lo único sereno en el rostro que les sonreía, mostrando una blanquísima dentadura.

—¿Qué os parece? —dijo señalándose las iniciales de la camiseta —. Decid la verdad. No os lo esperabais, naturalmente. ¿Veis? Le he regalado a Ara otra igual. Vamos a lucirlas en todas las conferencias de la semana.

Luigi se acarició la barba, moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento, sin entender a qué venía tanta excitación.

—D&G. ¿No os dice nada?

Ara acudió a su rescate.

—Dulce y Galante, la marca de moda en pret-a-porter —dijo.

—Claro —dijo Iván.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Luigi, confundido.

—Ah, camarada. He ahí la pregunta.

Ara les alargó sus combinados, sentándose luego en el sofá, sorbiendo el suyo. Marcos se desplomó a su lado, estrujándola un

instante con sus brazos peludos y luego vació su vaso de un solo trago.

—Mm. Sabor tropical. Bien. Mientras reflexionáis, permitidme que me prepare otro.

Empezamos bien, pensó Iván. La caipiriña que le había servido Ara estaba exquisita, pero muy cargada. Si Brenner seguía trasegando alcohol a aquel ritmo, estaría borracho mucho antes de terminar la entrevista.

Luigi le miró, más confundido que nunca, mientras Marcos se precipitaba a trompicones hacia el mueble bar y Ara flotaba desde el sofá a la habitación, donde desapareció un instante, reapareciendo con un volumen encuadernado en tapas de pasta oscura, que tendió a Luigi sin dejar de sonreír. Iván alargó el cuello para leer el título: El Declive del Gobierno y un poco más abajo. Marcos Brenner, tesis doctoral.

—Declive del Gobierno —recitó Brenner desde el bar, con el segundo vaso, ya vacío en la mano—. Que no es ni Dulce ni Galante. Hay que provocar al sistema, amigos míos. Provocarlo sin tregua. Sin escatimar el humor, naturalmente.

Y el tipo va ya por la tercera caipiriña, pensó Iván. Por un instante, casi alcanzó a disculpar a los miembros de la comisión que habían escogido a la ex guerrillera Tania —para entonces ya disfrazada de respetable académica— frente al orangután redicho, con peluca azul, que mostraba sus estupendos caninos y bebía como un bucanero.

—Declive del Gobierno. Tomad nota, camaradas. Ésta es la triste realidad a la que tiene que enfrentarse occidente. Declive del gobierno, a juego con el declive de la economía y de los derechos del ciudadano.

Luigi sacó una diminuta grabadora, la puso en marcha y la dejó encima de la mesa baja, de mármol y hierro forjado, en torno a la cual se desarrollaba la conversación.

—En efecto —dijo y su actitud, observó Iván había cambiado. A Luigi habían dejado de preocuparle las extravagantes bromas, la peluca azul, o la ópera de Verdi—. Ésas son las tesis que defiendes en tu obra cumbre, El largo declive de occidente. Una de las imágenes que emergen de tu análisis de ese largo declive es un mundo de capitales en competición, cuyo coste se ven obligados a

pagar los trabajadores.

Brenner regresó al sofá, con la cuarta —no, la quinta, pensó Iván — caipiriña en la mano. Lo lógico es que estuviera ya como una cuba, bebiendo a aquella velocidad. La voz algo disonante del economista, sin embargo, no había perdido un ápice de su aplomo.

—Exactamente. Un coste que se refleja en la reducción de salarios y los recortes en gastos sociales.

Déjame explicarme. Durante el siglo veinte y, especialmente desde los años treinta, el movimiento socialista ha defendido la tesis de que los beneficios de las empresas, como consecuencia de la explotación capitalista, son demasiado altos mientras que los salarios son demasiado bajos. Por lo tanto, los trabajadores no pueden comprar todo lo que se produce, baja la demanda y la recesión económica es inevitable. El problema, no obstante puede resolverse o al menos paliarse a través del gobierno, que debe intervenir redistribuyendo los ingresos a favor de los trabajadores.

—Lo que implica la necesidad de un gobierno socialista, ¿no? —dijo Luigi.

—No necesariamente —dijo Brenner—. En realidad, lo único que está haciendo el gobierno es salvar a los capitalistas de sus propias tendencias autodestructivas a tener ganancias demasiado altas. Así, los estados del bienestar que se desarrollan en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial invierten en políticas sociales, es decir seguros de desempleo, pensiones, salarios estables, etc., y el resultado es un aumento del consumo, que a su vez, beneficia al capital. Al final, el altruismo de estos gobiernos conviene a todos.

Mientras Brenner hablaba, Ara se había levantado sigilosamente y apagado la música que atronaba en la habitación. A su regreso preparó otra ronda de bebidas, que dejó suavemente encima de la mesita, junto a un cenicero. Luigi la miró interrogante y ella le respondió con una leve inclinación de cabeza. Agradecido, su amigo encendió un cigarrillo.

—Por otra parte —continuó el economista—, la intervención del gobierno da lugar a un crecimiento rápido y al pleno empleo. Pero una vez que perder el empleo deja de suponer un problema acuciante para el trabajador ya que puede encontrar otro con

relativa facilidad, el capital pierde a su vez, el arma más efectiva para controlarle. En consecuencia, la clase trabajadora se vuelve más fuerte, los sindicatos ganan influencia, los salarios aumentan y también los servicios sociales. Pero llega un momento en el que los costes asociados a estas mejoras superan el crecimiento de la productividad y esto ocasiona una reducción de beneficios al capital.

Aquí es donde la utopía socialista predica que el capitalista debe aceptar menos beneficios a cambio del bien común. Pero todavía, queridos amigos, estamos lejos de ésa utopía.

Brenner hizo una pausa, vació su vaso, sacó un pañuelo de uno de los bolsillos de su bata y se quitó la peluca, secándose el sudor que anegaba su magnífico cráneo. Después se la volvió a colocar tranquilamente, ahuecando, con gesto coqueto los bucles azulados.

—En teoría —continuó—, esta crisis también puede solucionarse mediante la intervención del gobierno, al que se le asigna el rol de árbitro que modera las negociaciones entre empresas y sindicatos. Es un bonito modelo y hasta cierto punto es correcto. Durante los años sesenta y setenta, las cosas funcionaron razonablemente bien siguiendo estas pautas.

Pero por desgracia, esta situación de equilibrio se rompe al final. ¿Por qué? Porque el capital no puede reprimir su tendencia a la deslealtad. Lo cual no deja de ser trágico ya que, a priori, la mutua lealtad entre trabajadores y capitalistas podría resultar en un sistema estable que garantiza la productividad y el consumo, a cambio de salarios y condiciones sociales decentes. Desgraciadamente, para el capitalista es tentador bajar los salarios y reducir los beneficios sociales, es decir, explotar al trabajador. Esta situación puede evitarse, durante un tiempo, mediante un gobierno regulador que impone un razonable juego limpio. Pero por desgracia, la deslealtad está en la mismísima raíz del sistema. Antes o después surgen empresas que se las ingenian para romper las reglas. Este fenómeno es imparable, ya que es la consecuencia de la dinámica capitalista, que exige la constante acumulación de capital, lo cual a su vez depende de las ganancias. En una situación de equilibrio, una empresa comienza a hacer trampas, aprovechándose de la atmósfera de confianza existente, traicionando, por usar un vocablo expresivo, al resto de los jugadores. Las ganancias de una

empresa así aumentan exponencialmente, lo cual conlleva una avalancha de deslealtades. La consecuencia final es una recesión que el gobierno es incapaz de controlar. Finalmente, la única manera efectiva de salir adelante es aumentar la rentabilidad, colapsada por el fenómeno de deslealtad colectiva que acabamos de examinar. Para ello hay que eliminar industrias no competitivas, creando desempleo en el proceso y también reducir salarios y prestaciones sociales. En resumen. Una crisis económica, a expensas, naturalmente, de los trabajadores.

—Luigi nos ha contado que trabajas para la Compañía Multinacional de Software —dijo Ara, dirigiéndose a Iván. Si la voz de Marcos Brenner recordaba a un chelo sin afinar, pensó él, la voz de su esposa emulaba un violín interpretando un nocturno.

—Sólo por el momento —terció Luigi, incapaz de contenerse, delatando de paso que ni Valerie, ni posiblemente nadie en Jazz Software ignoraba las intenciones de Clara respecto a Iván. Exactamente, se dijo con amargura, como habían previsto sus amos.

—Me alegro —dijo Ara, sin apartar sus límpidos ojos de los de Iván—. Porque la Compañía es un ejemplo perfecto de empresa desleal, capaz, a base de juego sucio, no sólo de aniquilar a sus competidores, sino de controlar un mercado tan prometedor como el de los ordenadores personales hasta el punto de haberlo virtualmente estrangulado hoy en día.

—Lo sé —dijo Iván, dando un sorbo a su caipiriña, que no alivió el sabor a pescado podrido en su boca.

—Entonces —intervino de nuevo Luigi, rompiendo la tensa situación—, ¿eres pesimista, Marcos? ¿Crees que no hay esperanza?

Brenner suspiró, mirando a su alrededor, como buscando algo. Era, por supuesto, la nueva copa que Ara le estaba preparando. Iván, que se sentía ligeramente mareado con tan sólo dos vasos. —Marcos llevaba ya nueve o diez—, no daba crédito a sus ojos. El economista debería estar ya noqueado y no perfectamente sobrio, como aparentaba.

—Hasta no hace mucho tiempo —contestó al fin, mirando a Iván con ojos no menos penetrantes que los de su esposa, pero más encendidos, más afiebrados—, era, en efecto, muy pesimista. Se da en la actualidad una situación diametralmente opuesta a una democracia social, la negación absoluta de la utopía, la ausencia de

ideología. Por doquier, se extiende el más profundo cinismo, la sensación de que no hay alternativa.

Hizo una pausa, dando un par de grandes tragos. Iván no puedo evitar la sensación de que Marcos Brenner se estaba dirigiendo a él directamente.

—De hecho —continuó, quitándose de nuevo la peluca, examinándola un instante, pensativo, para desecharla después, lanzándola a un rincón de la sala—, asistimos a la mayor y más explícita ofensiva capitalista imaginable. Una ofensiva que se basa en mantener un conflicto internacional indefinido, a base de guerras locales y cruzadas que se aprovechan del miedo del ciudadano. La intención de esta situación de conflicto es desencadenar una respuesta patriótica y lograr así la victoria electoral de la derecha radical, que a su vez permite implementar políticas capitalistas extremas, como las que están en boga hoy en día. Reducción de impuestos, desmantelamiento de la enseñanza y la sanidad pública, empleo basura, horarios laborales abusivos, salarios bajos… pero hay mucha gente, cada vez más, en contra de las guerras que países como el nuestro están creando en todo el planeta. Hay mucha gente, cada vez más, harta de la política del miedo con la que se pretenda dominarla. Así que no soy del todo pesimista.

—En otras palabras, ¿crees que la lealtad es todavía posible?

Los enormes ojos de Marcos Brenner destellaron un instante. Apuró el licor que quedaba en su copa.

—¿Tú qué opinas, Iván, querido? —dijo tomando por sorpresa, casi como al azar, la mano de éste entre sus grandes manos peludas.

31

Iván miró a través del amplio ventanal. Otras ciudades, como Nueva York, como París, mostraban un orden, por complejo que éste fuera, al espectador que las contemplaba desde lo alto de la torre Eiffel, o el Empire State. Había en ellas avenidas cuyo patrón revelaban una intención funcional o estética, barrios donde la historia había dejado su marca en el estilo arquitectónico, suburbios en los que podían detectarse al menos ciertas regularidades. La ciudad, en cambio, parecía una inmensa selva, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, miles y miles de árboles poliédricos pugnando por robarse unos a otros la luz del sol, altas torres, como secuoyas gigantes desperdigadas aquí y allá, elevándose sobre los edificios más bajos de cinco, ocho o diez pisos, similares al arbusto que espesa la jungla hasta hacerla intransitable. Pululando entre ellos, las riadas de automóviles se asemejaban a hordas de animales multicolores, abriéndose paso entre la vegetación. Todavía más diminutos y numerosos, como una plaga de insectos, las decenas de miles de personas que, en plena hora punta, pululaban por las calles.

—Creo que Roberto no estuvo muy agradable el otro día —dijo el CEO, decidiéndose por fin a romper un silencio que duraba desde que Iván había entrado en el estudio, quince minutos atrás. Se había limitado a hacerle una señal con la mano, indicándole que se acercara a la cristalera, aparentemente absorto en la selva de cemento que se dominaba desde su guarida. Iván le había imitado sin sentirse a disgusto por el silencio. Al igual que Clara Díaz de Deus, William Goldman sabía estar callado.

—No, no demasiado.

—Discúlpalo, muchacho. No le han sentado bien las calabazas de Clara.

—Claro.

Goldman sonrió nostálgicamente. —Lo importante es que está a punto de firmar, según parece.

—Estoy preparando un informe para el comité negociador donde…

—Ya, ya. Cuéntame qué piensa ella. ¿La has convencido?

—Creo que sí. Tenías razón, necesita capital urgentemente. Hemos hablado de un cincuenta por ciento de ampliación. Está de acuerdo, con algunas condiciones.

—Es buena negociante, ¿eh?

—Muy buena —sonrió Iván.

—Es una pena que sea tan cabezota —el CEO rebuscó sus bolsillos, extrajo un arrugado paquete de chicles, se puso uno en la boca—. Sus manías nos están costando muchos disgustos.

Las manías de Clara, recordó Iván. Le pareció estar viéndola, frente al piano, ligeramente encorvada sobre las teclas, algo separada de los otros músicos —incluso en el escenario resultaba imposible penetrar en su burbuja—, en el club de Jazz donde su banda tocaba los viernes por la noche. Más tarde ella se había sentado a su mesa, sonriente y distendida.

—Tocas divinamente, Clara.

Ella había sacudido negativamente la corta melena, agitando su mano como quien lanza un papel arrugado a la basura.

—Hablo en serio. Te admiro de todo corazón —dijo sin pensar, sin poder evitarlo, sinceramente. La admiraba tan incondicionalmente como el otro Iván admiraba a su madre, aquel otro Iván que había dejado de existir mientras sus ojos recorrían los renglones torcidos de dos folios escritos con apresurada caligrafía, dos folios de frases cariñosas, de excusas, no podía seguir fingiendo más, cariño, es mejor así para todos, sé que te hago daño pero confío en que algún día me comprendas. Admiraba a Clara, con su voz pausada, sus ojos inquietos y aquella mezcla de dulzura y retraimiento, tan cálida y tan intocable, tan cercana y tan incomprensible.

—Vaya —rió ella—. ¿Y a qué viene tanta devoción?

Iván dio un sorbo a su copa, paladeando el imprevisto sabor, tan dulce como el del daiquiri. Clara llevaba un vestido corto, ceñido, que le dejaba hombros y brazos al descubierto. Costaba recordar, se

dijo, que aquella muchacha risueña y tímida pasara del medio siglo de edad. La escasa iluminación del club ocultaba las pocas arrugas del rostro, resaltando en cambio la dulzura de su voz.

—Admiro tu fe en lo que haces —se escuchaba a sí mismo sabiendo que no era él sino el otro Iván quien hablaba, el fantasma inquieto incapaz de resignarse al limbo, usurpando su lengua y su corazón, aprovechando la música y los gintonics, la luz tenue y la nostalgia.

Ella se había reído de nuevo, aquella sonrisa tímida que recordaba tanto a Clea, quince años atrás.

—Mira, en eso sí soy diferente de William. Él ha llegado a convencerse de que puede comprarlo todo. Ideas, voluntades, fidelidad. Y si todo puede comprarse nada es sagrado. Si todo el mundo tiene un precio, entonces todos somos marionetas de cuyos hilos él puede tirar en cualquier momento.

Yo en cambio creo en unas pocas cosas. Cosas sencillas, la idea de que un programa puede compartirse, igual que un poema o una pieza musical. La idea de que una empresa debe funcionar más como un grupo de Jazz que como una legión romana. La idea de que la felicidad no se mide en dividendos ni cotiza en bolsa.

Clara hizo una pausa, como para tomar aliento. Sus largos dedos tamborileaban encima de la mesa.

—Creo que es más fácil cooperar que agredir y que la lealtad es preferible a la traición. Son viejas ideas, te las encuentras mejor formuladas en los evangelios, pero son más antiguas que éstos.

—La traición es parte de la naturaleza humana —murmuró Iván.

—También está en nuestra naturaleza elegir —contestó Clara, mirándolo fijamente a los ojos.

Iván desvió la mirada, incapaz de sostener la de ella. Aquel aguijón en el pecho, pensó, aquel deseo de lanzarse al vacío, de creer en sus palabras.

Agitó la cabeza, maldiciéndose a sí mismo por permitirse tales divagaciones en el momento menos oportuno. William Goldman le contemplaba en silencio, mascando chicle, sonriendo melancólicamente.

—Se le coge cariño deprisa, ¿verdad?

Se encogió de hombros, rehuyendo la pregunta. —Ya sólo nos queda concluir el trato con Raúl Pimenta.

—Sí —suspiró Goldman—. No creo que sea difícil. Controlar a un adicto es fácil, no hay más que contar con la droga apropiada.

—¿Quién va a tratar con él? —preguntó Iván.

La desganada sonrisa del CEO le dio la respuesta antes de que éste contestara. No, se dijo, comprendiendo de repente, entendiendo, demasiado tarde que también aquella parte de la operación había sido prevista desde el principio. No, repitió en voz casi audible, desesperado, como una marioneta que no puede soportar por un instante más el tirón de los hilos que la manipulan. No, gritó en silencio. No, no, no.

—Necesitamos alguien capaz de negociar la compraventa al estilo de Pimenta, que no es precisamente sentarse en torno a una mesa, con una comisión. Además ya sabes la debilidad que ese truhan siente por las mujeres jóvenes y bonitas. Afortunadamente a nuestra directora de relaciones públicas le sobra belleza y juventud, además de talento. Creo que es la persona apropiada.

Iván apretó los puños, clavándose las uñas en la palma de las manos, luchando por permanecer tranquilo. Goldman miraba por la ventana, la vista perdida en la selva de asfalto. No pudo evitar que su voz sonara fuerte y cascada, como un graznido.

—Si me permites, no sé si… —empezó.

—Sonía está encantada de ayudar. —Goldman sonreía, pero su fina voz había adquirido un matiz cortante que Iván conocía bien—. Tu mujer es una chica ambiciosa, con ganas de hacer carrera, como tú. Juntos, sois imbatibles.

El CEO se apartó de la ventana, dirigiéndose a la butaca en el centro del estudio, a pasitos breves. Iván le siguió con la mirada, sin ser capaz de otra cosa que ponderar su aspecto aniñado, sus movimientos nerviosos, la melancolía que parecía envolverlo como un aura, contagiándose a todo lo que le rodeaba. El gigantesco despacho, parco, ordenado y frío, la tarde nublándose, como su corazón.

—He invitado a Clara y su marido a pasar el día con nosotros este sábado —dijo Goldman—. Ha aceptado, a condición de que no se hable de negocios, lo que le he prometido de buena gana. Tenemos mucho de que charlar, los viejos tiempos y todo eso. Sonia y tú también estáis invitados.

32

¿Hacía falta, amor, hacía falta que te ofrecieras voluntaria, tan presurosa, tan dispuesta como siempre a complacer al CEO? Era necesario que tú también, no bastaba con las mentiras y la mala fe, al truhan le gustan las mujeres bonitas y nuestra directora de relaciones públicas además de mucho talento, supongo que también para el petardeo se necesita, pero era necesario, o es que no podías soportar perderte el culebrón, no ser parte de la fiesta, Ava necesitaba mostrar una vez más sus encantos, la ocasión de alternar de nuevo, esta vez oficialmente bendecida por el Sanedrín y no es que pretenda decirte cómo hacer tú trabajo, quién esté libre de pecado, no me cabe duda de que eres buena, la mejor, pero yo nunca me ofrecí voluntario, nunca quise ser parte de esta farsa, qué te hubiera costado mantenerte al margen, me pregunto si sería el CEO quien pensó en recurrir a tus servicios o a lo mejor no le hizo falta, todos estos domingos que ya no teníamos para nosotros porque Roberto me necesita amor y más pintada que nunca, la Gadner libre de nuevo con la misión de encoñar lo más posible a Don Juan que no está nada mal para ser un viejo, que tiene mucho morbo, aunque no signifique nada para ti, trabajo tan solo, gajes del oficio, como alternar con todos aquellos tiburones que te comían con los ojos, que te siguen comiendo, todos esos tiburones que se devoraban a mordiscos por ti, que se abrirían las venas por ti, como a ti te gusta, no eran más que amigos, Iván, no hacíamos nada malo, como si nosotros y las confidencias del principio, cuánto nos reíamos juntos, y qué podía tener eso de malo, sólo amigos igual que nosotros, igual que cuántos antes que yo, porque no me dirás que fui el primero con quien engañaste a Ioannis, al pobre infeliz que te aburría y si no soportabas que te pusiera la mano encima, entonces por qué no dejarle antes de que apareciera otro, entonces

por qué los hoteles y los viajes, al final lo sabía todo el mundo menos él, aquellos ojos envidiosos que nos perseguían en todas las reuniones, o puede que él también lo supiera pero resistía de todos modos qué otra cosa puede hacer un infeliz al que una pistola apunta al corazón sino mirar para otro lado y rezar porque se retrase el día en el que llega a casa para encontrar unas cuartillas que dicen, cariño, que lo siento.

33

Estaba bebiendo mucho y lo sabía, pero continuaba vaciando una copa de champán tras otra. A su lado, Sonia reía una de las numerosas payasadas con las que Raúl Pimenta llevaba obsequiándola todo el día. William Goldman reía también, si es que la desalentada mueca en sus labios podía pasar por sonrisa. Incluso Clara parecía disfrutar con las sandeces que su marido encadenaba sin recato alguno. Nadie parecía darse por aludido de su mutismo, o del hecho de que trasegara alcohol sin pausa. Nadie, de hecho, parecía hacerle el menor caso. Sonia menos que ninguno.

Apuró el champán que quedaba en su copa. Apenas la dejó en la mesa un camarero de impecable uniforme se la llenó, esfumándose de inmediato. Iván recordó al viejo Pablo, con su camisa blanca empapada en sudor al final de la tarde, sus modales campechanos y aquella forma de reírse casi tan escandalosa como la de su padre. Pablo, que le aguaba los güisquis al viejo para que bebiera menos, que se sentaba a darle conversación durante aquellas interminables tardes de domingo, fantaseando con el hotel que iba a montar, Gabriel, macho, uno de estos días. El viejo Pablo, sin cuya presencia era imposible imaginarse el casino, cuyo fantasma aún andaría rondando por el local malvendido por sus hijos, transformado en uno de los centenares de restaurantes idénticos, pertenecientes a cualquiera de las cuatro o cinco cadenas cuyas metástasis se extendían por doquier. Con Pablo desaparecería el aroma a tortilla de patatas y huevos rancheros, sustituido por el inconfundible olor de la comida basura, envasada en plástico y papel cartón. Con Pablo se esfumarían también los parroquianos de siempre, demasiado viejos o demasiado cansados para seguir acudiendo al local donde ya nadie discutiría a grandes voces, nadie gritaría tráenos otra ronda que vamos ganando, nadie se atrevería a encender un

cigarrillo. Habría nuevas mesas, todas idénticas, nuevos menús, que ofrecerían la misma comida que en cualquier otra ciudad del país sin variante alguna, idéntica comida vulgar, apresurada, grasienta, demasiado abundante. Habría nuevos parroquianos que hablarían de sus negocios quedamente y sorberían capuchino y Coca-Cola light. Nuevos camareros de inmaculada camisa y modales tan corteses y uniformes como la carta, como las mesas, como los parroquianos. Nuevos camareros cuyo rostro sería indistinguible de los rostros de aquellos que acababan de servir la cena en la mansión del CEO, indistinguibles a su vez de los de los criados que les habían esperado junto a la piscina, horas atrás, clones uniformados esgrimiendo copas de champán y vino blanco, cerveza y zumos de frutas.

Rostros idénticos a los de los mozos que habían trotado a su lado, empujando carros repletos de palos, recogiendo pelotas, a lo ancho del campo de golf que rodeaba el edificio central —acero, mármol, metacrilato, una procesión de salones amplios, luminosos y desolados— del palacio de hielo en el que habitaba William Goldman. Tras el golf los cócteles y luego la cena, servida en el porche por aquel servicio exquisito y transparente, tan exquisito y transparente como la esposa del CEO, que les había agasajado durante toda la jornada, retirándose tras los cafés, sin que los invitados llegaran —estaba convencido— a apercibirse del todo de su presencia.

Raúl Pimenta era la indiscutible estrella de la noche. Iván recordó la descripción que de él había hecho Altarelli. Elegancia, desde luego, no se le podía negar al arlequín de impecable smoking, su cabello —muy abundante y sin una cana, sin lugar a dudas gracias a un generoso tinte— exquisitamente cortado, los labios, gruesos y sensuales, demasiado rojos, delatando un discreto carmín. Igual de dandi que Oscar Wilde —le pareció oír la voz despectiva del ejecutivo— e igual de maricón. Ésa era la impresión que su porte transmitía. Iván había tenido sobrado tiempo de estudiarlo, reparando en el rímel exagerando sus largas pestañas, en los modales afeminados, que no habían impedido que, desde el comienzo de la velada, flirteara sin cesar con Sonia, requebrándola con el mismo descaro con que un gentilhombre cortejaría a su cortesana preferida, ora ignorando a Iván, ora dedicándole cordiales

sonrisas, como si las nada disimuladas insinuaciones que le dirigía a su mujer no fueran sino un juego infantil, un pasatiempo sin importancia alguna.

Sonia estaba encantada a todas luces, respondiendo a las atenciones del añejo don Juan con su repertorio completo de poses, sintiéndose más diva que nunca. Clara, por su parte, parecía indiferente a toda aquella función, sin que le importara en absoluto, por lo que se veía, los flirteos de su marido. Había pasado la mayor parte de la cena conversado cordialmente con William Goldman. Asombrosamente, hacían buena pareja. Ambos parecían afectados por la misma melancolía, ambos se replegaban en el interior de invisibles, impenetrables burbujas. Casi, se diría, como convalecientes de una larga enfermedad que asistieran, por azar, a un desfile de modelos, apenas interesados en la comida —picoteando desganadamente alguno de los exquisitos platos que Pimenta, por su parte había devorado sin interrumpir su cháchara—, sus copas casi intactas. Ambos mal vestidos, Goldman con unos vaqueros descoloridos y una camisa estampada con motivos hawaianos, Clara con una falda amplia, con demasiados fruncidos, un jersey de cuello alto, color rosa y una chaqueta de terciopelo verde oscuro.

La velada, pensó Iván, tenía algo de onírico. Uno de esos sueños que comenzaba emulando la realidad para luego ir degenerando poco a poco. La noche de primavera, por ejemplo, demasiado cálida para la estación temprana, sin una sola estrella en el cielo. Raúl y Sonia representando una comedia de despropósitos. Clara y William, sentados juntos —pero no demasiado próximos— en una esquina de la mesa, como los espectros de una pareja de adolescentes, absortos en un pasado perdido, ignorantes del bullicio de los vivos que les rodeaban.

Uno de esos sueños, que degenera, inevitablemente, en pesadilla.

Una pesadilla en la que los rostros de Sonia —llevándose dos dedos a los labios, fingiéndose escandalizada por un piropo demasiado atrevido— y de Raúl —inclinándose hacia ella, rozándole el antebrazo con todo descaro— se metamorfoseaban en los de su madre y el tío Pedro. Las mismas risas cómplices, las mismas medias palabras, Pedro inclinándose sobre Miriam,

rozándole el hombro o pasando una mano fugaz por su espalda mientras con la otra le señalaba algún detalle del cuadro que admiraban, demasiado torpes o demasiado inconscientes para disimular delante del niño que intentaba desesperadamente no darse cuenta de sus maniobras. Los olivos del holandés retorciéndose de dolor como hombres apuñalados, aquellos olivos que su madre copiaría luego una y otra vez durante años, como intentando sacudírselos de la conciencia. Aquel peso en el corazón y la lluvia amarilla, cayendo sobre la tierra roja de Ámsterdam.

No había reparado nunca en lo que se parecían su madre y Sonia. Idéntica afición por los vivos granates para los labios, la misma maestría manejando el lápiz de ojos. Miriam, como Sonia, hablaba sin pausa cuando bebía alguna copa de más, aunque se pareciera más a Frida Khalo que a Ava Gadner, aunque su conversación girara, como una polilla encandilada por la llama, en torno a temas que no acapararían la atención de Sonia por un instante. La forma en que el viento parecía abofetear las copas de los angustiados árboles que Van Gogh pintó en Saint Rémy, las sombras escalando, siniestras, las dormidas piedras de la catedral de Remes, la locura y la desesperación consumiendo el rostro del pintor loco en aquel autorretrato frente al cual Miriam habían llorado con la misma angustia con que Clea lloraría, junto a él, años más tarde. Miriam durante aquellas noches de Ámsterdam, bebiendo sin freno, monologando —si hablaba con alguien, una vez que el alcohol comenzaba a hacer su efecto, era con el muerto por cuyos cuadros habían peregrinado día tras día— mientras el tío Pedro le dirigía a él aquellas miradas inquietas, azoradas, que parecían suplicarle que ignorara los desvaríos de su madre, como había ignorado, a lo largo de la jornada, las caricias fugaces, los viajes simultáneos al cuarto de baño, las señas mal disimuladas.

Ignóralo y el mal desaparece, rezaba el proverbio. Ignóralo y no le digas nada al viejo, cómo podrías, de todas maneras, cómo aborda un chaval de doce años al hombrón agotado que se derrumba en el sofá a la vuelta del trabajo, joder, cada día hay más curro, Juanito, pero qué coño, cuéntame cómo os lo habéis pasado en Ámsterdam, por lo menos os habréis empachado de cuadros para una temporada. Ignóralo y Miriam volverá a sus lienzos —sus copias perfectas, sus obsesivas variantes de un mismo tema, cada

cuadro distinto del anterior en un nimio detalle—, a las cenas de artistas cuando su marido lo tolera, a sus exposiciones y sus paseos con el tío Pedro y las largas tardes compartidas en el estudio, toma, cariño prueba, el güisqui que su madre le daba a catar sabía a complicidad, a transgresión, a desafío. Ignóralo y mamá volverá a recogerte alguna tarde a la salida del instituto, embobando a todos tus amigos con sus tacones puntiagudos y su melena pelirroja, tomándote de la mano con descaro, como si fuerais novios, ofreciéndote un cigarrillo que saca de su pitillera plateada, para admiración infinita de la tropa de adolescentes que os contempla. Ignóralo y mamá llevará en su bolso el libro de láminas de Escher que ha comprado para regalarte, la procesión de monjes que cierra un círculo, subiendo y bajando a la vez por unas escaleras, tan imposibles como el arroyo de agua que mueve la noria y luego asciende de nuevo mientras parece deslizarse pendiente abajo, como los ángeles que se transforman en demonios, que se transforman a su vez en ángeles, extendiéndose alrededor del círculo máximo, luz y sombra alternándose en las figuras teseladas, luz y sombra alternándose en los ojos de Miriam, mientras recorres maravillado las láminas y sorbes tu café con leche, mientras fumas los cigarrillos que no te atreves a encender delante de tu padre y escuchas la voz risueña, tan parecida a la de Sonia, sin prestar demasiada atención a las palabras, dejándote acariciar por ellas como antes te has dejado tomar de la mano delante de tus compañeros, consciente de sus murmullos y de su envidia.

Ignóralo para que desaparezca, como lo ignora el viejo, que no ve porque no quiere ver, que no escucha porque prefiere estar sordo, que tiene demasiado trabajo, que no soportaría quedarse solo, que es leal y tiene una pistola apuntando a su corazón. Ignora los folios arrugados, tirados encima de la mesa de la cocina y tu madre no se habrá esfumado dejándote a cambio unas frases en las que te jura, cariño, que te quiere, pero tenía que hacerlo porque no soportaba más seguir viviendo de aquella manera, no soportaba más seguir viviendo en la mentira.

Ignóralos y sigue bebiendo tu champán.

—*Les demoiselles d'Avignon, chérie* —Pimenta tenía una voz baja y agradable que desmentía su porte afeminado—. Llevaba años tras los bocetos, imposible adquirir el cuadro, claro está, pero los

bocetos, *ça était déjà quelque chose, cher, très cher*, pero asequible, al fin. Le dije a Antoine, *mon vieux, il me faut acheter ce truc*. Cuestión de vida y muerte, Antoine se rió mucho pero me conoce y sabe que no bromeaba, así que sacamos los billetes para Viena de inmediato. Ah, tan exquisito, tan sensual, *le cher* Pablo, naturalmente se trata de un desnudo, él creía como yo que no hay nada más bello que el cuerpo de una mujer, *mais elle doit être toujours très jeune*, una muchacha, nada más hermoso que una muchacha desnuda, éxtasis, anhelo, deseo sublime, nada más elevado que entregarse a captar esa belleza, esos sensuales brazos que se alzan tras la nuca mostrando impúdicamente los secretos de la hembra, los pechos generosos, *le mystère* del abdomen, los muslos sagrados. *Mais pas si facile. Le cher Pablo* transforma toda esa belleza, la subvierte, la distorsiona, *cette transformation magique* que confunde al plebeyo y emociona al noble de espíritu.

El noble de espíritu, pensó Iván. Los ojos de Pimenta no se habían apartado, desde el principio de la velada del generoso escote que lucía Sonia.

—*Eh bien*, en Viena tuvimos que enfrentarnos a todo tipo de contratiempos, llegamos al Ritz y qué horror, comprado por una de esas cadenas, absolutamente insufrible, pero todo sacrificio me parecía poco para conseguir esas muchachas, *même dormir a la belle étoile*, si hubiera sido necesario. Llegamos a la subasta y ni te imaginas la colección de hotentotes, el peor de todos *monsieur* Palmer, sentado en primera fila, luciendo sus botas con espuela de plata y Antoine diciéndome al oído *ça va être dur, mon vieux*, porque el tejano tenía tanto dinero como poco buen gusto, pero yo no estaba dispuesto a ceder, dejar esas pobres niñas en las manos de semejante âne, *pas du tout*. Así que nos batimos, *chérie*, no te haces una idea de cuánto. Ese criador de caballos parecía enloquecido y yo no pensaba decepcionar a mi buen Pablo, mi querido Pablo. Antoine empezó a ponerse nervioso, *il faut que tu laisses tomber*, me dijo, pero de ninguna manera, me dije, el arte por encima de todo, sobre todo por encima del vil metal, verdad… finalmente, el vaquero cedió y *j'ai sauvé les demoiselles*.

—Qué interesante —dijo Sonia. Iván se preguntó si tendría la más remota idea de a qué cuadro se refería Pimenta. *Les demoiselles d'Avignon*, el primer lienzo en el que aparecían los violentos ángulos

del cubismo. El precio del cuadro, propiedad del Metropolitano de Nueva York era incalculable. Los bocetos a los que se refería Pimenta habían costado una fortuna, como acreditaba el informe de Swartz. Y todo aquel discurso, toda aquella cháchara vacía presumiendo… ¿de qué? De hoteles caros y subastas en las que gastaba a manos llenas un dinero que jamás había ganado.

—*Il le faut pour travailler, ma princesse*. Para mi pintura, necesito la inspiración, *mais je peux pas survivre qu'avec des imitations*, el arte se merece lo auténtico, lo único, cómo podría concentrarme en mis lienzos contemplando una vulgar copia. Imposible. ¡Et *voilà, il faut faire de sacrifices*!

—¿Cuándo piensas exponer tu obra, Raúl? Me encantaría verla —sonrió Ava Gadner, que, se dijo Iván, parecía súbitamente interesada por un tema que traía a su alter ego sin cuidado.

—Pronto, muy pronto, querida. Estoy ya casi listo. *Une grande exposition, tu verras*, en la mejor galería de París, la de Antoine, *naturellement*.

—¿Nos invitarás, verdad?

—*Mais bien sûr*. Ya verás como te encanta. Apenas empezamos a conversar me dije, *eh voilà, une âme semblable, une artiste comme moi*. —Con un afectado gesto, Pimenta se giró hacia Iván, obsequiándole con su afeminada sonrisa—. Tu también estás invitado, *mon gars*, por supuesto. Ya sé que el arte os aburre algo a los ejecutivos, pero seguro que querrás darle el gusto a tu encantadora esposa, *¿n'estce pas*?

Iván se mordió los labios, reprimiendo un exabrupto, limitándose a asentir con la cabeza. La pedantería de aquel tipo, pensó, sólo podía competir con el cinismo del que hacía gala.

—¡*Parfait*! Seréis mis invitados de honor. Dará mucho de que hablar mi exposición, queridos míos. El pintor sólo debe mostrar su cuadro cuando ha envejecido lo suficiente, como el buen vino. *Le Pétrus, on boit pas ça tous les jours, ¿no?*Tiempo y paciencia, verdad, tiempo y paciencia. Eso es el arte.

34

—Anoche estuviste ridícula. —Iván aguardó a que las aspirinas aliviaran un poco el martilleo en su cabeza antes de abordar a Sonia, cuyo aspecto, derrumbada en el sofá, sorbiendo trabajosamente una taza de café, no parecía mucho mejor que el suyo—. Daba vergüenza ajena verte reírle las gracias a ese payaso.

—No me fastidies, anda —murmuró ella—. Me duele mucho la cabeza.

—Podías haberlo pensado antes de emborracharte.

—Mira quién fue a hablar.

—Yo al menos me estuve calladito.

—¿Y qué? Menudo muermo fuiste. Fuimos a esa cena para facilitar las cosas, no para hacerlas más difíciles y a ti se te notaba a la legua que no soportas a Raúl.

—A ti en cambio te cae muy bien, por lo visto.

—Se supone que tiene que caerme bien. Es mi trabajo.

—Ese tipo es un canalla.

—Venga, Iván. —Sonia se llevó los dedos a las sienes, masajeándoselas—. Ni que tú fueras un santo.

—¡No es lo mismo! —gritó él, levantando mucho la voz, su cabeza a punto de estallar.

—No claro —a pesar de la resaca Sonia había tenido ya tiempo para maquillarse. Estaba guapa, pensó, guapa, insolente y segura de sí misma, Ava Gadner resurgiendo de sus cenizas—. Tú tienes un corazón de oro.

Iván tragó saliva, respiró hondo, haciendo un esfuerzo por tranquilizarse. Luego se sentó en el sofá donde ella se había recostado y la tomó de las manos.

—No es necesario que hagas esto. No tienen derecho, no pueden obligarnos. Voy a hablar con el CEO, voy a decirle que se olviden de

ti, que te dejen en paz. Yo…

—Iván —cortó ella—. ¿Es que no lo has entendido todavía? Quiero ese trabajo.

—Pero ¿por qué, Sonia, por qué? ¿No ves que es una trampa?

—No, no lo veo. A mí me parece una oportunidad.

—¿A un trabajo sucio le llamas oportunidad?

—En lo que a eso se refiere, no veo por qué te crees con derecho a la exclusiva.

—¿Es necesario que me lo eches en cara todo el rato?

—No soy yo la que he empezado —dijo ella. Su labio superior, tenso, terco, no estaba dispuesto a aceptar concesión alguna.

Iván se levantó, exasperado, cruzó el comedor a la carrera, se sirvió un café en la cocina, que acompañó con otras dos aspirinas. Cuando regresó al comedor, Sonia parecía haberse suavizado un poco.

—No te agobies, amor. Sólo quiero lo mejor para nosotros.

—Lo mejor para nosotros sería que no te enfangaras en esta farsa.

—¿Y contradecir a William? Sabes que eso no es posible.

Iván se encogió de hombros. Sonia tenía razón, desobedecer las órdenes del CEO no se contaba entre sus opciones.

—Al menos —dijo—, procura llevar el asunto de la manera más profesional posible. No es necesario que flirtees con él como anoche.

—Estás celoso —la sonrisa de Sonia solicitaba un armisticio inmediato—. Tienes miedo de que me guste el viejo.

—¿Y por qué no? —dijo Iván, derrumbándose en el sofá.

—¡Qué miedo! —Sonia le echó los brazos al cuello, pegándose a él—. ¿Te imaginas que me seduce?

—Sí —dijo Iván, mientras sus dedos jugaban con el broche del sujetador de ella—. Puedo imaginármelo perfectamente.

—Seguro que es un amante tremendo. —Sonia había atrapado una de sus piernas entre las suyas y se apretaba contra ella.

—Seguro —murmuró él, mientras desabrochaba el botón de sus vaqueros.

—Qué morbo —suspiró Sonia, quitándose la camiseta.

35

—Entonces, qué me dices —paseaban por la ribera del río, juntos, demasiado juntos, tratándose de Clara. Era ella, sin embargo, la que continuaba acercándose hasta casi rozarle. Casi. La burbuja era aquel día más fina que nunca, pensó Iván, pero seguía allí, tan impenetrable como siempre.

Respiró hondo. Las instrucciones del CEO al respecto habían sido tajantes y precisas. Le dices que sí a todo lo que pida. Él había tratado de argumentar que quizás valía la pena actuar con prudencia, rechazar cuidadosamente la oferta de director de marketing que Clara proponía. Sin duda el siguiente candidato sería Altarelli, que podría influir mucho más y…

—Roberto no está de suerte, muchacho. Y Clara está deslumbrada contigo.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —sonrió ella.

—No, no es eso. Es que…

—¿Miedo al abismo?

Iván se encogió de hombros. —Un poco —dijo.

—¿Y quién no lo tiene? —dijo Clara—. ¿Crees que a mí no me aterroriza venderle un tercio de mi bazar a la Compañía? Pero no tengo más remedio, si quiero seguir adelante.

Sería tan fácil decírselo ahora, pensó. Tan fácil confesarle la conspiración y quizás después, si ella aún estaba dispuesto a ofrecérselo, aceptaría aquel trabajo. Tan fácil atreverse. Tan fácil ser leal.

Caminaron un tramo en silencio, Iván librando un pulso consigo mismo, apretando los puños, sudando, como si la zarpa de Gabriel Ormaechea aprisionara la suya y de qué coño estáis hechos los jóvenes, Juanito. Al fin fue ella quien rompió el silencio.

—Quiero pedirte disculpas por el comportamiento de Raúl la

otra noche. Fue un poco bochornoso. No puede evitarlo, le gusta flirtear con todas las chicas que conoce, sobre todo si son bonitas como tú esposa. No se lo tomes en cuenta. Es un niño grande.

Cómo puede estar tan ciega, pensó Iván. Desde la noche de la cena en casa del CEO, Pimenta no había cesado de acosar a Sonia. Un acoso, que, se dijo amargamente, no parecía disgustar demasiado a su mujer. Un día era una invitación a comer, el siguiente a visitar una exposición de pintura, un tercero a tomar unas copas con sus amigos artistas. El desparpajo del Don Juan era increíble.

—*Iván, mon vieux, ¿comment ça va?* ¿Qué planes tenéis para el domingo*** NO HAY ***?

—Gracias, pero no creo que podamos.

—*Mais bien sûr, vous pouvez*. Trabajáis demasiado, *mon vieux*, vosotros los jóvenes no os dais cuenta del tesoro que malgastáis. ¿Te parece bonito pasaros todo el día metidos en una caverna? ¿No te da pena *ta petite princesse*, marchitándose en las mazmorras de la Compañía? *Ah non, je ne suis pas d'accord*. Necesitáis alguien que se ocupe de vosotros. *Bon, écoute*. Ahora mismo voy a llamar a Sonia, para que te convenza, hay que divertirse un poco de vez en cuando, verdad, os espero a las tres. *Allez, à plus tard*.

—Te lo aseguro —la voz de Clara, devolviéndole a la tarde soleada y la vereda junto al río era tranquila, segura, la voz de alguien sin dudas, sin fisuras, la voz de un fanático—. Llevo casi treinta años con él, lo conozco muy bien. Es inofensivo, detrás de toda su puesta en escena. No te lo tomes demasiado en serio.

Inofensivo, repitió Iván para sí. Le asaltó la imagen de Sonia saliendo del cuarto de baño, dedicándole una de aquellas sonrisas, todo carmín, de directora de relaciones públicas.

—¿Por qué no te vienes?

—Porque no se me ha perdido nada con ese tipo.

—Pero amor. Si no es más que una invitación a comer.

—Podíamos irnos por ahí los dos. Lejos de la ciudad. Al mar. ¿Qué te parece?

—Que desvarías. Sabes que no puedo. Tengo que ocuparme de Raúl. Es mi trabajo, ¿recuerdas?

—Ya. ¿Me lo estoy imaginando o te resignas con mucha facilidad?

Sonia se le había encarado, desafiante. —Mira Iván, no empieces otra vez con ésas. ¿Vas a venir o no?

No, no había ido. Por nada del mundo pensaba aguantar otra escenita como la de la cena en casa de Goldman. Por nada del mundo pensaba tolerar que aquel mequetrefe y Sonia le humillaran.

—Espero que sepas lo que te haces —lo dijo como para sí, pero en voz lo suficientemente alta como para que ella le oyera.

—Lo sé perfectamente —contestó ella desafiante.

—Lo sé perfectamente —repitió Clara, caminando junto a él, arrancándolo por segunda vez de sus ensoñaciones—. Es una decisión difícil. Vaya, no hace falta que le demos más vueltas por hoy. Tómate tu tiempo, reflexiona. Decidas lo que decidas estoy segura de que no vas a fallarme.

Iván hurgó en sus bolsillos, buscando tabaco. Sus dedos tropezaron con un pedazo de cartulina. La sacó, examinándola de reojo. Era la tarjeta de visita de Altarelli, la misma que le había abierto las puertas del restaurante más lujoso de la ciudad. Un instante antes se sentía dispuesto a confiarse a Clara, a jugársela por ella. A jugársela por una ilusa, tan ilusa y arrogante como siempre fue el viejo. Rebecca, se dijo, era un restaurante más caro, más exclusivo que *Chez Bouvy*. Si la operación salía bien era la última vez que tendría que aguantar las impertinencias de un mequetrefe como Pimenta. Un mequetrefe, diría Altarelli, quizás con razón, al que mantenía una necia enajenada. Recordó a Sergei, que había dejado pasar por delante de su puerta la fortuna por fidelidad no tanto al ideal como a la mujer que lo encarnaba. ¿Para qué? Para acabar malvendiéndose al mejor postor después de sufrir la humillación de la plebe arrogante, la misma plebe que coreaba ciegamente las consignas de Tania cuando la universidad, la plebe que rodeaba al viejo aquellos domingos en el casino y luego se habían esfumado, dejándolo solo, con la compañía del güisqui aguado del buen Pablo, la plebe que aplaudía los discursos de Clara pero seguirían comprando mansamente los productos de la Compañía cuando ésta devorara Jazz Software.

—No —dijo, guardándose la cartulina de nuevo en su bolsillo—. Claro que no voy a fallarte.

36

Aún no hacía diez minutos que Adela Goldman le había acomodado en la biblioteca de la imponente mansión y ya sus rasgos, comprendió Iván asombrado, comenzaban a difuminarse en su memoria. Hizo un esfuerzo por concentrarse, evocando en su mente la imagen de una mujer rondando la cincuentena, agradable, elegante, tan atenta e intangible como el mayordomo que le había recibido, como el chófer del Mercedes negro que le condujo hasta la mansión del CEO. Consiguió recordar, no sin dificultad, ciertos detalles de su atuendo —la blusa de seda, un cinturón de piel de broche dorado, el anillo con un grueso diamante en su anular derecho—, pero no la forma de su rostro, el timbre de su voz, ni siquiera el color de su cabello.

Recorrió con la mirada las legiones de libros dispuestos a lo largo de los grandes anaqueles que cubrían las paredes de la biblioteca. Incluso aquella ojeada superficial revelaba la estricta —y sin embargo intangible— disciplina que los ordenaba. Tuvo la certeza de que se agrupaban de acuerdo a criterios firmes hasta lo fanático, criterios que, por otra parte, no alcanzaba a descifrar. Una misma estantería podía mezclar volúmenes encuadernados en piel con ejemplares de una edición de bolsillo, o bien alternar, sin aparente concierto, alturas, tamaño, espesor, colores. Reparó en antiguallas, coexistiendo con obras recién publicadas. No había tampoco, en apariencia, organización temática alguna. Libros de historia codo a codo con tratados de filosofía o informática, la Enciclopedia Británica lindando con los Principia Matemática y éstos a su vez con la Anatomía de la Melancolía. Contó, en un mismo estante, cinco idiomas diferentes. No había razón alguna, se dijo, que justificara la convicción de que un orden riguroso imperaba en la biblioteca.

Y sin embargo aquel orden existía y no era benigno. Quizás, pensó, parte del efecto provenía de la ausencia absoluta de literatura, de la pulcritud incomprensible —ni una mota de polvo en los anaqueles—, de la frialdad de las obras que su mirada iba recorriendo. Aquélla era la biblioteca de una mente ordenada, serena y gélida.

Junto a la ventana que daba al fabuloso porche donde habían cenado pocas semanas atrás, se disponían dos butacas de armazón de tubos de aluminio, tapizadas en cuero blanco y una mesa baja y ancha de metacrilato —prácticamente una réplica de los muebles que decoraban el despacho del CEO—. La señora Goldman lo había instalado en una de las butacas antes de esfumarse. En su lugar, se había materializado un camarero que le sirvió un capuchino, desvaneciéndose a su vez de inmediato. Iván degustó la bebida, saboreando la mezcla de sabores —naranja, canela, cacao— que se insinuaban en ella. Luego deambuló un rato entre las hileras de libros, hasta que éstos le contagiaron su tristeza. Finalmente, volvió a sentarse junto a la ventana, reprimiendo el deseo de fumar, preguntándose la razón por la que el CEO le había hecho venir en domingo, arruinando la visita debida a su padre. Se encogió de hombros. Qué más daba, en todo caso. Durante las últimas semanas el viejo había empeorado hasta el punto de casi no reconocerle. Sonia, por supuesto, seguía ocupada escoltando a Pimenta.

Sacudió la cabeza, consciente del desánimo que le atosigaba. Reparó en un libro abierto en la mesa, frente a él, empezó a ojearlo, con el ánimo de distraerse. Se trataba de un grueso volumen encuadernado en cuero repujado, color teja, con la leyenda Jerjes, grabada en el lomo y el dorso, en caracteres dorados.

Jerjes. El nombre le trajo de inmediato la imagen de un cuadro, uno de los tantos que languidecían, durante su infancia, en el estudio de Miriam Ormaechea.

Recordaba cada detalle de aquel lienzo. En primer plano, una llanura atravesada por empalizadas, construidas con troncos afilados, quemados al fuego lento. En el exterior de éstas un grupo de guerreros, jóvenes, casi desnudos, de cuerpos alargados y musculosos peinaban sus largas cabelleras, con la parsimonia de quien sigue un elaborado rito, con la tranquilidad que quien dispone de toda la vida para ello. Incongruente con la calma de los

soldados, un gran ejército enemigo formaba a pocos metros de sus posiciones. Un breve rótulo, junto a la torturada firma de su madre, titulaba el cuadro. Termópilas.

—Fue una gran hazaña, Juanito —el tío Pedro le llamaba siempre Iván en presencia de Miriam, pero utilizaba el nombre preferido por su padre cuando ella no estaba presente—. Una de las más grandes de la antigüedad.

El tío Pedro, recordó Iván y su voz suave que le leía de pequeño los cuentos que Gabriel Ormaechea nunca tuvo el tiempo ni la paciencia de leerle. El tío Pedro que sabía tantas cosas, con sus pequeños libros de poesía, sobados, manchados de tinta, con las hojas sueltas llenas de anotaciones, abultándole los bolsillos.

—Cuéntame qué pasó tío —tendría quizás doce, trece años. ¿Fue antes o después del viaje a Ámsterdam? No sabría precisarlo. Qué ignorante era todavía. Qué feliz.

—Verás. Jerjes, el gran emperador, había decidido conquistar Grecia. Su ejército era enorme, el mayor ejército que había visto la humanidad hasta entonces. Era imposible derrotarlo, insensato enfrentarse a él. Y sin embargo, en el paso de las Termópilas le aguardaba un pequeño contingente de trescientos soldados lacedemonios. Trescientos, ¿te imaginas? Enfrentando un ejército de trescientos mil persas. Jerjes, admirado por el valor de los griegos, quiso ofrecerles una rendición honorable, pero éstos la rechazaron y lucharon hasta el último hombre. Detuvieron a los invasores durante cuatro días. ¿Te imaginas, Juanito? Cuatro días completos.

—Qué cojones —había exclamado él, admirado, copiando la forma abrupta de expresarse de su padre.

—Muchos, ya lo creo —asintió Pedro.

—¿Y el cuadro de mamá? ¿Qué significa?

Su tío le había dedicado una de aquellas sonrisas tímidas, tan dulces, tan inofensivas.

—La mañana antes de que diera comienzo la batalla, según Herodoto, Jerjes quiso contemplar en persona cómo los griegos pasaban sus últimas horas. Para su sorpresa, los encontró tomando el sol, en el exterior de las empalizadas, peinando sus largas cabelleras como si no ocurriera nada, como si fuera un día más de una campaña cualquiera.

Jerjes, maravillado, exigió que se le explicara el sentido de tan

rara actitud y sus generales le dijeron: Señor, cuando esos hombres se disponen a abandonar sus vidas, embellecen antes sus cabezas.

37

—Iván, muchacho. Perdona el retraso —la delgada voz de William Goldman le arrancó de sus recuerdos.

—No tiene importancia.

—Espero que al menos el buen Jerjes te haya distraído un poco. —Es un personaje fascinante.

—Sí, sí que lo es —dijo Iván.

—Ah. ¿Ya os conocíais?

—Leí algo sobre él. Anécdotas, sobre todo. La batalla de las Termópilas y todo eso.

—Un episodio muy notable.

—Eso me pareció.

—Cuánto coraje inútil, ¿verdad?

Iván se encogió de hombros, sin responder. Sí, se dijo, cuánto coraje inútil. Termópilas. Gabriel Ormaechea, deslomándose a trabajar para levantar una familia que se desintegraba a sus espaldas. Miriam, intentando captar la esencia de unos girasoles. Sergei Bilenki, los párpados azules de sueño, respondiendo las incesantes preguntas de una plebe que no le perdonaría que pidiera el pan a cambio de su sabiduría. Ioannis conteniendo las lágrimas, extendiendo la mano al amigo que acaba de apuñalarlo. Clara Díaz de Deus enfrentando las tropas de un ejército infinitamente más poderoso que sus cuatro leales.

—¿Quieres que charlemos aquí? —preguntó Goldman—. ¿O prefieres dar un paseo?

Iván reprimió en el último instante el automático como tú prefieras, que se había ya casi escapado de sus labios. Prefería, con mucho, dar un paseo, en lugar de seguir penando en aquella prisión de libros. Podía escoger, se dijo, aunque se tratara de una mínima opción. No era necesario rendirlo todo. No ese insignificante

rescoldo de dignidad.

—Preferiría pasear.

—Estupenda idea —dijo el CEO, dedicándole una sonrisa en la que un resquicio de aprobación parecía flotar, como un islote, en el familiar océano de melancolía que se extendía por su rostro.

Tomaron la vereda que bordeaba el campo de golf, internándose luego en un bosquecillo de encinas, para ascender a continuación a una pequeña colina desde la que se dominaba la vasta propiedad. En la cima, a la sombra de una magnífica secoya, había un banco de madera, que a Iván le recordó inmediatamente el del asilo en el que solía sentarse con su padre.

—Tiene casi trescientos años —dijo Goldman, señalando el árbol.

Iván asintió con la cabeza, sin hablar, tragando saliva con sabor a licor amargo, fijando por un instante la mirada en el tronco de corteza ocre, que se alargaba hacia lo alto, estilizado como los rascacielos de la Ciudad, recio, sereno, indiferente a todo lo que no fuera cielo.

No, se dijo, no, no. Arrancó de su mente el lienzo en el que aquella secoya quería pintarse, transformándose en gigante de poderosos músculos, la savia corriendo por las abultadas venas, las raíces hundiéndose con saña en la tierra, su torso macizo y denso, tan diferente de los retorcidos cuerpos de aquellos olivos del viejo Vincent, su altivo espíritu tan alejado de la resignada melancolía que los atenazaba.

Desde aquel día en el despacho de Clara, desde que había contemplado aquella Eva en el Paraíso, el otro Iván pugnaba por escapar del olvido al que lo había consignado tantos años atrás y le acechaba, como un salteador de caminos, para sorprenderle en los momentos más inesperados, pueril e inoportuno, preocupándose sólo de la bárbara belleza, cariño, de aquella secoya centenaria, aquella belleza que se hacía eco de la belleza de la muchacha caminando por la sabana, que se hacía eco de los olivos del holandés loco, que se hacía eco de los saltimbanquis de *cher Pablo*, que exigía un artista, un auténtico artista para capturarla, una artista como Van Gogh, o Picasso o Miriam, no un farsante como Pimenta, no un espectro como el otro Iván.

No, repitió, apartando la mirada, dejándola vagar por el paisaje

que se dominaba desde la colina. El enorme parche verde del campo de golf parecía desteñir su desalentado color a la luz tibia del mediodía. Supo que allí había otro lienzo exigiendo su mano, pero no era él quién quería pintarlo sino el otro y un espectro no puede pintar nada, sólo anhelar y confundir a los vivos con sus anhelos. Cerró los ojos, rehuyendo el cielo sin una nube reflejándose, como un reproche, en el límpido azul del pequeño lago que se extendía al este de la finca. No, gritó en silencio, asombrándose del eco burlón que repetía la negativa una y otra vez en su conciencia.

—Es mi escondite favorito —dijo Goldman. Iván se asió a la desesperada a aquella voz tenue, escapando a duras penas de los fantasmas—. No me extraña —dijo—. He visto pocos sitios tan hermosos.

—¿Nos sentamos?

—Claro.

El CEO se recostó en el banco, entrecerrando los ojos un instante. Luego sacó un chicle de su bolsillo y lo masticó lentamente durante unos minutos, antes de tomar de nuevo la palabra.

—Cómo van las cosas —dijo al fin.

—Bien, creo —dijo Iván, centrándose en la pregunta que le devolvía a la realidad. La realidad, que no tenía nada que ver con los delirios, herencia de Miriam. La realidad, que era un hombre poderoso al que debía rendir cuentas de un negocio sucio.

—Roberto lo está llevando muy mal —suspiró Goldman.

—Me consta.

—No te preocupes. No tiene importancia. Lo importante es que Clara firme.

—Creo que lo hará —murmuró Iván. Goldman dejó escapar uno de sus desalentados suspiros—. Sé cómo te sientes —dijo.

—Hago mi trabajo —contestó Iván, la mirada perdida en el vacío azul del lago.

—Pero cuesta, ¿cierto?

—Clara es una mujer adorable. Y sus ideas… —Iván se interrumpió a media frase. Qué importaba, se dijo, lo que él pensara de las ideas de Clara.

—Sigue. Quiero saber tu opinión.

Iván se revolvió en el banco como si le estuvieran hurgando las costillas con una daga. Desde cuándo, pensó, se interesaba el señor

por las ideas del lacayo.

—Iván —dijo Goldman—, esto no es una reunión de trabajo. Estamos solos. Relájate. Habla sin miedo.

Iván se quitó las gafas, frotándose los párpados lentamente, concediéndose un instante de reflexión. Cierto, Goldman le inspiraba miedo, pero también una inexplicable confianza. El CEO no utilizaría, estaba seguro, nada de lo que dijera en su contra. No en aquel banco, bajo el árbol gigante, donde no había proyectores, ni cámaras ocultas, donde nada de lo que se dijera quedaría registrado. Aún así, pensó, podía callar, ser prudente. Pero era domingo y él no debería estar allí, sino sentado en otro banco, con otra persona. Respiró hondo. Por qué no ser sincero, se dijo, por una vez.

—Creo que sus ideas son magníficas. Me pregunto si no es un error aniquilarla. Quizás sería factible convivir con ella.

La cabeza de gorrión se movió de un lado a otro, nerviosamente.

—Te parece posible —suspiró.

—¿Por qué no?

—Sería tentador…

—Yo… —Iván se aferró con fuerza al travesaño del barco, como un marino en plena galerna abrazándose al mástil de su barco—. He estudiado la situación actual con detalle. Existen, de hecho, argumentos razonables que podrían alegarse para que la Compañía invirtiera realmente en Jazz Software.

—Lo sé, muchacho, he leído tus informes. Un trabajo excelente.

—Quizás no sería descabellado…

—Sí lo sería —interrumpió Goldman—. Déjame explicarte por qué.

Iván respiró hondo, reclinándose en el respaldo del banco, dejando que su mirada se perdiera entre las altas ramas de la secoya. Desde allá arriba, pensó, toda aquella pugna parecería tan insignificante, tan lejana.

—Clara cree que la cooperación es posible entre grupos enfrentados, tal como nuestras dos empresas disputándose una porción del mercado. Y sus argumentos, una vez que se acepta la situación de base, son correctos. En una circunstancia en la que dos antagonistas pueden ganar más cooperando que defraudándose mutuamente, es factible y puede que inevitable, que la cooperación

acabe por emerger.

Pero olvida un elemento muy importante. Esa cooperación que predica requiere una situación de equilibrio que rara vez se da. Generalmente, uno de los antagonistas es mucho más poderoso que el otro. Y el poder nunca coopera.

Déjame contarte un par de historias de mi familia. Mi abuelo luchó en la primera guerra mundial, en infantería, del lado alemán. Pasó dos años combatiendo en una trinchera, a cien metros escasos de las líneas francesas.

Era ya anciano y estaba muy enfermo cuando yo era niño, pero su memoria seguía siendo diáfana como este cielo. Fue una guerra muy sucia aquélla, muchacho. Y muy cruel.

Y sin embargo, en cierto momento, se dio un pequeño milagro que perduró largo tiempo. En lo peor de la contienda, sin que nadie se pusiera de acuerdo, sin que nadie negociara una tregua, los soldados de ambos bandos establecieron un pacto implícito de no agresión. Empezó poco a poco. En las trincheras, la hora más vulnerable para todos era la del rancho, ya que durante ese rato había un gran movimiento de gente a un lado y otro de las zanjas. Nada más sencillo que aguardar el momento propicio y lanzar una rociada de balas sobre el enemigo en el momento de transportar los víveres o servir las raciones. El problema, naturalmente, era que si los alemanes disparaban un día, los franceses no tenían más que aguardar al día siguiente para devolverles el regalo. Cualquier deslealtad, fuera disparar sobre el enemigo a la hora del rancho, o abatir a uno de los pipiolos recién llegados al frente, se tropezaba con una represalia casi inmediata. En esas circunstancias y de manera espontánea, los soldados de ambos bandos optaron por la lealtad. Una concesión trajo la otra. Abstenerse de disparar, o si había mandos presentes, desviar la puntería. Mirar para otro lado a la hora la comida. Lanzar los cañonazos más allá de las trincheras. Y así sucesivamente, hasta llegar a una situación de confianza mutua.

De vez en cuando, se cometían errores. Llegaba un nuevo pelotón, o un oficial demasiado celoso forzaba una carga, o un novato con deseos de gloria y buena puntería, tumbaba a un confiado soldado del otro bando. Al poco, llegaba la represalia, pero lo interesante es que ésta nunca era desproporcionada. Vida por

vida, si quieres, bomba por bomba, susto por susto. El comportamiento te suena, claro, es exactamente la estrategia del famoso programa de Clara, el que ganó todos aquellos célebres concursos.

En resumen. La historia de mi abuelo confirmaba absolutamente que, dejados a su libre albedrío y en una situación de tablas, dos grupos antagónicos acaban cooperando.

—Creí que ibas a demostrarme lo contrario —dijo Iván.

—Falta el final de la historia. Un final triste, por cierto —suspiró Goldman—. Al cabo de cierto tiempo, los generales de ambos bandos acabaron por darse cuenta de lo que ocurría y decidieron atajar la situación. ¿Cómo? Nada más sencillo, obligando a los soldados a realizar constantes incursiones en las líneas enemigas. Incursiones dirigidas por oficiales bien aleccionados, recién llegados al frente. Los soldados, bajo pena de consejo de guerra estaban obligados a irrumpir en la trinchera enemiga, disparando a todo ser viviente que se encontraran. La única forma para los atacados de defenderse, era disparar a su vez. Estas incursiones, repetidas una y otra vez, a lo largo de semanas y meses, acabaron con el pacto. Lo que ocurrió fue que un agente externo, con poder de decisión, intervino violentamente, rompiendo las normas del juego y destruyendo la confianza.

Poder de decisión. *Poder*. Ésa es la palabra clave. El poder absoluto, como aquel de los generales que dirigían la guerra desde la retaguardia, no necesita negociar, porque no tiene nada que perder. Para el poderoso, la pregunta de si debe cooperar o defraudar carece de sentido, porque, simplemente, no existe el dilema. El dilema existe solamente en una situación de tablas, de equilibrio, de ahí la guerra fría y su enloquecida escalada de armamento seguida de décadas de cuidadoso desarme. Pero para Jerjes no existía dilema alguno al llegar con su gran ejército a las Termópilas. Pudo admirar el valor de los lacedemonios, de eso estoy seguro, pero no dudó nunca de que sus tropas los aniquilarían.

—Pero ¿y si no hay un Jerjes? —intervino Iván—. ¿Por qué no permitir que el mercado esté repartido entre varias empresas, sin que ninguna sea hegemónica? ¿No sería a la larga mejor para todos?

—Quizás. Pero el poder es celoso, muchacho. Siempre hay un

sátrapa dispuesto a conquistar Grecia. ¿Cuánto tiempo crees que tardaría en surgir otro gigante de software si la Compañía quebrara? Uno, dos años, quizás menos. Hace treinta años no éramos nosotros, sino Blue Chip, quien dominaba el mercado. Cometieron algunos errores, se confiaron, no vieron venir el cambio de los tiempos. Ahora es la Compañía quien dicta las reglas. En el fondo, Jazz Software, al igual que muchas otras empresas, no son más que aspirantes al trono, pequeños conspiradores que afilan sus puñales en el nombre de la república y ansían la túnica del César.

—No estoy de acuerdo —exclamó Iván, asombrándose de su propia convicción—. Estoy seguro de que Clara no busca el poder.

—Ella quizá no, pero si su empresa prospera, llegará el día en que sus propios accionistas la eliminen para poner en su lugar a alguien más desaprensivo. No olvides que Blue Chip controla un paquete considerable de acciones. Te aseguro que sabrán usarlas, llegado el caso.

Déjame contarte otra historia. La de mi padre, Abraham Goldman. Quizás habrás leído algo sobre su vida, la prensa habló bastante de él hace algún tiempo. Tuvo el dudoso privilegio de ser uno de los escasos supervivientes de Auschwitz.

—Claro —asintió Iván—. Un hombre admirable, sin duda. No me puedo ni imaginar la entereza moral que hace falta para sobrevivir a semejante calvario.

—Hace falta muy poca —dijo el CEO—. Casi diría que lo contrario.

—No entiendo —se sorprendió Iván.

—Casi todos los supervivientes de Auschwitz llevaban en el campo relativamente poco tiempo cuando llegaron los rusos. Mi padre, en cambio, llevaba allí casi dos años. Fue uno de los poquísimos internos que logró aguantar tanto. Quizás hubo otros tres o cuatro en su mismo caso. Todos tenían en común las mismas características. Una inteligencia aguda, reflejos rápidos, suerte, egoísmo a prueba de balas y la voluntad de sobrevivir a toda costa. Lo cual, en el caso de mi padre y en el de todos los de su calaña implicó traicionar a sus compañeros sistemáticamente, asimilándose a los poderosos hasta conseguir identificarse con ellos, separándose del ganado que rutinariamente terminaba en las cámaras de gas.

Siempre me ha aterrorizado la idea de que los supervivientes de

los campos de exterminio fueron la flor y nata de los traidores, los más desalmados, los desleales. Pero ésa es fue la única conclusión a la que llegué, oyendo hablar a mi padre.

Un soplo de aire agitó las hojas de la secoya, allá en lo alto. Iván sintió erizarse la piel de sus antebrazos y una opresión en el pecho, como si aquella colina estuviera en la cima del mundo, alto, muy alto, hijo, donde nadie puede hacerte daño, donde no queda oxígeno, donde medita un hombre solitario cuyo padre escapó del infierno traicionando a sus compañeros, la única salida de la cámara de gas pasa por encima de los cadáveres de tus amigos y tienes que abrirte paso con el filo de tu bayoneta, sin compasión y sin dudas, porque es tu vida, Juanito, tu vida o la suya.

—Clara —continuó Goldman—, tiene razón en afirmar que los hombres somos capaces de cooperar. Pero sólo cuando no nos queda otro remedio. Sólo cuando no existe un poder que nos exige la deslealtad a cambio de la supervivencia.

Goldman suspiró, hurgó en sus bolsillos, sacó un nuevo chicle, poniéndoselo en la boca con la rapidez de un gorrión que atrapa una miga de pan.

—¿Volvemos?

Echaron a andar de regreso, en silencio.

—Toda esta operación me hace tan poca gracia como a ti —dijo, al fin.

—Pero entonces, ¿no habría otra manera de hacerlo? Quiero decir, otra manera menos…

—¿Sucia?

Iván tragó saliva. —Eso es —dijo.

—Cuando Roberto propuso esta solución, estuve a punto de rechazarla. Existían alternativas, por supuesto. Podríamos haber estrangulado a Jazz Software económicamente. Hubiera sido más lento, sobre todo dado que cuenta con el apoyo de Blue Chip, pero factible y quizás menos comprometido.

La razón por la que decidí aprobar el plan actual es muy simple. Eliminar la empresa de Clara no es suficiente. También es necesario asestar un golpe mortal a la ideología del software libre.

—¿Pero por qué? ¿Qué necesidad hay?

—¿Eres una persona religiosa, Iván?

—No, me temo que soy un ateo convicto.

—Yo también. El viejo Marx no se equivocaba cuando afirmó que la religión es el opio de los pueblos. Todas las religiones, sin excepción, incluyendo el socialismo que él predicaba.

Piénsalo. Todas te prometen la vida eterna. Todas te tientan con el martirio y te emborrachan con sus dogmas, sus ritos, sus medias verdades, sus grandes mentiras. Todas exigen lo mejor de ti y no te dan a cambio más que palabras.

El software libre no es más que otra religión, que promete un paraíso de programas compartidos, desarrollados y controlados por el pueblo, gratuitos, por supuesto. Cambia programa por medios de producción y programador por proletario y te encuentras los viejos dogmas socialistas. Exige ahora sacrificio y altruismo, en la mejor tradición judeocristiana. Pídele, por ejemplo, a tus acólitos que trabajen jornadas de doce horas a cambio de la salvación de sus almas. Finalmente, búscate un profeta lo suficientemente loco y carismático como para extender la buena nueva. Un nuevo Trotski, Mahoma, Jesús. Clara, por ejemplo.

Si el software libre prospera, dentro de una o dos décadas habrá una pandilla de santones dictándole a los usuarios lo que les conviene, prohibiéndoles por su bien que consideren cualquier alternativa a sus ideas. Por supuesto, a Clara ya la habrán quitado del medio. Tendrás el politburó, o el concilio vaticano.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque conozco al ser humano. Por eso no me basta con destruir Jazz Software. Quiero destruir también la ideología que predica.

Habían llegado a la mansión del CEO. Iván reparó en el Mercedes que le había traído, aparcado junto a la entrada. La visita, pensó, tocaba a su fin.

—¿Crees que Jerjes no admiraba a aquellos soldados griegos que tuvieron el valor de hacerle frente? Te aseguro que mucho más que a sus propios generales. ¿Crees que no hubiera preferido perdonarles la vida? Pero los lacedemonios representaban una amenaza a su imperio, a su razón de existir. Tenía que destruirlos. Y lo hizo. No por placer, ni por sadismo, sino porque no le quedaba otro remedio. No lo olvides.

—No lo olvidaré.

—Ah, otra cosa —sonrió el CEO, una sonrisa en la que se

mezclaban, a partes iguales, la ironía y la desesperanza—. Pásate mañana por mi despacho. Tenemos que hablar de negocios.

38

Altarelli examinó con ojo entendido la bandeja que le presentaban, en la que se disponía una selección exquisita de habanos. Finalmente se decidió por un Davidoff. El camarero asintió, la sombra de una sonrisa aprobadora en su rostro impasible, tomó el estilizado cigarro entre sus dedos enguantados, guillotinando una delgada rodaja a la altura de la boquilla antes de entregárselo, con deferencia, al ejecutivo. Éste olfateó ceremoniosamente el cuerpo decapitado antes de encender. Dio un par de hondas caladas, formó una sucesión de tres perfectos aros concéntricos y los dejó disolverse en el aire. Una fría sonrisa se insinuó en sus finos labios. Como si hubiera estado aguardando una señal, el camarero ofreció la bandeja a Iván que se conformó con un pequeño Veracruz.

—Buena partida —dijo.

—Gracias —contestó Iván, escudándose tras el humo del cigarro —. Hice lo que pude.

—No eres mal jugador, socio. Sólo te falta un poco de experiencia.

Iván se encogió de hombros. El cinismo de Altarelli parecía no tener límites. Acababa de destruirlo, literalmente, jugando al squash, a lo largo de tres partidas en las que Iván se había dejado la piel y los huesos, esforzándose hasta el borde del colapso, para no conseguir otra cosa que marcar algún tanto, casi al azar, mientras su rival le demolía sin aparente esfuerzo. Casi desde el primer minuto Iván comprendió que la partida anterior había sido una farsa, una más de las charadas a las que el ejecutivo parecía adicto. ¿Qué razones había tenido para pretender que su nivel de juego era similar al suyo, para dejarle vencer la primera vez? Imposible saberlo, quizás en aquella ocasión pretendía ganarse su confianza, o puede que formara parte de una elaborada estrategia para

humillarlo, una manera de recordarle quien estaba al mando. Tras la partida, Altarelli había propuesto unas copas en el club.

—Y nos fumamos unos cigarros, qué te parece.

Le había parecido bien, naturalmente. Iván sabía encajar. La arrogancia no estaba entre sus defectos.

—Mmm. Bueno, dime, ¿cómo van las cosas?

—La negociación está casi concluida —dijo Iván.

—¿Y Pimenta?

—Hemos concertado una cita para el martes. Según Sonia, es cosa hecha.

—Tan fácil como teníamos previsto —de nuevo el cinismo en la sonrisa del directivo—. Sonia se ha portado, ¿eh, socio? Bueno, ya sabes el punto débil de ese charlatán. Y tú mujer, si me lo permites, está muy buena. Por eso la elegimos para esta parte de la operación.

Altarelli dejó escapar el humo del cigarro poco a poco, exactamente hacia el rostro de Iván. Al instante compuso una mueca de falso apuro.

—Sin ánimo de ofender, claro.

Iván no se molestó en responder, limitándose a apartar el humo que el otro le enviaba de un par de violentos manotazos. La agresividad de Altarelli, se dijo, apenas ocultaba el miedo que sentía. De todos los involucrados en aquella sucia operación, era uno de los que más se jugaba el tipo. Por más que se hubiera tratado de una charada, su enfrentamiento público con Goldman hacía imposible que volviera a ocupar el puesto de director de marketing de la Compañía. El propio CEO se había encargado de aclararle a Iván esa circunstancia.

—Has hecho un buen trabajo, muchacho. Muy bueno —le pareció ver de nuevo, a William Goldman, de pie frente al amplio ventanal de la oficina dónde sólo pisaban los elegidos, la oficina en la que le había dado cita al día siguiente del paseo que les había llevado hasta la secoya, contemplando melancólicamente el interminable bosque de asfalto.

—Gracias —había dicho Iván—. Hago lo que puedo.

—La Compañía necesita gente como tú. Sangre nueva. Lo que me recuerda que nos va a hacer falta un nuevo director de marketing, muchacho.

A cambio, si absorbían Jazz Software, Altarelli se convertiría en

el CEO de una nueva compañía satélite, creada para apropiarse de la fracción del mercado que Clara controlaba. Pero si la operación, por la razón que fuese fracasaba, se encontraría en una posición nada envidiable.

No sólo él, pensó Iván. Estaba seguro de que sus posibilidades de optar al puesto de director de marketing de la Compañía, dependían también de la destrucción de Jazz Software. Termópilas. Era fácil, fácil y desalentador, imaginarse a Jerjes recompensando al traidor cuyo mérito consistía en haber apuñalado por la espalda al capitán de los lacedemonios.

General en el ejército de Jerjes. Ciudadano en la república de los poderosos.

¿Para qué? Preguntó el otro Iván, el que se hubiera quedado en París con Clea, el que, durante años continuó escribiéndole aquellas cartas que él, a su vez, nunca echó al correo, el que le había sorprendido la mañana anterior queriendo transformar un paisaje en un lienzo.

Para qué el billete en primera clase cuyo precio eran treinta monedas de plata. Por qué no conformarse con menos, por qué dejarse la piel y la cordura escalando la montaña en cuya cima hay un hombre solitario y triste, un hombre que camina con pasos de gorrión, apresa a sus libros en una cárcel de metacrilato y transforma en hielo todo lo que toca. Se encogió de hombros. Carecía de respuesta.

Quizás era adictivo. Quizás la ambición era idéntica a la necesidad que el drogadicto siente de aumentar cada vez más la dosis. Quizás era la huida hacia delante de los compradores que pujan por un dólar de plata y van subiendo más y más, puesto que nadie quiere quedar en segundo lugar, nadie desea ser el que paga y nadie sabe como evitar que el precio de la moneda siga subiendo y subiendo. Ciertamente no había previsto que la decisión de abandonar París, regresar a la ciudad y matricularse en la escuela de informática le llevaría al dilema en el que se encontraba. En aquella ocasión al menos, había elegido de buena fe, había escogido la decisión más difícil, la más noble. París era Clea, era la pintura, la felicidad.

Era también abandonar al viejo como había hecho su madre, negarse a crecer, escurrir el bulto, vivir de la caridad de los demás,

otro náufrago enloquecido por el canto de las sirenas, otro necio intentando dejar su huella en el libro de Dios. Regresar significaba dar la cara, recoger a su padre del casino todas las tardes, a la salida de la facultad, preocuparse de que tomara sus medicinas antes de acostarlo, quemarse las cejas estudiando, sentarse en el primer banco del aula para no perder detalle, dejarse la piel en la pista de squash, con tal de acallar las voces en su cabeza. Y sobre todo la decisión de no volver a pintar.

Una decisión a la que seguía ateniéndose. La pintura no era, no podía ser, un hobby al que dedicara sus ratos libres. El arte había consumido la vida de su madre y la de todos sus ídolos, el pobre viejo nunca entendió que Miriam ya lo había abandonado, mucho antes de fugarse con Pedro, nunca entendió que Miriam sólo vivía para aquellos lienzos que nadie comprendía, tanto talento y ahí la tenéis, ejecutando una copia detrás de la otra, aunque aquellos floreros fueran bonitos y no hiciera daño a nadie, pero cómo explicarte, papá que no existe nada más peligroso que la belleza, al menos eso Pedro sí lo sabía, *Pues la belleza no es más que el principio del terror*, como rezaba la primera Elegía que siempre tenía en los labios, la belleza de aquella muchacha negra caminando en imposible equilibrio entre el Cielo y la Tierra, virgen y madre, mujer y Diosa, Eva en el Paraíso retratada por algún artista tan genial y tan anónimo como Miriam Ormaechea, aquella belleza, recitaba Pedro que *nos asombra, si, serenamente, desdeña aniquilarnos.*

39

No, no tenía nada de afeminado. Aquellos aspavientos, sus manos acicaladas pivotando en torno a la muñeca, sincronizándose con el afectado balanceo de la cabeza; los labios donde el carmín era tan evidente como el rímel en las pestañas; incluso los eventuales gorgoritos que salpicaban su recargado, obsesivo monólogo.

Pose, comprendió Iván, pura y simple pose. Parte de una elaborada puesta en escena, a juego con sus trajes a medida, sus relucientes zapatos de piel, el bastón con empuñadura de plata, los pañuelos de seda. Señuelos, con los que desviar la atención hacia la periferia de un personaje invisible tras una máscara, mitad maquillaje, mitad palabrería.

Los dedos, cargados de anillos, no habían cesado de rozar, a lo largo de la cena, ora el antebrazo de Sonia, ora sus hombros desnudos —¿era necesario, amor, ese vestido tan escotado, esas gasas casi transparentes, ese despliegue de tus muslos?—. Los ojos, al igual que los de Clara no se detenían nunca, pero su desasosiego era diferente, no era el nerviosismo de un espíritu atormentado quien los tenía en constante movimiento, sino la voluntad de rehuir otras miradas, zafándose de cualquiera que intentara penetrarlos. Ojos escurridizos, furtivos, desconfiados, conscientes de ser el único punto débil de una invulnerable armadura, el talón de Aquiles del príncipe de los farsantes.

El príncipe de los farsantes, rodeado de su séquito. *Artistas*. Sonia, naturalmente, se desenvolvía entre ellos como si siempre hubiera formado parte de la corte, la diva que se sienta a la derecha del maestro. Por millonésima vez se arrepintió de haber aceptado acompañarla a la cena, es mejor que vengas, amor, para romper el hielo, luego nos vamos a tomar unas copas con Raúl y abordamos el tema, todo preparado, todo a punto para negociar la compraventa,

pero no es delicado empezar hablando de negocios, no es delicado sacar demasiado pronto los treinta denarios de la bolsa que te han entregado tus amos.

Artistas. Sólo faltaban, se dijo, los Sandoval. Casi le sorprendió no encontrarlos entre los comensales. Aunque bien pensado, aquella otra arpía del pelo platino y la piel demasiado estirada, delatando una reciente cirugía facial, podía sustituir en la farsa de la noche a la madre de Clea, los mismos labios tirantes, la misma falsa complacencia, así que tu eres el marido de nuestra Sonia, los pliegues en la piel del cuello delatando sus años, el brillo acerado en sus pupilas delatando la falta de compasión, aquella forma de hablar, nuestra Sonia, como si se tratara de un objeto coleccionable, como si se tratara de una nueva adquisición.

Artistas. Invadiendo la casa de Gabriel Ormaechea con su charla banal, sus rencillas triviales, sus opiniones ligeras, formuladas con la seriedad y la pasión de quien promulga un dogma. *Artistas*, vitoreando a los novios, el joven pintor y la joven pianista, la joven pintora y el maduro empresario, los corrillos en los que se comenta siempre te dije que Miriam acabaría por hartarse, los corrillos en los que se comenta, que la chica menor de los Díaz de Deus se ha casado de cuatro meses, los corrillos a los que llega el rumor pero nunca el dolor de las tragedias, sabéis que al marido de Miriam han tenido que internarlo, quién lo diría, verdad, con lo bestia que parecía aquel día que nos echó a todos de casa, todos esos charlatanes a los que no conmueve la ruina de un hombre bueno, a los que no conmueve la muerte de un niño, pero entran en éxtasis cuando el conde Lettesier aparece en algunas de las cenas de su *protégé*, a pesar de que tampoco tenemos exposición este año, a pesar de que nadie ha visto nunca un cuadro de Pimenta, pero no por eso faltarían, por nada del mundo, a la recepción en la que se exhiben las *demoiselles*, pero no por eso se perderían la cena a gratuita en *Chez Bouvy*, déjame que te presente, cariño, la memoria infalible de Sonia, su largo brazo recorriendo el círculo máximo entorno al que se disponen los *artistas*, el dedo índice señalando a Arlequín y a Polichinela, sus labios granate repitiendo infalibles los nombres propios, el Crítico y el Experto, el Dueño de Galería y la Musa Ajada, la Esposa del Dignatario y la Valkiria, el Adulador y el Meritorio.

Artistas, rodeando a don Juan, arropándolo con sus plumas y sus sedas, su incesante cháchara, sus corazones huecos. Ruido. El ruido y la furia, negando el silencio de un templo en cuyo jardín florecen, a finales de abril, los cerezos; negando el silencio de un club de Jazz tras cuyas puertas cerradas, en la hora más fría del alba, derrumbada sobre el teclado de un piano, duerme una muchacha; negando el silencio de un estudio donde una mujer herida por el Dios pinta obsesivamente un cuadro tras otro, intentando en vano salvar su alma.

40

—Allez, on va chez moi?

¿Estaría previsto también, se preguntó Iván, la visita a casa del artista, en la frontera del amanecer? Hasta entonces, la noche había sido tan predecible como las opiniones insustanciales y las poses forzadas, la cháchara trivial, la asfixiante repetición de lugares comunes, las risas falsas y el incesante coqueteo entre Sonia y Pimenta. Habían salido de *Chez Bouvyhacia* la media noche, ya en *petit comité* y deambulado por clubs nocturnos hasta desembarazarse, uno a uno, de los comparsas. La arpía del pelo platino y una rubia despampanante, posiblemente una de las modelos de Raúl, habían sido las últimas en caer, aparentemente inmunes a la combinación de champán y cócteles que habían diezmado al resto de la tropa. Hasta que, en el último garito, un muchacho cuyo cabello rizado recordaba al de Altarelli les había ofrecido el contenido de una cajita de rapé a cambio de una exorbitante propina. Primera calidad, señoras. *Pas pour moi ce soir*, Iván se preguntó si Pimenta hubiera rechazado las rayas de no haberle quedado negocios pendientes de resolver aquella noche, o quizás tenían eso en común, el miedo a perder el control en público. También Sonia rechazó la propuesta de acompañar a las otras dos damas al cuarto de baño, conformándose con encender un cigarrillo de marihuana, del que dio tres o cuatro hondas caladas, ofreciéndoselo, a continuación a Pimenta. El gesto le había dolido más que todos los arrullos que Ava Gadner y don Juan habían intercambiado a lo largo de la noche. Una cosa eran las risas tontas y los chistes con doble sentido y otra muy distinta aquel detalle íntimo, el cigarrillo encendido en sus labios que Iván aguardaba y ella tendía al dandi sonriente.

El dandi sonriente cuyo rostro maquillado mostraba ya el

cansancio de la madrugada —las ojeras formando bolsas violáceas bajo los volátiles ojos, las mejillas hundiéndose poco a poco—, pero cuyo atuendo seguía siendo el de un maniquí al bajar de la pasarela. El dandi sonriente, que no era más que un niño grande, inofensivo, una mano cargada de anillos acariciando con todo descaro los muslos de la Valkiria sentada casi en su regazo, la otra jugueteando como al azar con un mechón del largo cabello de Sonia, mientras fingía conversar con la arpía de la peluca plateada.

El dandi sonriente que ahora proponía tomar la última copa en casa, aprovechando el último viaje al cuarto de baño de las señoras, que, bien entendido, están de más en la última parte de la fiesta pero no os preocupéis, *on commandera un taxi pour les dames*.

El dandi sonriente que se tambalea ligeramente mientras busca las llaves del portal del edificio de lujo, en pleno centro, que no es el hogar supuestamente compartido con Clara sino *mon petit refuge*, porque un artista necesita un santuario para crear, un espacio sagrado donde pueda guarecerse, aquí sólo pisan los elegidos, igual que el despacho del CEO, los elegidos y quizás también sus putas.

El dandi sonriente que les muestra la planta baja del ático dúplex, el estudio lo tengo arriba, pero me disculpáis si no os lo enseño hoy, *Je suis trop fatigué*, paseándolos por la sala de estar —vitrinas de madera noble, sofás modernistas, una extraña escultura en cedro y ébano mitad tótem, mitad lámpara— la cocina inmaculada, donde sólo pisa el servicio, la alcoba, inusitadamente espartana, inusitadamente familiar, la sensación de *déjà vu*, que produce el tatami desierto excepto por el modesto futón enrollado en una esquina y los paneles de papel de arroz que cubren las paredes en los que, en una primavera perdida, florecen los cerezos.

El dandi sonriente, que les muestra el sitio exacto de donde colgará *mon cadeau, mon bijoux*, queridos míos, donde pueda contemplarlo, tanto tiempo como sea necesario hasta entender qué quería decirme, qué quería decirnos *le cher* Pablo.

El dandi sonriente que los acomoda en la terraza acristalada, desde la que se contempla una ciudad que no parece la misma que se divisa desde el despacho del CEO, una ciudad en la que están ausentes los rascacielos, en la que edificios antiguos delimitan un barrio de alturas desiguales, fachadas modernistas, azoteas de teja y grandes balconadas de hierro forjado, luces y sombras serpenteando

entre las calles vacías, luces y sombras alternándose en los ojos de Sonia.

El dandi sonriente que abre *a votre santé* una botella de Petrus, 1968, que cuesta tu sueldo de tres meses, amor y sigue acariciando tu cabello, con demasiada confianza, como si fuera territorio conocido, tan conocido como se diría que te resulta este apartamento, tu mirada paseando indiferente por esos muebles que deberían haberte interesado un poco más, la soltura con que te mueves, la seguridad con que te has dirigido, sin preguntar, al cuarto de baño, la tranquilidad con que te tumbas en el sofá, quitándote los zapatos como si estuvieras en casa, suspirando, si os parece voy a relajarme un poquito, durmiéndote de inmediato o acaso sólo finges dormir y en qué, con quién sueñas, amor, si estás dormida.

41

Mira querido, en el fondo sé que es lo mejor para Clara. Es una persona maravillosa y te tiene tanto aprecio, *moi aussi mon gars*, así que deja ya de mirarme con esos ojos de toro bravo, no irás a decirme que estás celoso de un viejo como yo,*mais arrête*, no sabes la suerte que tienes con esta chica tan encantadora, mírala que encanto, Venus dormida, *n'est-ce-pas*?Y seria, muy seria para el trabajo, una auténtica profesional, claro que también sabe ser alegre, *charmant*, me recuerda tanto a Clara cuando era joven, pobrecita, la maldita empresa le está costando la salud, ya ni siquiera tiene tiempo para su música y mira, está claro que no puede competir con la Compañía, es una batalla perdida por más que se empeñe, conste que lo hago por eso, no te imaginas lo que me cuesta dar este paso sin consultarla. Pero sé que no lo aceptaría nunca tiene *la tête trop dure*, a pesar de que los negocios en el fondo no le interesan, mi esposa, querido, es una idealista, una teórica, le falta la ambición y la mala uva que tenéis todos los ejecutivos, no te amohínes, te lo digo sin ánimo de ofender, oye, qué te parece si abrimos otra botella, un *tête a tête*, ¿eh? Porque la *chérie* Sonia está ya soñando con las musas.

Lo bueno del Petrus es que no deja resaca, ya verás, mañana te levantas como si tal cosa. A su manera Clara es también una artista, por eso es necesario que deje de complicarse la vida y se dedique a lo suyo, a seguir creando. Un artista debe dedicarse al arte, ése es el punto esencial que casi nadie comprende, *on a pas le temps pour des banalités*. Mírame a mí. Siempre le dije a Clara que yo no valía para trabajar, para asumir responsabilidades. Siempre tuve claro que mi destino era dedicarme a la pintura, en cuerpo y alma. *Il ne faut pas se tromper*, la fotografía no es más que parte del aprendizaje, *l'apéritif*, por decirlo así.

Arte menor, si quieres, por eso no me importa exponer de vez en cuando, verdad, como un buen artesano que muestra su cacharrería. Pero la pintura es otra cosa, para qué mostrar una obra de arte a no ser que conmueva tanto que nadie que la contemple pueda olvidarla jamás.

Para qué molestarse en una tediosa exposición, todos esos críticos diciendo tonterías, si no eres capaz de retratar esos saltimbanquis, tan bellos, tan indiferentes como los ángeles, para qué seguir fatigando el mundo con más óleos. *Je cherche la perfection*. Como Pablo, como el querido Pablo. Esos saltimbanquis, ya sé que los ejecutivos no tenéis tiempo para esas cosas, pero espero que vengas a verlos un día, quizás pueda explicarte por qué los necesito para seguir creando, la inspiración, *mon ami*, la inspiración divina, por encima de todas las cosas, por encima del vil metal y de las intrigas que tanto os obsesionan, verdad, *mais je suis heureux, très heureux* de aceptar ese cuadro, como le dije a Sonia, *c'est le plus beau cadeau qu'on pourrait imaginer* y lo necesito, querido, es parte del camino hacia la perfección absoluta, créeme, estoy cerca, muy cerca, *mais pas encore*, me parece que no me entiendes, sin ánimo de ofender, *mon vieux*, pero vosotros los ejecutivos no veis más allá de vuestras narices. El arte no es para cualquiera, se necesita el talento, la bendición del Dios. Y el Dios es celoso, querido, cobra caro a sus escogidos, pide a cambio tu vida, pide que arrojes al fuego toda obra imperfecta.

Como hago yo, sin pena alguna, *sans hésiter*, el Dios exige un precio a cambio de sus dones. Mira, yo no entiendo mucho de negocios, no es lo mío, verdad, pero tampoco soy tonto, le dije a Sonia, *mon cadeau, mon bijoux, ça c'est très bien*, pero nos hace falta también algún dinero, ya sé que no es poco lo que pido, pero tenemos que asegurarnos una vejez digna. Sin apuros, sin tener que escatimar.

No vamos a regatear, ¿eh, Iván? *Pas du tout*. Tú y yo somos caballeros, entre nosotros, seguro que pagan. Sonia me ha contado que ese señor Goldman, cuando quiere algo lo consigue y si lo miras bien el precio no es desorbitado, un poco alto, quizás, pero seguro que me comprendes a estas alturas, *parce que c'est dommage quand même*, todo el mundo esperando que el artista sea un muerto de hambre, puro tópico, uno de tantos clichés románticos. Casi todos

los pintores de talento de la historia fueron gente bien, o gozaban de un mecenas, o las dos cosas.

Quizás es una manera de verlo, ahora que lo pienso. Qué te parece, La Compañía Multinacional de Software, mecenas del inmortal Raúl Pimenta. Porque a eso aspiro, Iván, no me importa confesártelo ahora que el vino me ha soltado la lengua, *in vino veritas, n'estce pas*. A la inmortalidad. ¿Un brindis? Por el arte inmortal, *mon semblable, mon frère*. Por el arte inmortal.

42

El único detalle que delataba que también William Goldman estaba nervioso era el hecho de que no había cesado de mascar chicle durante toda la tarde. Eso y la manera en que su cabeza rapada giraba de un lado a otro, con movimientos secos y precisos, como si el gorrión que solía aparentar se hubiera transformado en una rapaz buscando presa. Sonia sentada a su lado, perfectamente compuesta, perfectamente maquillada, como si la noche anterior no hubieran bebido hasta reventar, como si no hubieran regresado a casa con el tiempo justo de ducharse y tomarse un café antes de pedir un taxi para la oficina. Coward, rojo de ira, pellizcándose las mejillas, una butaca más allá. Altarelli había sacado un cigarrillo pero una seca mirada del CEO congeló la mano que buscaba el encendedor. Como contagiado del mismo humor, Swartz no se había atrevido a tocar los pastelillos que acompañaban el café. La espalda de Sarah Ellis era una viga tan rígida como su rostro.

—Adelante —suspiró el CEO—. Opinad.

La directora financiera fue la primera en atreverse a hablar. —Hemos pagado una fortuna por el paquete de acciones en bolsa —dijo—. No veo que nos quede otra alternativa que seguir adelante.

—Soy de la misma opinión —dijo Altarelli. Coward agitó la cabeza negativamente—. Cuarenta millones además de los ciento sesenta que nos cuesta ese cuadro. Es demasiado —gruñó.

—Estoy de acuerdo. —Swartz golpeó la palma abierta de su mano—. Las condiciones de Pimenta son ridículas.

—Opino que debemos esperar —dijo Coward—. Ese tipo se está tirando un farol.

—Yo creo que habla en serio —intervino Sonia.

—¿Lo has leído en la palma de su mano, guapa? —dijo Altarelli, sin mirarla, aparentemente concentrado en hacer malabarismos con

el cigarrillo que la mirada asesina de Goldman le había impedido encender—. ¿O a lo mejor te lo ha dicho al oído?

El odio, pensó Iván, sabía como la sangre que brotaba de su labio inferior. No cesó de mordérselo, salvajemente, hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas, en las que se mezclaban, a partes iguales, el dolor, la rabia, los celos, la amargura. Lágrimas que enjugó rápida, furtivamente, consciente de que Altarelli le observaba, consciente del jade burlón en sus pupilas. Cuando su visión se aclaró se fijó en Sonia, muda, las mejillas ardiéndole como si el ejecutivo le hubiera propinado una bofetada, pero aún capaz de enfrentarle con la mirada, el labio superior ligeramente retraído, mostrando su dentadura perfecta, como una pantera enfurecida que no teme al rifle del cazador. Las manos de Iván se cerraran violentamente, ansiosas de un cuello que quebrar. Un cuello elegante, adornado por una corbata de seda.

En ese momento Sonia giró el rostro y le miró. Una sonrisa se formó en sus labios, una de aquellas sonrisas suyas, incongruentemente tímidas, tan distintas a las de Ava Gadner. Una sonrisa que suplicaba un eco en su rostro, que pedía una tregua, que parecía pedir disculpas por el silencio cada vez mayor entre ellos, que prometía sus labios, tan rojos como nunca aquella mañana, sus manos sabias y perversas, aquel cuerpo que necesitaba tanto como necesitaba respirar.

Una sonrisa que se parecía tanto a la de Miriam. Recordó a su padre, sentado en su banco del sanatorio, dando vueltas y más vueltas a su chapela, como si fuera un sobre que contiene unas cuartillas con una sentencia de muerte.

Una sonrisa que no podía negar lo que hasta Altarelli parecía saber. Se preguntó por qué el ejecutivo se había permitido —¿o acaso no había podido controlar?— aquel improperio barriobajero, completamente fuera de lugar. Quizás estaba tan celoso como él mismo con la nueva conquista de Sonia, quizás, una vez más, Raúl Pimenta, había vuelto a ganarle la mano.

Iván apartó la mirada, sin mover un músculo del rostro.

—Debemos seguir adelante con la operación —el que hablaba era de nuevo Altarelli. Iván hizo un esfuerzo sobrehumano por concentrarse—. Si la retrasamos puede ocurrir cualquier imprevisto. Clara podría echarse atrás, encontrar otros inversores. Pimenta sabe

que tenemos prisa y quiere sacar tajada. No veo otra opción que pagar su precio.

—Parece que los puntos de vista están muy divididos —dijo Goldman—. Muchacho, creo que el desempate lo da tu opinión.

Iván enfrentó la mirada incandescente de Altarelli, la prieta línea de sus labios componiendo una mueca de dolor casi físico. La salida de Goldman, dándole a él la última palabra en la discusión era un insulto a la altura del que el ejecutivo le había dedicado a Sonia un instante atrás. Lenta, deliberadamente, le dedicó una cándida sonrisa antes de volver la cara al CEO.

—He conocido muchos cínicos —dijo—, pero ninguno tan peligroso. Falso, calculador, charlatán. Un desaprensivo sin escrúpulos.

—No estoy de acuerdo —interrumpió Sonia.

Iván se maravilló de lo valiente, lo necia que podía llegar a ser.

—Sonia, por favor —cortó el CEO, anticipándose a Altarelli, cuyos labios se habían torcido en una mueca viperina.

—Precisamente por eso —continuó Iván—, creo que venderá sin reparos.

43

Había consumido ya dos cajetillas y estaba a punto de comenzar con la tercera, cuando oyó el ruido de una llave hurgando torpemente en la cerradura, seguido del repiqueteo irregular de unos tacones por el pasillo. Un instante después, Sonia entraba en la salita, tambaleándose. Llevaba el pelo revuelto, los últimos dos botones de su blusa desabrochados, el maquillaje corrido.

—¿Todavía estás despierto? —preguntó—. Su voz era pastosa, arrastrada, el timbre demasiado fuerte.

—Son las cuatro de la mañana —contestó Iván. Sonia le mostró su muñeca desnuda, como si el hecho de no llevar reloj la disculpara, soltó una risita ridícula—. Anda —dijo—. Se me ha hecho un poco tarde.

—¿Se puede saber de dónde vienes a estas horas?

Ella le miró, los ojos enturbiados por el alcohol, una expresión de pretendida sorpresa en el rostro.

—¡Estás celoso! —dijo al fin, riéndose escandalosamente.

—Y tú borracha —escupió Iván—. Vete a mirarte en el espejo. Das pena.

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto, amor.

—¿Has estado con Pimenta?

—Sabes perfectamente que sí. Hemos salido por ahí. Raúl quería festejar el trato.

—Y tú tenías que acompañarle, naturalmente.

—Naturalmente —los ojos de Sonia relampaguearon, desafiantes—. Es mi trabajo. Y además lo he hecho de buen grado. Te recuerdo que no te ha dado la gana de venirte.

—Ya. ¿Y en qué os habéis gastado las treinta monedas? En Petrus, por lo que veo. No te apures. No deja resaca, te acuerdas que nos lo explicó el otro día en su casa. Por cierto, se te veía muy a

gusto allí. Como si fueras una habitual.

—Piensa lo que te de la gana.

El sabor en su paladar, pensó Iván, se parecía al regusto que quedaba en la boca tras vomitar una comilona mal digerida. Sonia entró, tambaleándose, en el cuarto de baño. Un instante más tarde, escuchó el chirriar de las cañerías, el zumbido lejano del calentador.

Instantáneamente se le vino a la cabeza la imagen de su mujer, desnuda, enjabonándose voluptuosamente en la bañera. Se dejó caer en el sofá, encendió otro cigarrillo, tratando en vano de ahuyentar los goyescos que asaltaban su imaginación. Sonia, pintarrajeada y ebria, revolcándose con el dandi, desnudándole avariciosamente, trepándole encima, mientras el falso Wilde discurseaba sobre son *cadeau, son bijoux* y sus inexistentes lienzos *parce que je cherche la perfection*. Algo, un puño cruel como el de Helmut Swartz le golpeó brutalmente el estómago.

Sonia con otro. Sonia ofreciendo esos labios que adoraba a unos labios que no eran los suyos, dejándose acariciar por manos extranjeras, abriendo sus largas piernas a la lujuria de un intruso, arqueándose como un junco en ese espasmo de pasión que tan bien conocía, su hermoso rostro transfigurado por el placer, los ojos erráticos, descentrados, los ojos en los que él se había ahogado tantas noches para resucitar en su sonrisa, en esos brazos que se cerraban en torno a su cuello, su piel pegándose a la suya, su voz susurrándole palabras obscenas y enamoradas. Sonia con otro. Una y otra vez, el puño despiadado se estrelló contra su estómago, destrozando sus entrañas, quebrando sus costillas, quitándole el aliento.

Algo así, pensó, debían sentir aquellos soldados atravesados por las bayonetas, desangrándose boca arriba, en el lodo inmundo de la trinchera. Algo así debió sentir Gabriel Ormaechea, algo así debió de sentir su amigo Ioannis. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Lágrimas inútiles, como todo el coraje que de nada le sirvió a su padre, que de nada le serviría a Clara, inútiles como la muerte de trescientos lacedemonios, como cada uno de los juramentos de Sonia, como cada uno de los juramentos de Miriam. Inútiles como las docenas de copias de unos girasoles que se pudren en una buhardilla oscura de Ámsterdam.

Abrió los ojos al escuchar la puerta del cuarto de baño. El

cigarrillo que creía haber encendido un instante atrás se había consumido sin tocar en el cenicero, dejando una frágil momia lista a desintegrarse al primer roce. Sonia salió del cuarto de baño y se dirigió hacia la cocina, regresó al cabo de unos minutos con una taza de tisana. Llevaba su kimono de seda roja, el pelo recogido, envuelto en una toalla blanca. Su rostro, sin el maquillaje, parecía muy pálido, más aniñado, los ojos más desamparados, los labios titubeantes. El rostro frágil de una muchacha. Iván sintió el intenso deseo de besarla. Pero un hombre atravesado por una bayoneta, pensó, no puede moverse del fango en que agoniza.

—¿Te has acostado con él?

La pregunta, le pareció, se había formulado por sí sola, sin el concurso de su voluntad. Él no quería preguntarle aquello, no quería mostrar los celos que le corroían. No quería suplicarle.

—¿Es eso todo lo que te preocupa?

Sí, quiso contestar Iván, el mismo Iván que había querido avisar a Clara Díaz de Deus de la conspiración que se urdía a su alrededor, el mismo Iván que había llorado lágrimas de rabia y vergüenza la noche antes de presentar el informe que condenaba a Sergei y a la mitad de sus compañeros, el mismo que había consumido la madrugada fumando y negándose a admitir lo inevitable. Sí, sí, eso es todo lo que me preocupa, quiso gritar. Dime que no te has acostado con él, júrame que no me has traicionado, dame una razón para confiar en ti, para confiar en alguien.

—No —suspiró, recuperando el control, consignando al otro al silencio—. En realidad me tiene sin cuidado.

44

Caminaba sin rumbo, sin prestar atención al incipiente bullicio que iba animando, poco a poco, las avenidas por las que transitaba. A pesar de no haber pegado ojo durante las últimas veinticuatro horas se sentía completamente lúcido. Lúcido y tan vacío como las calles de la ciudad, en aquella madrugada de abril.

Recordó a Sonia, dormida, hecha un ovillo en una esquina del sofá, murmurando entre dientes. Le había llamado una vez en su sueño, un sueño que él había sido incapaz de conciliar, desvelado por los litros de café que había consumido a lo largo de la noche, por los cigarrillos que seguía fumando, mecánicamente, encendiendo uno con la colilla del otro, a pesar de la sensación de que la nicotina se iba espesando en su boca hasta forma una pasta sólida, con el sabor y la consistencia del cemento.

Había estado a punto de abrazarla cuando ella se había echado a llorar de improviso, desconsoladamente, tras la agria discusión. Pero no lo había hecho. Se quedó inmóvil, petrificado, súbitamente convertido en estatua de sal. Sonia había continuado llorando y rezongando, encogiéndose sobre sí misma, hasta quedarse dormida. Luego le había llamado, o al menos pronunciado su nombre en sueños. Amanecía, cuando Iván había escapado al frío de la madrugada.

Se acabó, se dijo a sí mismo, una y otra vez. Se acabó. No iba a esperar, como Ioannis, que Sonia le pusiera de patitas en la calle. No iba a engañarse, a hacer ojos ciegos y oídos sordos como su padre.

Sonia. La imaginó maquillándose cuidadosamente, escogiendo con esmero su atuendo, comenzando por la delicada ropa interior —el diminuto tanga, el generoso sujetador realzando sus pechos perfectos—, continuando con la blusa azul ceñida a su diminuta

cintura que había estrenado la noche de la cena en casa de Goldman, rematándolo con una falda demasiado corta y demasiado ajustada que, junto al tacón excesivo de sus zapatos le daba un cierto aire de azafata de congresos. Pimenta, sin duda, acudiría a la cita exageradamente trajeado, sin faltar el chaleco, —reloj y cadena de plata incluidos—, ni su afectado bastón. Se imaginó la cena, en *Chez Bouvy*, el flirteo estudiado y meticuloso de un maestro del oficio, las risas de ambos —la de Sonia un punto estridente, la de él fina y ligeramente guasona—. Tras la cena, los gintonics, la ronda por bares de moda, rematada por la propuesta de una última copa en casa.

Ava Gadner seducida por Oscar Wilde. No dejaba de tener gracia, una gracia chabacana, hortera, tan desprovista de buen gusto como la falda demasiado ajustada de Sonia, tan estridente como los labios pintados del falso artista.

Quizás lo peor de todo era lo predecible que había resultado el comportamiento de su mujer, el hecho de que se hubiera conducido exactamente como él se imaginaba. Recordó la forma en que había anotado su teléfono la primera tarde que se conocieron, con la misma frescura y falta de reparos con que se acostó con él poco más tarde. En el fondo, pensó, nunca se había engañado con ella, pero no había podido tampoco evitar amarla, como el viejo había amado a Miriam. No había podido evitar amarla, repitiendo, como todo buen hijo, los mismos errores de su padre.

45

¿Cuánto hacía que no pisaba un museo? Años, desde su regreso de París. Y sin embargo, parecía el único refugio posible en aquella tarde lluviosa. Una tarde de lunes, un lunes cualquiera, el primer lunes, también en años que no había ido a trabajar. Era mejor así, sin escenas, sin melodrama. La noche anterior había dormido en casa de Sergei, tras dejar un mensaje en el contestador. —Sonia, por supuesto, no estaba en casa—. Luego, por la mañana, tras llamar a la oficina para avisar que no le esperaran, había pasado por el apartamento, a hacer las maletas.

Encima de la mesa de la cocina, había un sobre, con su nombre escrito en el dorso. Iván reconoció la caligrafía redondeada y regular de Sonia, aquella caligrafía de colegiala aplicada en la que también se parecía a Miriam. Un sobre. Un sobre que contendría una carta en la que le diría, amor, que lo siento, en la que le diría amor, que me perdones, pero no podía seguir fingiendo por más tiempo, un sobre que se guardó sin abrir en el bolsillo de su chaqueta.

Buscó un hotel lo suficientemente alejado del centro, uno que no le recordara aquellos primeros encuentros apresurados, clandestinos, cuando no había entre ellos sino risas y deseo. Se registró, arrojó su maleta encima de la cama, sacó de su bolsillo el sobre todavía cerrado con su nombre escrito en el dorso. Lo contempló durante unos minutos, dándole vueltas entre las manos, mirándolo al trasluz, como queriendo averiguar su contenido sin necesidad de abrirlo. Renglones torcidos. Renglones torcidos como los de aquella carta quince años atrás. Sacudió la cabeza, negando. No, se dijo, no otra vez. Impulsivamente sacó un encendedor de su bolsillo y prendió una de las esquinas, arrepintiéndose de inmediato y apagando el fuego, que no llegó más que a chamuscar ligeramente

el papel, de un violento manotazo. Atolondradamente, arrojó el sobre encima de la cama y escapó apresuradamente del cuarto.

Pasó unas horas en la residencia, donde el viejo casi no le había reconocido. Al salir, recurrió al museo como podía haber recurrido al alcohol o la marihuana. En realidad, pensó, aún había tiempo para eso. Cerraban a las ocho y quedaba mucha noche por delante.

Caminaba al azar por salas desconocidas —el museo había cambiado mucho a lo largo de su ausencia—, buscando ciertos lienzos, con la ansiedad de un emigrante que regresa al cabo de los años a su aldea natal y recorre calles y bares, buscando a los amigos de otros tiempos. Faltaban muchos de ellos. Otros, todavía seguían allí, soportando, estoicos o indiferentes, las hordas de turistas que fatigaban las salas, decididos a justificar el dinero de su pase, o los grupos de estudiantes adormilados, que atendían desganadamente las explicaciones de un no menos desganado profesor.

Se sentó en un banco, frente a una pared desnuda —una cartulina avisaba de que los lienzos que allí faltaban se encontraban en proceso de restauración—, se imaginó el cuadro que Clara atesoraba en su despacho allí expuesto. Eva en el Paraíso, prometiendo al que lo contemplara el derecho a la esperanza. De inmediato, el fantasma de otro cuadro se formó junto al de la muchacha que camina —que casi vuela— sobre la tierra roja. Un jarrón lleno de flores amarillas, exuberantes, centelleando con la luz del mediodía de un verano, ciento cincuenta años atrás.

Recordó a Clea sentada junto a él, en aquel otro museo, contemplando la versión original de los girasoles, su cuerpo menudo adaptándose al suyo, envolviéndolo, un brazo rodeándole los hombros, el otro enroscándose en su tórax. La tarde desgranándose sin prisa, lenta y amarilla como las flores que contemplaban.

—La copia que tienen tus viejos es una de las tantas que pintó mi madre —el que hablaba era su propio espectro, un muchacho de dieciocho años, alto, ancho de hombros, con una incipiente barba pelirroja creciendo en un rostro todavía invadido por el acné—. Por una temporada no hizo otra cosa. Copias perfectas, idénticas al original hasta en la firma. Veinte, treinta, qué sé yo. Todo el mundo pensaba que estaba un poco chiflada.

—¿Y tú? —le preguntó el fantasma de Clea, la mano izquierda

paseándose por su cuello, la derecha moviéndose en perezosos círculos sobre su camiseta, a la altura del pecho—. ¿Qué pensabas tú?

—Yo conocía el secreto —dijo Iván.

La mano de Clea bajó desde el pecho de Iván hasta su estómago, masajeándolo suavemente.

—Al cuadro que tus viejos tienen en el comedor le falta un girasol, uno de los más bonitos. Es difícil darse cuenta y sin embargo no te transmite lo mismo que el original. Es más triste, más desalentado.

Clea sonrió. —Ahora lo entiendo —dijo—. Había algo. Lo notaba y no sabía que era.

Iván señaló el cuadro que colgaba de la pared, frente a ellos.

—Fíjate. ¿Cómo dirías que se sentía el viejo Vincent cuando pintó esas flores?

—Feliz —dijo Clea—. O al menos sereno.

—La primera copia de mi madre también te transmitía felicidad, pero había en ella un matiz más excitado. Los colores eran algo más vivos, los contrastes un poco más pronunciados. En cambio los girasoles de la segunda copia expresaban nostalgia, melancolía. En la tercera, las flores se inclinaban más hacia el suelo, los pétalos parecían más desgastados. Tristeza. Y así un cuadro tras otro, como si se hubiera propuesto agotar todos los estados del alma ejecutando variaciones del mismo tema.

Clea se estremeció, pegándose más todavía a él. —Iván, es… es maravilloso.

—Y sin embargo nadie cayó nunca en la cuenta. La gente no hacía más que repetir que cómo era posible que mamá pudiera pintar copias tan exactas y de murmurar por lo bajo que había que estar loca. Nadie prestaba suficiente atención, supongo. Peor. A nadie le interesaba lo suficiente. La gente veía lo que quería ver. Copias de un cuadro famoso.

—Si no entendían lo que expresaban las copias dudo que entendieran el original.

—Mira. —Iván giró la cabeza en la dirección de un grupo que acababa de acercarse al cuadro, dos ancianas pizpiretas, maquilladas como momias, una estudiante de gruesos lentes parapetada tras un bloc de notas, una pareja tomada de la mano, él

con aspecto de cirujano o notario, ella, mucho más joven. Todos se detuvieron frente al lienzo, contemplándolo o fingiendo que lo contemplaban durante algunos segundos, antes de pasar de largo.

—Ya veo —asintió Clea.

—Si Van Gogh no le importa un comino a nadie, por qué les iba a importar el trabajo de mamá. Pero todo el mundo fingía, exactamente como ésos. Excepto mi viejo. Hay que joderse con los floreros, Juanito, eso me solía decir. Pensaba que estaba un poco chiflada, pero mientras sus manías fueran inofensivas, él tan contento.

Clea sacudió la cabeza, tristemente.

—Nunca entendió que no eran manías.

—No —dijo Iván—. Y mucho menos que no eran inofensivas.

46

—¿Te apetece dar un paseo? —cuchicheó Clara al oído de Iván.

Frente a ellos, la gran mesa de roble ovalada, en la misma sala de reuniones donde había vendido a Sergei, unos meses atrás. Acababan de firmar los documentos que aseguraban la ampliación de capital de Jazz Software. Una ampliación que dejaría —al día siguiente a las tres de la tarde, cuando Clara firmara los documentos formales ante notario—, el treinta y tres por ciento de sus acciones en manos de la Compañía. Apenas lo hiciera, Raúl Pimenta estamparía la última rúbrica necesaria para arruinar la vida y la obra de Clara Díaz de Deus. Yo me lavo las manos, pensó. No era suya la responsabilidad. No había urdido la conjura, ni tramado la celada. No era más que un soldado. Cualquier otro hubiera podido hacer su trabajo, cualquier otro, si hubiera flaqueado, habría ocupado su lugar, tomando la lanza de sus manos para clavarla en el costado de la víctima. Tampoco él había salido indemne. También a él le habían crucificado.

Daría, pensó, cualquier cosa por apartar la cicuta de los labios de Clara, cualquier cosa por salvarla. Pero hiciera lo que hiciera, estaba condenada. ¿De qué serviría que la avisara de la traición de su marido? Aún estaba a tiempo, técnicamente. Clara podía echarse atrás, negarse a firmar al día siguiente, detener, con más o menos penurias legales el proceso. ¿Y qué? Si algo había comprendido a lo largo de las negociaciones era lo desesperado de la situación de sus finanzas. Sin la ampliación de capital, Jazz Software no resistiría mucho más de unos meses si no mediaba un milagro. Un milagro que William Goldman no permitiría.

Sin la ampliación de capital, Clara estaba perdida. Por eso, sin duda, había finalmente bajado la guardia, comulgando con las enormes ruedas de molino que le ofrecían. No tenía alternativa.

Sonia, pensó con amargura, había ya arruinado su vida, intentar avisar a Clara sólo serviría para arruinar también su carrera. ¿A cambio de qué? El puesto que le ofrecía —si es que seguía ofreciéndoselo cuando le informara de la conspiración— se esfumaría, junto con el resto de su empresa en unos cuantos meses, dejándole sin trabajo y sin perspectivas de encontrar nada que valiera la pena. No convenía olvidar, como le había avisado Altarelli, lo larga que era la mano de William Goldman.

William Goldman que no había asistido a las negociaciones, limitándose a pasar brevemente por la sala de reuniones, con el único propósito, se diría, de presentarle sus respetos al rival, como un último gesto elegante de un gánster melancólico, antes de ametrallar a su víctima.

—O mejor. —Clara le rozó levemente un brazo por debajo de la mesa—. Te invito a una copa en el club.

—¡Pero esta noche hay prevista una cena en tu honor!

—Sergei puede hacer los honores. Yo no sirvo para esas celebraciones.

—Me pregunto que dirá Goldman cuando se entere —sonrió Iván.

—William tampoco irá —dijo Clara, devolviéndole la sonrisa.

47

Al menos seguirás tocando, tan linda ahí subida, una empresa no es un grupo de Jazz, Clara, sino una legión romana, ¿es que no oyes el batir de las armas, es que no oyes el entrechocar de los metales? Vienen a prenderte, papá no se quejó nunca, sabes, las primeras semanas parecía como si nada hubiera ocurrido, seguía levantándose de madrugada, iba al despacho, pasaba por el casino a la vuelta, si acaso estaba como distraído, un poco ausente hasta el día que llamó Pablo, Iván, hijo, mejor te acercas a por tu padre.

Estás tan linda resguardándote tras tu piano, siempre protegida en tu invisible burbuja que nadie traspasa, murmurando algo mientras tus dedos corren por las teclas, parece que estuvieras rezando, a lo mejor recitas de memoria tus consignas, hasta creer en las viejas mentiras que dicen que tu esposa no te engaña y tu hermano no abusa de tu confianza, porque todo el mundo miente, mentía mi madre, miente tu marido que va a venderte mañana, que te ha vendido ya, miente mi mujer que quizás esté ahora mismo en la cama con él, incapaz de hablarme a la cara y yo he estado ahí antes, querida Ava, o ya no recuerdas cuando nosotros, quizás debiera pedirle cita a Wilde un día de éstos, estrecharle la mano, podemos seguir siendo amigos y aunque tu marido no sea un niño inofensivo, Clara, quién está libre de pecado.

Así de lejos me recuerdas un poco a Clea, qué se habrá hecho de ella, si al menos aquellas cartas, pero para qué, renglones torcidos en una cuartilla arrugada que te juran, cariño, que lo siento, que te piden, cariño que me perdones y siguen suplicando cada año, desde Ámsterdam donde hemos empezado una nueva vida, escríbeme aunque sea una líneas hijo, pero para qué escribirte, Miriam, para decirte que los muertos que abandonaste andan todavía pero nunca resucitaron, para qué hablarte de un banco de madera en una

esquina del parque donde el viejo se imagina que planea contigo la jubilación, o acaso para compadecerte, no es una pena que todo el dinero que os llevasteis se fuera al mismo sitio que los sueños de papá, al mismo sitio que la niñez de tu hijo, a esa lona desolada donde posan unos saltimbanquis que no lloran, que no se quejan ni muestran sus heridas, no es una pena que el tío Pedro no valiera para los negocios, deberías haber escuchado a papá que lo repetía tantas veces, o acaso también tú lo mimaste demasiado, no es una pena que estéis arruinados y viváis con lo puesto en un cuartucho de alquiler, pero somos felices, hijo, o al menos no somos tan desgraciados y me gustaría tanto enseñarte todo lo que he pintado estos años, me gustaría tanto saber de ti y Ámsterdam es tan fría en invierno, ya no soy una muchacha, cariño, han pasado muchos años, muchos mamá, pero tu hijo dejó atrás aquellos girasoles que estremecían como tu forma de revolverme el cabello y lo mejor de todo es que a Sonia le preocupaba cómo sería Clea en la cama, tan difícil evocar su cuerpo, tan delgada como tú Clara, sus ojos tampoco se detenían un instante y estás tan hermosa bajo las luces que también mienten, que te quitan años, que le dan a tu sonrisa ese encanto insoportable.

48

De regreso al hotel, Iván se apoderó del botellín de güisqui que había en el minibar y rebuscó en su maleta, todavía sin deshacer, hasta encontrar la petaca de marihuana. La madrugada de primavera era aún fría, pero serena, apacible. Su habitación tenía un pequeño balcón, en el que cabía apenas una tumbona. Se dejó caer en ella y dio un sorbo directamente de la botella. Luego se preparó parsimoniosamente un porro muy cargado.

Se frotó los párpados. La noche había sido muy larga. El club había cerrado a las dos de la mañana, excepto para los íntimos. Los músicos de la banda de Clara, algunos de sus colaboradores más cercanos, Sergei, que había aparecido hacia la una, acompañado de Ioannis, Valerie y dos o tres chavales jóvenes que no conocía, acarreando varias cajas de botellas de champán, que pusieron apresuradamente a enfriar. Apenas los últimos clientes se hubieron marchado, comenzaron a circular las botellas y a escucharse los taponazos.

—Larga vida a Jazz Software —gritó Valerie, levantando su copa en alto.

—A la salud de Clara —dijo Ioannis sumándose al brindis.

—Salud —corearon los músicos.

—Por la revolución —remató Sergei, riéndose a carcajadas, su enorme barriga temblando de felicidad.

La banda de Clara comenzó a improvisar una bossa nova. Valerie se acercó a Iván.

—¿Bailas, guapetón?

Podía haber sido Valerie, pensó Iván. Podía haber sido Valerie, cuyas manos descansaban confiadas en sus hombros, cuya sonrisa no había perdido cierta complicidad, cuyos ojos chispeaban, encendidos por la música, el champán y la alegría del momento.

—¿Dónde has metido a Luigi?

—En casa, con los críos. Pensábamos llamar a una canguro para la ocasión, pero el mayor tiene algo de gripe. Así que echamos a suertes quien se quedaba.

—Mala madre.

—No, hombre —rió ella, algo azorada a pesar de lo obvio de la broma—. En realidad me ha costado mucho dejarlos. Pero no quería fallarle a Clara.

—Has hecho bien —dijo Iván, apretándole brevemente los hombros—. Oye, ¿cuándo sale el próximo numero de Rebelión? Estoy deseando leer la entrevista a Brenner. Lo pasamos bien ese día.

—En dos o tres semanas, creo, ya conoces a Luigi, cada número le cuesta un parto. Dime, ¿qué te pareció Marcos? Menuda pieza, ¿verdad?

—Sí, desde luego. Nos recibió en bata de seda y con una peluca azul.

—Eso no es nada. Yo le conocí en una fiesta de disfraces, vestido de Drag Queen. Imagínatelo con un abanico en una de esas pezuñas peludas, una boquilla de nácar en la otra, pintarrajeado como un demonio, la pelambrera saliéndose por el escote y echándole sonrisas lascivas a todo el que se le acercaba.

—Estaría como una cuba —dijo Iván—. Bebe como un legionario. En la hora que duró la entrevista se ventiló nueve o diez caipiriñas.

Valerie le miró sorprendida, fue a decir algo, se mordió los labios y luego se quedó absorta, como debatiéndose consigo misma.

—Venga, suéltalo ya.

—¿Me guardarás el secreto?

—Claro mujer.

—Creí que Luigi te lo habría dicho. En fin, no creo que se enfade. Marcos es abstemio, Ivanchu. El número de las caipiriñas es uno de sus favoritos, lo hace en todas las fiestas. Es todo cuento, los combinados que se sirve no llevan alcohol. Le gusta tanto la patraña que tiene en su casa botellas falsas de todo tipo. Champán, güisqui, ron, ginebra, tequila. Lo que quieras.

—¿Pero por qué? ¿A qué viene esa payasada?

Las manos de Valerie subieron y bajaron repetidamente por los

tríceps de Iván, como masajeándolos.

—Luigi dice que es una especie de terapia para él.

—No sé —dijo Iván—. Fingirse un borracho, parece una broma pesada incluso para gastársela a uno mismo.

—¿Conociste también a Ara?

—Claro. Una mujer deliciosa.

—Sí que lo es. El caso es que somos bastante amigas. Por ella supimos una parte de la vida de su marido, que desconoce casi todo el mundo.

El padre de Marcos era un alcohólico. El alcohol destruyó primero su carrera como escritor, después su familia y finalmente acabó con su vida. Murió cuando Marcos tenía dieciocho años, de un delirium tremens. En sus últimos tiempos, su hijo tenía que recogerlo casi a diario de los bares donde acababa la noche, ebrio hasta la inconsciencia. Quizás toda la extravagancia de nuestro amigo no es más que una forma de lamerse las heridas, un intento de digerir un fracaso que ni siquiera es suyo.

Asusta pensarlo, pero muchas veces me digo que nuestras vidas son sólo nuestras a medias. Yo, por ejemplo, estudié informática por darle gusto a mi padre. Veníamos de un barrio obrero, mi padre trabajó toda su vida en una fábrica, era uno de esos tipos imprescindibles que saben de todo, que sirven para todo y sin embargo se estancan a medio camino porque no tienen un título. Toda su obsesión era tener un hijo ingeniero. Y para empezar tuvo que conformarse con una hija, así que parecía demasiado pedir no darle el gusto al menos en lo de ingeniería, si es que la informática podía pasar como tal. No me ha ido mal, no me quejo, pero si hubiera elegido libremente, habría estudiado matemáticas.

—Sí —sonrió Iván—, se te daban muy bien.

—Fantaseaba con demostrar el último teorema de Fermat. Hace unos pocos años, cuando finalmente se consiguió, pasé una pequeña depresión, ¿sabes? Luigi y los críos no se explicaban qué mosca me había picado, por qué andaba todo el día cabizbaja y meditabunda. Incluso compré algunos libros de teoría de números a escondidas… me llevó un tiempo admitirme a mí misma lo que me pasaba. Me costó aceptar que había renunciado a un camino que hubiera escogido de no ser por la voluntad de mi padre. No sé si me hubiera ido mejor o peor, pero lo habría elegido yo. En cierto modo no soy

quien hubiera querido ser, sino el sueño de mi padre, o su revancha.

Después de que Ara me contara la historia de Marcos, sus extravagancias adquirieron otro sentido. Cada vez que asistía a una de sus representaciones trataba de imaginarse cómo podría conciliar el sueño un adolescente que acaba de meter a su padre borracho en la cama. Con qué valor enfrentaría cada mañana un muchacho que ve hundirse frente a sí a la persona más importante de su vida. De dónde sacaría fuerzas para seguir adelante.

Valerie apoyó la cabeza un instante contra el hombro de Iván y se quedó en silencio, pensativa.

—A lo mejor te parece que no estoy diciendo más que tonterías.

La música cambió. Una milonga lenta, nostálgica, como un toque de queda.

—Hay un cuadro, Valerie, un cuadro de Picasso. Los saltimbanquis. A lo mejor te suena.

—Sí —dijo ella—. No sabía que te gustara la pintura.

—Guárdame el secreto —sonrió Iván—. Y mira bien ese cuadro la próxima vez que tengas la ocasión. Fíjate en el forzudo. Fíjate en el equilibrista. Ese muchacho que anda por la cuerda floja y se rompe un hueso en cada caída. Ese viejo destrozado por la vida. Pero el equilibrista tiene que seguir andando, aunque le duela cada paso, aunque cada paso le separe del forzudo, porque le va la vida en ello.

La orquesta pasó a un bolero, casi imperceptiblemente. Valerie se apretó algo más contra él.

—No sé si te entiendo Ivanchu —dijo.

—No tiene importancia —contestó Iván, apretándola contra sí.

49

Miró su reloj. Eran las cinco y media de la madrugada, faltaba poco para que amaneciera. Encendió el cigarrillo de marihuana, dio un par de rápidas caladas, intentó, sin conseguirlo, imitar los aros perfectos de Altarelli.

Valerie se había ido a las tres y media cuando ya la fiesta comenzaba a decaer. Iván había remoloneado un rato más, consciente del insomnio y el vacío que la aguardaba en el hotel. Hacia las cuatro, el dolor de cabeza y el desánimo empezaron a pesarle más que el miedo a la soledad. Se estaba poniendo la chaqueta para marcharse cuando Ioannis se acercó, tendiéndole uno de los dos vasos que llevaba en la mano.

Iván reprimió una excusa en el último segundo. Ioannis, pensó, no se merecía que lo humillara rechazando su invitación. Dio un sorbo al licor que le ofrecía. Limón con Blue Sapphire. Inconfundible, como la vívida imagen de aquellos guateques del final de la carrera en los que no se bebía otra cosa, como el recuerdo de las infinitas noches de los veinte años, charlando hasta el alba con el mismo amigo que le tendía el vaso, el mismo amigo que dos años atrás le había tendido una mano que él había estrujado brutalmente.

—¿Cómo estás, tío?

—Fenomenal —dijo Iván, apartando la mirada.

—¿Seguro? Se te ve algo jodido.

—Estoy un poco cansado, eso es todo. ¿Y tú?

—Mejor.

—Me alegro. Me alegro mucho, de veras.

Iván dio un sorbo a su vaso. Su amigo lo imitó antes de tomar la palabra de nuevo.

—Sergei dice que vas a venir a trabajar con nosotros. Oye,

espero que sea verdad. Te va a gustar esto.

Hubo un silencio que se prolongó un par de minutos. Iván recordó la forma en que Ioannis solía reírse años atrás. Cualquier excusa era buena, cualquier chiste, por insípido que fuera, suficiente para ponerlo en marcha, poco a poco al principio y luego cada vez más fuerte, doblándose sobre sí mismo, hipando, llorando a lágrima viva, contagiando a cualquiera que tuviera cerca.

—Sigues loco por ella, ¿verdad?

Igual que en la última bronca con Sonia, le pareció que alguien, ajeno a él había formulado la pregunta, inoportuna, impertinente, ofensiva sin duda. Pero ya estaba hecho, pensó. Los ojos mansos de Ioannis buscaron los suyos antes de responder.

—Somos amigos desde hace tiempo, Iván. Aquello dolió, pero es agua pasada. No te guardo rencor. No me lo guardes tampoco tú.

Iván apuró el porro, dio un último sorbo a la botella. Quizás, se dijo, Ioannis tenía razón. Quizás nunca le había perdonado aquella mano extendida, aquella oferta de amistad que no venía a cuento, aquel presentarle la otra mejilla. O puede que fueran los celos, todos aquellos meses sabiendo que Sonia todavía dormía con él, todavía hacía el amor con él aunque me da asco, amor, que me ponga la mano encima. Los celos, los malditos celos. Sonia, gimió, aferrándose a la botella en vano, como un hombre que se hunde en arenas movedizas se aferra a esa débil rama que no puede sostener su peso.

Se levantó de la tumbona, acercándose al enrejado de metal que cerraba el balcón. Miró su reloj. Pasaban de las seis. Ocho pisos más abajo, la ciudad se desperezaba. Más allá de los altos rascacielos, más allá de la extensa llanura invadida por el asfalto, el horizonte se iba tiñendo de escarlata. La punzada en el pecho le hizo tambalearse, obligándole a asirse fuertemente a la balaustrada. Una imagen se fue abriendo paso en su conciencia. La imagen de una llanura desierta al amanecer, en la que se extendían las ruinas de los rascacielos destruidos, sus azules lunas quebradas, las fachadas de vidrio y metal horadadas. La imagen de la desolación, exigiéndole un lienzo en el que plasmarse.

50

Pobre Sergei, resoplando ansioso como un viejo bulldog, será él quien le tienda la pluma de oro para que firmes tu ruina en tu propia casa, qué detalle reunirnos en tu bazar para firmar la ampliación, William tiene esas cosas, sabe ser caballeroso, casi no cabemos en esta oficina tan repleta de objetos bellos e inútiles que ni siquiera te has molestado en adecentar un poco para la ocasión, aunque bien pensado porqué habrías de hacerlo, porqué deberías arrumbar tus talismanes para hacer hueco a estos cuerpos trajeados, para hacer hueco a este ejército de farsantes. Pero por qué no empezamos ya de una puñetera vez, antes de que nos asfixie a todos el calor y los nervios, antes que nos ahoguemos en este océano de silencio y rostros petrificados, dónde se ha metido Swartz y el notario y sobre todo por qué me miras de esa manera, Clara, por qué me sigues sonriendo, recalcándome que has escogido la lealtad, sonríes y sorbes tu té mientras contemplas el cuadro que cuelga de la pared, Eva caminando por el paraíso, Eva desnuda, madre, preñada, la esperanza hecha carne color ébano y esos ojos que son idénticos a los tuyos, Clara, que son tus ojos.

—Es una obra maestra —dijo Iván quedamente, inclinándose hacia ella.

—Sí que lo es —sonrió ella.

—Nunca me dijiste el nombre del artista.

—Tampoco tú me dijiste el de esa pintora maravillosa de la que me hablaste el día que nos conocimos.

No, nunca te lo dije, porque cómo pronunciar ese nombre maldito, querido, maldito, querido nombre.

—Miriam. Mi madre.

Los bellos ojos de Clara volaron del cuadro al rostro de Iván, pasaron sin interés por los ejecutivos que aguardaban cada vez más

impacientes y luego de nuevo a la muchacha preñada, serenándose en ella. Sonrió.

—El cuadro es de Raúl.

No, Clara, no es posible, porque cómo podría un impostor capturar así toda esa belleza. No es posible, porque si fuera cierto, sólo podría significar una cosa y tú sabes que yo lo entendería inmediatamente, entonces por qué confiar en mí, porque confiar en un desconocido que sabes que han pagado para traicionarte, ese desconocido que quiere confiar en ti, Clara, quiere confiar en ti, quiere confiar en ti, pero tiene miedo.

—Disculpad —bramó Swartz, entrando en el despacho como un ciclón, prácticamente arrastrando tras de sí a un tipo bajito, rechoncho, con grandes lentes ovalados y una expresión de herida dignidad en el rostro—. El puñetero tráfico.

El notario sacó una serie de documentos de su cartera, tendiéndoselos primero a Clara, que los firmó distraídamente, como si estuviera pensando en otra cosa, para alargárselos a continuación a William Goldman. Éste pareció titubear, deteniendo la pluma a un milímetro del papel, levantando la cabeza pelada, moviéndola a golpes secos de un rostro a otro, como un quebrantahuesos a punto de abalanzarse sobre un señuelo que olfatea, en el último instante, a los emboscados cazadores.

—¿Ocurre algo, William? —preguntó Altarelli, tenso como una ballesta.

—Nada. Simplemente asegurarme que estáis todos de acuerdo —dijo Goldman.

—Naturalmente —graznó Altarelli.

—De acuerdo —dijo Sarah Ellis.

—Claro que sí —dijo Swartz.

—¿Y tú muchacho? —dijo el CEO, fijándole con la mirada.

Iván contuvo la respiración. Con un esfuerzo apartó los ojos de las pupilas magnéticas del CEO, para fijarlos en los la muchacha que en el lienzo frente a él, caminaba por el paraíso.

Aquel lienzo, que no podía comprar todo el oro de las arcas del Sanedrín.

Aquella muchacha, cuyos ojos reflejaban los de Clara.

—¿Iván? —requirió la voz urgente del CEO.

—Sí —dijo, sintiendo en el paladar una miríada de sabores largo

tiempo olvidados—. Creo que debemos firmar.

51

Apenas concluida la firma se escurrió, fugándose con la premura con que lo había hecho unos meses atrás, tras denunciar a Sergei y sus amigos. Desconectó su celular y echó a andar sin rumbo fijo por el laberinto de calles de la ciudad.

La ampliación estaba firmada. Sin duda, también esa noche se descorcharía champán en los cuarteles de la Compañía para celebrarlo. Se imaginó a Altarelli llenando las copas de los ejecutivos, sonriendo su agria sonrisa que nunca pasaba de los labios. Goldman, supo, no asistiría a la fiesta. Tampoco él.

Encontró una cafetería. Era un local anticuado, que recordaba el casino de Pablo, uno de esos locales casi imposibles ya de encontrar en la ciudad. Cayó en la cuenta de que estaba hambriento. ¿Cuánto tiempo llevaba sin apenas probar bocado, manteniéndose a base de nicotina, alcohol y marihuana? ¿Dos, tres días? No recordaba. No recordaba nada, excepto la insoportable soledad de las noches sin ella, excepto las pesadillas que poblaban sus sueños de monstruos y corroían lo poco que le quedaba de espíritu. Debería comer, se dijo, pero la sola idea le producía náuseas. Al menos un café, se dijo. Un café y una pasta con sabor a nostalgia, a pasado irrecuperable, a felicidad perdida. Un café y una pasta que no le devolverían la cordura pero al menos calentarían algo su gélido interior.

Entró, pidió un café con leche y un croissant y sacó dos sobres del bolsillo de su chaqueta. Uno muy arrugado, con una dirección de Ámsterdam en el remite. El otro con una esquina ligeramente chamuscada. Comparó durante unos instantes, maravillado, la similitud de las caligrafías de Miriam y de Sonia. Luego se guardó de nuevo la carta de su madre y abrió el sobre que Sonia le había dejado.

El café con leche llegó en el instante en que se disponía a

empezar a leer. Mejor así, pensó. Mejor después de desayunar. Recordó aquellos domingos por la mañana, le pareció ver a Sonia cortando las dos patas al croissant para ofrecérselas a continuación —una de sus pequeñas costumbres, Sonia se contentaba con el centro y él solía levantarse hambriento como un náufrago—, mojando el mutilado cangrejo de hojaldre cuidadosamente en su capuchino antes de comérselo muy despacio, con la misma reconcentrada intensidad con que lo hacía todo. Cuánto, pensó, cuánto la echaba de menos.

No dejaba de ser chocante, pensó. Al regreso de París había llorado con toda su alma la ausencia de Clea. Pero empezó el curso y con él una rutina hiperactiva —las clases, el cuidado del viejo, las largas horas de estudio, el deporte diario— con la que había conseguido drogarse hasta el punto de embotar sus sentimientos. Las heridas infringidas por aquella ruptura fueron hondas, pero limpias. Habían cicatrizado sin infectarse. En cambio el naufragio de su relación con Sonia le estaba carcomiendo, metiéndosele dentro como un insecto que horadara su carne para depositar en sus intestinos las huevas del resentimiento, de la impotencia, de la amargura.

No dejaba de ser chocante. Nunca pensó que amara a Sonia, no como a Clea, en todo caso. Lo único que tenían en común, había creído siempre, era la pasión sexual, aquella especie de fluido eléctrico que parecía cargarlos cuando estaban uno en presencia del otro, obligándoles a electrocutarse mutuamente. No compartían demasiadas cosas, la obsesión por el trabajo, la ambición de ascender en la Compañía, la afición por la marihuana. Nunca había visitado un museo con Sonia, nunca le había contado su malograda pasión por la pintura. Siempre hablaron poco, y lo poco que hablaban solía ser tan trivial como las elaboradas predicciones del Zodiaco que tanto la apasionaban.

Y sin embargo la echaba de menos. Echaba de menos su alegría explosiva, aquella manera suya de maravillarse por cosas sencillas. Añoraba sus grandes ojos sombreados, expectantes mientras él le narraba cualquier anécdota, tantas veces inventadas por el puro placer de ver brillar aquellos zafiros enmarcados por la fiera línea del lápiz de ojos, hilando para ella melodramas, mejor cuanto más excesivos, cuanto más trágicos. Le dolía, comprendió, su ausencia,

como si le hubieran arrancado un pedazo de sí mismo. Le dolía como si le hubieran cortado las manos, vaciado los ojos. Sí, se dijo, eso era. Mutilado y ciego, Edipo traicionado por la mujer que seguía, incomprensiblemente, amando. No, no dejaba de ser chocante. Aquel vacío, aquel hundirse las naves de su alma.

52

Pidió un café, que se bebió de un trago, antes de decidirse a empezar a leer la carta:

Hola amor.

No estoy del todo segura de para qué te escribo. Me he despertado esta mañana y no estabas en casa. Te he esperado todo el día. He esperado tu regreso con la esperanza de hablar contigo.

Hasta que Sergei ha telefoneado, hace un rato. Pobre Sergei. No sabía cómo decírmelo, llamándome con el celular desde el retrete para que no le oyeras contarme que habías aparecido por su casa, borracho, mudo, metido en uno de tus silencios cerrados con siete llaves, uno de tus silencios en los que no dejas entrar a nadie. Los conozco muy bien, tus silencios. Conozco muy bien ese estado de ánimo tuyo, ese refugiarte en no sé qué sótanos de tu alma.

Pobre Sergei. Nunca me lo tomé en serio, demasiado charlatán como buen Géminis, tan gordinflón, tan estrafalario. Y ya ves, suplicándome que fuera a buscarte, hija, me decía, Iván ni siquiera me ha dirigido la palabra, ahí tumbado encima del sofá, apestando a güisqui, pobre Sergei, lloraba cómo un bebé de pura angustia, por qué no vienes Sonia, estas cosas pasan, también yo con mi mujer cuando éramos jóvenes, pero con buena voluntad, seguro que todo tiene arreglo. ¿Lo tiene, Iván? Cuando nos casamos, me dije a mí misma que había encontrado al hombre de mi vida y ahora no me queda más remedio que reconocer que no puedo seguir así. No soy ninguna santa, lo sé bien.

No tuve mucha compasión del bueno de Ioannis. Pero es que estaba colada por ti, no me importaba nada más que estar contigo. Y creí que tú también me querías.

Lo que más me dolió de tu rollo con Patricia fue darme cuenta de lo poco que confiabas en mí. Darme cuenta de que estabas obsesionado con que podía engañarte como había engañado a Ioannis. Me dolió, pero entendí el mensaje.

Corté con la mitad de mis amigos, a la otra mitad les dejé claro que se habían acabado las confianzas. Intenté tomarme en serio lo de ser tu mujer. Me dije a mí misma que nos iba bien. En la cama, fenomenal. Buen rollo en casa. Y risas, siempre nos hemos reído mucho juntos, ¿verdad? Eso era importante. Me gustaba estar contigo. Me gustaba estar contigo haciendo cualquier cosa, llegar a casa y que fuera de los dos, despertarme y saber que estabas ahí, a mi lado, tan hombre, tan fuerte, con esas manos tuyas tan grandes, tan poderosas y tan tiernas.

Tú y yo, me parecía, ya ves que tonta, que éramos especiales, distintos al resto de la gente. Pero me mentía. Ahora lo tengo claro.

En todo este tiempo has sido incapaz de contarme un detalle de tu vida que no fuera trivial. Has sido incapaz de contarme que les sucedió a tus padres, quién era aquella novia que tuviste, qué pasó entre vosotros.

Eres incapaz de revelar nada que pudiera ser utilizado en tu contra, nada que te descubra, que te exponga ante los otros. Lo poco que sé de ti lo he tenido que sonsacar a tus amigos y ni siquiera ellos saben demasiado. ¿Cómo puedes vivir así?

Durante dos años he intentado que confiaras en mí, que te creyeras esto nuestro como yo me lo creía. Pero tú seguías viviendo en otro mundo.

Conmigo estabas solo a medias. Cuando apareció Raúl, lo único que te preocupaba era si iba a acostarme con *él.* O mejor dicho, cuándo iba a acostarme con él, porque diste por supuesto que lo haría desde la primera vez que reí una de sus gracias, desde la primera vez que acepté una invitación que nos hizo a los dos y tú declinaste.

¿Nunca se te ocurrió que podías acompañarme ya que tantos celos te daba? ¿Nunca se te ocurrió que podías batirte, dar la cara, en lugar de encerrarte en tus impenetrables mazmorras, en lugar de negarme? Me hubiera gustado que vinieras conmigo Iván, me hubiera gustado que vinieras a las exposiciones y a las tertulias, que metieras baza cuando todos los pelmas que Raúl lleva siempre

alrededor se ponían a hablar de arte, se les llenaba la boca con el arte y no decían más que memeces, seguro que tú hubieras tenido algo que decir, algo interesante y auténtico, lo sé aunque tú y yo nunca hayamos hablado de esas cosas, aunque siempre me hayas considerado demasiado boba para molestarte en compartir conmigo toda esa parte de tu vida que desconozco, pero no lo soy, amor, hace dos años que vivimos juntos, conozco todos tus libros, todas esas docenas de libros arrumbados en el último estante de la biblioteca de los que no hablas nunca y sólo te atreves a ojear a escondidas.

No, no soy tan tonta, o quizás sí lo soy, quizás me enamoré del Iván del que me hablaba Ioannis al que siempre le contaste muchas más cosas que a mí, el Iván que había renunciado a París para cuidar a su padre, con Ioannis si te confiaste un poco y al pobre no era difícil tirarle de la lengua, se deshacía hablando de ti, su amigo, ese tipo orgulloso que sabía de tantas cosas y nunca presumía, quizás me había ya enamorado de ti antes de conocerte, me había enamorado de la imagen que pintaba de ti Ioannis, que no sabía cómo íbamos a pagarle tú y yo el cariño que nos tenía.

Me había enamorado de ti de antemano y sólo necesité verte y que me sonrieras para echarme en tus brazos. Sí, amor, me hubiera gustado mucho que vinieras a las cenas y a las fiestas, que le explicaras a Raúl que tú también estuviste en París y fueras capaz de reírte un poco, de ver más allá de las nieblas que te ciegan, de escuchar otra cosa que esas voces en tu cabeza que te aseguran en todo momento que te engaño.

Me hubiera gustado mucho que vinieras, pero no estaba dispuesta a permitir que fueran tus celos, tu desconfianza, lo que me impidieran hacer mi trabajo, entre otras cosas porque he llegado a convencerme de que no serviría de nada.

Haga lo que haga y ésa es la razón por la que no fui a buscarte la otra noche a casa de Sergei, tú ya me has juzgado y condenado. Ni yo ni nadie puede sacarte de tu propio infierno, Iván, si tú no quieres salir.

Pienso que lo nuestro hubiera podido ser un gran amor, pero ya ves, podía, todo se queda en un podía.

53

No estaba en casa. El contestador, irónico, le había informado que telefoneaba a la residencia de Iván y Sonia, deja tu mensaje y te llamaremos en cuanto podamos. Su portátil estaba desconectado. Una apurada secretaria le explicó que la directora había tomado unos días de vacaciones. No, no había dejado un teléfono. No, no sabía como localizarla. No, no había dejado ningún mensaje para él.

Luego, una borrosa procesión de calles desconocidas y bares en los que trasegar alcohol. De alguna manera se había encontrado, a las tres de la mañana, en la asfixiante habitación de un hotel de paso, aturdido, desesperado, enfermo de resaca y ansiedad.

Un hotel de paso que no podía soportar un instante más. Imposible seguir allí, sin hacer nada. Mejor intentar cualquier cosa, por absurda que fuera. Mejor ir a buscarla.

Pero ¿por dónde empezar? Sonia no tenía familia en la ciudad. Tampoco caía en la cuenta de con qué amigos habría podido contar en semejante trance. Desde luego, no con Patricia, se dijo y el pensamiento sonó en su cabeza tan cínico como el mejor de los desplantes de Altarelli.

¿Pimenta? Tres días antes no hubiera dudado en empezar por allí. Pero tres días antes no hubiera ido a buscarla aún sabiendo donde encontrarla. Tres días antes Sonia no se había marchado de casa. Excepto, susurró una voz en su cabeza, que había sido él y no Sonia quien se había marchado. Y ahora no sabía a qué puerta llamar, no sabía qué hacer, excepto probar fortuna en el último sitio del mundo donde hubiera deseado encontrarla.

¿Y por qué no? No tenía nada que perder, después de todo. Mejor dormir en el portal, si nadie le abría, o vagar por la ciudad sonando timbres al azar, que seguir asfixiándose en aquel cuarto infecto.

Sí, se repitió, mientras bajaba del taxi de un salto, arrojando al adormilado taxista un billete cuyo valor doblaba el importe de la carrera. Sí, dormiría en el portal si era necesario, pulsaría el timbre hasta reventarlo, forzaría la puerta a empujones, noventa kilos de músculo y rabia contra la doble cancela de hierro macizo, con tal de obtener una pista, por remota que fuera, de su paradero.

—*Oui* —la voz de barítono en el contestador, respondiendo casi instantáneamente al primer timbrazo.

—Soy Iván.

—*Ah, mon gars*. ¿No es un poco tarde?

—Déjame subir. Por favor.

—Mais bien sûr.

La puerta del ático, doce pisos más arriba, estaba entornada, la casa en penumbra. Pimenta se mecía en una de las butacas desperdigadas por la terraza acristalada, contemplando la ciudad en penumbra. Había dos vasos y una botella de güisqui encima de la mesa.

—Tendrás que conformarte con un poco de Glenlivet. No me queda una gota de buen vino.

Iván se dejó caer en una butaca junto a Raúl, llenó medio vaso, lo vació en dos rápidos tragos. Su anfitrión se sirvió a su vez, sorbiendo su licor en silencio. No parecía particularmente sorprendido por la inesperada visita a altas horas de la madrugada, casi, se diría, todo lo contrario. Iván tuvo la sensación de que le había estado aguardando. O quizás no era a él a quien aguardaba, quizás no era a nadie en concreto. Quizás aguardaba la llegada del alba, o del sueño, que siempre llegaba, como él aquella noche, sin anunciarse y a deshoras. Quizás, tras las cenas aparatosas, las tertulias, las salas de fiesta, había el silencio de la madrugada, la calma de un hombre meciéndose en una butaca que mira un paisaje nocturno, un hombre que espera y no sabe a qué o a quien está esperando.

Iván lo observó mientras se servía otro vaso y bebía, esta vez con más calma. El rostro, sin maquillaje, era mucho más varonil, mucho más triste. Una tristeza que empezaba en los labios, donde el carmín había disimulado un rictus amargo y subía hasta los ojos, en los que, sin el señuelo del rímel y las pestañas falsas, las pupilas aparecían veladas, opacas, como aquejadas de cataratas. Los ojos,

pensó, de un octogenario.

—Estoy buscando a Sonia.

—¿*Ici*? ¿A las tres de la madrugada? *Mon Dieux*. Eres todavía más estúpido de lo que me creía —no había sorna, ni burla en la frase. Tan sólo melancolía.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

Raúl negó con la cabeza. Iván supo que no mentía, sintió una extraña mezcla de alivio y agonía. El rostro cansado de aquel hombre, evidenciaba la sin razón de sus celos aún más que la carta que quemaba en sus bolsillos. Pimenta tenía razón. Qué estúpido, se dijo. Qué estúpido. La impotencia agolpándose en sus músculos, subiéndosele a la cabeza. Sin poder evitarlo, golpeó la mesa, con toda su fuerza (supo, sin embargo, en el mismo instante que estrellaba el puño contra la madera, resquebrajándola, que no hacía sino repetir un gesto, el gesto de su padre, quince años atrás). Los vasos saltaron por el aire, la botella se tambaleó. Raúl la atrapó al vuelo.

—No sirve para nada, *toute cette violence*.

—Lo sé —gimió Iván—. Lo siento. Estoy… desesperado, Raúl, no sé que hacer.

El exceso de alcohol, la soledad, la vista desde aquella terraza, ofreciendo una ciudad habitable, desconocida, una ciudad que él había ignorado, como había ignorado los esfuerzos de Sonia por tender un puente entre ellos. La ansiedad incontrolable, el silencio de todos aquellos meses, de todos aquellos años. Iván no sabría decir cuál de todas aquellas cosas tiraba de su lengua, o si eran todas, o ninguna. Sólo sabía que quería hablar, que necesitaba hablar, que no podía ni quería controlarse. Raúl escuchaba en silencio, sorbiendo güisqui, meciéndose en su butaca.

—*Ce n'est pas encore perdu* —dijo, cuando Iván hubo acabado su narración.

—¿No está perdido? Se ha marchado. No sé dónde encontrarla.

—Dale tiempo. Necesita pensar.

—¿Pero cómo puedo estar seguro de que va a volver?

—No puedes. *Mais tu est un connard chanceux, mon vieux*, un tonto con suerte. Es posible que te dé otra oportunidad.

—Es fácil decirlo.

—*Qui, c'est vrai*. Pero no puedo ofrecerte más.

—Ojalá —gimió Iván, inclinándose hacia Raúl, asiéndose a sus hombros, como un hombre que cuelga del precipicio se aferra a una mano amiga, a cualquier mano—. Ojalá tengas razón.

Pimenta se dejó estrujar, imperturbable, obsequiando a Iván con unas palmaditas amistosas en los hombros. Remoto, tan remoto y tan anciano, quizás tan indiferente, como aquella secoya bajo la cual se había sentado con William Goldman.

—Allez. Courage.

Iván soltó presa, derrumbándose en su butaca. El cansancio acumulado comenzaba a hacer mella, aunándose al efecto del alcohol y el ayuno casi total de los últimos días. Notó como le invadía el sopor, de una manera lejana, como si le estuviera ocurriendo a otro. La voz, cada vez más distante de Pimenta hablaba de un cuadro de Goya. Con un esfuerzo sobrehumano se enderezó, sacudiendo la cabeza para despejarse.

—¿Cómo decías? —tartamudeó.

—¿Conoces la obra de Goya? —respondió Raúl.

—Sé algo de pintura. Mi madre…

—*Miriam Ormaechea.* Je sais. Une grande artiste.

Iván se quedó boquiabierto, noqueado, tratando de digerir la revelación. ¿Y por qué no? ¿Era tan extraño que aquel hombre que había dedicado su vida al arte, aquel hombre que había pagado una fortuna por un boceto de Picasso, aquel hombre que había pintado el cuadro prodigioso que colgaba en el despacho de Clara, conociera la obra de Miriam? Qué estúpido, pensó de nuevo. Qué estúpido había sido, habían sido todos.

—Goya —repitió Raúl—. Hay un cuadro suyo que deberías estudiar. Un cuadro muy sombrío, muy triste. Alguien duerme apoyado sobre una mesa como ésta. Ese alguien podrías ser tú, hace un momento. A su alrededor se agitan murciélagos, rostros horribles, sombras amenazantes, en la oscuridad. Es un cuadro espantoso. Uno siente pánico por el durmiente, sabe que está a punto de ser devorado por su propia pesadilla.

—El sueño de la razón produce monstruos —dijo Iván.

—*Voilà.* Hace falta que despiertes Iván. Tienes que olvidar tus pesadillas. O acabarán por devorarte.

54

Altarelli, pensó, tampoco había dormido la noche anterior. Eso tenían en común. Eso y el haber bebido mucho y la soledad, aunque el ejecutivo había pasado la noche de juerga rodeado de su séquito y de sus putas.

—Es lo bueno de estar arriba, socio. Te pagas lo que te apetece.

Altarelli cogiéndole del brazo, hablándole al oído, echándole encima un aliento en el que se mezclaba el olor a menta de un apresurado caramelo con el de la nicotina y el alcohol.

—Rubias, morenas, lascivas, tímidas, dominantes, sumisas. Tú eliges. El que paga, manda. Pero eso sí, jóvenes. Uno siempre tiene la edad de las tías que se tira.

Iván no se había molestado en responder, limitándose a zafarse de la presa del directivo con la excusa de ir al cuarto de baño. Allí se había remojado de nuevo la cara, buscando ahuyentar el sueño de sus cansados párpados, antes de regresar a la sala dónde aguardaban la inminente aparición de Pimenta y sentarse en la butaca más lejana a la de Altarelli. Una voz servicial le preguntó si deseaba tomar algo. Pidió un café.

Mientras lo sorbía, paladeando el sabor amargo y reconfortante, recordó el final de la madrugada, que se había prolongado durante un tiempo a la vez imposiblemente largo —el alcohol dilatando cada minuto— y tan rápidamente consumido como cada uno de los pequeños tragos de güisqui, con los que habían vaciado la botella. Una y otra vez, a lo largo de aquellas borrosas horas, había acudido a sus labios una pregunta.

—Háblame de mi madre.

Una pregunta que había sido incapaz de formular, mientras la conversación de un Raúl cada vez más ebrio giraba y giraba en torno a un único tema. Como Miriam, una vez que el alcohol le

hacía bajar la guardia, Raúl Pimenta sólo sabía hablar con Pablo, le *cher* Pablo, sólo sabía hablar con un difunto.

—*Le problème avec lui, mon vieux* es el punto de vista. Demasiado lejano, demasiado equitativo. *Il regarde, c'est tout*. Mira y su mirada penetra como ninguna, pero no se compromete, no escoge partido. *Sauf avec les femmes*, todo hay que decirlo. Flota por encima de todo. Como el Dios. Pero no es el Dios, es un hombre, un artista. Hay cosas que un hombre no puede permitirse, incluso si es un artista sublime. Demasiado balance. Le falta esa emoción maldita que nos hace humanos.

—¿Y el Guernica? ¿Te parece distante?

—*Qui*. Contemplándolo se escucha el caer las bombas. Pero no el llanto de los niños.

—No sé… —titubeó Iván.

—Ven —dijo Pimenta, alzándose a duras penas de su butaca—. Acompáñame.

Se habían tambaleado, dos marinos en plena galerna, ascendiendo por la empinada escalera que conducía al piso superior del ático. Iván había imaginado una buhardilla destartalada, como la de su madre, no la gran sala —al menos doscientos metros cuadrados— vacía, excepto por los cuadros que colgaban de las paredes. Vacía excepto por *le cher* Pablo.

Era imposible, se dijo, que ninguna de las obras mayores allí expuestas fueran originales. Pero las copias eran de una calidad extraordinaria. Iván se supo incapaz de distinguirlas del original. Se preguntó si Miriam lo sería.

Pimenta, se aferraba a su brazo, arrastrándole furiosamente hacia el norte de la sala.

—Regarde ici.

Iván contempló la copia del cuadro —debía, se dijo, ser una copia—, junto al cual colgaba un estudio a tinta, quizás uno de aquellos celebrados bocetos, anteriores a les *demoiselles*, por cuya posesión Pimenta se había prácticamente arruinado.

—*La vie* —dijo—. Circa mil novecientos tres, al principio del periodo azul.

—*Pas mal* para un ejecutivo.

Iván se encogió de hombros. Raúl veía a través de su máscara, igual que él había alcanzado, finalmente, a ver a través de la suya.

—*Alors*. Perfecto, como todo lo suyo. El simbolismo *et tout ça*. El cuadro, dentro del cuadro, dentro del cuadro. El hombre solitario, la madre, los amantes. Nos explica las diferentes formas de existencia. Nos inquieta. Nos conmueve. Pero no nos redime, *mon vieux. Tout ce bleu, toute cette froideur*.

El tirón urgente, arrastrándole hacia otro cuadro. Raúl jadeaba, febril, a todas luces muy borracho.

—Y éste. *Mère et fils*. Madre e hijo. ¿Qué te dice?

Aquel rostro, pensó Iván. Aquella tristeza, tan familiar, tan íntima. La mujer no se parecía en absoluto a Miriam, igual que el muchacho, de perfil, no se parecía en absoluto a él. Pero igualmente podía haber contemplado una fotografía suya, una de aquellas fotografías que Pedro les había hecho en el estudio y que se habían esfumado, igual que el dinero de las cuentas, igual que toda su niñez, de un solo golpe.

—Magnífico, *n'est-ce-pas*. Si no hubiera existido la melancolía en el mundo, este cuadro la habría inventado. *Mais toujours, cette distance, cet équilibre*.

De nuevo el tirón urgente, arrastrándolo hacia otro cuadro.

El cuadro*, pensó Iván.* Los saltimbanquis.

La obra, que según Goldman, valía treinta denarios de plata. Excepto que aquella copia estaba incompleta, a medio terminar, la pintura aún fresca. Súbitamente, Iván comprendió quién era el autor de todas y cada una de las reproducciones que colgaban de aquellas paredes.

—Pero dime, quién son, esos vagabundos, aún más efímeros que nosotros mismos —*la voz baja de Raúl, citando de memoria aquellas líneas que el tío Pedro todavía leía en una tarde de su infancia*—. Cayendo desde el suave, bien engrasado aire, aterrizando en esa lona desgastada y harapienta por sus continuos saltos, esa lona perdida del universo.

Iván se frotó los párpados bajo las gafas. —Está incompleto —alcanzó a murmurar, señalando el cuadro, maravillado de que su voz llegara a completar la frase sin quebrarse.

—*Oui*. Y también el original está incompleto. No responde a la pregunta, eso ya lo entendió *le grand poète*. Dime, ¿quién son esos vagabundos? —La voz surgía con dificultad de la garganta de Raúl. Iván, comprendiendo que estaba mucho más borracho de lo que

aparentaba. Sujetó el brazo que le asía, justo a tiempo de evitar que Pimenta se desplomase. Iván recorrió la sala con la mirada, buscando un asiento. Nada. Ni una simple silla en el cuarto vacío, excepto por los cuadros.

—Ven, déjame ayudarte —dijo, empujando a Raúl, suavemente, de regreso al piso inferior.

—¿Quién son? —repetía el otro, su voz ya casi un balbuceo—. *Il nous pose la question, le cher Pablo*. Pero no nos da la respuesta, *mon ami*. No nos da la respuesta.

55

Pasaba media hora de las nueve, pero nadie había empezado a preocuparse todavía. Nadie excepto Altarelli, cuya forzada alegría apenas conseguía disimular la ansiedad que le corroía, toda su fría serenidad hecha trizas, revolviéndose en la butaca como si ésta tuviera chinches, pidiendo con un tono de voz demasiado alto una botella de champán al camarero.

—Así vamos celebrando.

Una mirada del CEO congeló la orden, pero el ejecutivo no pareció apercibirse ni de ésta, ni del brillo acerado en las pupilas de William Goldman. Incapaz a todas luces de detenerse un instante deambuló por la sala hasta sentarse en el apoya brazos de la butaca de Iván.

—Seguro que el maricón se está maquillando.

—Te veo un poco nervioso —contestó Iván, a cuyo paladar volvía, poco a poco, el sabor del mazapán.

—Demasiadas rayas anoche, socio. A ver si aparece el jodido Pimenta y podemos irnos a dormirla, ¿eh?

Sí, pensó Iván, un poco de sueño no nos vendría mal, pero quizás el jodido Pimenta nos haga esperar, socio. Se le vino a la cabeza la imagen de Raúl, apoyándose en él, casi un paralítico, al que consiguió arrastrar prácticamente en volandas, de regreso al piso inferior, donde, para su sorpresa, les esperaban dos tazas de café recién hecho, en la mesita de la terraza. También esperaba, envuelta en un breve salto de cama, balanceándose en la butaca que antes había ocupado Raúl, la muchacha que Iván había conocido unas noches atrás, aquella Valkiria de largas, bronceadas piernas y cabello rubio, a la que había visto por última vez dirigiéndose al cuarto de baño, con una cajita llena de cocaína en el bolso.

—*Bonjour ma chérie* —dijo Pimenta. Comenzaba, en efecto, a

amanecer—. Te hemos despertado, *pauvre petite*. Ya conoces a Iván, *n'est-ce pas*.

Ella le había extendido la mano, sonriendo una sonrisa adormilada, tierna, casi la sonrisa de una niña. Casi. Había algo en ella que no ignoraba el breve camisón apenas disimulado por la bata, las estilizadas, desnudas piernas, los labios llenos y húmedos, el largo, sedoso cabello, desparramándose sobre sus hombros. *Le cher* Pablo, hubiera sabido qué hacer de esa sonrisa, de ese rostro, de esas piernas y ese camisón. Se preguntó si él podría. Si sería, al menos, capaz de atreverse.

No recordaba de qué habían charlado, durante la media hora o cuarenta minutos que ella les había acompañado. Recordaba la mano de Raúl, desapareciendo bajo la mesa —aquella cansina sensación de *déjà vu*—, la luz desangelada del amanecer rematando lo poco que quedaba vivo de la noche, los dientes blanquísimos que la Valkiria había exhibido al bostezar.

—Me voy a dormir. No tardes, Raúl. Tenemos que coger un avión dentro de un rato.

—*Oui, oui*. Voy enseguida, *princesse*.

Raúl le había mirado, sus ojos inquietos súbitamente fijos, escudriñándole, casi, pensó Iván, desafiándolo.

—*Elle est belle, Helga, ¿eh, mon gars?* Y una gran modelo. Tan sensual, tan exquisita. *Une femme* adorable.

Aquellos ojos. Lascivos, desafiantes, obtusos, ebrios, confundidos, agotados, febriles, necios, desahuciados, ansiosos. Aquellos ojos a los que se asomaba toda la angustia del mundo. Aquellos ojos tan desalentados como la luz de la mañana. Iván se preguntó si aquel hombre era el mismo —era todavía el mismo— que había pintado aquel lienzo maravilloso que colgaba en el bazar de su esposa. Aquel hombre amaba a la mujer que posaba para él —amaba a Clara— con un amor absoluto, reflejado en cada detalle del cuadro. De repente le pareció entender el argumento que Raúl había esgrimido toda la noche contra Picasso. Lo que conmovía de aquel cuadro era la forma en que el artista tomaba partido, declaraba a los cuatro vientos sus sentimientos.

—Esta mañana he visto un cuadro. Eva en el Paraíso —dijo—. El retrato de una mujer embarazada. El hombre que lo pintó, amaba con toda su alma a esa mujer.

—Oui. C'est vrai.

—Me pregunto qué se ha hecho de aquel amor.

Súbitamente Raúl se había levantado de un salto, derribando la hamaca, derribando las tazas encima de la mesa, precipitándose encima de Iván. Torpe, endeble, asiéndose a duras penas al cuello de su camisa, zarandeándolo débilmente, golpeándole, o tratando de golpearle, sin conseguir otra cosa que propinarle unas débiles, patéticas palmadas en los brazos.

—¿Qué sabes tú? ¿Qué sabes tú del amor?

Luego se había derrumbado, semiinconsciente. Un hilillo de baba se le escapaba por la comisura de los labios. Iván lo había tomado en brazos —era sorprendentemente ligero, apenas piel y huesos bajo el atuendo del dandi—. Helga le había ayudado a acomodarlo en el parco futón, encima del tatami. Luego le había acompañado hasta la puerta. En el vestidor, Iván reparó en las dos maletas y los billetes de avión sobre el recibidor.

—No se lo tomes a mal. Ha bebido mucho.

—Claro que no.

Helga le había besado en ambas mejillas. De nuevo la niña, tímida, casi casta, incongruentemente envuelta en seda.

—Es un hombre bueno —le dijo, tomándole un instante de las manos, ya en la puerta—. Y sufre, ¿sabes? Sufre mucho.

56

Pimenta seguía sin aparecer a las once de la mañana, cuando Goldman se levantó de la butaca en la que llevaba dos horas inmóvil, como una estatua de hielo y se dirigió a la puerta.

—A las tres en mi despacho. Helmut, averigua qué ha pasado.

A las tres, un apurado Swartz resumía, entre interjecciones y golpes al aire las averiguaciones realizadas a toda prisa por sus sabuesos. Pimenta se había marchado a París, esa misma mañana, posiblemente con el ánimo de refugiarse en la casa de Lettessier. Había sido imposible hablar con él.

—El hijo de puta —rugió Altarelli—. Seguro que lo único que pretende es subir el precio, ahora que nos tiene por las pelotas.

—Helmut —murmuró el CEO—. Cuál es la situación desde el punto de vista legal.

El corpulento abogado se golpeó la mano con el puño como un pecador arrepentido golpeándose el corazón.

—El contrato es firme —dijo—. Los abogados de Clara apretaron duro en ese aspecto. Echarnos para atrás nos costaría un serio disgusto.

—Por supuesto no hay manera legal de presionar a Pimenta —dijo como para sí, el CEO.

—No la hay —asintió Swartz.

—Quizás deberíamos usar otras formas —la mueca en el rostro de Altarelli era la rendija de una máscara etrusca—. Más… contundentes. Conozco quien podría convencerlo rápidamente.

—Estás perdiendo reflejos, Roberto —dijo Goldman—. Pimenta tiene amigos influyentes. Ese aristócrata, sin ir más lejos. Y mucha visibilidad. ¿Te imaginas lo funesto que sería que fuera a la prensa con esta historia? ¿O a los tribunales? Piensa un poco antes de proponer sinsentidos.

—Estoy de acuerdo —dijo Swartz—. Nuestra situación en este momento es delicada. Tenemos que actuar con mucho tacto.

—Iván —dijo el CEO—. Quiero que tomes el primer avión para París. Averigua el precio de ese hombre. Y págalo. Tienes carta blanca. No me falles.

—William, ¿no sería mejor que fuera yo? Al menos debería acompañarle, ¿no te parece? —La tez de Altarelli estaba amarilla como un limón, sus ojos asemejaban a los de un tigre de bengala asustado por el fuego.

—Lo siento, amigo mío —suspiró William Goldman—. Pero no creo que fueras de mucha ayuda. Estás muy tenso.

Te hace falta un buen descanso, pensó Iván. Sus ojos encontraron las feroces pupilas del ejecutivo. No pudo evitar sentir compasión por aquel hombre que se hundía en las arenas movedizas del rencor.

57

El jardinero que le recibió en la doble puerta de hierro que daba acceso a la heredad. La doncella que le aguardaba en la entrada principal del palacete. El mayordomo que se ocupó de él durante hora y media, paseándolo por salones y alcobas, mostrándole los exquisitos jardines, la librería colosal, las caballerizas, las cocinas, el invernadero. El mozo de cuadra que atendía a los pura sangres. Las cocineras que se afanaban entre fogones. El camarero que le trajo un café. El ama de llaves que le condujo al gabinete donde el conde le esperaba. Todos, pensó Iván, todos eran visibles, sólidos, gente de carne y hueso. El jardinero era un anciano de ojos claros, cuya cojera se debía a una esquirla de metralla incrustada en su rodilla siendo un niño, durante la segunda guerra mundial. El mayordomo hablaba francés con un ligerísimo acento sajón, que, se diría, no era del todo involuntario. El joven camarero, no dejó de sonreír mientras le preparaba la infusión. La aristocracia, por lo visto, no necesitaba, o no sabía apreciar la intangibilidad, el anonimato, la invisibilidad que caracterizaba a los lacayos al servicio de los nuevos dueños del mundo.

Los aristócratas como el conde Lettessier, se dijo Iván, que habían perdido, o renunciado al poder que un día ostentaran, conservando tan sólo algunos vestigios de éste. Ciertos privilegios, pequeñas fortunas que aún podían permitirse algunas hectáreas de terreno, unos pocos empleados, una hermosa mansión. Naderías si se comparaban con los recursos de multinacionales como la que regentaba, con mano de hierro, William Goldman. Antoine Lettessier Selvon formaba parte de una especie de hombres destinada a desaparecer, casi desaparecida. Una especie de aristócratas refinados, exquisitos, esencialmente pasivos, el producto final de una larga cadena de hombres y mujeres cultivados

y decadentes, tan en desuso, tan inviables en la sociedad moderna, como el empresario con ideas socialistas, como el jefe de personal con escrúpulos, como el CEO de una empresa que escribe artículos en los que se propone la lealtad como moneda de cambio en el mercado de valores.

Y sin embargo, aquellos criados, sonrientes y confiados, aquel palacio donde las obras de arte parecían dispersarse al azar por salones y pasillos, como emulando el desorden encantado del bazar de Clara, insistían, tercamente, en contradecirle.

58

El ama de llaves le dejó en el gabinete del conde, rogándole que aguardara —el ama de llaves con su cabello gris, sus ojos claros y aquella sonrisa irónica bailándole en los labios—. Iván se reclinó en la butaca donde le había acomodado y cerró los ojos un instante, tratando de calmar un incipiente dolor de cabeza. Pasaron diez minutos, quince. Se levantó y recorrió la amplia estancia. Era, pensó, una especie de negativo del despacho de Goldman, maderas nobles en lugar de metacrilato, una profusión de pequeños objetos desperdigados por doquier —de nuevo el bazar oponiendo su abigarrada exuberancia al vacío de la catedral—, apuntes a lápiz, fotografías enmarcadas, daguerrotipos y óleos cubriendo las paredes, desnudas en el santuario del CEO.

Se acercó a uno de los cuadros. Era un soberbio retrato de un joven de veintitantos años. Las líneas del rostro eran delicadas, casi femeninas, excepto por el mentón protuberante y la firme, varonil barbilla. El cabello, rubio y lacio, se adivinaba sedoso y delicado aunque sin fuerza, las entradas en las sienes, apenas insinuadas, anunciaban, sin embargo, una calvicie prematura. Los labios, finos, se curvaban en una sonrisa a la vez afable e irónica. Los ojos eran azules y tristes. Cómo había conseguido el artista reflejar aquella tristeza era algo que a Iván se le escapaba por completo, pero allí estaba, nítida, evidente y contagiosa. Una tristeza absoluta, la tristeza de Dante al regresar de los infiernos, la tristeza que estaba matando a su padre, que le estaba matando a él, concentrada y resumida en dos discos de índigo.

Sacó su pañuelo, limpió el cristal de sus gafas, enjugando de paso, disimuladamente, como ocultando el detalle a una audiencia invisible, las lágrimas que habían empañado sus ojos.

En ese momento, una tos discreta a su espalda le informó de que

no se hallaba solo. Se giró, encontrándose de bruces con el hombre cuyo retrato había estado contemplando un instante antes. El mismo rostro, sin lugar a dudas, aunque el de carne y hueso tuviera treinta años más. Los mismos rasgos delicados, la firme barbilla, el mentón protuberante, el cráneo hermoso y casi totalmente desprovisto de cabello —apenas quedaban en él unas hebras, lacias, plateadas, finísimas—. La misma sonrisa irónica. Idénticos ojos azules excepto por un detalle. Los del hombre que le contemplaba eran inquietos, vivaces, casi traviesos. No había en ellos el más mínimo vestigio de la tristeza que anegaba los del joven que colgaba en silencio de la pared.

—Soy Antoine Lettessier —sonrió el recién llegado—. Lamento el retraso.

Iván estrechó la mano que el otro le tendía, notando el firme apretón. El viejo aprobaría a aquel hombre.

—Iván Ormaechea —dijo—. Le supongo al tanto del motivo de mi visita.

El conde le hizo un gesto para que tomara asiento, haciendo lo propio. Iván reparó en la indumentaria del aristócrata. Se diría que Pimenta y él acudían al mismo sastre aunque la elegancia del conde era sobria, desprovista de las extravagancias típicas de Raúl.

—Naturalmente —dijo el aristócrata—. Mi hermano me ha puesto al tanto.

—¿Su hermano? —Se sorprendió Iván.

—En realidad somos hermanastros —sonrió el noble—. Nuestro padre tuvo sólo dos grandes vicios, de los cuales yo he heredado uno, la afición por las carreras de caballos. El otro, que no compartimos, era su debilidad por las mujeres. Hay que decir que siempre se las compuso para manejar sus amoríos discretamente, con alguna que otra excepción. Como la de María Pimenta, que sólo tenía diecisiete años cuando quedó embarazada de él. Claro que mi madre acababa de cumplir los dieciocho. A mi padre le perdían las jovencitas, cuanto más tiernas mejor. Aparte de eso no era mala persona. Supongo que no ignora que María fue mi nodriza. Mi madre nunca gozó de muy buena salud, murió siendo yo muy niño todavía. Pero ya ve, gracias a las andanzas de mi padre, me quedaron *maman María* y Raúl. Usted habrá oído quizás el refrán, Dios escribe derecho con renglones torcidos. Raúl siempre ha

preferido mantener cierta discreción sobre nuestro parentesco y naturalmente yo respeto su decisión.

Iván asintió con la cabeza, sin decir nada.

—Pero discúlpeme, por favor. No se quede ahí de pie, póngase cómodo. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Un café, una copa?

—No me vendría mal un café —murmuró Iván.

—Claro. Permítame.

El conde se levantó, dirigiéndose a su mesa de trabajo, dio una suave orden por el interfono. Luego regresó a su lado, campechano e impasible. Un instante más tarde, el sonriente camarero que le había atendido anteriormente, se presentó con una bandeja en la que se disponía una cafetera humeante, dos tazas de porcelana y un bol que contenía algunos dulces. El conde charló brevemente con el chico antes de girarse hacia Iván.

—Clara me ha contado cómo se comportó usted el otro día —dijo. Le felicito.

—No sé a que se refiere —dijo Iván, inseguro.

—Vamos, Iván. No es necesario que disimule conmigo. Raúl es mi hermano. Y Clara una queridísima amiga. Estoy al corriente de todo.

—En todo caso, no me felicite. Fue un impulso que todavía no comprendo del todo.

—Pero lo cierto es que usted supo de antemano que Raúl no iba a vender.

—Sí.

—Le bastó la certeza de que era el autor de cierto cuadro.

—¿Necesitaba más evidencia?

El conde negó suavemente con la cabeza. —Y a pesar de eso decidió no detener la operación.

—Cierto.

—¿Puedo preguntarle por qué?

Iván se encogió de hombros.

—No estoy del todo seguro todavía. Clara confió en mí. Me dio la oportunidad de escoger. Supongo que sentí que nadie me había dado esa oportunidad antes. Y eso me hizo decidirme.

—¿Se arrepiente?

—En absoluto.

—Me alegra oírle hablar así. Y Clara también va a alegrarse.

—¿Clara?

—Está al llegar. Venga. Vamos a dar un paseo por el jardín mientras la esperamos.

59

—Lo vi venir desde el principio —dijo Clara—. No había que ser muy lista para imaginarse que la Compañía tramara algo.

—Todavía no entiendo por qué Goldman te subestimó de esa manera —dijo Iván—. Después de todo debería conocerte bien.

—Vaya. Todo el montaje fue bastante torpe. Sarah Ellis comprando acciones en bolsa, discretamente, como si una operación de ese calibre no fuera siempre un secreto a voces. Todos esos corredores de arte interesándose de repente por el precio al que Antoine vendería los saltimbanquis. Roberto pretendiendo una trifulca con William, defendiendo en público a Sergei a quien siempre ha despreciado, interesándose de repente por mi bazar. Y todos esos brillantes argumentos demostrando cuán necesaria era una ampliación de capital, cuán conveniente para todos.

—Los argumentos no eran incorrectos.

—Pero la intención era insincera.

—No por mi parte. Pero yo no era más que una marioneta.

—De cuyos hilos tiraban William y Roberto. Al principio. Hasta que empezaste a pensar por tu cuenta.

—¿Cómo podías estar tan segura de que no iba a fallarte Clara?

—No lo estaba. En absoluto. Pero ha valido la pena arriesgarse.

60

Iván dio un sorbo al agua mineral con la que se había contentado a lo largo de la comida. Había dejado de beber alcohol, por alguna razón que no acababa de explicarse —quizás era cosa del otro Iván, el que había tomado el control en la sala de juntas, cuando decidió no delatar a Clara— y nadie había insistido en llenarle la copa, como habría ocurrido en las comilonas con los ejecutivos de la Compañía, donde lo único verdaderamente compartido eran las borracheras de trabajo. No en casa del conde. Nadie le obligó a beber, nadie trató de animar la conversación. También Lettesier sabía disfrutar del silencio.

Apenas el camarero hubo retirado el servicio y limpiado la mesa, el conde se retiró después de estrecharle la mano devolviendo con firmeza el apretón de Iván. Clara tomó una cartera de cuero gris que había junto a su silla, extrajo de ella una gran carpeta de láminas y la desplegó. Contenía varías docenas de apuntes a lápiz, representando todo tipo de objetos. Dos sillas enfrentándose, una cortina mecida por el viento, el cielo encapotado de una tarde de tormenta visto a través de un cristal húmedo, por el que corrían regueros de agua. Iván sintió un escalofrío familiar recorriendo su espina dorsal.

No se trataba tan sólo de la extraordinaria maestría que exhibían los dibujos. Las sillas que se enfrentaban, trazadas con cuatro rasgos rápidos y precisos, parecían distorsionar sus formas, sugiriendo una agria disputa entre ellas. La cortina agitada por la brisa quería saltar del papel. Contemplar el cielo tormentoso producía desazón, frío, deseo de protegerse bajo los porches.

—Toda esta colección la dibujó Raúl durante un viaje a Londres. Cuando me quedé embarazada, decidí que un bebé, en aquel momento, arruinaría mi carrera, mi futuro, mi vida. Decidí que no

quería tenerlo.

—¿Y Raúl?

—A Raúl todas aquellas monsergas mías le parecían lo que eran, excusas de una niña consentida y egoísta. Porque eso es lo que era yo. Una niña bien, convencida de su talento, pagada de sí misma, que no sabía hacer otra cosa que mirarse al ombligo. Mis buenas notas, mi facilidad para la música, mi corte de admiradores. Había vivido en un palacio de cristal toda mi vida, mimada primero por mi familia y después por Roberto. Quizás estés al tanto.

—Sí. El propio Altarelli me contó su versión de la historia. Raúl no salía muy bien parado en ella. —Iván sonrió—. Hay que decir que tú tampoco.

—En lo que a mí se refiere, supongo que tenía razón. Él se creía lo nuestro. Encajaba en su esquema, en su forma de ver la vida. Había trazado ya todos sus planes, todos nuestros planes. Roberto sabía lo que quería. Yo no. O mejor dicho, yo lo quería todo a la vez. Me gustaba compartir laureles con él, pero no renunciaba a jugar a la revolución con Sergei, no renunciaba a las madrugadas en el club.

Me creía mejor, mucho mejor de lo que era. Hasta que conocí a Raúl y entendí lo que significaba haber nacido con el don, con el auténtico don. Raúl era un genio, un genio de verdad, no un aficionado con aptitudes, como yo. Su talento era inmenso, sobrecogedor, has visto el cuadro en mi bazar, el cuadro de Antoine, has visto esos dibujos.

—También he visto las copias de los Picasso. Son prodigiosas.

Clara suspiró cansadamente. —Para Raúl —continuó—, no había otra vía posible en la vida que el arte. Nunca tuvo duda alguna al respecto, era algo tan innato en él como su capacidad de captar cualquier sentimiento en cuatro líneas, en una combinación de colores. Roberto dejó de interesarme. Me parecía aburrido, insípido, vulgar. En cierto modo lo era, igual que lo era yo, excepto que en él no había fisuras. Tampoco había fisuras en sus sentimientos, que yo pisoteé sin compasión.

61

—Lo cierto es que Raúl quería a aquel niño —continuó Clara—, pero al final se plegó a mi voluntad, como hacía siempre. Mira esos dibujos. Los muebles son los de la habitación del hotel donde nos habíamos alojado, Raúl se pasó dos días dibujando, mientras yo lloraba hasta agotarme, incapaz de decidirme a ingresar en la clínica. Y estos retratos me los hizo durante el viaje de vuelta.

Clara seleccionó algunas láminas del abultado paquete, se las tendió a Iván.

—¿Qué ves en ellos?

Iván estudió las láminas, frotándose en dos ocasiones los párpados bajos las gafas, como para aclarar su visión.

—Veo alivio, serenidad.

—Había decidido no hacerlo.

—Está ahí. En tu rostro.

—¿Ves algo más? —insistió Clara.

—Desolación —contestó Iván.

62

—Nos casamos a las pocas semanas —continuó Clara—. Las cosas no nos fueron bien desde el principio. Tuvimos que interrumpir nuestra luna de miel cuando el embarazo se complicó y el ginecólogo decretó que tenía que guardar reposo. Yo me pasaba los días tumbada, mirando al techo, idiotizada, maldiciéndome por no haber tenido valor para ingresar en aquella clínica de Londres, culpando a Raúl de no haberlo hecho. Él, entre tanto, hacía la compra, limpiaba la casa, cocinaba. Y pintaba, todas las horas que no estaba pendiente de mí. Muchas veces me despertaba de madrugada, sola en la cama y sabía que él ya estaba en el estudio y que seguiría allí hasta la hora de prepararme el desayuno.

No me acuerdo muy bien de lo que pasó las siguientes semanas. Sé que me sentía cada vez más desesperada. Mi embarazo avanzaba, me encontraba mal, débil, sufría de náuseas y migrañas terribles. Sentía aquel hijo indeseado como un intruso que se apoderaba de mi cuerpo. Un día, en una fiesta, bebí más de la cuenta y al llegar a casa tomé algunos barbitúricos de más… afortunadamente Raúl se dio cuenta a tiempo.

Clara suspiró, cansadamente.

Me trajo a París, a esta misma casa, donde Antoine me recibió con los brazos abiertos. Pasamos aquí unos meses que sirvieron para calmarme un poco los nervios, aunque no me devolvieron la cordura.

Regresamos a principios de otoño porque yo me había empeñado en acabar mi carrera a toda costa. Cuidó de mí cada día y cada noche durante el resto del embarazo, estuvo a mi lado cuando nació nuestro pequeño, fue el primero en abrazarlo, antes que yo misma. Y siguió a mi lado, en todo momento, a lo largo del año siguiente.

En aquella época yo no estaba en mis cabales. Decidí no amamantar a mi bebé porque no podía soportar la idea de que el pequeño intruso me hiciera perder una clase. Me marchaba cada mañana de casa a primera hora y no volvía hasta bien entrada la tarde, sólo para encerrarme con mis libros. O me largaba al club y no volvía hasta la madrugada, si es que volvía.

Fue Raúl quien crió a nuestro hijo. Era él quien se levantaba cada tres horas a darle el biberón los primeros meses, él quien le cocinaba las papillas, él quien lo bañaba cada noche. Fue con Raúl con quien mi hijo dio sus primeros pasos, mientras yo dormía la borrachera en la habitación contigua, después de haberme pasado la noche bebiendo y dejándome lo que me quedaba de corazón en el piano.

Clara se mordió los labios, desvió la mirada. Cuando la alzó de nuevo a Iván le pareció que había envejecido tres décadas en aquel mismo instante.

—Al terminar el curso, se las compuso para traerme de nuevo a París. Aquí, entre él y Antoine consiguieron sacarme de la mazmorra en la que yo sola me había encerrado. Empecé a trabajar. Empecé a disfrutar de mi hijo, de la vida compartida con Raúl, una vida que descubríamos día a día, que no habíamos programado, ni siquiera imaginado, pero que parecía desplegarse, tan bella ante nosotros, tan llena de promesa como aquellos cuadros que mi marido producía a un ritmo febril. Pasó un año. Éramos felices. Un día el pequeño enfermó. El resto ya lo sabes.

Almendras amargas, pensó Iván. Almendras amargas en el paladar y un peso insoportable en el pecho.

—Cuando se te muere un hijo —la voz de Clara había perdido su nota cristalina, convirtiéndose en una cantinela monótona, distante, como una grabación antigua repitiéndose en un vetusto magnetófono—. Tú también te mueres. Sigues andando, respiras, pero te has muerto. Nada sobrevive a una tragedia así. Nada.

Durante años, fui una ruina viviente. Luego, poco a poco, volví a la vida, al menos en parte. No he vuelto a ser la mujer que fui. Nunca resucitas del todo.

—Lo siento, Clara —dijo Iván—. Lo siento mucho.

Ella asintió con la cabeza. Iván supo que no había nada más que decir. Pero había algo. Algo que le torturaba, una pregunta que no

podía dejar de formular.

—Altarelli me contó que Raúl no fue al entierro del pequeño. Supongo que mentiría.

—No, no mintió —contestó Clara—. Raúl iba a exponer en primavera, cerca de cincuenta cuadros, Antoine había ya negociado con las mejores galerías de arte de París. Aquel día, en lugar de ir al cementerio, fue a su taller y le pegó fuego. Los bomberos consiguieron rescatarlo, casi asfixiado, pero de toda su obra sólo se salvaron dos lienzos, los que ya conoces, a parte de algunos bocetos y apuntes.

—Cuando me dijiste que el cuadro de la muchacha africana era suyo —dijo Iván—, supe que nos habíamos equivocado del todo. Entendí que no tratábamos con un farsante. Más aún. Tuve la certeza absoluta de que todo el dinero de la Compañía no conseguiría comprarle.

—Un simple cuadro te informó de todo eso —sonrió Clara.

—Un simple cuadro.

Los ojos de Clara volaron de su rostro al fondo de la copa, al cielo, al horizonte, de nuevo a su rostro.

—El retrato de Antoine que has visto esta mañana. Lo acabó días antes de la muerte de mi pequeño. ¿Te has fijado en la tristeza que emana? No era la de Antoine y eso que el pobre también estaba muy afectado. Pero la pena sobrehumana que Raúl coloco en sus ojos era la suya.

—Tiene gracia —dijo Iván.

—¿El qué?

—Que Sonia fuera la única de nosotros en entender a Raúl. Nunca lo menospreció, como lo menospreciamos los demás.

—Vaya. Quizás haya una lección que aprender, ¿no crees?

—No sé —suspiró Iván—, puede que sea demasiado tarde. Creo que he arruinado nuestro matrimonio.

—Demasiado tarde —dijo Clara—, es una palabra que sólo debería pronunciarse delante de una lápida.

63

—Me pregunto qué piensa hacer mi querido William con el cuadro de Picasso —sonrió Clara—. Quizás intente convencerle de que debería donarlo al museo de arte moderno. O, por qué no, a la mejor colección privada de la ciudad.

—Quieres decir la de Raúl, claro.

—Naturalmente.

—Goldman estaba convencido de que ese cuadro era su precio. Estaba convencido de que el conde Lettessier se lo había arrebatado a Raúl.

De nuevo una chispa de luz animando los enormes ojos de Clara. Una pizca de ironía en su sonrisa.

—En realidad, en esa ocasión, como en tantas otras, Raúl y Antoine se habían puesto de acuerdo antes de empezar la subasta. Se trataba de agotar al señor Suzuki, subiendo un poco cada una de sus pujas. Antoine entró en el momento apropiado, cuando Raúl había agotado la paciencia del otro. Mi marido es un experto en subastas, ya te imaginas. De ahí el pequeño farol antes de la firma. Según su opinión la mejor manera de asegurar la operación era pedir una suma importante, además del precio del cuadro. La mejor manera de convencer a la Compañía de que era posible comprarlo consistía, alegó, en subir su precio. De esa manera, nadie se plantearía la cuestión elemental de si de veras estaba en venta.

—Pero es cierto que Raúl deseaba ese cuadro.

—¿Has tenido alguna vez la ocasión de visitar la biblioteca de William? —preguntó Clara de improviso.

—Sí —asintió Iván—. Hace poco. Es un lugar desolador.

—Precisamente. Uno tiene la sensación de estar en una cárcel. Y la razón, creo, es la forma en que William se adueña de las cosas. Igual que de las personas.

Raúl no necesitaba colgar el cuadro de Picasso de una de las paredes de su estudio para ser feliz. Cuando Antoine lo adquirió se pasó cerca de un mes encerrado a solas con el lienzo. No empezó a copiarlo hasta años más tarde. Aquellas semanas no hizo otra cosa que encerrarse a solas con su *cher* Pablo. ¿Puedes imaginarte así a William? Nadie es dueño de un cuadro de Picasso, Iván, como nadie es dueño del océano.

—Aún así, no dejaría de ser triste que una joya así terminara encadenada en la biblioteca de Goldman —suspiró Iván.

—No será por mucho tiempo —sonrió Clara—. William no es inmortal. Picasso sí lo es.

64

—Todavía hay algo que se me escapa.

—¿El qué?

—Raúl es un artista genial. ¿Por qué no ha hecho esa exposición todavía? Me imagino todos los cuadros que debe haber pintado en estos años. Seguro que podríais convencerle, el conde y tú, si os empeñáis.

Clara se levantó, acercándose a él, poniéndole en el hombro su mano casi etérea. Iván cerró los ojos, contó los segundos. Pasaron cinco, antes de que la mano se retirara. Cuando abrió los párpados Clara estaba frente a él, ligeramente separada, contemplándole desde el otro lado de la invisible burbuja que la rodeaba. Alargando el brazo podía casi tocarla. Casi, pero no del todo. Y aquellos pocos milímetros podían ser igualmente años luz.

—Raúl no ha vuelto a pintar desde que quemó su estudio, Iván. Durante años no pudo ni siquiera tocar un lápiz. Cuando por fin volvió a coger un pincel, lo único que era capaz de hacer era copiar. Como si todo su talento, toda su creatividad hubiera ardido aquel día, junto con su obra. Tú has visto sus copias, son perfectas, quieren mejorar el original. Pero no son más que eso. Copias. También Raúl murió el día que enterramos a nuestro hijo. Y tampoco él resucitó del todo.

65

—Sigue habiendo un puesto para ti en mi bazar, si lo quieres.

Paseaban por los jardines que rodeaban el palacete de Lettessier. Habían caminado un largo trecho en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Iván negó con la cabeza. —No. Te lo agradezco de todo corazón, pero no puedo aceptarlo.

—¿Prefieres seguir en la Compañía? —sonrió ella—. Conste que no me quejo. Necesito un amigo en el otro bando.

—Me parece bastante probable que William Goldman se sienta con el ánimo de ejecutar a unos cuantos cabezas de turco después del ridículo que hemos hecho. No me extrañaría que yo fuera uno de ellos.

—Lo dudo. William no es idiota. ¿Recuerdas aquella discusión que tuvimos en la terraza, frente al río? ¿Cuándo me convenciste de que a la Compañía le convenía invertir en Jazz Software?

—Cómo no voy a recordarlo.

—Vaya. Pues, aunque en aquel momento te callaras algunas cosas, lo cierto es que tus argumentos eran correctos. Nosotros no hubiéramos sobrevivido un año más sin la ampliación de capital, pero la Compañía no durará otra década si no cambia de estrategia.

—Lo sé.

—William no hubiera llegado hasta dónde está si no fuera capaz de analizar calmadamente las cosas. Cuando reflexione comprenderá que tiene mucho que ganar, después de todo. Tiene en sus manos el cuarenta por ciento de una empresa que funciona, aunque la vieja loca que la dirige se empeña en llevarle la contraria. Creo que no le va a quedar más remedio que estudiarse mis artículos.

Rieron ambos, de buena gana.

—En todo caso —dijo Iván—, estoy pensando en tomarme algún

tiempo libre. Tengo bastante ahorrado.

—¿Y a qué piensas dedicarte?

Iván se encogió de hombros, dándole vueltas a las imágenes que le habían reclamado los últimos meses. Aquella secoya gigante, aquel paisaje desolado y nocturno de la ciudad. Sí, se dijo, quizás probaría.

—Crecí en la buhardilla de mi madre, rodeado de pinceles. Creo que emborroné mi primer óleo antes de empezar a hablar.

—Miriam. Raúl me ha contado.

—Desde niño pensé que dedicaría mi vida a la pintura, como ella. Pero nos abandonó cuando yo tenía dieciocho años. Mi padre nunca se recuperó de ese golpe. Yo dejé de pintar. Quizás ahora pruebe de nuevo.

—Quizás sea también una buena ocasión para perdonar —dijo Clara.

Se detuvieron un momento. Iván recorrió, muy despacio, los tres pasos que separaban a Clara del resto del mundo. Un ligero temblor apareció en los labios de ella, pero no se movió. Iván la besó, fugazmente, retrocediendo luego apresurado.

—Gracias, Clara —dijo.

—Gracias a ti, querido Iván —contestó ella.

Regresaron hasta la casa en silencio. El conde Lettessier les esperaba en el porche, distendido y ausente, anacrónico, su hermoso perfil recortándose contra el crepúsculo.

66

París había cambiado en quince años pero seguía curiosamente fiel a su recuerdo. Iván caminó sin rumbo fijo, deambulando por los alrededores del museo Pompidou, recordando las tardes en que había pasado sentado en la amplia plaza, junto a Clea, a veces dibujando entre ambos un rostro o un paisaje con tizas de colores, para después colocar un viejo sombrero junto a su improvisada creación y contar avariciosos las monedas que les comprarían una entrada al museo, dos falafel rebosantes de crema agria, una lata de Heineken, cigarrillos. Quizás una china de hachís los días que había suerte.

Finales de mayo, se dijo, como entonces. París les había dejado hacer, complaciente, sin apresurarles. Tenían veinte años. Una línea, otra de las viejas líneas que el tío Pedro parecía incapaz de dejar de recitar en su oído, acudió a su memoria. *Ahora voy a contaros* —aquella voz suave de su infancia, los dedos manchados de tinta, los ojos mansos, enamorados, que jamás perdían de vista a Miriam— *como yo también estuve en París y fui dichoso.*

Deambuló largo rato por los amplios bulevares, dejando que la luz del atardecer aliviara sus heridas. Oscurecía ya, cuando, casi sin darse cuenta, entró en una tienda de souvenirs y curioseó entre las postales. Seleccionó una de ellas, una reproducción de los girasoles del viejo Vincent. Pagó, salió a la calle en la que comenzaban a iluminarse las farolas, caminó al azar hasta encontrar un café tranquilo, junto al Sena. Se sentó, pidió un té y lo degustó lentamente, mientras escribía, como quien cruza el desierto, unas líneas en el rectángulo de cartulina. Luego sacó un sobre arrugado de su bolsillo y copió en la postal un nombre querido y cierta dirección en Ámsterdam.

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN

Guadalupe Arbona Abascal (Directora).
Profesora de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid.

María Dolores de Asís Garrote.
Catedrática de Literatura Universal, Universidad Complutense de Madrid y San Pablo CEU.

María del Carmen Bobes Naves.
Catedrática de Teoría de la Literatura, Universidad de Oviedo.

Sergio Cristaldi.
Professore di Letteratura Italiana, Università di Catania.

Henry (Hank). T. Edmondson III.
Professor of Liberal Arts and Sciences Georgia College & State University.

José Jiménez Lozano.
Escritor.

Jon Juaristi.
Catedrático de Literatura Española, Universidad de Alcalá de Henares.

José Antonio Millán-Alba.
Catedrático de Literatura Francesa, Universidad Complutense de Madrid.

Álvaro de la Rica Aranguren.

Profesor de Teoría Literaria y Literatura Comparada.

Juan José Gómez Cadenas (Cartagena, 1960). Físico y escritor, es profesor de Investigación del CSIC, catedrático excedente de Física Atómica y Nuclear y director del grupo de Física de Neutrinos del Instituto de Física Corpuscular de Valencia.